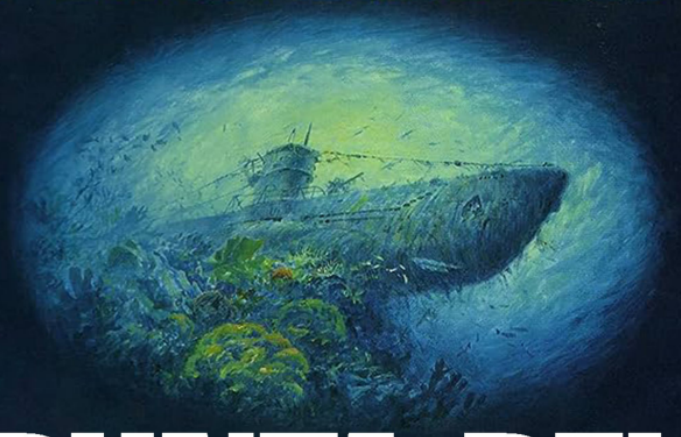
JACK HIGGINS



PUNTA DEL TRUENO

1945: poco antes del suicidio de Hitler, su lugarteniente Martin Bormann abandona el búnker de Berlín rumbo a Noruega, donde tomará un submarino que le conducirá a América del Sur. Lleva abundante documentación, parte de la cual es extraordinariamente comprometedora.

Cuarenta y siete años después, un submarinista localiza un viejo U-Boot
alemán hundido en la Punta del trueno, en el Caribe. Lo explora, revisa la documentación y se da cuenta de su importancia: implica a muchos políticos aún vivos. Es tan explosiva que muchos querrían poseerla; o destruirla.

Charles Ferguson, del servicio secreto británico, recibe la orden de recuperar los documentos; para ello recurre a su viejo enemigo, el antiguo terrorista irlandés Sean Dillon (protagonista de *El ojo del huracán*). Ambos parten hacia el Caribe, donde deberán sortear las dificultades de la naturaleza y el encarnizamiento de unos tenaces enemigos, a cuya falta de escrúpulos sólo podrán oponer decisión e inteligencia.

Jack Higgins

Punta del trueno

Sean Dillon - 2

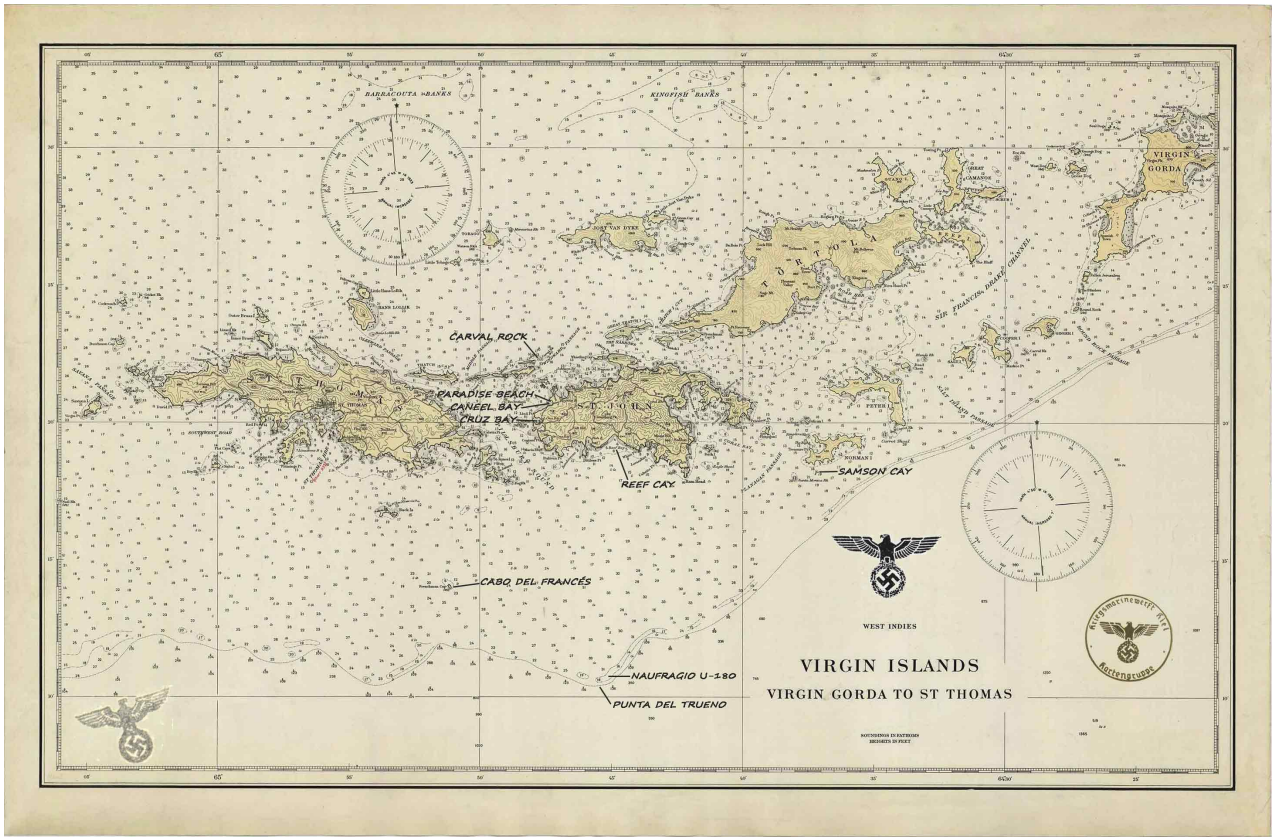
ePub r1.0
Titivillus 01-08-2023

Título original: *Thunder Point*
Jack Higgins, 1993
Traducción: José Manuel Pomares

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para mi hija Hannah

Siempre ha sido tema de conjetura saber si el Reichsleiter *Martin Bormann, jefe de la cancillería del partido nazi y secretario de Adolf Hitler, el hombre más poderoso de Alemania después del Führer, logró escapar del búnker del Führer en Berlín durante las primeras horas del 2 de mayo de 1945, o si murió al tratar de cruzar el puente Weidendammer. Josef Stalin creía que estaba vivo; Jacob Glas, el chófer de Bormann, juró haberlo visto en Munich después de la guerra, y Eichmann les dijo a los israelíes que todavía estaba con vida en 1960. Simon Wiesenthal, el mayor cazador de nazis, siempre insistió en que estaba con vida; y hubo un español, que había servido en las alemanas, que insistió en que Bormann había abandonado Noruega en un submarino con rumbo a América del Sur, al final de la guerra…*
SS


BARRACOUTA BANKS
KINGFISH BANKS
VIRGIN GORDA
GREAT CAMANOE
NORTH SOUND
SIR FRANCIS DRAKE CHANNEL
CARVAL ROCK
PARADISE BEACH
CANEEL BAY
CRUZ BAY
REEF CAY
SAMSON CAY
CABO DEL FRANCÉS
NAUFRAGIO U-180
PUNTA DEL TRUENO
WEST INDIES
VIRGIN ISLANDS
VIRGIN GORDA TO ST THOMAS
SOUNDINGS IN FATHOMS
HEIGHTS IN FEET
Kriegsmarine
Kartenarchiv

Prólogo

BERLÍN, BUNKER DEL FÜHRER

30 de abril de 1945

La ciudad parecía estar en llamas, como una especie de infierno sobre la tierra, la tierra temblaba por las explosiones de los obuses y, al acercarse el amanecer, el humo lo envolvía todo en su negro paño mortuorio. Los rusos ya habían tomado formalmente el control de la mitad oriental de Berlín, y los refugiados, llevando consigo las pocas pertenencias que podían, se movían a lo largo de la Wilhelmstrasse, cerca de la cancillería del Reich, con la desesperada esperanza de llegar de algún modo al oeste y a los estadounidenses.

Berlín estaba condenada, todo el mundo lo sabía, y era terrible ver el pánico. Cerca de la cancillería, un grupo de SS detenían a todo aquel que vieran con uniforme. A menos que los detenidos pudieran explicar su presencia allí, eran inmediatamente acusados de deserción ante el enemigo y colgados de la farola o del árbol más cercanos. Un obús cayó silbando, disparado al azar por la artillería rusa. Hubo gritos de alarma y la gente se desparramó.

La propia cancillería estaba siendo machacada y desfigurada por el bombardeo, sobre todo en la parte posterior, pero en lo más profundo de la tierra, protegido por treinta metros de hormigón, el Führer y su estado mayor continuaban trabajando en un mundo subterráneo totalmente autárquico, conectado todavía con el mundo exterior por radio y radioteléfono.

La parte trasera de la cancillería del Reich también había sido dañada, marcada por los boquetes causados por la artillería, como señales de viruela, y los en otros tiempos hermosos jardines se habían convertido ahora en un desierto de árboles arrancados y boquetes. Una sola bendición: había muy poca actividad aérea, ya que las nubes bajas y la lluvia habían limpiado el cielo de aviones,

al menos por el momento.

El hombre que caminaba por ese jardín arruinado parecía curiosamente indiferente a lo que estaba sucediendo, y ni siquiera se encogió cuando otro proyectil explotó en el extremo más alejado de la cancillería. Al aumentar la intensidad de la lluvia se limitó a subirse el cuello, encendió un cigarrillo protegiéndolo con la mano ahuecada y continuó su camino.

No era muy alto, tenía hombros pesados y un rostro tosco. De haberse encontrado entre una multitud de trabajadores u obreros de los muelles, no habría llamado la atención de nadie; no había en él absolutamente nada especial ni memorable. Todo su aspecto era mediocre, desde el ajado abrigo que le llegaba a los tobillos, hasta la malparada gorra de pico.

La conclusión que habría sacado cualquiera es que se trataba de un don nadie; sin embargo, este hombre era el *Reichsleiter* Martin Bormann, jefe de la cancillería del partido nazi y secretario del Führer, el hombre más poderoso de Alemania después del propio Hitler. La gran mayoría del pueblo alemán ni siquiera había oído hablar de él, y eran pocos los que le hubieran reconocido de haberle visto. Pero él había organizado su vida de ese modo, había preferido deliberadamente ser una figura anónima que sólo ejerce su poder desde las sombras.

Eso, sin embargo, era cosa del pasado; ahora, todo había terminado y esto era el final de todo. Los rusos podían llegar en cualquier momento. Había intentado convencer a Hitler para que se marchara a Baviera, pero el Führer se había negado e insistido en que se suicidaría, tal como había declarado públicamente desde hacía varios días.

Un cabo de las
SS
surgió de la entrada del búnker y se le acercó apresuradamente. Le dirigió el saludo nazi.

—*Herr Reichsleiter*, el Führer pide verle.

—¿Dónde está?

—En su despacho.

—Bien, iré enseguida. —Al dirigirse hacia la entrada volvieron a caer varios proyectiles en el extremo más alejado de la cancillería, levantando cascotes por el aire—. ¿Tanques? —preguntó Bormann.

—Me temo que sí, *Herr Reichsleiter*. Deben de estar ahora a menos de un kilómetro de distancia.

El cabo de las
SS
era joven y duro, un curtido veterano. Bormann le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Sabe lo que dicen? Todo llega para aquel que sabe esperar.

Se echó a reír y el joven cabo también rió, al tiempo que empezaban a descender los escalones de hormigón.

Cuando Bormann llamó a la puerta del despacho y entró, el Führer estaba sentado tras la mesa, examinando unos mapas con una lente de aumento. Levantó la mirada.

—Ah, Bormann, ya estás aquí. Entra. No disponemos de mucho tiempo.

—Supongo que no, mi Führer —dijo Bormann vacilante, sin estar seguro de saber qué quería decir.

—Esos condenados rusos pronto estarán aquí, Bormann, pero a mí no me encontrarán esperando. Nada le gustaría más a Stalin que exhibirme en una jaula.

—Eso no puede suceder nunca, mi Führer.

—Desde luego que no. Me suicidaré, y mi esposa me acompañará en ese oscuro viaje.

Se refería a su amante, Eva Braun, con la que finalmente se había casado a medianoche del veintiocho.

—Había confiado en que incluso ahora reconsiderarais retiraros a Baviera —le dijo Bormann, pero más por decir algo que por convicción.

—No, ya lo tengo decidido, pero tú, viejo amigo, tienes trabajo que hacer.

Hitler se levantó y rodeó la mesa; ahora arrastraba los pies el hombre que apenas tres años antes había controlado Europa, desde los Urales en el este, hasta el canal de la Mancha. Sus mejillas estaban hundidas, la chaqueta parecía venirle demasiado grande y al tomar las manos de Bormann las suyas temblaron a causa de la perlesía. Y, sin embargo, allí todavía había poder, y Bormann se sintió conmovido.

—Lo que me pidáis, mi Führer.

—Sabía que podía contar contigo. El viejo *Kamaradenwerk*, la

acción por los camaradas. —Hitler se arrastró de nuevo hasta la silla—. Tu tarea, Bormann, consistirá en ocuparte de que el nacionalsocialismo sobreviva. Tenemos cientos de millones en Suiza y en otras partes del mundo, en oro guardado en cuentas cifradas, y dispones de esos detalles.

—Sí, mi Führer.

Hitler extendió la mano por debajo de la mesa y sacó un maletín de aspecto extraño, como de plata apagada. Bormann observó la insignia de la *Kriegsmarine* grabada en la esquina superior derecha. Hitler lo abrió.

—Dentro están las llaves, junto con una serie de cosas que te serán muy útiles a lo largo de los años. —Le tendió un sobre abultado—. Detalles de cuentas similares en diversos países de América del Sur y de Estados Unidos. En todos esos lugares contamos con amigos que sólo esperan a tener noticias tuyas.

—¿Alguna otra cosa, mi Führer?

Hitler sostuvo en alto un gran dosier.

—A esto lo llamo el *Libro Azul*. Contiene los nombres de muchos miembros del *establishment* británico, tanto en las filas de la aristocracia como del Parlamento, que se muestran amistosos con nuestra causa. También hay unos cuantos de nuestros amigos estadounidenses. Y finalmente, pero no menos importante… —le tendió el sobre—. Ábrelo.

El papel era de tanta calidad que casi parecía pergamino. Había sido escrito en inglés en julio de 1940, en Estoril, Portugal, e iba dirigido al Führer. La firma que había al pie de la página era la de Su Alteza Real el duque de Windsor. El contenido era bastante sencillo. Admitía acceder de nuevo al trono de Gran Bretaña en el caso de que se produjera una invasión con éxito.

—El protocolo Windsor —se limitó a decir Hitler.

—¿Es posible que sea cierto? —preguntó Bormann asombrado.

—El propio Himmler lo garantizó. En esa época hizo que sus agentes se aproximaran al duque.

O dijo que lo habían hecho, pensó Bormann. Aquel tortuoso y pequeño animal siempre había sido capaz de cualquier cosa. Guardó el documento en el sobre y se lo entregó al Führer, que lo volvió a dejar, junto con las demás cosas, en el maletín.

—Este es el maletín habitual que se entrega ahora a los

capitanes de submarinos. Completamente sellado, a prueba de agua y de fuego. —Lo empujó hacia él, por encima de la mesa—. Ahora es tuyo. —Se quedó mirando por un momento hacia el espacio, con la mirada perdida, como sumido en sus propios pensamientos—. Qué cerdo es Himmler, intentar llegar a un acuerdo de paz por separado con los aliados. Y ahora acabo de enterarme de que Mussolini y su mujer fueron asesinados por los partisanos en el norte de Italia, y colgados boca abajo por los tobillos.

—Es un mundo de locos. —Bormann esperó un momento antes de preguntar—: Una cuestión, mi Führer, ¿cómo me marcho? Aquí estamos rodeados.

Hitler volvió en sí.

—Muy sencillo. Escaparás por vía aérea, usando la avenida Este-Oeste como pista de despegue. Como sabes, el mariscal Ritter von Greim y Hannah Reitsch lograron escapar ayer en un Arado, justo después de medianoche. Durante la noche hablé personalmente con el comandante de la base de la Luftwaffe en Rechlin. —Miró un papel que tenía sobre la mesa—. Un hombre joven, un tal capitán Neumann, se presentó voluntario para pilotar un Feiseler Storch durante la noche. Ha conseguido llegar y ahora espera tus órdenes.

—Pero ¿dónde está el avión, mi Führer? —preguntó Bormann.

—En ese enorme garaje que hay en casa de Goebbels, cerca de la puerta de Brandeburgo. Desde allí te llevará a Rechlin, donde repostará para continuar el vuelo a Bergen, en Noruega.

—¿Bergen? —preguntó Bormann.

—Desde donde continuarás por submarino a América del Sur, a Venezuela para ser más exactos. Allí te esperan. Sólo tendrás que hacer una parada durante el camino. También te esperarán allí, pero todos los detalles están aquí. —Le entregó un sobre—. También encontrarás mi autorización personal, debidamente firmada, en la que se te dan plenos poderes en mi nombre y varios pasaportes falsos.

—¿Quiere eso decir que me marcho esta noche? —preguntó Bormann.

—No, te marchas dentro de una hora —contestó Hitler con serenidad—. Gracias a la lluvia y a las nubes bajas no hay vigilancia aérea por el momento. El capitán Neumann cree que puede lograr una sorpresa total, y yo estoy de acuerdo. Tengo la más completa

confianza en que lo conseguirás.

No había forma de argumentar contra eso, y Bormann asintió.

—Desde luego, mi Führer.

—En ese caso, sólo queda una cosa por hacer —dijo Hitler—. Encontrarás a alguien en el dormitorio. Hazlo entrar.

El hombre que Bormann encontró allí llevaba el uniforme de teniente general de las SS. Había en él algo familiar y Bormann se sintió muy incómodo por alguna razón.

—Mi Führer —dijo el hombre haciéndole a Hitler el saludo nazi.

—¿Observas la semejanza, Bormann? —preguntó Hitler.

Fue entonces cuando Bormann se dio cuenta de por qué se había sentido tan extraño. Era cierto, el general se parecía mucho a él. No era su doble perfecto, pero la semejanza era indiscutible.

—El general Strasser se quedará aquí en tu lugar —dijo Hitler—. Cuando se produzca la desbandada general, se marchará con todos los demás. Mientras tanto, puede permanecer oculto. En la confusión y la oscuridad de la salida no es probable que nadie se dé cuenta. Estarán todos demasiado preocupados por salvar su propia piel. —Se volvió hacia Strasser—. ¿Haréis esto por vuestro Führer?

—Con todo mi corazón —contestó Strasser.

—Bien, entonces cambiarán de uniformes ahora. Pueden usar mi dormitorio. —Se levantó, rodeó la mesa y tomó las dos manos de Bormann en las suyas—. Prefiero decirte adiós ahora, viejo amigo. No volveremos a vernos.

A pesar de lo cínico que era por naturaleza, Bormann se sintió increíblemente conmovido.

—Tendré éxito, mi Führer. Os doy mi palabra.

—Sé que lo tendrás.

Hitler salió del despacho arrastrando los pies, la puerta se cerró tras él y Bormann se volvió hacia Strasser.

—Bien, empecemos.

Exactamente media hora más tarde Bormann abandonó el búnker por la salida que daba a la Hermann Goering Strasse. Llevaba un pesado abrigo militar de cuero sobre su uniforme de las SS y sostenía una funda que contenía el maletín y una muda de ropas

civiles. En un bolsillo llevaba una pistola Máuser con silenciador, y una pistola ametralladora Schmeisser colgada del hombro, en bandolera. Avanzó a lo largo del Tiergarten, consciente de la gente que había por todas partes, principalmente refugiados, cruzó por la puerta de Brandeburgo y llegó con bastante rapidez a la casa de Goebbels. Al igual que la mayoría de propiedades de la zona había sufrido graves daños, pero el amplio edificio del garaje parecía intacto. Las puertas correderas estaban cerradas, pero había una pequeña puerta que Bormann abrió con precaución.

En el interior, todo estaba oscuro y una voz gritó:

—Quédese donde está, con las manos en alto.

Se encendieron unas luces y Bormann descubrió a un hombre joven, con el uniforme de capitán de la Luftwaffe y una chaqueta de vuelo, junto a la pared, con una pistola en la mano. El pequeño avión de reconocimiento Feiseler Storch estaba en el centro del garaje vacío.

—¿Capitán Neumann?

—¿General Strasser? —El joven pareció sentirse aliviado y enfundó la pistola—. Gracias a Dios. Llevo esperando a los rusos desde que he llegado aquí.

—¿Tiene órdenes?

—Desde luego. A Rechlin para repostar y luego a Bergen. En realidad, es un verdadero placer.

—¿Cree que tenemos alguna posibilidad de escapar?

—Por el momento, ahí fuera no hay nada capaz de abatirnos. Hace un tiempo muy malo. Sólo tenemos que preocuparnos por el fuego de tierra. —Sonrió con una mueca—. ¿Es su buena suerte, mi general?

—Como siempre.

—Excelente. Pondré el motor en marcha, suba usted y lo dirigiré por la avenida hasta la puerta de Brandeburgo. Desde allí despegaré hasta la columna Victoria. No esperarán eso, porque el viento sopla en dirección contraria.

—¿No es demasiado peligroso? —preguntó Bormann.

—Absolutamente.

Neumann subió a la cabina y puso el motor en marcha.

Había cristales rotos y cascotes en la calle y el Storch avanzó bamboleándose, pasó junto a muchos refugiados asombrados,

avanzó hacia la puerta de Brandeburgo, y giró hacia la columna Victoria, que se divisaba en la distancia. La lluvia caía ahora torrencialmente.

—Allá vamos —dijo Neumann al tiempo que daba potencia al motor.

El Storch rugió por el centro de la calzada haciendo huir a la gente; de repente se encontraron en el aire, y giraron a babor para evitar la columna Victoria. Bormann ni siquiera observó que nadie les disparara.

—Debe tener mucha suerte, *Herr Reichsleiter* —dijo el joven piloto.

Bormann se volvió inmediatamente hacia él.

—¿Cómo me ha llamado?

—Siento mucho haber dicho algo que pueda resultar incorrecto —dijo Neumann—. Pero en cierta ocasión le conocí en Berlín en una ceremonia de entrega de condecoraciones.

Bormann decidió dejarlo estar por el momento.

—No se preocupe. —Miró hacia abajo, a las llamas y el humo que despedía la incendiada Berlín, mientras la artillería rusa mantenía su constante bombardeo—. Una escena verdaderamente infernal.

—El ocaso de los dioses, *Reichsleiter* —dijo Neumann—. Lo único que necesitamos es un Wagner que ponga la música adecuada.

Y tras decir esto metió el Storch en la seguridad de las oscuras nubes.

Fue la segunda parte del viaje la que resultó ser particularmente ardua, al cruzar hacia la costa este de Dinamarca, atravesar luego el Skagerrak y repostar en una pequeña base de la Luftwaffe en Kristiansand, antes del tramo final. Estaba oscuro como boca de lobo cuando llegaron a Bergen y hacía frío, mucho frío; cuando aterrizaron caía aguanieve. Media hora antes, Neumann se había puesto en contacto con la base para notificar su llegada. Había luces en la torre de control y en los edificios, una pobre medida de seguridad contra los ataques aéreos. Las fuerzas alemanas de ocupación en Noruega sabían que el final estaba cercano, que no había posibilidad de que se produjera una invasión aliada. Sencillamente, ya no era necesario. Un auxiliar de vuelo con una

linterna en cada mano los guió hasta la zona de aparcamiento y luego se alejó. Bormann vio un Kubelwagen que se dirigía hacia ellos. Se detuvo al otro lado del avión aparcado junto a otros de su mismo tipo. Neumann apagó el motor.

—Bien, aquí estamos, *Herr Reichsleiter*. Esto es bastante diferente a Berlín.

—Lo ha hecho usted muy bien —dijo Bormann—. Es un buen piloto.

—Permítame llevarle el equipaje.

Bormann descendió a tierra y Neumann le pasó la bolsa.

—Es una pena que me haya reconocido —le dijo Bormann al tiempo que sacaba la Máuser con silenciador del bolsillo del abrigo y le disparaba un tiro a la cabeza.

El hombre que estaba de pie junto al Kubelwagen era un oficial naval y llevaba la gorra de plato blanco que correspondía a los comandantes de submarinos. Fumaba un cigarrillo, que dejó caer al suelo y aplastó con la bota cuando Bormann se le acercó.

—¿General Strasser?

—En efecto —asintió Bormann.

—Soy el *Korvettenkapitän* Paul Friemel. —Friemel le dirigió un medio saludo—. Comandante del
U-180.

Bormann arrojó la bolsa en el asiento de atrás del Kubelwagen y se acomodó en el asiento del pasajero. Cuando el otro se hubo sentado ante el volante, el *Reichsleiter* preguntó:

—¿Está usted preparado para hacerse a la mar?

—Desde luego, mi general.

—Bien, en ese caso partiremos enseguida.

—A sus órdenes, mi general —dijo Friemel mientras alejaba el vehículo.

Bormann respiró profundamente y olió el mar en el viento. Era extraño, pero en lugar de sentirse cansado se sentía lleno de energía. Encendió un cigarrillo y se reclinó en el asiento para contemplar el cielo nublado y recordar Berlín sólo como un mal sueño.

1992

1

Empezó a llover poco antes de medianoche, justo cuando Dillon entró en el Mercedes aparcado en la cuneta de la carretera, encendió la luz interior y consultó su mapa. Klagenfurt había quedado treinta kilómetros atrás, lo que significaba que la frontera yugoslava debía de estar ahora muy cerca. Había un cartel a pocos metros de distancia y tomó una linterna de la guantera, salió del coche y se dirigió hacia él, silbando suavemente. Era un hombre bajo de estatura, de no más de un metro sesenta y cuatro, con el cabello tan rubio que era casi blanco. Llevaba una vieja chaqueta de vuelo, de cuero negro, con una bufanda blanca alrededor del cuello y unos vaqueros de color azul oscuro. El cartel indicaba «Fehring» a la derecha, a otros cinco kilómetros de distancia. No demostró emoción alguna. Simplemente, extrajo un cigarrillo de una pitillera de plata, lo encendió con un anticuado mechero Zippo y regresó al coche.

Ahora llovía con intensidad, la carretera estaba mal asfaltada y las montañas se elevaban a su derecha. Encendió la radio y escuchó una música ligera cuya melodía silbaba de vez en cuando, hasta que llegó ante unas puertas situadas a la izquierda y aminoró la marcha para leer el cartel. Necesitaba una buena capa de pintura, pero la inscripción podía leerse con suficiente claridad: «Fehring Aero Club». Hizo girar el coche, cruzó las puertas y siguió por un camino de tierra, saltando sobre los baches, hasta que vio el campo de aviación, allá abajo.

Apagó las luces del coche y se detuvo. Parecía un lugar bastante pobre, un par de hangares, tres cabañas y una destartalada edificación a modo de torre de control, pero de uno de los hangares salía luz, así como de las ventanas de la cabaña más alejada. Puso la marcha en punto muerto, aflojó el freno y dejó que el Mercedes descendiera por el camino en silencio, hasta detenerse en el extremo más alejado de la pista y de los hangares. Permaneció allí sentado, pensando durante un rato. Luego tomó una Walther

y unos guantes negros del maletín que llevaba en el asiento contiguo. Comprobó la Walther, se la introdujo por la cintura, a la espalda, se puso los guantes y avanzó por la pista, bajo la lluvia.

El hangar era viejo y olía a humedad, como si no se hubiera usado en muchos años, pero el avión que había en su interior, bajo una luz apagada, parecía estar en buen estado. Era un Cessna 441 Conquest, con dos motores turbopropulsores. Un mecánico, vestido con un mono, tenía abierta la tapa del motor de babor, y se hallaba subido a una escalera, trabajando en él. La puerta de la cabina estaba abierta, la escalera de acceso bajada y dos hombres se dedicaban a cargar cajas en su interior.

Al salir, uno de ellos dijo en alemán:

—Hemos terminado doctor Wegner.

Un hombre con barba salió de la pequeña oficina situada en un rincón del hangar. Llevaba una chaqueta de caza, con el cuello de piel levantado para protegerse del frío.

—Está bien, ya pueden marcharse. —Cuando ya se marchaban, le preguntó al mecánico—: ¿Algún problema, Tomic?

—Nada importante, *Herr Doktor*. Sólo ajusto el motor.

—Lo que no significará nada hasta que no aparezca ese condenado Dillon —dijo una voz.

Al volverse Wegner, entró un hombre joven, con el gorro de lana y el chaquetón que llevaba empapados por la lluvia.

—Vendrá —le aseguró Wegner—. Según me han dicho, es de los que no sabe resistirse a un desafío.

—Un mercenario —dijo el joven—. A eso hemos tenido que ir a parar. La clase de hombre capaz de matar a la gente por dinero.

—Allá hay niños que mueren —dijo Wegner—, y necesitan lo que llevamos en el avión. Con tal de conseguir eso sería capaz de hacer tratos hasta con el mismo diablo.

—Algo que probablemente tendrá que hacer.

—No es muy amable —dijo Dillon en un alemán excelente—. Nada amable.

Y surgió de la oscuridad, por el extremo del hangar. El joven se llevó una mano al bolsillo y la Walther de Dillon apareció primero.

—Todo a la vista, hijo. Perfectamente a la vista. —Avanzó hacia él, le rodeó y le quitó una Máuser del bolsillo de la derecha—.

Vaya, ¿qué tenemos aquí? No se puede confiar en nadie en estos tiempos.

—¿Señor Dillon? —preguntó Wegner en inglés—. ¿El señor Sean Dillon?

—Así me llaman. —Dillon se deslizó la Máuser en el bolsillo, sacó con una mano la pitillera de plata, sin dejar de sostener la Walther, y logró extraer un cigarrillo—. ¿Y quién es usted, hijo?

Su forma de hablar tenía el duro y característico acento que sólo se encontraba en el Ulster, y no en la República de Irlanda.

—Soy el doctor Hans Wegner, de International Drug Relief, y éste es Klaus Schmidt, de nuestra oficina en Viena. Él dispuso el avión para nosotros.

—¿De veras? Eso es algo que cuenta a su favor. —Dillon extrajo la Máuser del bolsillo y se la devolvió—. Hacer el bien me parece perfecto, pero jugar con armas de fuego cuando no se sabe cómo es un juego peligroso.

El joven se ruborizó intensamente, tomó la Máuser y se la guardó en el bolsillo.

—*Herr* Schmidt ha hecho dos veces el viaje por carretera, con suministros médicos —dijo Wegner con voz suave.

—Entonces, ¿por qué no hacer lo mismo esta vez? —preguntó Dillon al tiempo que volvía a introducirse la Walther en el cinturón, por la parte de atrás.

—Porque esa parte de Croacia es ahora un territorio disputado —contestó Schmidt—. Se están produciendo fuertes luchas entre serbios, musulmanes y croatas.

—Ya entiendo —asintió Dillon—. ¿De modo que tengo que conseguir por aire lo que no pueden ustedes conseguir por carretera?

—Señor Dillon, desde aquí hasta Sabac hay ciento ochenta kilómetros y la pista de aterrizaje todavía está abierta. Lo crea o no, los sistemas telefónicos todavía funcionan bastante bien allí. Se me ha dado a entender que este avión es capaz de volar a más de cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora. Eso significa que podría estar allí en veinte minutos.

Dillon se echó a reír en voz alta.

—¿Y usted hace caso de eso? Está claro que no sabe nada de volar. —Se dio cuenta entonces de que el mecánico de la escalera

sonreía—. Ah, entiende usted inglés, hijo.

—Un poco.

—Tomic es croata —dijo el doctor Wegner.

—¿Qué le parece? —preguntó Dillon mirándole.

—Estuve en la fuerza aérea durante siete años —dijo Tomic—. Conozco Sabac. Es una pista de emergencia, pero está bien asfaltada.

—¿Y el vuelo?

—Bueno, si sólo es un piloto privado que sale ahí fuera para hacer un poco de bien en este jodido mundo, no durará mucho.

—Digamos que raras veces he hecho una cosa buena en mi vida, y que no soy esa clase de piloto —dijo Dillon con suavidad—. ¿Qué aspecto tiene el terreno?

—Montañoso, cubierto de bosques y las previsiones meteorológicas no son halagüeñas. Yo mismo lo comprobé antes, pero no sólo se trata de eso, sino de la fuerza aérea, que continúa patrullando por la zona con regularidad.

—¿Cazas Mig? —preguntó Dillon.

—Así es —contestó Tomic, que cerró la tapa del motor del Conquest con una sola mano—. Este es un bonito avión, pero no tiene nada que hacer con un Mig. —Sacudió la cabeza—. Aunque quizá tenga usted ganas de morir.

—Ya está bien, Tomic —dijo Wegner, enojado.

—Oh, no se preocupe. Ya me han dicho esas mismas cosas antes —intervino Dillon echándose a reír—. Pero empecemos a trabajar. Será mejor que le eche un vistazo a los mapas.

—Nuestra gente de Viena lo dejó bastante claro —dijo Wegner mientras se dirigían hacia el despacho—. Sus servicios son estrictamente voluntarios. Necesitamos todo el dinero que podamos obtener para los medicamentos y los suministros médicos.

—Entendido —dijo Dillon.

Entraron en el despacho, donde había una serie de mapas extendidos sobre la mesa. Dillon se dedicó a examinados.

—¿Cuándo partirá? —preguntó Wegner.

—Justo poco antes del amanecer —le contestó Dillon—. Es el mejor momento y el menos activo. Espero que amaine la lluvia.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Schmidt con verdadera curiosidad—. No lo entiendo en un hombre como usted. —De

repente, pareció sentirse incómodo—. Quiero decir…, sabemos algo acerca de su pasado.

—¿De veras? —replicó Dillon—. Bueno, como dice el doctor, me resulta difícil resistirme a un desafío.

—¿Y es capaz de arriesgar su vida por esto?

—Ah, claro, se me olvidaba mencionarlo. —Dillon levantó la mirada, sonrió y un asombroso cambio se produjo en su rostro, donde ahora sólo había calor y un gran encanto—. También debería haber mencionado que soy uno de los últimos grandes aventureros del mundo. Y ahora, pórtese como un buen muchacho y déjeme ver hacia dónde me voy a dirigir.

Se inclinó sobre los mapas de vuelo y empezó a examinarlos con intensidad.

Poco antes de las cinco la lluvia era tan implacable como antes y la oscuridad igual de impenetrable. Dillon estaba en la puerta del hangar, mirando hacia el exterior. Wegner y Schmidt se le aproximaron.

—¿De veras puede despegar con un tiempo como éste? —preguntó el hombre de mayor edad.

—El problema es aterrizar, no despegar —contestó Dillon, que se volvió hacia Tomic para preguntarle—. ¿Cómo van las cosas?

Tomic salió de la cabina, saltó al suelo y se acercó a ellos, limpiándose las manos con un trapo.

—Todo está en perfecto estado de funcionamiento.

Dillon le ofreció un cigarrillo y echó un vistazo al exterior.

—¿Y eso?

Tomic también miró hacia la oscuridad.

—Empeorará, más que mejorar, y al llegar encontrará neblina, sobre todo por encima de los bosques. Acuérdese de lo que le digo.

—Ah, bien, será mejor hacerlo de una vez, como le dijo el ladrón al verdugo.

Dillon se dio media vuelta y se dirigió hacia el Conquest. Subió la escalerilla y examinó el interior. Se habían quitado todos los asientos y el avión estaba repleto de largas cajas de color verde oliva. Cada una de ellas llevaba un rótulo en inglés: Royal Army Medical Corps.

Schmidt, que le había seguido, comentó:

—Como puede ver, conseguimos nuestros suministros de fuentes

bastante inusuales.

—Ya lo puede decir. ¿Qué hay en esas cajas?

—Véalo usted mismo. —Schmidt destapó la más cercana, apartó una hoja de papel aceitoso y dejó al descubierto una caja tras otra de botellas de morfina—. Allá, señor Dillon, se ven obligados a veces a sostener con fuerza a los niños cuando los operan, debido a la falta de anestésicos. Éstas son un sustituto muy satisfactorio.

—Comprendido —asintió Dillon—. Y ahora, ciérrela y empezaré a moverme.

Schmidt hizo lo que se le pedía, y luego saltó al suelo. Cuando Dillon tiró de la escalerilla hacia arriba, Wegner le dijo:

—Qué Dios le acompañe, señor Dillon.

—Siempre existe esa posibilidad —asintió Dillon—. Probablemente, es la primera vez que he hecho algo que él aprobaría.

Y tras decir esto cerró la portezuela y la ajustó herméticamente.

Se instaló en el asiento de pilotaje de la izquierda, encendió el motor de babor y después el de estribor. Tenía el mapa de vuelo cerca de él, en el otro asiento, aunque ya lo había memorizado bastante bien. Se detuvo en la pista de acceso, fuera ya del hangar, mientras la lluvia repiqueteaba con fuerza sobre el parabrisas. Llevó a cabo una meticulosa comprobación de los instrumentos, luego se puso el cinturón de seguridad y se dirigió lentamente hacia el extremo de la pista, donde giró para ponerse a favor del viento. Miró hacia los tres hombres que estaban de pie ante la entrada del hangar, levantó hacia ellos el pulgar y se lanzó hacia adelante, con los motores rugiendo al darles más potencia. Apenas un par de segundos más tarde había desaparecido y el sonido de los motores ya empezaba a desvanecerse.

Wegner se pasó una mano por la cara.

—Dios mío, qué cansado estoy. —Se volvió hacia Tomic—. ¿Cree que tiene alguna posibilidad?

—Es todo un tipo, ése —contestó Tomic encogiéndose de hombros—. ¿Quién sabe?

—Tomemos un poco de café —dijo Schmidt—. Nos aguarda una larga espera.

—Me reuniré con ustedes dentro de un momento —dijo Tomic —. Antes quiero limpiar mis herramientas.

Se dirigieron hacia la cabaña del extremo. Tomic les observó mientras se alejaban. Esperó a que hubieran desaparecido en el interior de la cabaña y luego cruzó rápidamente el hangar y entró en el despacho. Tomó el teléfono y marcó una serie de números. Tal como había dicho el bueno del doctor, el sistema telefónico todavía funcionaba sorprendentemente bien al otro lado de la frontera. Cuando le contestó una voz, habló en servocroata.

—Aquí Tomic, ponme con el mayor Branko.

Hubo una respuesta casi instantánea.

—Aquí Branko.

—Soy Tomic. Estoy en el aeropuerto de Fehring, y tengo tráfico para usted. Acaba de despegar un Cessna Conquest con destino a Sabac. Aquí tiene su frecuencia de radio.

—¿Conocemos al piloto?

—Se llama Dillon, Sean Dillon. Creo que es irlandés. Es un hombre bajo de estatura, de pelo muy rubio, de poco menos de cuarenta años diría yo. No parece que sea gran cosa. Una sonrisa amable, pero sus ojos cuentan una historia diferente.

—Haré que lo comprueben a través de Inteligencia Central, pero ha hecho muy bien Tomic. Le daremos una cálida bienvenida.

Por el teléfono se escuchó un clic y Tomic dejó el receptor en la horquilla. Sacó un paquete de los nauseabundos cigarrillos macedonios que tanto le gustaban y tomó uno. Una pena por Dillon. Le había gustado bastante el irlandés, pero así era la vida, pensó mientras empezaba a guardar sistemáticamente las herramientas.
Dillon ya había empezado a tener problemas, no sólo debido a las espesas nubes y la constante lluvia fuerte, sino también por la agitada neblina que había a mil pies de altura y que sólo le permitía echar un vistazo intermitente a los bosques de pinos que se extendían por debajo.

—¿Y qué demonios estás haciendo tú aquí, viejo? —se preguntó con suavidad—. ¿Qué intentas demostrar?

Tomó un cigarrillo de la pitillera, lo encendió y en ese momento una voz habló por los auriculares con un fuerte acento inglés.

—Buenos días, señor Dillon, bienvenido a Yugoslavia.

El avión se situó a estribor, no muy lejos, con las estrellas rojas de su fuselaje bastante claras. Era un Mig 21, el viejo aparato, probablemente el avión soviético más ampliamente distribuido a

sus aliados. Ahora ya se había quedado anticuado, pero no en lo que a Dillon se refería. El piloto del Mig volvió a hablar.

—Siga el curso uno, dos, cuatro, señor Dillon. Llegaremos a un castillo bastante pintoresco situado al borde del bosque. Se llama Kivo y es el cuartel general de inteligencia de esta zona. Hay allí una pista de aterrizaje, donde le esperan. Hasta es posible que le preparen un desayuno inglés completo.

—Irlandés —dijo Dillon alegremente—. Un desayuno irlandés completo. ¿Quién soy yo para rechazar una oferta como esa? Pongo rumbo uno, dos, cuatro.

Hizo girar el aparato para tomar el nuevo rumbo, y ascendió a dos mil pies, donde el tiempo se aclaró un poco, mientras silbaba suavemente para sí mismo. No se sentía precisamente atraído por una prisión serbia, y mucho menos si eran ciertas, aunque sólo fuera parcialmente, las historias que habían llegado a Europa occidental, pero teniendo en cuenta las circunstancias no parecía tener ninguna otra alternativa. A unos tres kilómetros más allá del bosque, distinguió Kivo, junto al río. Era un castillo de cuento de hadas, con torres y baluartes rodeados por un foso. La pista de aterrizaje se extendía al lado.

—¿Qué le parece? —preguntó el piloto del Mig—. Es bonito, ¿verdad?

—Como si acabaran de sacarlo de una historia de los hermanos Grimm —asintió Dillon—. Lo único que necesitamos ahora es el ogro.

—Oh, de eso también tenemos, señor Dillon. Y ahora, descienda suavemente y le diré adiós.

Dillon miró hacia abajo, en dirección al castillo, y vio a varios soldados que se movían hacia el borde de la pista de aterrizaje, precedidos por un *jeep*. Suspiró y dijo en su micrófono:

—Me gustaría decir que ha sido una buena vida, aunque hubo algunos momentos muy difíciles, como por ejemplo esta mañana. Quiero decir, ¿por qué demonios se me ocurriría levantarme de la cama?

Tomó la palanca de control y la echó con fuerza hacia atrás, al tiempo que daba potencia a los motores y ascendía con rapidez. El piloto del Mig reaccionó enojado.

—Dillon, haga lo que le digo o lo borraré del cielo.

Dillon no hizo caso y enderezó el aparato a cinco mil pies. Escudriñó el cielo para ver algún rastro del Mig, que ya le seguía, ascendía hacia él y empezaba a disparar. El Conquest se estremeció cuando las balas atravesaron las dos alas.

—¡Dillon, no sea estúpido! —gritó el piloto.

—Ah, pero eso es precisamente lo que he sido siempre.

Dillon descendió con rapidez y volvió a enderezar el aparato a dos mil pies de altura sobre el borde del bosque, dándose cuenta de los vehículos que se movían desde el castillo. El Mig se lanzó de nuevo sobre él, disparando sus ametralladoras, el parabrisas del Conquest se desintegró y el viento y la lluvia penetraron como un rugido. Dillon permaneció sentado, con la mano sujetando con firmeza la palanca de control y sangre en la cara a causa de una astilla de cristal.

—Y ahora —dijo por el micrófono—, veamos lo bueno que eres.

Hincó hacia abajo la nariz del aparato y descendió en picado, hacia el bosque de pinos que le esperaba allá abajo, seguido de inmediato por el Mig, que no dejaba de disparar. El Conquest se encabritó y el motor de babor se apagó cuando Dillon lo enderezó a cuatrocientos pies de altura, mientras que por detrás de él, el Mig, sin tiempo para reducir la velocidad a la que descendía, se precipitaba hacia el bosque, donde se estrelló produciendo una gran bola de fuego.

Dillon hizo todo lo que pudo por volar con un solo motor, perdió potencia y descendió todavía más. A su izquierda, por delante, observó un claro. Intentó dirigirse hacia él. Perdía altura y pasó rozando las copas de los árboles. Apagó el motor que le quedaba en un instante y se preparó para el choque inevitable. Al final, fueron precisamente los árboles los que le salvaron, ya que retrasaron tanto su avance que cuando llegó al claro para intentar un aterrizaje de panza la velocidad que llevaba ya no era tan alta.

El Conquest saltó dos veces y se detuvo de pronto. Dillon se desabrochó las correas, salió a gatas de su asiento y abrió la portezuela, todo ello con gran rapidez. Descendió primero con la cabeza, rodó sobre sí mismo bajo la lluvia, se puso en pie de un salto y echó a correr, pero el tobillo derecho se le torció tanto que cayó nuevamente de bruces. Se levantó a gatas y se alejó cojeando con la mayor rapidez que pudo, pero el Conquest no se incendió,

sino que simplemente permaneció allí aplastado, bajo la lluvia, como si estuviera cansado.

Una nube de espeso humo negro se elevaba por encima de los árboles, procedente del Mig incendiado, y los soldados no tardaron en aparecer al otro lado del claro. Un *jeep* surgió de entre los árboles por detrás de ellos, con la capota bajada, y Dillon vio a un oficial de pie en él; llevaba un abrigo de campaña de invierno, al estilo ruso, con el cuello de piel. Aparecieron más soldados, algunos de ellos con perros Doberman, que ladraban estruendosamente y tiraban con fuerza de las traíllas.

Era suficiente. Dillon se volvió para internarse cojeando entre los árboles y su pierna no le respondió. Una voz, a través de un altavoz, se dirigió a él en inglés.

—Oh, vamos, señor Dillon, sea sensato. No querrá que le eche a los perros, ¿verdad?

Dillon se detuvo, trató de equilibrarse sobre un solo pie y luego se volvió y se acercó cojeante al árbol más cercano, sobre el que se apoyó. Sacó un cigarrillo de la pitillera de plata, el último que le quedaba, y lo encendió. El humo le supo bien al morderle el fondo de la garganta, y esperó a que llegaran los soldados.

Se plantaron ante él en semicírculo, con uniformes demasiado grandes, y le apuntaron con sus armas, mientras los perros ladraban y eran contenidos. El *jeep* se detuvo y el oficial, un mayor a juzgar por las charreteras de los hombros, se incorporó y lo miró desde lo alto. Era un hombre bien parecido, de unos treinta años de edad y un oscuro rostro saturnino.

—Bien, señor Dillon, lo ha conseguido en una sola pieza —dijo con su impecable inglés de escuela pública—. Le felicito. Y, a propósito, soy Branko, John Branko. Mi madre era inglesa. Más bien debería decir que lo es, porque vive en Hampstead.

—Eso es un hecho —replicó Dillon con una sonrisa—. Menudo puñado de bribones desesperados tiene aquí, mayor, pero *Céad míle fáilte* en cualquier caso.

—¿Y qué quiere decir eso, señor Dillon?

—Oh, es una expresión irlandesa que se emplea para dar cien mil bienvenidas.

—Qué sentimiento más encantador.

Branko se volvió y habló en servocroata al corpulento sargento

de aspecto brutal que estaba sentado tras él con un fusil de asalto AK. El sargento sonrió, saltó al suelo y avanzó hacia Dillon.

—Permítame presentarle a mi sargento Zekan —dijo el mayor Branko—. Acabo de decirle que le ofrezca cien mil bienvenidas a Yugoslavia, o a Serbia, como preferimos decir ahora.

Dillon sabía lo que le esperaba, pero no podía hacer nada por evitarlo. La culata del AK le golpeó en el costado izquierdo, y le sacó el aliento de los pulmones. Al inclinarse hacia adelante, el sargento levantó una rodilla que aplastó contra su rostro. Lo último que recordó Dillon fueron los ladridos de los perros, las risas y luego sólo oscuridad.

Cuando el sargento Zekan llevó a Dillon a lo largo del pasillo, alguien gritó en la distancia y se oyó el sonido de pesados golpes. Dillon vaciló, pero el sargento no demostró emoción alguna; se limitó a colocar una mano entre los omóplatos del irlandés y lo empujó hacia un tramo de escalera, urgiéndolo a subir. En la parte superior había una puerta de madera de roble, reforzada con bandas de hierro. Zekan la abrió y lo empujó al otro lado.

El interior de la estancia tenía envigado de roble, paredes graníticas y tapices colgados aquí y allá. Un fuego de leña estaba encendido en una gran chimenea y dos de los perros Doberman se encontraban tumbados ante él. Branko se hallaba sentado tras una gran mesa, dedicado a leer un expediente, mientras bebía de una copa de cristal, del contenido de una botella que tenía al lado, metida en un cubo de hielo. Levantó la mirada y sonrió. Luego sacó la botella del cubo y llenó otra copa.

—Champaña Krug, señor Dillon. Su preferido, por lo que tengo entendido.

—¿Hay algo que no sepa acerca de mí? —preguntó Dillon.

—No mucho. —Branko levantó el expediente y luego lo *dejó caer* sobre la mesa—. Las organizaciones de inteligencia de la mayoría de los países tienen la útil costumbre de cooperar con frecuencia entre sí, incluso aunque sus países respectivos no se muestren cooperativos. Siéntese y tome un trago. Se sentirá mejor.

Dillon se sentó en la silla situada enfrente y aceptó la copa que Zekan le tendió. La vació de un solo trago y Branko sonrió, sacó un

cigarrillo de un paquete de Rothmans y se lo arrojó.

—Sírvase usted mismo. —Se inclinó hacia adelante y volvió a llenar la copa de Dillon—. Yo prefiero el que no es de cosecha, ¿no le parece?

—Eso es por la mezcla de uvas —dijo Dillon, que encendió el cigarrillo.

—Siento ese pequeño toque de violencia allá en el bosque —le dijo Branko—. Sólo fue en beneficio de mis muchachos. Después de todo, nos ha costado usted un Mig, y se necesitan por lo menos dos años para entrenar a los pilotos. Lo sé muy bien porque yo mismo lo soy.

—¿De veras? —dijo Dillon.

—Sí, en Cranwell, por cortesía de su Royal Air Force.

—Mía, desde luego, no es —replicó Dillon.

—Pero, según tengo entendido, nació usted en el Ulster. En Belfast y, según creo, Belfast forma parte de la Gran Bretaña, y no de la República de Irlanda.

—Eso es muy discutible —dijo Dillon—. Digamos que soy irlandés, y dejémoslo así. —Tomó otro sorbo de champaña—. ¿Quién me traicionó? ¿Wegner o Schmidt? —Frunció el ceño—. No, claro que no. Sólo son un par de buenos benefactores. Tomic. Ha tenido que ser Tomic, ¿verdad?

—Un buen serbio. —Branko sirvió otro poco de champaña—. ¿Cómo demonios se ha metido en esto un hombre como usted?

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—Seré honesto con usted, señor Dillon. Sabía que venía, pero nada más que eso.

—Estuve en Viena durante unos pocos días para asistir a una ópera. Soy muy aficionado a Mozart. Durante el primer descanso, en el bar, me encontré con un hombre con el que había mantenido tratos durante muchos años. Me dijo que esta organización había entrado en contacto con él porque necesitaba una pequeña ayuda, pero que no disponían de mucho dinero.

—Ah, ahora lo entiendo —asintió Branko—. Una buena obra en un mundo nauseabundo, como diría Shakespeare, ¿no es eso? Todos esos pobres niños que se mueren por falta de ayuda, ¿verdad? Esos crueles serbios.

—Que Dios me ayude, mayor, pero menuda forma tiene usted de

emplear las palabras.

—Una especie de cambio de aires para un hombre como usted. —Branko abrió el expediente—. Sean Dillon, nacido en Belfast, fue a vivir a Londres cuando era un muchacho; de padre viudo. Estudiante en la Real Academia de Arte Dramático a los dieciocho años, llegó a actuar incluso con el Teatro Nacional. Su padre regresó a Belfast en mil novecientos setenta y uno y fue muerto por paracaidistas británicos.

—Está usted muy bien informado.

—Se afilió al IRA provisional, fue entrenado en Libia por cortesía del coronel Gadaffi y nunca más volvió a mirar atrás. —Branko volvió una página—. Finalmente, rompió con el IRA. Por algún desacuerdo relativo a la estrategia.

—No son más que un puñado de viejas.

Dillon se inclinó hacia adelante y se sirvió más champaña.

—Luego Beirut, la
OLP
, e incluso la
KGB
. Realmente, cree en eso de distribuir sus servicios por todas partes. —Branko se echó a reír de repente, divertido—. El ataque submarino contra aquellas dos lanchas palestinas en Beirut, en mil novecientos noventa. ¿Fue responsable de eso? Pero eso lo hizo para los israelíes.

—Facturé precios bastante razonables —dijo Dillon.

—Alemán, español y francés fluidos… Ah, y también irlandés.

—No, eso no debemos olvidarlo.

—Un conocimiento razonable del árabe, el italiano y el ruso. —Branko cerró el expediente—. ¿Es cierto que fue usted responsable del ataque con morteros contra el número diez de Downing Street durante la guerra del Golfo, cuando John Major, el primer ministro británico, se encontraba reunido con el gabinete de guerra? [1]

—Vamos, ¿cree que yo tengo aspecto de haber hecho eso?

Branko se reclinó en el asiento y lo miró muy seriamente.

—¿Cómo se considera a sí mismo, amigo? ¿Cómo un pistolero dispuesto a dejarse contratar, como en esas viejas películas del Oeste, para entrar a caballo en la ciudad y limpiarla él solito?

—Sí quiere que le sea honesto, mayor, jamás se me había

ocurrido una cosa así.

—Y, sin embargo, ¿ha aceptado un trabajo como el del presente asunto para un puñado de aficionados bienintencionados y sin paga alguna?

—Tomos cometemos errores.

—Usted, desde luego, lo ha cometido, amigo. Esas cajas del avión. Ampollas de morfina en la parte superior, pero misiles Stinger por debajo.

—Jesús. —Dillon se echó a reír sin poderlo evitar—. Quién habría podido imaginárselo.

—Dicen que es usted un verdadero genio como actor, que es capaz de cambiar totalmente y hasta se convierte en otra persona con una sola mirada, con un solo gesto.

—No, creo que se refiere a Laurence Olivier —dijo Dillon con una sonrisa.

—Y en veinte años de carrera no ha visto todavía cómo es una celda por dentro.

—Cierto.

—Ahora ya no es así, amigo mío. —Branko abrió un cajón de la mesa, extrajo un cartón de doscientos Rothmans y se lo arrojó por encima de la mesa—. Los va a necesitar. —Miró a Zekan y dijo al servocroata—: Llévalo de nuevo a su celda.

Dillon sintió la mano del sargento sobre el hombro, que lo arrastró y lo empujó hacia la puerta. Al abrirla, Branko dijo:

—Una cosa más, señor Dillon. El pelotón de ejecución suele funcionar aquí por las mañanas. No intente que se ocupen de usted.

—Ah, sí —asintió Dillon—. Limpieza étnica, ¿no es así como lo llaman?

—La razón es mucho más sencilla que eso. Simplemente, no disponemos de espacio suficiente. Que duerma bien.

Subieron por un tramo de escalones de piedra, con Zekan empujando a Dillon por delante de él. Lo detuvo ante una puerta de roble que había en el pasillo, en lo alto, extrajo una llave y abrió la puerta. Inclinó la cabeza y se apartó para dejar paso a Dillon. La estancia era bastante grande. Había una cama del ejército en un rincón, una silla de tijera, libros en una estantería e, increíblemente, un viejo lavabo en un cubículo situado en otra esquina. Dillon se dirigió a la ventana y miró a través de los barrotes hacia el patio,

situado a veinticinco metros por debajo, y hacia el bosque de pinos, no muy lejos en la distancia. Se volvió.

—Debe de ser una de sus mejores habitaciones. ¿A qué viene todo esto?

Se dio cuenta entonces de que estaba perdiendo el tiempo, pues el sargento no entendía inglés.

Zekan, sin embargo, le sonrió mostrándole unos dientes en mal estado, como si le hubiera comprendido perfectamente. Sacó del bolsillo la pitillera de plata de Dillon y el mechero Zippo y los dejó cuidadosamente sobre la mesa. Luego se retiró, cerró la puerta y la llave crujió en la cerradura.

Dillon se acercó a la ventana y probó los barrotes, pero parecían bastante firmes. De todos modos, estaba demasiado alto. Abrió uno de los paquetes de Rothmans y encendió uno. Una cosa era segura. Branko se había mostrado excesivamente amable, y tenía que haber alguna razón que lo explicara. Se acercó a la cama y se tumbó en ella, dedicado a fumar el cigarrillo, a mirar fijamente el techo y a pensar en ello.

En 1972, consciente del creciente problema del terrorismo y de sus efectos sobre tantos aspectos de la vida, tanto a nivel político como a nivel nacional, el primer ministro británico de la época ordenó la creación de una pequeña unidad de inteligencia de elite, conocida simplemente por el nombre código de Grupo Cuatro. Tenía la misión de ocuparse de todas las cuestiones relativas al terrorismo y la subversión en las islas Británicas. Conocida con bastante amargura en los círculos más convencionales de la inteligencia como el ejército privado del primer ministro, sólo a él le debía su lealtad.

El brigadier Charles Ferguson había estado al mando del Grupo Cuatro desde su creación, había servido a una serie de primeros ministros, tanto conservadores como laboristas, y no tenía ninguna lealtad política. Disponía de un despacho situado en el tercer piso del ministerio de Defensa, desde donde se dominaba la avenida de los Horse Guards, y aquella noche todavía se hallaba trabajando en su despacho cuando alguien llamó a la puerta.

—Entre —dijo Ferguson.

Se levantó y se dirigió hacia la ventana. Era un hombre corpulento, bastante desaliñado, con una doble papada y un

revuelto cabello gris. Llevaba un traje usado y una corbata de los Guards.

Mientras miraba a través de la lluvia hacia el embarcadero Victoria y el Támesis, la puerta se abrió a su espalda. El hombre que entró debía de tener poco menos de cuarenta años, llevaba un traje de *tweed* y gafas. Podría haber sido un empleado, o incluso un maestro de escuela, pero el detective inspector Jack Lane no era ninguna de esas cosas. Era un policía. Y no se trataba de un policía ordinario, pero a pesar de todo seguía siendo un policía y después de algunas negociaciones Ferguson había logrado que la rama especial de Scotland Yard se lo prestara como ayudante personal.

—¿Tienes algo para mí, Jack? —preguntó Ferguson con un tono de voz ligeramente pastoso.

—Asuntos rutinarios, brigadier. Se dice por ahí que el director general de los servicios de seguridad continúa sintiéndose fastidiado ante la negativa del primer ministro a eliminar el estatus especial del Grupo Cuatro.

—Santo Dios, ¿es que esa gente no se cansará de intentarlo? Me he mostrado dispuesto a tenerlos informados sobre la base de su necesidad de saber, y a entrevistarme con Simon Carter, el subdirector, y con ese condenado miembro del Parlamento, el que ostenta ese título tan extravagante, ministro sin cartera en el ministerio del Interior.

—Sir Francis Pamer, señor.

—Sí, eso, eso. Pues bien, ésa es toda la cooperación que van a conseguir de mí. ¿Alguna otra cosa?

Lane sonrió.

—En realidad, señor, he reservado lo mejor para el final. Dillon. Sean Dillon.

Ferguson se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre con él?

—Recibimos una señal de nuestros contactos en Yugoslavia. Dillon se estrelló con un avión ligero esta misma mañana. Se suponía que transportaba suministros médicos, pero resultaron ser misiles Stinger. Lo retienen en ese castillo de Kivo. Está todo aquí.

Le entregó una hoja de papel y Ferguson se puso unas gafas de media luna y estudió su contenido. Asintió con satisfacción.

—Veinte años y ese bastardo jamás había estado en la celda de

una prisión.

—Pues ahora está en una de ellas, señor. Tengo aquí su expediente, por si quiere echarle un vistazo.

—¿Y por qué querría hacer eso? Ahora ya no sirve de nada a nadie. Ya sabes cómo son los serbios, Jack. Podrías meter este expediente junto con los que están en el archivo de muertos. Y ahora, ya puedes marcharte a casa.

—Buenas noches, señor.

Lane salió y Ferguson se dirigió hacia el armario donde guardaba las bebidas y se sirvió un generoso escocés.

—A tu salud, Dillon —dijo con voz suave—. Y ya puedes tragarte esa píldora, maldito bastardo.

Se bebió el *whisky* de un solo trago, regresó a su mesa de despacho y reanudó su trabajo.

2

Al este de Puerto Rico, en el Caribe, están las islas Vírgenes, parcialmente británicas, como Tortola y Virgin Gorda. Al otro lado, están St. Croix, St. Thomas y St. John, orgullosamente estadounidenses desde 1917, cuando Estados Unidos las compró al gobierno danés por veinticinco millones de dólares.

St. John tiene fama de haber sido descubierta por Colón durante su segundo viaje al Nuevo Mundo, en 1493, y no cabe la menor duda de que es, probablemente, la isla más idílica de todo el Caribe, aunque no aquella noche en que una tormenta tropical que formaba la cola del huracán *Able*, azotaba la añeja ciudad de Cruz Bay, agitaba las embarcaciones amarradas en el puerto y dejaba caer con fuerza la lluvia sobre los tejados, mientras el cielo parecía explotar con el retumbar de los truenos.

Para Bob Carney, medio dormido en la casa de Chocolate Hole, en el otro extremo de la gran bahía Cruz, aquello era como el sonido de la distante artillería. Se agitó en su sueño y, de repente, acudió a él el mismo y viejo sueño de siempre, los obuses de mortero que explotaban por todas partes, que sacudían el terreno, los gritos de los heridos y moribundos. Había perdido el casco y se había arrojado al suelo con los brazos protegiéndose la cabeza, y ni siquiera se dio cuenta de que había sido alcanzado; sólo lo supo más tarde, cuando se detuvo el ataque y se sentó. Notó dolor en los dos brazos y en las piernas a causa de las heridas de metralla, y tenía sangre en las manos. Entonces, mientras se disipaba el humo, se dio cuenta de que había otro marine, sentado contra un árbol, al que le habían desaparecido las dos piernas, por encima de las rodillas. Estaba temblando y extendía una mano como si implorara ayuda; Carney emitió un grito de horror y se sentó de golpe en la cama, ahora totalmente despierto.

El mismo viejo y asqueroso sueño, en Vietnam, y de eso hacía ya mucho tiempo. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y miró su reloj. Sólo eran las dos y media. Suspiró, se levantó, se desperezó

un momento y atravesó la casa a oscuras, hacia la cocina, donde encendió la luz y sacó una botella de cerveza de la nevera.

Estaba muy bronceado, con el pelo rubio claro debido a la exposición regular al sol y al mar. De uno setenta y cinco de estatura, tenía un cuerpo atlético, nada sorprendente en un hombre que había sido capitán de barco y que era ahora un submarinista profesional. Tenía cuarenta y cuatro años de edad, aunque la mayoría de la gente le habría quitado siete u ocho años a juzgar por su aspecto.

Cruzó el salón y abrió la ventana que daba a la terraza. La lluvia goteaba desde el tejado, y hacia el mar restallaban los relámpagos. Tomó un nuevo sorbo de cerveza y luego dejó la lata y cerró la ventana. Sería mejor intentar dormir un poco más. A las nueve y media tenía que acompañar a un grupo de submarinistas recreativos de Caneel Bay, lo que significaba que necesitaba disponer de todo su ingenio, además de su considerable experiencia profesional.

Al cruzar de nuevo el salón se detuvo para tomar una foto enmarcada de su esposa, Karye, y de sus dos hijos pequeños, el muchacho, Walker, y la pequeña Wallis. Justo el día anterior habían salido para Florida para pasar unas vacaciones con sus abuelos, lo que le dejaba a él solo durante todo un mes. Sonrió secamente; sabía lo mucho que les echaría de menos. Pensaba en ellos cuando regresó a la cama.

En ese mismo momento, en su casa situada al borde de Cruz Bay, en Gallows Point, Henry Baker se hallaba sentado en su despacho, dedicado a leer a la única luz de una lámpara de mesa. Había dejado abierta la puerta que daba a la terraza porque le gustaba la lluvia y el olor del mar. Eso le animaba, le hacía retroceder a los tiempos de su juventud y a sus dos años de servicio en la Marina, durante la guerra de Corea. Había logrado ser teniente, había sido condecorado con la estrella de Bronce, y habría podido seguir la carrera militar. En realidad, desearon que lo hiciera así, pero tenía que considerar el negocio editorial de la familia, las responsabilidades y la chica con la que había prometido casarse.

Teniendo en cuenta todas las cosas, no había sido una mala vida. No tuvieron hijos, pero él y su esposa se habían sentido felices hasta que el cáncer se la llevó cuando ella tenía cincuenta años. A partir de entonces, había perdido interés por el negocio, y se sintió

contento de aceptar esa clase de acuerdo correcto para vender el negocio, de modo que terminó como un hombre muy rico y sin raíces a los cincuenta y ocho años.

Le salvó una visita que hizo a St. John. Se había alojado en Caneel Bay, el fabuloso lugar vacacional, con sus propios terrenos privados al norte de la península de Cruz Bay. Fue allí donde se aficionó al submarinismo, inducido por Bob Carney, hasta que la afición terminó por convertirse en una verdadera obsesión. Vendió entonces su casa en los Hampton, se trasladó a St. John, y compró la casa donde ahora vivía. Su vida, a los sesenta y tres años, era totalmente satisfactoria y le parecía que valía la pena, aunque Jenny también había tenido algo que ver con eso.

Tendió la mano para tomar su fotografía. Jenny Grant, de veinticinco años de edad, con un rostro muy sereno, unos ojos grandes por encima de unos pómulos altos, el pelo moreno y corto; había un cierto cansancio en aquellos ojos, como si esperara lo peor, lo que no resultaba nada sorprendente si Baker recordaba la primera vez que la vio en Miami, cuando ella se le ofreció en un aparcamiento, temblándole el cuerpo a causa de la falta de drogas que tanto necesitaba.

Cuando ella se derrumbó, él mismo la llevó al hospital, garantizó personalmente la financiación necesaria para hacerla pasar por una unidad de rehabilitación de drogadictos, y le apoyó durante todo el tiempo, porque no tenía a nadie más con quien pudiera contar. Fue la historia habitual. Era una huérfana que había sido criada por una tía y que la echó de casa a los dieciséis años. Una bonita voz le había permitido ir ganándose la vida cantando en salones y cócteles, hasta que apareció el hombre equivocado para ella, y se iniciaron las malas compañías y el deslizamiento hacia abajo.

La llevó consigo a St. John para ver si el mar y el sol podían hacer algo. La idea había funcionado a la perfección, sobre una base perfectamente platónica. Él era como el padre que ella nunca había conocido, y ella la hija que a él se le había negado. Le había comprado una cafetería y bar en Cruz Bay, frente al mar, un local que ahora se llamaba

Jenny’s

Place. Había resultado ser un gran éxito. La vida no podía ser mejor

y él siempre la esperaba. Fue precisamente en ese momento cuando oyó el *jeep* que entraba por el camino de acceso a la casa. Oyó el sonido de la puerta del porche y ella entró riendo, con una gabardina echada sobre los hombros. La tiró sobre una silla, se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla.

—Dios mío, ahí fuera llueve como si estuviéramos en zona de monzones.

—Mañana habrá despejado, ya lo verás. —La tomó de la mano —. ¿Buena noche?

—Mucho —asintió ella—. Unos pocos turistas procedentes del Caneel y del Hyatt. Me siento agotada.

—Yo, en tu lugar, me metería en la cama. Ya son casi las tres de la madrugada.

—¿Estás seguro de que no te importa?

—Pues claro que no. Es posible que vaya a bucear por la mañana, pero regresaré antes de la tarde. Si te echo de menos, iré a tomar una café a la hora del almuerzo.

—Desearía que no bucearas tú solo.

—Jenny, soy un buceador deportivo. No necesito descompresión, porque trabajo dentro de los límites, exactamente cómo me enseñó a hacer Bob Carney, y nunca lo hago sin mi computadora Marathon de buceo, lo sabes muy bien.

—También sé que siempre que lo haces se corre el riesgo de que la descompresión te afecte de alguna forma.

—Cierto, pero ese riesgo es muy pequeño. —Le apretó la mano —. Y ahora deja de preocuparte y acuéstate.

Ella le besó en lo alto de la frente y salió. Él regresó a su libro, que llevó hasta el sofá situado junto a la ventana, donde se tumbó cómodamente. No parecía necesitar dormir mucho en estos últimos tiempos; se imaginaba que ése era uno de los castigos de hacerse viejo, pero al cabo de un rato se le empezaron a cerrar los ojos y se quedó dormido. El libro se le deslizó de entre las manos y cayó al suelo.

Se despertó con un sobresalto. La luz penetraba por entre las persianas. Permaneció tumbado un momento y luego comprobó el reloj. Eran poco más de las cinco. Se levantó y salió a la terraza. Ya había amanecido, la luz rompía sobre el horizonte. Todo estaba extrañamente quieto y el mar parecía extraordinariamente

tranquilo, algo que tendría que ver con el hecho de que ya hubiera pasado el huracán. Un tiempo perfecto para bucear, absolutamente perfecto.

Se sintió alegre y excitado al mismo tiempo. Se encaminó presuroso a la cocina, puso la cafetera y se preparó unos bocadillos de queso mientras hervía el agua. Llenó un termo con café, lo puso en la bolsa, junto con los bocadillos y tomó el chaquetón de detrás de la puerta.

Le dejó el *jeep* a Jenny y bajó caminando hacia el puerto. Estaba todo muy tranquilo, no había casi nadie a la vista y un perro ladró en la distancia. Descendió al bote hinchable amarrado al muelle, lo apartó, puso en marcha el motor fuera borda y avanzó sorteando los numerosos barcos, hasta llegar al suyo, el *Rhoda*, llamado así en recuerdo de su esposa; era un Sport Fisherman de treinta y cinco pies, con un puente voladizo.

Subió a bordo, amarró el bote hinchable a una larga cuerda y comprobó el estado de la cubierta. Tenía cuatro botellas de aire, de pie en sus contenedores, que él mismo había preparado el día anterior. Abrió la tapa del armario de cubierta y comprobó su equipo. Había un traje de buceo de goma y nailon, que raras veces utilizaba, pues prefería el más ligero tres cuartos de color naranja y azul. Aletas, máscara y una de repuesto porque las lentes eran correctivas, según su prescripción ocular, dos chaquetas de flotación, guantes, reguladores de aire y su computadora Marathon.

—La formación de Carney nunca deja nada al azar —se dijo suavemente.

Se dirigió después hacia la proa y desenganchó el barco de la boya; después, subió la escalerilla de acceso al puente voladizo y puso en marcha los motores. Sacó al *Rhoda* del puerto y lo dirigió hacia el mar abierto con un consciente placer.

Para bucear, podía elegir entre todos sus lugares favoritos, el Cow & Calf, Carval Rock, Congo, y el Eagle Shoal si deseaba hacer un trayecto más largo. La semana anterior se había encontrado allí con un tiburón, pero el mar estaba tan tranquilo que se limitó a salir a la superficie. Siempre podía dirigirse hacia el cabo del Francés, al suroeste, a unos doce o catorce kilómetros, pero en esta ocasión prefirió seguir avanzando hacia el sur, con el *Rhoda* a quince nudos. Se sirvió un poco de café y sacó los bocadillos.

Ahora, el sol ya estaba alto, el mar mostraba un azul perfecto, los picos de las islas se elevaban en la distancia, a su alrededor; era una vista muy hermosa. Nada podía ser mejor que aquello.

—Dios mío —se dijo en voz baja—. Es un verdadero privilegio estar aquí. ¿Qué demonios he estado haciendo con mi vida durante todos estos años?

Se dejó arrastrar por una especie de ensoñación, reflexionando melancólicamente sobre las cosas y transcurrió una buena media hora antes de que saliera repentinamente de ella y decidiera comprobar su posición.

—Santo Dios —exclamó—, debo de haberme alejado por lo menos dieciséis kilómetros.

Lo que lo situaba cerca del límite de seguridad, un lugar terrible, donde el fondo descendía simplemente en picado y había casi setecientos metros hasta el fondo, a excepción de Punta del trueno, y él sabía que eso debía de estar cerca, en alguna parte. Pero nadie buceaba nunca por allí, el arrecife más peligroso de toda la región. Ni siquiera Carney lo hacía. Había corrientes muy fuertes y un mundo de pesadilla, hecho de fisuras y canales. Carney le había dicho que varios años antes un viejo buceador *se* lo había descrito. A un lado del arrecife había una profundidad de sesenta metros, mientras que al otro lado era de dos mil cuatrocientos. El pobre viejo había tenido graves problemas, apenas si logró llegar a la superficie y ya no volvió a intentarlo. De todos modos, pocos eran los que sabían dónde estaba y el mar por esta zona solía ser tan turbulento que eso, por sí mismo, era suficiente para mantener alejado a cualquiera; pero no hoy: el mar estaba hoy como una balsa de aceite. Baker nunca había visto nada igual. Una repentina excitación se apoderó de él mientras encendía el sonar acústico, buscaba el fondo, moderaba la marcha de los motores. Entonces lo vio, en forma de arrugadas líneas amarillentas sobre la pantalla.

Apagó los motores y se dejó llevar por la corriente, sin dejar de comprobar la lectura de profundidad, hasta que estuvo seguro de hallarse sobre el borde del acantilado, que se extendía a veinticinco metros por debajo. Se dirigió hacia la proa y dejó caer el ancla. Al cabo de un momento notó que mordía satisfactoriamente en el fondo y regresó al puente. Se sintió increíblemente alegre mientras se desnudaba y se ponía el traje de buceo de nailon naranja y azul;

luego, reunió con rapidez el equipo y colocó una botella de oxígeno sobre el chaleco inflable. Ató la computadora a la línea del regulador de presión de aire y luego se colocó el chaleco, junto con el peso de la botella, ajustándose el cierre velcro con firmeza alrededor de la cintura y colgó la bolsa de red de buceo del cinturón de plomo, como hacía siempre, con un foco auxiliar por si se encontraba con algo interesante. Se puso un par de guantes de buceo y después se sentó con los pies sobre la plataforma de la popa y se puso las aletas. Escupió sobre la mascarilla, la limpió, se la ajustó a la cara y luego, simplemente, se levantó y saltó de pie al agua.

Estaba todo increíblemente claro y azul. Nadó alrededor del barco, hacia la cuerda del ancla, se detuvo un momento y miró hacia abajo, siguiendo la cuerda. La sensación de flotar en el espacio era extraña, como siempre, como si se encontrara en un mundo silencioso y privado, en el que al principio notaba la luz del sol, aunque ésta se fue desvaneciendo a medida que descendía.

El arrecife donde había quedado enganchada el ancla era un bosque de coral y algas, con peces de cualquier característica concebible; y, de repente, una barracuda que se hallaba a menos de dos metros de distancia efectuó un viraje repentino a través de su visión y se detuvo, volviéndose amenazadoramente hacia él, lo que no preocupó a Baker lo más mínimo, porque las barracudas raras veces representaban un peligro para nadie.

Comprobó su computadora de buceo. No sólo le indicaba la profundidad a la que se encontraba, sino que también cuánto tiempo de seguridad le quedaba y alteraba constantemente sus lecturas, de acuerdo con cualquier cambio de profundidad que él efectuara durante el buceo. Se encontraba ahora a veinticinco metros de profundidad y se volvió para dirigirse hacia la derecha, allí donde el arrecife descendía hasta los sesenta metros. Se dirigió hacia el borde, pero entonces cambió de idea y volvió a subir. Resultaba extraño lo mucho que tres o cinco metros suplementarios eran capaces de reducir el tiempo que podía permanecer en el fondo.

Había una corriente razonablemente fuerte, y él notaba que le empujaba hacia un lado. Se imaginó cómo debería ser aquello con malas condiciones de la mar, pero que lo condenaran si dejaba de

echar un vistazo al gran acantilado de caída libre. En aquella zona el borde del arrecife estaba muy claramente definido. Se detuvo; sujetándose a un coral y miró hacia el otro lado, en dirección al acantilado de cara a una enorme bóveda azul que se extendía hacia el infinito. Pasó al otro lado, descendió a veintisiete metros y empezó a abrirse camino.

Era interesante. Observó los grandes daños sufridos por el coral, del que grandes trozos se habían visto evidentemente arrancados recientemente, lo más probable como resultado del huracán, aunque aquí se encontraban en una línea de falla y los terremotos también eran corrientes. A alguna distancia, por delante, había una sección muy evidente de la que se había desprendido lo que parecía toda una proyección de la masa coralina; ello había dejado al descubierto una amplia plataforma situada por debajo. Y allí había algo, como colgado sobre la plataforma, aunque con una parte colgando sobre las profundidades. Baker se detuvo un momento y luego se aproximó con precaución.

Fue entonces cuando experimentó no sólo la mayor emoción de toda su carrera como buceador, sino la mayor conmoción de su larga vida. El objeto presionado sobre la plataforma y que colgaba parcialmente sobre setecientos metros de agua, era un submarino. Durante su servicio naval, mientras estuvo destinado a las Filipinas, Baker había realizado un curso de entrenamiento en un submarino. No fue gran cosa, simplemente una parte más del entrenamiento general, pero recordaba las conferencias, las películas de formación que tuvieron que ver, principalmente cosas relacionadas con la Segunda Guerra Mundial. Gracias a eso, ahora reconoció instantáneamente lo que tenía delante. Era un

U-Boot

del tipo VII, el submarino más corriente de su clase utilizado por la *Kriegsmarine*, su configuración era inconfundible. La torreta se hallaba cubierta de incrustaciones marinas, pero al aproximarse todavía pudo distinguir el número que llevaba pintado en el costado, el 180. Los periscopios de ataque y de la sala de control permanecían todavía intactos, y había un *snorkel*. Recordó haber oído decir que los alemanes lo habían introducido gradualmente a medida que avanzaba la guerra. Se trataba de un artilugio que permitía al submarino continuar su viaje bajo el agua con el uso de

la energía de sus motores diésel, en lugar de hacerlo con las baterías. Aproximadamente dos terceras partes del submarino descansaban sobre la plataforma, con la proa asomada al espacio de las profundidades.

Levantó la mirada, consciente de la presencia de un banco de lucios con los costados plateados por encima de su cabeza. Luego descendió hasta lo alto de la torreta y se agarró al cairel de antepecho del puente. A popa se veía la plataforma elevada del cañón de 20 milímetros, y más adelante, por debajo de él, estaba la ametralladora de cubierta, incrustada de esponjas y corales de muchos colores, como la mayor parte de la superficie.

El submarino se había convertido en un hábitat, como sucede con todos los restos de naufragios; había peces por todas partes, gallos de cola amarilla, peces ángel y escaros, sargentos mayores y otros muchos. Comprobó su computadora. Sobre el puente se encontraba a una profundidad de veinticinco metros, y sólo le quedaban un máximo de veinte minutos antes de que tuviera que regresar a la superficie.

Se dejó arrastrar un poco por la corriente para echar un buen vistazo al submarino. Evidentemente, el alero que se había desprendido recientemente había proporcionado durante años como una especie de entoldado al buque naufragado, protegiéndolo de la vista, y eso, junto con el hecho de que se tratara de un lugar poco visitado, había sido suficiente. Todo el mundo sabía que los submarinos alemanes habían recorrido la zona durante la Segunda Guerra Mundial. Había conocido a un viejo marino que siempre insistió en que las tripulaciones desembarcaban por la noche en las costas de St. John en busca de fruta fresca y agua, aunque a Baker siempre le había resultado difícil creérselo.

Se quedó suspendido sobre el costado de estribor y se dio cuenta inmediatamente de cuál había sido el problema al ver un gran boquete tortuoso de unos cinco metros de longitud que recorría el casco justo por debajo de la torreta. Los pobres bastardos tenían que haber caído como una piedra hacia el fondo. Descendió, agarrándose a un borde afilado de coral incrustado, y miró hacia el interior de la sala de control. Allí dentro estaba todo oscuro y tenebroso, con grandes bancos de pequeños peces plateados. Extrajo el faro de la bolsa de buceo, lo encendió y dirigió el rayo de luz

hacia el interior. Se veían con claridad las barras de los periscopios, igualmente incrustadas, como todo lo demás, pero el resto era una confusión de metal retorcido, hilos y tuberías. Comprobó su computadora, vio que le quedaban todavía quince minutos, vaciló un instante y finalmente se introdujo en el submarino.

Las puertas estancas de popa y proa estaban cerradas, pero ésa era una práctica habitual cuando las cosas se ponían feas. Probó la rueda de abertura de la escotilla de proa, pero era inamovible, totalmente oxidada. Había algunas botellas de oxígeno, hasta una cinta de alguna clase de munición y, lo más patético de todo, unos pocos huesos humanos en el sedimento del suelo. Era extraño que todavía quedaran aquellos restos después de tantos años.

De repente, sintió frío. Se vio a sí mismo como un intruso que no tenía derecho a estar allí. Se volvió, dispuesto a salir y entonces el foco de luz le permitió distinguir una manija en un rincón, muy parecida al mango de una maleta. Tendía la mano hacia el objeto, el sedimento se agitó y se encontró agarrando un pequeño maletín hecho de alguna clase de metal, incrustado como todo lo demás. Era más que suficiente. Volvió a salir por el desgarrón del casco, se elevó por encima del borde del arrecife y se dirigió a buscar el ancla.

Llegó a la superficie cuando todavía le quedaba una reserva suficiente para cinco minutos. «Estúpido bastardo», se dijo a sí mismo; después de una oportunidad como aquella y había ascendido ateniéndose a las normas, a una velocidad de un pie por segundo, guiándose a lo largo de la cuerda con una mano mientras que con la otra sostenía el maletín. Abandonó la cuerda cuando se encontraba a seis metros de la superficie, nadó bajo el barco y salió a la superficie por la popa.

Empujó el maletín a bordo y se desembarazó del equipo, que era siempre la peor parte de todo. «Te estás haciendo viejo, Henry», se dijo a sí mismo mientras subía la escalerilla y se volvió para subir a bordo el chaleco flotador y la botella de oxígeno.

Realizó esfuerzos por hacerlo todo lo más normal posible, guardó la botella en su lugar y repasó el equipo según su rutina habitual. Se secó con una toalla, se puso luego los pantalones vaqueros y una camisa limpia, ignorando durante todo ese tiempo el maletín. Abrió el termo y se sirvió algo de café; luego se dirigió

hacia la popa y se acomodó en una de las sillas giratorias mientras tomaba el café y observaba fijamente el maletín incrustado de coral. Las incrustaciones de coral eran bastante superficiales. Sacó un cepillo de alambre de su caja de herramientas y lo aplicó vigorosamente; se dio cuenta enseguida de que el maletín estaba hecho de aluminio. Al aclararse la superficie, distinguió el águila y la esvástica de la *Kriegsmarine* alemana grabadas en la esquina superior derecha. El maletín estaba cerrado con dos grapas y una cerradura. Las grapas se levantaron con bastante facilidad, pero la tapa permaneció obstinadamente cerrada, evidentemente con llave, lo que le dejaba muy pocas alternativas. Encontró un destornillador grande, lo aplicó justo por encima de la cerradura y pudo abrir la tapa al cabo de unos momentos de esfuerzo. El interior estaba totalmente seco; contenía unas pocas fotografías y varias cartas sujetas juntas con una banda de goma. También había un gran diario con tapas de cuero rojo marroquí grabado con una insignia de oro de la *Kriegsmarine*.

Las fotografías correspondían a una mujer joven y dos niñas pequeñas. Había una fecha en el dorso de una de ellas, al principio de un párrafo escrito a mano en alemán, la del 8 de agosto de 1944. El resto no tenía sentido para él, puesto que no entendía el idioma. También había una foto desvaída de un hombre con uniforme de la *Kriegsmarine*. Parecía tener unos treinta años de edad y lucía una serie de medallas, incluida la Cruz de Caballero colgada del cuello. Debía de haber sido alguien especial, un verdadero as a juzgar por su aspecto.

El diario también estaba escrito en alemán. La primera entrada llevaba fecha del 30 de abril de 1945 y reconoció el nombre, Bergen, pues sabía que era un puerto en Noruega. En la hoja de la guarda había escrito algo que sí entendió. *Korvettenkapitän* Paul Friemel,

U-180

, evidentemente el capitán y autor de este diario.

Baker hojeó las páginas, totalmente frustrado al ser incapaz de descifrar nada de lo que decían. Había en total unas veintisiete acotaciones, a veces de hasta una página para cada día, e incluso más. En algunas ocasiones se incluía una anotación para indicar la posición y tuvo poca dificultad para ver, a juzgar por aquellas

anotaciones, que el viaje había llevado al submarino al Atlántico y hacia el sur, en dirección al Caribe.

Lo más extraño de todo era el hecho de que la anotación final llevaba fecha del 28 de mayo de 1945, y eso no tenía mucho sentido. Henry Baker tenía dieciséis años de edad cuando terminó la guerra en Europa y recordaba los acontecimientos de aquellos días con una sorprendente claridad. Los rusos habían llegado a Berlín y reducido la capital a un verdadero infierno en la tierra, y Adolf Hitler, atrapado en el *Führerbunker*, en la cancillería del Reich, se había suicidado el 1 de mayo a las 22:30 horas, junto con Eva Braun, que era su esposa desde hacía sólo unas pocas horas. Ese fue el final efectivo del Tercer Reich, al que pronto siguió la capitulación. Si eso era así, ¿qué demonios estaba haciendo el
U-180
en las islas Vírgenes, con una entrada final en el diario que llevaba fecha del 28 de mayo?

Si al menos supiera alemán…, pero lo más frustrante de todo era que no conocía a nadie en St. Paul que supiera ese idioma. Por otro lado, de haberlo conocido, ¿se habría atrevido a compartir tal secreto? De una cosa podía estar seguro: si se difundía la noticia de la existencia del submarino y el lugar donde se encontraba, no tardaría en haber una invasión al cabo de pocos días.

Volvió a hojear las páginas, y se detuvo de repente y volvió de nuevo a la página anterior. Un nombre le había llamado la atención. *Reichsleiter Martin Bormann*. Baker experimentó una intensa excitación. Martin Bormann, el jefe de la cancillería del partido nazi y secretario del Führer. ¿Había escapado finalmente del búnker, o había muerto al tratar de escapar de Berlín? ¿Cuántos libros se habían escrito sobre eso?

Pasó las páginas al azar y otro nombre captó su atención, él del *duque de Windsor*. Baker se quedó mirando fijamente la página durante un rato, con la garganta seca. Finalmente, cerró el diario muy cuidadosamente y lo volvió a dejar en el maletín, junto con la carta y las fotos. Cerró la tapa, dejó el maletín en la caseta del timón y puso en marcha los motores. Luego, fue a subir el ancla.
Fuera lo que fuese, se trataba de algo importante, tenía que serlo. Había descubierto un
U-Boot

que se había hundido en las islas Vírgenes tres semanas después del final de la guerra en Europa, un diario íntimo del capitán en el que se mencionaba al hombre más poderoso de la Alemania nazi después de Hitler, así como al duque de Windsor.

—Dios mío, ¿qué me he encontrado aquí? —murmuró para sí.

Podía acudir a las autoridades, naturalmente, a la Guardia Costera, por ejemplo, pero el descubrimiento había sido suyo, ése era el problema, y no estaba dispuesto a renunciar a eso. Pero no sabía qué demonios hacer a continuación. Fue entonces cuando se le ocurrió y lanzó una risotada.

—Garth Travers, claro.

Se levantó para poner los motores a toda máquina y regresar rápidamente a St. John.

En 1951, como teniente de la Marina de Estados Unidos, Baker había sido nombrado oficial de enlace con el destructor *Persephone*, de la Marina Real Británica. Fue entonces cuando conoció a Garth Travers, un oficial artillero. Travers seguía una carrera rápida, había obtenido un título en historia en la universidad de Oxford y los dos jóvenes oficiales entablaron una firme amistad, cimentada tras haber pasado cinco horas en el agua, en una noche oscura, frente a la costa coreana, durante las que se sostuvieron el uno al otro después de que chocara contra una mina la lancha de desembarco en la que se disponían a realizar una incursión nocturna con comandos británicos.

Travers había conseguido grandes cosas en su carrera y se había jubilado con el grado de contraalmirante. Desde entonces había escrito varios libros sobre los aspectos navales de la Segunda Guerra Mundial, había traducido del alemán una obra estándar sobre la *Kriegsmarine*, que la editorial de Baker había publicado en el último año que él estuvo al frente de la empresa. Travers era el hombre adecuado, no tenía la menor duda al respecto.

Ahora ya se encontraba muy cerca de St. John y vio otro Sport Fisherman que se dirigía hacia él. Reconoció el *Sea Raider*, el barco de Bob Carney. Aminoró la velocidad, viró hacia él, y Baker también aminoró la marcha. En la popa había cuatro personas, vestidas para bucear: tres mujeres y un hombre. Bob Carney estaba sobre el puente voladizo.

—Buenos días, Henry —le gritó—. Has salido temprano. ¿Dónde

has estado?

—En el cabo del Francés.

A Baker no le gustaba mentirle a un amigo, pero no le quedaba otra alternativa.

—¿Hay buenas condiciones?

—Excelentes. Aquello está como una balsa de aceite.

—Estupendo. —Carney le sonrió y le saludó con la mano—. Cuídate, Henry.

Él *Sea Raider* se alejó y Baker volvió a poner los motores a toda máquina y se dirigió hacia Cruz Bay.

Al llegar a casa se dio cuenta enseguida de que Jenny no estaba porque no vio el *jeep* por ninguna parte. Consultó su reloj. Eran las diez. Algo tenía que haber sucedido para hacerla salir tan temprano. Entró en la cocina, sacó una cerveza de la nevera y se dirigió a su despacho, con el maletín en una mano. Lo dejó sobre la mesa y repasó la libreta de teléfonos con una mano mientras tomaba la cerveza con la otra. Pronto encontró lo que buscaba y volvió a consultar su reloj. Eran las diez y diez, lo que significaba que debían de ser las tres y diez de la tarde en Londres. Tomó el teléfono y marcó el número.

En Londres estaba lloviendo intensamente; la lluvia golpeteaba contra las ventanas de la casa situada en Lord North Street, donde el contraalmirante Garth Travers se hallaba sentado en una silla junto al fuego, en su despacho cubierto de libros, dedicado a disfrutar de una taza de té y a leer el *Times*. Cuando sonó el teléfono hizo una mueca de disgusto, pero se levantó y se dirigió hacia la mesa.

—¿Con quién hablo?

—¿Garth? Soy Henry… Henry Baker.

Travers se sentó tras la mesa.

—Santo Dios, Henry, viejo truhán. ¿Estás en Londres?

—No, te llamo desde St. John.

—Pues suena como si estuvieras en la habitación de al lado.

—Garth, tengo un problema, y pensé que tú podrías ayudarme. He descubierto un

U-Boot

.

—¿Qué has descubierto…, qué?

—Un U-Boot, como te lo estoy diciendo, aquí mismo, en las Vírgenes, en un arrecife de coral a unos veinticinco metros de profundidad. Uno ochenta es el número que ostentaba en la torreta. Es de los del tipo siete.

La propia animación de Travers fue extremada.

—No voy a preguntarte si has estado bebiendo. Pero ¿cómo es que no lo han descubierto antes?

—Garth, hay cientos de buques naufragados en estas aguas. No conocemos ni la mitad de los que hay. Está en un lugar bastante feo, muy peligroso. Nadie suele bajar en esas aguas. La mitad se encuentra sobre una plataforma que estaba protegida por una especie de plataforma de coral, o eso es lo que supongo. La configuración del arrecife ha sufrido graves daños. Acabamos de sufrir un huracán por aquí.

—¿Y en qué condiciones está?

—Había un gran boquete en el casco, y me las arreglé para entrar en la sala de control. Allí encontré un maletín, algo estanco, hecho de aluminio.

—¿Con una insignia de la *Kriegsmarine* grabada en la esquina superior derecha?

—¡En efecto!

—Eso es algo corriente; es un maletín a prueba de fuego, de agua y esa clase de cosas. ¿Cuál dijiste que era el número, uno ochenta? Espera un momento y echaré un vistazo. Tengo en mis estanterías un libro donde están las listas de todos los

U-Boot

encargados por la *Kriegsmarine* durante la guerra y se indica lo que les sucedió.

—De acuerdo.

Baker esperó pacientemente hasta que Travers regresó al teléfono.

—Tenemos un problema, viejo amigo. ¿Estás seguro de que era del tipo siete?

—Absolutamente.

—Bueno, el problema consiste en que el uno ochenta era del tipo nueve, fue enviado a Japón desde Francia en agosto del cuarenta y cuatro, con suministros técnicos. Se hundió en el golfo de Vizcaya.

—¿De veras? —preguntó Baker—. Está bien, a ver qué te parece esto. En ese maletín he descubierto el diario personal de un tal *Korvettenkapitän* Paul Friemel, y la última anotación lleva fecha del veintiocho de mayo de mil novecientos cuarenta y cinco.

—Pero el día de la Victoria en Europa fue el ocho de mayo —replicó Travers.

—Exactamente, de modo que…, ¿qué tenemos aquí? Un submarino alemán con una numeración falsa que se hunde en las Vírgenes tres semanas después del final de la sangrienta guerra.

—Desde luego, es bastante intrigante —dijo Travers.

—Pero todavía no has oído lo mejor de todo, amigo. ¿Recuerdas todas esas historias que aseguraban que Martin Bormann había escapado de Berlín?

—Desde luego.

—Bueno, yo no sé leer alemán, pero estoy seguro de que puedo leer su nombre, y está aquí mismo, en el diario. Y ahora viene otra pequeña sorpresa para ti. También aparece anotado el nombre del duque de Windsor.

Travers se aflojó la corbata y respiró profundamente.

—Henry, amigo mío, tengo que ver ese diario.

—Sí, eso es lo que yo pensaba también —asintió Baker—. El vuelo nocturno de la British Airways sale de Antigua hacia las ocho de la noche, hora local. Creo que podré tomarlo. La última vez que tomé ese vuelo llegué al aeropuerto de Gatwick a las nueve de la mañana. Quizá puedas ofrecerme un buen desayuno, aunque sea algo tarde.

—Esperaré con ansia a que llegue ese momento —dijo Travers antes de colgar el teléfono.

La Asociación Profesional de Instructores de Buceo, de la que Henry era miembro certificado, tenía normas muy estrictas acerca de volar después de haber buceado. Comprobó su libro de normas y descubrió que debería esperar por lo menos cuatro horas después de una inmersión sin descompresión a veinticinco metros. Eso le dejaba tiempo suficiente para efectuar el viaje, sobre todo si no volaba hasta Antigua hasta la tarde, que era lo que tenía intención de hacer.

Primero llamó a las oficinas de la British Airways en San Juan.

Sí, tenían asiento en la cabina de primera clase del vuelo 252 de

la
BA
, que despegaría de Antigua a las 20:10 horas. Hizo la reserva y les dio el número de una de sus tarjetas oro. A continuación llamó a Carib Aviation, en Antigua, una empresa de taxi aéreo que ya había utilizado en otras ocasiones. Sí, se sentían contentos de poder aceptar el vuelo chárter. Enviarían a St. Thomas uno de sus Partenavias a primeras horas de la tarde. Si el viaje de regreso a Antigua lo iniciaban a las cuatro treinta, estarían allí a las seis de la tarde como mucho.

Después se sentó, agradecido. Había contratado también un taxi acuático que le llevaría a Charlotte Amalie, la ciudad principal de St. Thomas. Cuarenta minutos, eso sería todo lo que necesitaría, y luego otros quince como máximo para llegar en taxi al aeropuerto. Disponía de bastante tiempo para hacer la maleta y prepararse, pero antes tenía que ver a Jenny.

Esta vez, cuando bajó a Cruz Bay, el paseo marítimo estaba atestado de gente. Era una ciudad pequeña y pintoresca, totalmente encantadora y gobernada muy a la ligera, como suele suceder en la mayoría de puertos del Caribe. Baker se había enamorado de este lugar desde el primer momento que lo conoció. Tenía todo aquello que uno podía soñar. Solía bromear diciendo que lo único que le faltaba era Humphrey Bogart con una gorra de marino y pantalones de dril pilotando un barco que partiera del puerto en misiones misteriosas.

El Jenny's Place se hallaba algo al fondo de la calle, justo antes de Mongoose Junction. Unos escalones conducían a la terraza y había un letrero de neón por encima de la puerta. El interior estaba frío y envuelto en sombras, con dos grandes ventiladores girando, colgados del bajo techo. Había varios reservados contra la pared, y unas cuantas mesas de mármol desparramadas sobre un suelo de baldosas negras y blancas. Había taburetes altos ante la larga barra de caoba, botellas en estanterías de cristal, apoyadas contra la pared del fondo, que también era de cristal. Un hombre negro, corpulento y atractivo, con el cabello encanecido, se dedicaba a limpiar vasos. Era Billy Jones, el barman. Mostraba alrededor de los ojos el tejido cicatricial, así como la nariz ligeramente aplastada del boxeador profesional. Su esposa, Mary, era la directora.

—Hola, señor Henry —le saludó con una sonrisa—. ¿Busca a Jenny?

—Así es.

—Bajó al paseo con Mary para elegir el pescado para esta noche. No tardarán mucho en llegar. ¿Quiere que le prepare algo?

—Sólo café, Billy. Lo tomaré fuera.

Se sentó en una silla de bambú, en la terraza, y se dedicó a tomar el café y a pensar en las cosas que habían ocurrido. Estaba tan sumido en sus propios pensamientos que no se dio cuenta de la presencia de las dos mujeres, que se acercaron a él, hasta que casi estuvieron a su lado.

—¿Ya has vuelto, Henry?

Levantó la mirada y encontró a Jenny y a Mary Jones que subían los escalones. Mary le deseó buenos días y entró en el local, Jenny se sentó sobre la barandilla. Mostraba una figura delgada, embutida en una camiseta y unos vaqueros azules. Frunció el ceño al observarle.

—¿Ocurre algo malo?

—Tengo que ir a Londres —le dijo.

—¿A Londres? ¿Cuándo?

—Esta misma tarde.

La expresión de preocupación que había en su rostro se hizo más intensa. Se levantó y se sentó a su lado.

—¿Qué sucede, Henry?

—Ha ocurrido algo esta mañana, mientras estaba buceando. Algo extraordinario. He descubierto un naufragio a unos veinticinco metros de profundidad.

—Condenado tonto —exclamó ella enojada—. Mira que bucear a esa profundidad, tú solo y a tu edad. ¿Dónde ocurrió eso?

Aunque no solía bucear en serio, ocasionalmente practicaba la inmersión y conocía la mayoría de lugares donde se hacía. Él vaciló un momento antes de contestar, no sólo porque sabía que ella se enfadaría mucho al saber que había buceado en un lugar como Punta del trueno y no era del todo porque no confiara en ella.

Simplemente, no deseaba decirle a nadie, al menos por el momento, el lugar exacto donde había localizado el submarino, al menos hasta que hubiera visto a Garth Travers.

—Lo único que puedo decirte, Jenny, es que he descubierto un

submarino alemán de mil novecientos cuarenta y cinco.

—¡Dios mío! —exclamó ella abriendo mucho los ojos.

—Conseguí entrar en su interior y descubrí un maletín de aluminio perfectamente estanco. En su interior encontré el diario del capitán. Está escrito en alemán, que no entiendo, pero descubrí un par de nombres que sí pude reconocer.

—¿Como cuáles?

—Martin Bormann y el duque de Windsor.

—Henry, ¿qué está sucediendo? —preguntó ella con aspecto ligeramente aturdido.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí. —Le tomó de la mano—. ¿Recuerdas a ese viejo amigo inglés, el contraalmirante Travers?

—¿Aquél con el que serviste en la guerra de Corea? Claro, tú mismo me lo presentaste hace un par de años, cuando estuvimos en Miami y él estaba de paso.

—Le he llamado por teléfono hace un rato. Tiene toda clase de información sobre la *Kriegsmarine* alemana. Comprobó los datos del submarino. Es el uno ochenta, eso es lo que aparecía pintado en la torreta, pero resulta que el uno ochenta fue un tipo de submarino diferente, y se hundió en el golfo de Vizcaya en mil novecientos cuarenta y cuatro.

Ella sacudió la cabeza, extrañada.

—Pero ¿qué significa todo esto?

—Durante muchos años se han contado historias sobre Bormann, se han publicado docenas de libros, en todos los cuales se aseguraba que no había muerto en Berlín al final de la guerra, sino que había sobrevivido. Distintas personas lo habían visto en América del Sur, o eso era lo que aseguraban.

—¿Y el duque de Windsor?

—Sólo Dios lo sabe —contestó él sacudiendo la cabeza—. Lo único que yo sé es que esto podría ser importante y que yo he descubierto ese condenado submarino, yo, Henry Baker. Santo Dios, no sé lo que hay escrito en ese diario, pero quizá ayude a cambiar la historia.

Se levantó y se encaminó hacia la barandilla, a la que se aferró con las dos manos. Ella nunca le había visto tan excitado. Se levantó también y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Diablos, no. No hay necesidad de eso.

—Billy y Mary podrían hacerse cargo de las cosas aquí.

—Estaré de regreso dentro de pocos días —dijo él con un gesto negativo de la cabeza—. Cuatro días como máximo.

—Estupendo —asintió ella con una sonrisa—. En ese caso será mejor que regresemos a casa y te ayude a hacer la maleta.

Su vuelo en el Partenavia de Carib Aviation transcurrió sin incidentes, a excepción de los fuertes vientos de cara que retrasaron algo su avance, por lo que el aterrizaje se produjo un poco más tarde de lo que había supuesto, hacia las seis y media. Para cuando hubo pasado la aduana y recogido su equipaje para dirigirse al mostrador de la British Airways, ya eran las siete. Cruzó por la zona de seguridad para dirigirse a la sala de espera y el vuelo fue llamado apenas diez minutos más tarde.

El servicio en la primera clase de la British Airways fue tan excelente como siempre. Había llevado consigo el maletín del *Korvettenkapitän* Friemel y aceptó una copa de champaña que le ofreció la azafata. Luego, abrió el maletín y revolvió un poco su interior, fijándose no sólo en el diario, sino también en las fotografías y las cartas. Resultaba extraño, porque no entendía una sola palabra. Fue la foto del oficial de la *Kriegsmarine* lo que realmente le intrigó; presumiblemente, se trataba del propio Friemel, el rostro de un enemigo, aunque Baker no lo sentía así, ya que los marinos de todas las naciones, incluso durante la guerra, tendían a mostrarse una alta consideración mutua. Al fin y al cabo, el enemigo común de todos ellos era el mar.

Cerró el maletín y lo dejó en el armario situado por encima de la cabeza cuando se anunció el despegue. Pasó el tiempo dedicado a leer uno o dos periódicos de Londres de los ofrecidos por la compañía. La cena se sirvió poco después del despegue y una vez retirada la azafata le recordó que cada asiento disponía de su pequeña pantalla de vídeo, y le ofreció un folleto que incluía una amplia lista de vídeos disponibles.

Baker le echó un vistazo. Eso, al menos, le ayudaría a pasar el tiempo. Entonces se estremeció ligeramente, como si alguien hubiera pasado por encima de su propia tumba. Había una película de la que había oído hablar, una película alemana titulada *Das Boot* (*El submarino*), una horrorosa historia sobre la vida en un

submarino durante la peor época de la guerra.

En contra de lo que le dictaba la sensatez, la pidió, así como un *whisky* doble. La tripulación de cabina pasó para bajar las persianas de las ventanillas, de modo que quienes lo desearan pudieran dormir. Baker introdujo el vídeo, se puso los auriculares y se quedó allí sentado, envuelto en la semioscuridad, viendo la película. Pidió otro *whisky* al cabo de veinte minutos y siguió mirando la película. Era una de las más perturbadores de las de su clase que hubiera visto nunca.

Una hora fue más que suficiente. Finalmente, apagó el vídeo, echó hacia atrás el asiento y se quedó allí, contemplando fijamente la semioscuridad, en silencio, sin dejar de pensar en el *Korvettenkapitän* Paul Friemel, el
U-180
y el final que había tenido en Punta del trueno, y se preguntó qué podía haber salido mal. Al cabo de un rato, se quedó dormido.

3

Eran las diez de la mañana cuando sonó el timbre de la puerta en la casa de Lord North Street. El propio Garth Travers acudió a abrir y encontró a Henry Baker allí de pie, bajo la lluvia, con el maletín en una mano y una maleta en la otra. No llevaba gabardina y se había levantado el cuello de la chaqueta.

—Mi querido muchacho —dijo Travers—. Por el amor de Dios, entra antes de que te ahogues. —Se volvió hacia él en cuanto cerró la puerta—. Te quedarás aquí, claro.

—Si eso te parece bien, viejo camarada.

—Me alegra mucho volver a oírte esa expresión —le dijo Travers —. Más tarde te mostraré tu habitación. Pero antes desayunemos. Mi ama de llaves tiene el día libre, así que lo haremos al estilo de la Marina.

—Un poco de café me sentará muy bien por el momento —le dijo Baker.

Se dirigieron hacia la grande y cómoda cocina y Travers puso la cafetera. Baker dejó el maletín sobre la mesa.

—Aquí lo tienes.

—Es fascinante. —Travers examinó atentamente la insignia de la *Kriegsmarine*, y luego levantó la mirada—. ¿Me permites?

—Desde luego, para eso he venido.

Travers abrió el maletín. Examinó las cartas rápidamente.

—Deben de ser recuerdos, fechados en distintos momentos de mil novecientos cuarenta y tres y cuarenta y cuatro. A primera vista parecen todas de su esposa. —Dirigió su atención a las fotos—. ¿Le dieron la Cruz de Caballero? Tuvo que haber sido todo un tipo. —Observó las fotos de la mujer y de las dos niñas pequeñas y leyó el párrafo escrito a mano en el dorso de una de ellas—. Oh, santo Dios.

—¿Qué ocurre? —se apresuró a preguntar Baker.

—Dice: «Mi querida esposa y mis hijas, Ilse y Marie, muertas en un bombardeo sobre Hamburgo, ocho de agosto de mil novecientos

cuarenta y cuatro».

—¡Dios mío! —exclamó Baker.

—Eso es algo que puedo comprobar con relativa facilidad. Tengo un libro en el que se encuentran los nombres de todos los condecorados con la Cruz de Caballero. Era la condecoración más alta que daban los alemanes al valor. Prepara tú el café mientras yo busco el libro.

Travers salió de la cocina y Baker encontró tazas y una lata de leche condensada en la nevera; y acababa de terminar cuando Travers regresó con el libro en cuestión. Se sentó frente a Baker y extendió una mano hacia su taza de café.

—Aquí lo tenemos, Paul Friemel, *Korvettenkapitän*, se enroló en la Marina alemana como oficial cadete después de haber estudiado medicina durante dos años en Heidelberg. —Travers asintió con un gesto—. Calificación extraordinaria en submarinos. Se le concedió la Cruz de Caballero en el cuarenta y cuatro por haber hundido un crucero italiano. En aquel entonces estaban de nuestro lado, claro. Después de eso fue asignado a tareas en tierra, en la base de Kiel. —Hizo una mueca—. Oh, amigo, el misterio se acumula sobre el misterio. Aquí dice que resultó muerto durante un raid aéreo sobre Kiel, el diecinueve de abril del cuarenta y cinco.

—Y un cuerno lo mataron —dijo Baker.

—Exactamente. —Travers abrió el diario y echó un vistazo a la primera página—. Es una hermosa escritura, y perfectamente legible. —Ojeó las páginas—. Algunas de las anotaciones son bastante breves. No puede haber más de treinta páginas en total.

—Por lo que recuerdo, tu alemán es bastante fluido —dijo Baker.

—Como un nativo, viejo amigo. Mi abuela materna era de Munich. Te diré lo que voy a hacer; realizaré una traducción instantánea en mi procesador de textos. No debería tardar más de una hora y media. Mientras tanto, sírvete tú el desayuno. Hay jamón y huevos en la nevera, y una bolsa de pan ahí encima. Ven al despacho en cuanto hayas terminado.

Salió de la cocina y Baker, relajado ahora que sabía que todo estaba en buenas manos, se dedicó a prepararse el desayuno, consciente del hambre que sentía. Mientras lo tomaba, sentado ante la mesa, leía el ejemplar del *Times* de Londres. Transcurrió quizá

una hora antes de que lo guardara todo y se dirigiera hacia el despacho.

Travers se hallaba sentado ante el procesador de textos, observando la pantalla, mientras los dedos se desplazaban sobre las teclas, con el diario abierto y de pie sobre un pequeño atril, a su derecha. En su rostro había una expresión curiosamente intensa.

—¿Cómo va todo? —preguntó Baker alegremente.

—Todavía no, amigo, por favor.

Baker se encogió de hombros, se sentó junto al fuego y tomó una revista. Estaba todo muy tranquilo y sólo se oía el teclear del procesador de textos, excepto el momento en que Travers exclamó de repente: «¡Dios mío!», para añadir al cabo de unos minutos: «No, eso no me lo creo».

—Por el amor de Dios, ¿qué ocurre, Garth? —preguntó Baker.

—Dentro de un minuto, amigo. Ya casi he terminado.

Baker siguió sentado, sobre ascuas, y al cabo de un rato Travers se reclinó en la silla con un suspiro.

—Ya está. Lo pasaré por la impresora.

—¿Dice algo interesante?

—¿Interesante? —Travers se echó a reír duramente—. Eso sería decirlo de una forma muy suave. En primer lugar, debo decir que no se trata del cuaderno de bitácora oficial, sino de una narración esencialmente privada de las circunstancias peculiares que rodearon su viaje final. Quizá estaba tratando de cubrirse las espaldas de algún modo, quién sabe, pero el contenido de este diario es bastante sensacional, por decirlo suavemente. La cuestión está en determinar ahora qué vamos a hacer con esto.

—¿A qué demonios te refieres?

—Léelo tú mismo. Yo iré a preparar mientras tanto algo más de café —dijo Travers cuando la impresora terminó.

Reunió las páginas y se las entregó a Baker, que se sentó en el sillón junto al fuego y empezó a leerlas.

> Bergen, Noruega, 30 de abril de 1945. *Yo, Paul Friemel, inicio este relato llevado más que por otra cosa por la extrañeza de la tarea que tengo que realizar. Partimos de Kiel hace dos días en este submarino designado como*
> *U-180*

. Mi mando es, de hecho, un buque que resultó dañado por bombardeo en mil novecientos cuarenta y tres, mientras estaba siendo construido en Kiel. Estoy seguro de que se nos ha dado el número de un submarino hundido. Mis órdenes, recibidas del gran almirante Doenitz, son explícitas. Esta noche llegará mi pasajero procedente de Berlín, aunque me resulta difícil creerlo. Traerá una orden directa de puño y letra del Führer. Él me indicará cuál es nuestro destino.

Aquí aparecía un vacío en el diario, seguido por una anotación efectuada la noche del mismo día.

Recibí órdenes de dirigirme al campo de aviación, donde aterrizó un Feiseler Storch. Al cabo de unos minutos un oficial con el uniforme de general de las
SS
apareció y preguntó si yo era el Korvettenkapitän *Friemel. Él no se identificó aunque ya en ese momento tuve la impresión de haberle visto antes.*

Cuando llegamos al muelle me llevó a un lado, antes de subir a bordo, y me entregó un sobre sellado. Al abrirlo, descubrí que contenía la orden del propio Führer, mencionada por el gran almirante Doenitz, que me era entregada como una orden personal. Decía lo siguiente.

Del jefe y canciller del Estado.

El *Reichsleiter* Martin Bormann actúa con mi autoridad en una misión de la máxima importancia y esencial para la continuación del Tercer Reich. Se pondrá usted bajo su autoridad directa, recordará en todo momento su solemne juramento como oficial de la *Kriegsmarine* para con su Führer, y aceptará su mando y autoridad como a él le parezca conveniente y en todas las situaciones.

Recuerdo ahora que había visto a Bormann una vez, en una función de Estado, en Berlín, en 1942. Pocas personas reconocerían al hombre como uno de nuestros dirigentes. Yo diría

que es el menos conocido de todos. Es más bajo de estatura de lo que había imaginado, con rasgos duros y brazos demasiado largos. Francamente, si se le viera con ropas de faena parecería más bien un obrero o un trabajador de los muelles. El Reichsleiter *me preguntó si aceptaba su autoridad, ante lo que, no teniendo otra opción, me mostré de acuerdo. Me dio instrucciones en el sentido de que, ante mis oficiales y tripulación, él sería presentado como el general Strasser.*

1 de mayo. *Aunque la zona de oficiales es la más espaciosa a bordo, sólo admite a tres, con una litera abatible. Es ésta la que he tomado para mí mismo, y he ofrecido al* Reichsleiter *la cabina del oficial comandante en la amura de babor y a popa de lo que pasa por ser una sala de guardia en este submarino. Es el único lugar privado del que disponemos, aunque sólo una cortina separa este alojamiento de la sala de guardia. Al partir de Bergen con la marea nocturna, el* Reichsleiter *se me unió en el puente y me informó que nuestro destino era Venezuela.*

2 de mayo de 1945. *El hecho de que el submarino haya sido dotado de un* snorkel*, me permite pensar que podremos hacer la travesía en inmersión, aunque me temo que eso no sea posible con el mal tiempo del Atlántico norte. He ordenado seguir un curso en inmersión para pasar entre Islandia y las islas Feroes; una vez que lleguemos al Atlántico revisaré la situación.*

3 de mayo de 1945. *He recibido por radio, desde Bergen, la asombrosa noticia de que el Führer ha muerto el 1 de mayo, combatiendo valientemente a la cabeza de nuestras fuerzas en Berlín, en un intento por arrebatar la victoria a los rusos. He transmitido esa triste noticia al* Reichsleiter*, quien la ha asumido con lo que me ha parecido una serenidad asombrosa. Me ha dado instrucciones para que transmita la noticia a la tripulación, resaltando que la guerra continuará. Una hora más tarde hemos recibido por radio la noticia de que el gran almirante Doenitz ha establecido un gobierno provisional en Schleswig-Holstein. Dudo que pueda durar mucho, con los rusos en Berlín y los americanos y británicos al otro lado del Rin.*

Baker se sentía absolutamente fascinado y pasó rápidamente por varias páginas en las que la narración se ocupaba principalmente de indicar el avance del submarino.

> 5 de mayo. *Recibimos una orden del mando de submarinos en la que se nos indica que todos los submarinos que estén navegando deben observar un alto el fuego a partir de las 08:00 horas de esta mañana. La orden es regresar a puerto. Hablé de ello con el* Reichsleiter *en su camarote, y él me indicó que tenía la autorización del Führer para continuar, y me preguntó si cuestionaba esa autoridad. Me resultó difícil contestar y él mismo me sugirió que considerara la situación durante un día o dos.*
>
> 8 de mayo de 1945. *Esta noche recibimos por radio el mensaje que había estado esperando. Capitulación total ante el enemigo. Alemania ha sido derrotada. Me entrevisté de nuevo con el* Reichsleiter *en su camarote y, mientras analizábamos la situación, recibí un mensaje cifrado desde Bergen en el que se me daban instrucciones para regresar o para continuar el viaje tal como se me había ordenado. El* Reichsleiter *lo aprovechó, me exigió obediencia e insistió en su derecho para hablar a la tripulación por el intercomunicador. Reveló su identidad y la autoridad que le había sido conferida por el Führer. Señaló que no quedaba en Alemania nada para ninguno de nosotros, y que en Venezuela nos esperaban amigos. Una nueva vida para aquellos que así lo desearan, y la posibilidad de regresar a Alemania para quienes así lo prefirieran. Resultó difícil discutir con sus razonamientos y, en conjunto, la tripulación y los oficiales los aceptaron.*
>
> 12 de mayo de 1945. *Continuamos hacia el sur y este día recibimos una señal general de la Marina canadiense en Nueva Escocia, dirigida a cualquier*
> *U-Boot*
> *que todavía estuviera en alta mar, exigiendo que informáramos de nuestra posición exacta, saliéramos a la superficie y continuáramos bajo bandera blanca. Aparentemente, no hacerlo así nos condenaba a ser considerados como piratas y susceptibles*

de ser sometidos a ataque inmediato. El Reichsleiter *se mostró muy poco preocupado por estas noticias.*

15 de mayo de 1945. *El* snorkel *es, en esencia, un tubo de aire que se eleva hasta la superficie cuando navegamos sumergidos a profundidad de periscopio. De ese modo podemos hacer funcionar los motores diésel, sin utilizar nuestras baterías. He descubierto considerables problemas con ese invento ya que si la mar está encrespada, y nada hay más encrespado que el Atlántico, se cierra la válvula del flotador. Cuando eso sucede, los motores siguen absorbiendo aire, lo que supone una caída instantánea de la presión en el interior del buque, y eso produce enormes problemas para la tripulación. Hemos tenido tres casos de rotura de tímpanos, pero continuar viaje con ayuda del* snorkel *hace que sea difícil detectarnos desde el aire.*

17 de mayo de 1945. *Nos hemos adentrado ya tanto en el Atlántico que tengo la impresión de que el riesgo de ser detectados desde el aire es mínimo y he decidido continuar en superficie a partir de ahora. Nos abrimos paso con dificultad por entre la mala mar del Atlántico, con la cubierta continuamente en superficie, sabiendo que son pocas las posibilidades de encontrarnos con alguien en estas latitudes.*

20 de mayo de 1945. *El* Reichsleiter *se ha mantenido aislado durante la mayor parte del viaje, excepto para comer con los oficiales, y ha preferido permanecer en su camarote y leer. Hoy me preguntó si podía acompañarme durante mi guardia. Llegó al puente preparado con ropa para resistir el mal tiempo, mientras nos habríamos paso entre olas de cinco a siete metros, y pareció disfrutar bastante de la experiencia.*

21 de mayo de 1945. *Una noche extraordinaria para mí. El* Reichsleiter *apareció a la hora de la cena, evidentemente algo bebido. Más tarde, me invitó a su camarote, donde sacó una botella de* whisky *escocés de una de sus cajas e insistió en que le acompañara. Bebió bastante y habló mucho sobre el Führer y los últimos días en el búnker, en Berlín. Cuando le pregunté cómo*

había escapado, me contó que había utilizado la avenida Este Oeste, en el centro de Berlín, como pista de despegue de un avión ligero. Para entonces ya se había bebido el whisky*, rebuscó entre las bolsas que tenía guardadas bajo la litera y abrió una de ellas. Extrajo un maletín de aluminio de capitán de la* Kriegsmarine*, como el que yo tengo, lo dejó sobre la litera y sacó otra botella entera de* whisky.

Para entonces ya estaba bastante borracho y me habló de su última reunión con el Führer, que le había encargado la sagrada misión de continuar el futuro del Tercer Reich. Me dijo que las SS habían establecido años antes una organización llamada Odesa, con la misión de preparar una ruta de escape, en el caso de que se produjera una derrota temporal, para aquellos oficiales de las SS y de otras unidades, esencial para la continuación de la lucha.

Luego habló de la Kamaradenwerk*, la acción por los camaradas, una organización establecida para continuar las ideas nacionalsocialistas después de la guerra. Había cientos de millones ocultos para su futuro uso en Suiza, América del Sur y otros lugares, y contaba con amigos en todos esos países, situados en los más altos niveles de gobierno. Tomó el maletín de aluminio de la litera, lo abrió y extrajo una carpeta, que él denominó el Libro Azul —dijo que contenía la lista de muchos miembros de la aristocracia británica, muchos miembros del Parlamento, que habían apoyado en secreto al Führer durante los años treinta, así como los nombres de muchos estadounidenses que habían hecho lo mismo—. Extrajo entonces un papel de un abultado sobre y lo desplegó ante mí. Me dijo que se trataba del protocolo Windsor, un acuerdo secreto con el Führer, firmado por el duque de Windsor mientras residía en Estoril, Portugal, en 1940, después de la caída de Francia. En el se mostraba de acuerdo en acceder de nuevo al trono de Inglaterra después de una invasión alemana llevada a cabo con éxito. Le pregunté qué valor podía tener ese documento y cómo podía estar seguro de que era genuino. Se mostró encolerizado y me dijo que, en cualquier caso, en su Libro Azul estaban los nombres de muchos que harían cualquier cosa*

con tal de evitar el verse descubiertos y poner en peligro su propio futuro. En ese momento le pregunté si estaba seguro de ello, y él se echó a reír y me contestó que siempre se puede confiar en un caballero inglés. En ese momento estaba ya tan borracho que tuve que ayudarle a tenderse en la litera. Se quedó dormido instantáneamente, lo que aproveché para examinar el contenido del maletín. Los nombres incluidos en la lista del Libro Azul significaban poco para mí, pero el protocolo Windsor me pareció genuino. La única otra cosa que contenía el maletín era una lista de cuentas bancarias numeradas y la orden del Führer. Cerré el maletín y lo dejé debajo de la litera, junto con el resto de su equipaje.

Baker se detuvo en este punto, dejó el diario, se levantó y se dirigió hacia la ventana, en el momento en que entraba Travers.

—Aquí está el café —dijo Travers—. Pensé que era mejor dejarte que lo leyeras. ¿Has terminado ya?

—Sólo he leído hasta lo que le dijo Bormann el veintiuno de mayo.

—Pues todavía falta lo mejor, muchacho. Regresaré dentro de un rato —dijo Travers, que abandonó la estancia.

25 de mayo de 1943. *Nos encontramos a 500 millas al norte de Puerto Rico. Tengo la intención de utilizar el paso Anegada, a través de las islas Leeward, para entrar en el mar Caribe para desde allí avanzar hacia la costa venezolana.*

26 de mayo de 1943. *El* Reichsleiter *me llamó a su camarote y me informó que era necesario detenemos antes de llegar a nuestro destino y me pidió ver los mapas de las islas Vírgenes. La isla que me indicó es una muy pequeña, Samson Cay, al sudeste de St. John, en las islas Vírgenes estadounidenses, pero con aguas de soberanía británica a muy pocas millas al sur de la isla Norman, en las islas Vírgenes británicas. No me ofreció indicación alguna acerca de sus razones para detenerse aquí.*

27 de mayo de 1943. *Salimos a la superficie frente a la costa de Samson Cay, a las 21:00 horas. Hace una noche oscura con*

una luna en cuarto menguante. Se observan algunas luces en tierra. El Reichsleiter *pidió que se le desembarcara en uno de los botes neumáticos y dispuse que le acompañara el suboficial Schroeder. Antes de partir, me llamó a su camarote y me dijo que esperaba reunirse con unos amigos en la orilla pero que, como precaución, por si algo saliera mal, no llevaba consigo nada de importancia. Me indicó, particularmente, el maletín que dejaba en la litera y me entregó un sobre sellado que, según me dijo, me daba detalles sobre mi destino en Venezuela en el caso de que algo saliera mal, así como el nombre de un hombre al que tenía que entregarle el maletín. Me dijo que enviara a Schroeder de nuevo a buscarlo a las 02:00 horas, y que si no lo encontraba en la playa podía temer lo peor y debía partir de inmediato. Se puso ropas de civil y dejó su uniforme.*

Travers regresó en ese momento.

—¿Todavía estás en ello?

—Ya estoy en la anotación final.

El almirante se dirigió al armario donde guardaba las bebidas y sirvió *whisky* en dos copas.

—Tómate esto —le dijo, entregándole una a Baker—. Vas a necesitarlo.

28 de mayo de 1945. *Medianoche. Acabo de estar en el puente y he observado una increíble quietud en todo, bastante antinatural y nada parecido a lo que haya experimentado antes. Se observan relámpagos en el lejano horizonte y truenos lejanos. Las aguas aquí no son muy profundas y me preocupan. Escribo esto en la mesa de cartas marinas, mientras espero a que el oficial de radio compruebe los informes meteorológicos.*

Aquí había un espacio en blanco, y luego un par de líneas escritas apresuradamente.

El informe de radio de St. Thomas indica que se aproxima un huracán con rapidez. Tenemos que sumergirnos para buscar aguas profundas y capear el temporal. El Reichsleiter *tendrá que correr su propia suerte.*

—Sólo que los pobres diablos no pudieron capearlo —dijo Travers—. El huracán los alcanzó cuando todavía eran vulnerables. Tuvieron que haberse desgarrado el costado en el arrecife donde tú los encontraste.

—Eso es lo que temo —asintió Baker—. En tal caso, supongo que la corriente debió de arrastrarlos hacia esa plataforma situada bajo la plataforma que se desprendió.

—Donde ha permanecido durante todos estos años. Es extraño que nadie lo haya descubierto antes.

—No tanto —dijo Baker—. Es un lugar bastante malo. Nadie suele ir por allí. Se encuentra demasiado lejos para la gente que bucea por diversión, y es bastante peligroso. Además, hay otra cosa. Si este último huracán no hubiera desprendido la plataforma yo mismo no habría podido verlo.

—En realidad, todavía no me has dicho cuál es su posición exacta —dijo Travers.

—Sí, bueno, eso es asunto mío —replicó Baker.

—Lo entiendo, amigo —asintió Travers con una sonrisa—. Lo entiendo, aunque debo indicarte que se trata de una patata muy caliente.

—¿A dónde demonios quieres ir a parar?

—Primero, parece ser que hemos encontrado pruebas fehacientes, después de todos los rumores y especulaciones que se han hecho durante casi cincuenta años, de que Martin Bormann logró escapar de Berlín.

—¿Y qué? —preguntó Baker.

—¡Más que eso, incluso! Está la lista del *Libro Azul*, donde se indican los nombres de los simpatizantes de Hitler aquí, en Inglaterra, no sólo pertenecientes a la nobleza, sino también miembros del Parlamento, además de los nombres de unos cuantos compatriotas tuyos. Y, lo peor de todo, es la existencia del protocolo Windsor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Baker.

—Según dice el diario, Bormann los guardaba en un maletín de supervivencia similar a éste —dijo dando unos golpecitos sobre el maletín de aluminio—. Y lo dejó en la litera del camarote del comandante. Ahora bien, consideremos lo siguiente: según la última anotación de Friemel, éste se encontraba en la sala de control, junto

a la mesa de mapas, haciendo la anotación en el diario cuando recibió el último informe de radio sobre el huracán. Se supone que a partir de ese momento guarda el diario en el maletín y lo cierra en apenas unos segundos, para luego hacerse cargo de la emergencia. Eso explicaría por qué encontraste el maletín en la sala de control.

—Estaría dispuesto a admitir que fue así —asintió Baker.

—De acuerdo, pero pasas por alto lo verdaderamente importante, el hecho de que el maletín haya sobrevivido.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Estos maletines fueron construidos para que sobrevivieran, lo que significa que el maletín de Bormann se encuentra casi con toda seguridad en el camarote del oficial comandante, conteniendo el *Libro Azul*, el protocolo Windsor y la orden personal de Hitler relativa a Bormann. Incluso después de todos estos años, los datos contenidos en esos documentos desatarían un verdadero infierno que olería muy mal, sobre todo el asunto relativo a lo Windsor.

—Yo no querría causar esa clase de problemas —le dijo Baker.

—Te creo, te conozco lo bastante bien como para creerte, pero ¿y si alguien más encontrara ese submarino?

—Ya te he dicho que nadie va por allí.

—También me has dicho que una plataforma del arrecife se desprendió y lo dejó al descubierto bajo las aguas. Quiero decir, alguien *podría* bucear por esa zona, Henry, igual que hiciste tú.

—El estado de la mar era insólitamente calmado —dijo Baker—. Es un mal lugar, Garth. Nadie va por allí, créeme. Lo sé muy bien. Además, el camarote del oficial comandante se encuentra hacia la proa y a popa de la sala de guardia, en la amura de babor. Eso es, al menos, lo que dice el diario de Friemel.

—Correcto. He visto por dentro un submarino del tipo siete. La Marina tenía uno o dos de los que se apoderaron después de la guerra. El camarote del capitán se encuentra al otro lado de las salas de radio y de sonar, lo que permite un acceso rápido a la sala de control. Esa era la intención.

—Bien, pues lo que yo quiero decir es que no se puede llegar hasta allí. La puerta estanca de acceso a proa se encuentra cerrada.

—Eso es algo que cabría esperar. Si tuvieron problemas debió de darse la orden de cerrar todos los compartimentos estancos. Es un

procedimiento habitual.

—Intenté mover la rueda. Está corroída como el demonio. Esa puerta es muy sólida. No hay forma de entrar allí.

—Siempre hay una forma, Henry, y tú lo sabes. —Travers permaneció sentado por un momento, con el ceño fruncido—. Mira, me gustaría mostrarle ese diario a un amigo mío.

—¿De quién estamos hablando?

—Del brigadier Charles Ferguson. Nos conocemos desde hace años. Es posible que a él se le ocurra algo.

—¿Por qué te parece alguien tan especial?

—Trabaja en inteligencia. Dirige una unidad antiterrorista muy especializada, que sólo es responsable ante el primer ministro y eso significa que dispone de información privilegiada.

—No se me había ocurrido pensar que fuera ése exactamente su campo —dijo Baker.

—Deja que le enseñe el diario, viejo amigo —dijo Travers tratando de tranquilizarle—. Veamos qué piensa él.

—De acuerdo —asintió Baker—. Pero la localización exacta seguirá siendo mi pequeño secreto.

—Desde luego. Puedes acompañarme, si quieres.

—No, creo que preferiría tomar un baño y quizá salir a dar un paseo. Siempre me siento mal después de un largo vuelo. Podré ver más tarde a ese tal brigadier Ferguson si a ti te parece necesario.

—Como quieras —asintió Travers—. Dejaré que te las arregles.

Baker salió de la estancia y Travers buscó el número de teléfono personal de Ferguson, en el ministerio de Defensa, y se puso inmediatamente en contacto con él.

—Charles, soy Garth Travers.

—Mi querido amigo, hace siglos que no te veo.

Travers abordó directamente el asunto.

—Creo que deberías verme en cuanto te sea posible, Charles. Ha llegado hasta mis manos un documento bastante asombroso.

Ferguson se mostró tan educado y sereno como siempre.

—¿De veras? Bueno, en ese caso deberíamos hacer algo al respecto. ¿Has estado alguna vez en mi piso de Cavendish Square?

—Desde luego.

—Bien. Te veré allí dentro de treinta minutos.

Ferguson estaba sentado en el sofá, junto a la chimenea del elegante

salón, y Travers se sentaba frente a él. Se abrió la puerta y entró el sirviente de Ferguson, un excabo gurka llamado Kim, inmaculado con su chaqueta blanca, y sirvió el té. Se retiró en silencio y Ferguson tomó su taza de té mientras continuaba leyendo. Finalmente, dejó la taza sobre la mesa y se reclinó en el asiento.

—Bastante extraño, ¿no te parece?

—¿Quieres decir que te lo crees?

—¿Te refieres al diario? Dios santo, sí. Quiero decir que me parece evidente que tú respondes por tu amigo Baker. No será un falsificador o algo así, ¿verdad?

—Desde luego que no. Los dos servimos como tenientes en Corea. Me salvó la vida. Hasta hace pocos años fue presidente de una editorial muy respetada en Nueva York. También es multimillonario.

—¿Y no está dispuesto a revelarte la localización?

—Oh, eso me parece bastante comprensible. Vuelve a sentirse como un muchacho. Ha hecho este descubrimiento tan extraordinario. —Travers sonrió—. Finalmente, nos lo dirá. ¿A ti qué te parece? Sé que esto no entra del todo dentro de tu línea de acción.

—En esto te equivocas, Garth. Creo que encaja muy bien en mis ocupaciones habituales porque trabajo directamente para el primer ministro y creo que él debería ver esto.

—Hay una cuestión —dijo Travers—. Si Bormann desembarcó en ese lugar, en Samson Cay, tuvo que haber existido una razón. Quiero decir, ¿con quién demonios iba a entrevistarse?

—Quizá iba a ser recogido por alguien, una lancha rápida y un pase por la noche, ya sabes, esa clase de cosas. Probablemente, dejó el maletín a bordo como medida de precaución, hasta asegurarse de que todo estaba bien, pero eso es algo que podemos descubrir con relativa facilidad. Haré que mi ayudante, el detective inspector Lane, se ponga a trabajar en ello. Es un buen sabueso. —Introdujo los papeles con la traducción del diario en el sobre—. Permíteme un momento. Enviaré esto con mi chófer a Downing Street, sólo para que lo vea el primer ministro. Luego veré con qué rapidez puede recibirnos. Volveré enseguida.

Salió del despacho y Travers se sirvió otra taza de té. Estaba frío. Se levantó, se dirigió hacia la ventana y echó un vistazo al exterior.

Aún seguía lloviendo; hacía un día realmente indecente. Al volverse, Ferguson ya regresaba.

—No puede vernos hasta las dos de la tarde, pero he hablado personalmente con él y me ha asegurado que echará un rápido vistazo en cuanto reciba el sobre. Tú y yo, mientras tanto, vamos a almorzar pronto en el Garrick. Le he dicho a Lane que estaremos allí por si acaso obtiene un resultado rápido en su investigación sobre Samson Cay.

—Hace un tiempo para llevar paraguas —dijo Travers—. Cómo lo detesto.

—Una buena ginebra con tónica obrará milagros, amigo —le aseguró Ferguson mientras lo conducía a la salida.

Tomaron filete y empanada de riñones en el Garrick, sentados el uno frente al otro en la larga mesa del comedor, y más tarde se dirigieron al bar para tomar café; allí fue donde Lane los encontró.

—Ah, estás ahí, Jack, ¿alguna noticia para mí? —preguntó Ferguson.

—Nada muy apasionante, señor. Samson Cay es propiedad de un grupo hotelero estadounidense llamado Samson Holdings. Tienen hoteles en Las Vegas, Los Ángeles y tres en Florida, aunque parece ser que Samson Cay es su establecimiento de bandera. Le he traído un folleto. ¡Es un lugar estrictamente para millonarios!

Se lo entregó y lo examinaron. Mostraba las imágenes habituales de blancas playas, palmeras, cabañas lujosas, todo ello en un escenario idílico.

—El jardín del Edén según esta propaganda —comentó Ferguson —. Por lo que veo, disponen incluso de una pista de aterrizaje para aviones ligeros.

—Y de un casino, señor.

—Tal como funcionan los casinos no puede ser muy grande —comentó Travers—. Sólo atienden a cien personas.

—No es el número lo que cuenta, amigo —dijo Ferguson—. Lo que importa es la cantidad de dinero en efectivo que se pone sobre la mesa. ¿Qué me dices de la época de la guerra, Jack?

—Siempre ha habido una u otra clase de hotel. En aquellos tiempos era propiedad de una familia estadounidense apellidada Herbert, que también estaba metida en el negocio de los hoteles. Recuerde que Samson Cay está en las islas Vírgenes británicas, lo

que significa que se encuentra bajo control de Tortola en cuanto a legislación, aduanas, etcétera. Me he puesto en contacto con su oficina pública de registros. Según sus ficheros el hotel permaneció vacío durante la guerra. Sólo acudían los ocasionales pescadores que llegaban de Tortola; había una pareja que cuidaba de la propiedad. Eso es todo.

—No nos sirve de mucho, pero gracias, Jack, has hecho un buen trabajo.

—Quizá pueda ayudar más si sé de qué va el asunto, señor.

—Más tarde, Jack, más tarde. Ya puedes marcharte y seguir haciendo que Gran Bretaña sea un lugar más seguro donde vivir. —Lane se marchó con una mueca y Ferguson se volvió hacia Travers —. Muy bien, viejo amigo, Downing Street nos espera.

El primer ministro estaba sentado tras la mesa de su despacho cuando un ayudante los hizo pasar. Se levantó, rodeó la mesa y estrechó sus manos.

—Brigadier.

—Primer ministro —dijo Ferguson—. ¿Me permite presentarle al contraalmirante Travers?

—Desde luego. Pero siéntense, caballeros. —Rodeó la mesa y se sentó de nuevo—. Esto es un asunto increíble.

—Por decirlo de un modo suave, señor primer ministro —replicó Ferguson.

—Ha hecho usted muy bien en planteármelo. El aspecto relacionado con la realeza es lo que más me preocupa. —Sonó el teléfono. Lo tomó, escuchó un momento y dijo—: Bien, hágalos subir. —Tras colgar el teléfono, añadió—: Sé que ha tenido usted sus problemas con los servicios de seguridad, brigadier, pero tengo la sensación de que éste es uno de esos casos en el que deberíamos hacer honor a nuestro acuerdo de mantenerlos informados de cualquier cosa que pueda ser de interés mutuo. ¿Recuerda que estuvo de acuerdo en actuar como enlace con el subdirector Simon Carter y con sir Francis Pamer?

—En efecto, señor primer ministro.

—Inmediatamente después de leer el diario les he pedido a los dos que vengan a verme. Han estado hasta ahora abajo, echándole un vistazo. Ahora suben.

Un momento más tarde se abrió la puerta y el ayudante hizo

entrar a los dos hombres. Simon Carter tenía unos cincuenta años, era un hombre bajo de estatura, con el cabello ya blanco como la nieve. Nunca había sido un agente de campo, sino más bien un exacadémico, uno de los hombres sin rostro que controlaban el sistema de inteligencia de Gran Bretaña. Sir Francis Pamer tenía cuarenta y siete años, era alto y estaba muy elegante con su traje de franela azul. Llevaba una corbata de los Guards, gracias a los tres años que había servido en los Granaderos, y mostraba una ligera sonrisa permanente, un hecho que a Ferguson le parecía muy irritante.

Todos se estrecharon las manos y se sentaron.

—¿Y bien, caballeros? —dijo el primer ministro.

—Cabe suponer, desde luego, que no se trata de una falsificación —dijo Pamer—. Es una historia fascinante.

—Explicaría muchos de los aspectos de la leyenda de Bormann —intervino Simon Carter—. Arthur Axmann, dirigente de las Juventudes Hitlerianas dijo que vio el cuerpo de Bormann en la carretera, cerca de la estación Lehrter, en Berlín, poco después de su salida del búnker.

—Pues, por lo que parece, debió de ver a alguien que se parecía a Bormann —dijo Travers.

—Así parece —admitió Carter—. Por lo visto, Bormann estaba en ese submarino y sobrevivió, lo que explicaría los numerosos informes que se han recibido a lo largo de los años en los que se aseguraba haberlo visto en América del Sur.

—Simon Wiesenthal, el cazador de nazis, siempre creyó que estaba con vida —dijo Pamer—. Antes de que Eichmann fuera ejecutado, éste dijo a los israelíes que Bormann estaba vivo. ¿Por qué iba a mentir un hombre que se enfrentaba a la muerte?

—Todo eso está muy bien, caballeros —intervino el primer ministro— pero, francamente, creo que la cuestión de si Martin Bormann sobrevivió a la guerra o no sólo tiene un interés puramente académico. Cambiaría un poco la historia y los periódicos le sacarían mucho partido.

—Le sacarían mucho más a esta lista del *Libro Azul* que se menciona, donde aparecen miembros del Parlamento y de la nobleza —dijo Carter con un estremecimiento—. Alarmarían a todo el mundo.

—Mi querido Simon —le dijo Pamer—. Antes de la guerra hubo muchos para quienes algunos aspectos del mensaje de Hitler resultaban atractivos. En esa lista también hay nombres de personajes de Washington.

—Sí…, bueno, sus hijos y nietos no nos darían las gracias si vieran mencionados sus nombres. Pero, además, ¿qué demonios hacía Bormann en Samson Cay?

—Ahora hay allí un lugar de veraneo, uno de esos sitios donde se refugian los ricos —dijo Ferguson—. Durante la guerra hubo un hotel, pero se mantuvo cerrado mientras duraron las hostilidades. Lo comprobamos con el registro público en Tortola. Era propiedad de una familia estadounidense apellidada Herbert.

—¿Qué cree usted que andaba buscando Bormann? —preguntó Pamer.

—Sólo cabe hacer conjeturas, pero mi teoría es más o menos la siguiente —contestó Ferguson—. Probablemente, tenía la intención de dejar que el

U-180

continuara viaje hacia Venezuela. Me atrevería a suponer que tenía que ser recogido por alguien, y que Samson Cay era el punto de encuentro. Dejó el maletín en el submarino como medida de precaución, por si algo salía mal. Después de todo, le dio a Friemel instrucciones acerca del destino del maletín en el caso de que le sucediera algo.

—Estoy de acuerdo en que tendríamos entre manos un bonito escándalo —dijo el primer ministro—. Ya pueden imaginarse el furor que se produciría si se supiera que el duque de Windsor había firmado un acuerdo con Hitler.

—Personalmente, creo que ese denominado protocolo Windsor sería fraudulento —le dijo Pamer.

—Es posible, pero los documentos darían mucho de qué hablar y, francamente, la familia real ya ha soportado bastantes escándalos en este último año —replicó el primer ministro.

Se produjo un silencio, antes de que Ferguson hablara con suavidad:

—Señor primer ministro, ¿está sugiriendo que deberíamos recuperar el maletín de Bormann antes de que lo haga alguien más?

—Sí, creo que eso sería lo más sensato. ¿Cree usted que podría

ocuparse de ello, brigadier?

Fue Simon Carter quien protestó.

—Señor, debo recordarle que ese submarino se encuentra en aguas territoriales estadounidenses.

—Bueno, no creo que tengamos que dar cabida en esto a nuestros primos americanos —dijo Ferguson—. Ellos tendrían todos los derechos sobre los restos del naufragio y el contenido del submarino. Ya pueden imaginarse lo que conseguirían si subastara el protocolo Windsor.

Carter volvió a intentarlo.

—Debo protestar, señor primer ministro. La misión del Grupo Cuatro consiste en combatir el terrorismo y la subversión.

El primer ministro levantó una mano.

—Exactamente, y se me ocurren pocas cosas que sean más subversivas para los intereses de la nación que la publicación de ese protocolo Windsor. Brigadier, elaborará usted un plan, y hará lo que sea necesario cuanto antes. Manténgame informado, así como al subdirector y a sir Francis.

—¿Quiere eso decir que el asunto está por completo en mis manos? —preguntó Ferguson.

—Dispone usted de toda la autoridad. Haga lo que tenga que hacer. —El primer ministro se levantó—. Y ahora, les ruego que me disculpen, caballeros. Tengo un programa muy apretado.

Los cuatro hombres descendieron hasta las puertas de seguridad, donde Downing Street se encuentra con Whitehall, y se detuvieron en la calzada.

—Maldita sea, Ferguson —dijo Carter—, siempre se sale usted con la suya, pero procure mantenernos bien informados. Vamos, Francis.

Y tras decir esto, se alejó. Francis Pamer sonrió.

—No se lo tome a mal, brigadier. Lo único que sucede es que le odia. Le deseo buena caza.

Siguió presuroso a Carter, mientras Travers y Ferguson caminaban a lo largo de Whitehall, en busca de un taxi.

—¿Por qué razón siente Carter tanta aversión hacia ti? —preguntó Travers.

—Porque demasiadas veces tengo éxito donde él ha fracasado, y porque estoy fuera del sistema y sólo respondo ante el primer

ministro; eso es algo que Carter no puede soportar.

—Pamer, al menos, parece un tipo bastante decente.

—Eso he oído decir.

—Supongo que está casado, ¿verdad?

—En realidad, no. Al parecer, está muy solicitado por las damas. Es el titular de una de las baronías más antiguas de Inglaterra. Tengo entendido que es el duodécimo o el decimotercero. Tiene una casa maravillosa en Hampshire, donde vive su madre.

—¿Y cuál es su relación con los temas de inteligencia?

—El primer ministro lo ha nombrado ministro suplente en el departamento de Interior. Una especie de ministro sin cartera, creo que lo llaman, encargado de detectar problemas. Mientras él y Carter no se me cuelguen de la espalda, me sentiré complacido.

—Y en cuanto a Henry Baker…, ¿crees que te dirá dónde se encuentra el
U-180
?

—Pues claro que lo dirá. Tendrá que decirlo. —Ferguson vio un taxi y le hizo señas—. Vamos, pongámonos en marcha ahora mismo y vayamos a verle.

Después de tomar el baño, Baker se había echado un momento en la cama, con una toalla alrededor de la cintura. Después de un viaje tan largo, se quedó medio dormido. Cuando finalmente despertó y comprobó su reloj eran poco más de las dos de la tarde. Se vistió presuroso y bajó la escalera.

No vio la menor señal de Travers, y cuando abrió la puerta principal vio que todavía estaba lloviendo. A pesar de ello, decidió salir a dar un paseo, aunque sólo fuera para despejarse un poco la cabeza. Tomó un viejo impermeable y un paraguas del guardarropa y bajó los escalones. Se sintió bien, pues la lluvia siempre le hacía sentirse de ese modo, y todavía se encontraba muy animado por la forma en que evolucionaban las cosas. Giró hacia el Millbank y se detuvo para mirar hacia los jardines de la torre Victoria y el Támesis.

En St. John, por oscuras razones, la gente conducía por la calzada izquierda, como en Inglaterra y, sin embargo, en esa tarde lluviosa en Londres, Henry Baker hizo lo que harían la mayoría de estadounidenses antes de cruzar la calzada. Miró a la izquierda y al

ver que no venía nadie empezó a cruzar justo en el momento en que venía por la derecha un autobús de los transportes públicos de Londres. Como el hospital de Westminster estaba cerca, la ambulancia tardó pocos minutos en llegar, aunque eso no sirvió de mucho porque cuando llegó al servicio de urgencias ya había muerto.

4

En St. John eran poco más de las diez de la mañana cuando Jenny Grant se dirigió al café, por el paseo marítimo, subió los escalones y entró en el bar. Billy estaba barriendo el suelo. Levantó la mirada y la saludó con una sonrisa.

—Hace un día estupendo. ¿Ha tenido ya alguna noticia del señor Henry?

—Hay cinco horas de diferencia horaria —dijo ella al tiempo que miraba su reloj—. Allí son ahora las tres de la tarde, Billy. Todavía hay tiempo.

Mary Jones apareció en ese momento por el extremo de la barra del bar.

—Hay una llamada telefónica en tu despacho. Es de Londres, Inglaterra.

—¿Es de Henry? —preguntó Jenny con una sonrisa instantánea.

—No, de una mujer. Será mejor que la atiendas, mientras yo te preparo una taza de café.

Jenny pasó precipitadamente a su lado y entró en el despacho, mientras Mary vertía un poco de agua en la cafetera filtradora. Se escuchó entonces un grito agudo procedente del despacho. Billy y Mary se miraron, alarmados, y acudieron precipitadamente.

Jenny estaba sentada tras la mesa. Tenía aspecto de sentirse como mareada. Todavía aferraba el teléfono en una mano.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó Mary—. Díselo a Mary.

—Es una mujer policía que me llama desde Scotland Yard, en Londres —susurró Jenny—. Henry ha muerto. Murió en un accidente de tráfico.

Empezó a llorar inconsolablemente y Mary le tomó el teléfono de la mano.

—¿Oiga? ¿Está todavía ahí?

—Sí —le contestó una voz neutral—. Siento mucho haber perturbado a la otra señora. No hay ninguna forma fácil de decir estas cosas.

—Desde luego. Usted sólo cumple con su deber.

—¿Podría averiguar usted dónde se alojaba en Londres?

—Un momento. —Mary se volvió a Jenny—. Quiere saber la dirección donde se alojaba allí.

Así pues, Jenny se la dijo.

Eran poco menos de las cinco cuando Travers, en respuesta a una llamada telefónica de Ferguson que le pedía que se reuniera con él, esperaba en el vestíbulo del depósito de cadáveres de Cromwell Road. El brigadier llegó apresuradamente pocos minutos más tarde.

—Siento mucho molestarte, Garth, pero quiero acelerar las cosas todo lo que pueda. Tiene que efectuarse una autopsia para la investigación del juez, y no podemos hacerla hasta que no se le haya identificado formalmente.

—He hablado con la joven que vive con él, Jenny Grant. Está muy conmocionada, pero tiene la intención de venir en cuanto le sea posible. Debería estar aquí mañana mismo.

—Sí, bueno, en cualquier caso no quiero perder tiempo. —Ferguson extrajo un papel doblado del bolsillo interior de la chaqueta—. Tengo aquí una orden judicial del juzgado de guardia por la que se autoriza al contraalmirante Garth Travers a efectuar la identificación formal, así que terminemos con esto de una vez.

Un ayudante uniformado apareció en ese momento.

—¿Alguien de ustedes es el brigadier Ferguson?

—Soy yo —le dijo Ferguson.

—El profesor Manning le espera. Por aquí, señor.

La sala del depósito estaba iluminada por fluorescentes que sobresalían de las paredes pintadas de blanco. Había cuatro mesas de operaciones de acero inoxidable. El cuerpo de Baker se encontraba en la más cercana, con la cabeza sobre un bloque. Un hombre alto y delgado, con una bata de cirujano, se hallaba de pie, a la espera, acompañado por dos técnicos mortuorios. Travers observó con náuseas que todos ellos llevaban botas verdes de goma.

—Hola, Sam, gracias por venir —dijo Ferguson—. Te presento a Garth Travers.

Manning le estrechó la mano.

—¿Podemos empezar, Charles? Tengo entradas para el Covent Garden.

—Desde luego. —Ferguson tomó una pluma y colocó el formulario sobre el extremo de la mesa de operaciones—.

Contraalmirante Travers, ¿identifica formalmente a este hombre como Henry Baker, un ciudadano estadounidense de St. John, en las islas Vírgenes de Estados Unidos?

—Lo identifico como tal.

—Firma aquí.

Travers así lo hizo y Ferguson entregó el formulario a Manning.

—Aquí lo tienes, Sam. Lo dejamos en tus manos.

Luego, le hizo un gesto a Travers con la cabeza, y ambos salieron.

Ferguson cerró la división acristalada del interior del Daimler, para que el chófer no pudiera escuchar lo que se dijera.

—Ha sido toda una conmoción —dijo Travers—. Todavía no me lo acabo de creer.

—Lo que nos deja en una situación bastante curiosa —comentó Ferguson.

—¿En qué sentido?

—Acerca de la localización del

U-180

. ¿Ha muerto con él esa información?

—Ah, claro —dijo Travers—. Se me olvidaba.

—Por otro lado, es posible que esa joven, la llamada Grant, lo sepa. Quiero decir, que puesto que vivía con él y todo eso…

—No, no era esa clase de relación lo que les unía —le dijo Travers—. Puramente platónico. Solamente la he visto una vez. Yo iba de paso por Miami y coincidí con ellos, que también estaban allí. Es una joven encantadora.

—Pues confiemos en que ese parangón de todas las virtudes tenga la respuesta a nuestro problema —dijo Ferguson.

—¿Y si no lo sabe?

—En ese caso tendré que pensar en algo.

—Me pregunto qué hará Carter con todo esto.

—Supongo que sería mucho mejor tenerlo al corriente —dijo Ferguson con un gruñido—. Habrá que mantener feliz a ese cabrón.

Extendió la mano hacia el teléfono del coche y marcó el número del inspector Lane.

Exactamente a esa misma hora Francis Pamer, que había efectuado un viaje bastante rápido en su Porsche Cabriolet desde Londres hasta su mansión campestre en Hatherley Court, en Hampshire,

subía la amplia escalera que conducía a los apartamentos de su madre, en el primer piso. La mansión estaba en manos de la familia desde hacía quinientos años y siempre la había visitado con un consciente placer, pero no ahora. Su mente estaba ocupada por cosas más importantes.

Cuando llamó a la puerta del dormitorio y entró, encontró a su madre medio incorporada en la magnífica cama adoselada, acompañada por una enfermera uniformada que estaba sentada a su lado. Contaba ochenta y cinco años de edad, de aspecto muy viejo y frágil, y permanecía allí echada, con los ojos cerrados.

La enfermera se levantó enseguida.

—Sir Francis. No le esperábamos.

—Lo sé. ¿Cómo está?

—No muy bien, señor. El médico estuvo aquí hace un rato dijo que podría suceder a la semana que viene o dentro de tres meses.

Él asintió con un gesto.

—Dispone usted de un descanso. Quiero charlar un rato con ella. —La enfermera salió y Pamer se sentó en la cama y tomó la mano de su madre entre las suyas. La anciana abrió los ojos—. ¿Cómo estás, querida? —le preguntó.

—Vaya, Francis, qué agradable sorpresa —dijo ella con un apagado tono de voz.

—Tenía algo que hacer no muy lejos de aquí, madre, así que pensé hacerte una visita.

—Es muy amable por tu parte, querido.

Pamer se levantó, encendió un cigarrillo y se dirigió hacia el fuego de la chimenea.

—Hoy mismo he estado hablando de Samson Cay.

—Oh, ¿estás pensando en tomarte unas vacaciones, querido? Si vas y te encuentras con ese agradable señor Santiago, transmítele mis saludos.

—Desde luego. Tengo razón, ¿verdad? ¿Fue tu madre quien aportó Samson Cay a la familia?

—Sí, querido. Su padre, George Herbert, se lo entregó como regalo de bodas.

—Háblame nuevamente de la guerra, madre —le pidió—. Y de Samson Cay.

—Bueno, el hotel estuvo vacío durante la mayor parte de la

guerra. En aquel entonces era bastante pequeño, claro, sólo un pequeño lugar de estilo colonial.

—¿Y cuándo fuiste tú allí? Realmente, nunca has hablado de eso y yo era demasiado joven como para recordarlo.

—Eso fue en marzo de mil novecientos cuarenta y cinco. Tú naciste en julio del año anterior y aquellos terribles cohetes alemanes seguían cayendo sobre Londres. Las V1 y V2. Tu padre había abandonado el ejército por aquel entonces y servía en el gobierno del señor Churchill, como ministro sin cartera, lo mismo que tú ahora. Le preocupaba mucho la posibilidad de que continuaran los ataques sobre Londres y consiguió para ti y para mí un pasaje en un barco con dirección a Puerto Rico. Desde allí, continuamos viaje a Samson Cay. Ahora lo recuerdo. Llegamos a principios de abril. Nos trasladamos en barco desde Tortola. Había un hombre viejo y su esposa. Eran negros y muy amable. Jackson, eso es. May y Joseph.

Su voz se apagaba y él se acercó, se sentó en la cama y le tomó nuevamente la mano.

—¿Hubo alguna visita, madre? ¿Lo recuerdas?

—¿Visita? —La anciana abrió los ojos—. Sólo el señor Strasser. Un hombre muy agradable. Tu padre me dijo que quizá llegaría. Apareció una noche, dijo que había llegado en un barco de pesca que lo había traído desde Tortola. Y entonces fue cuando llegó el huracán. Ocurrió esa misma noche, y fue terrible. Tuvimos que guarecernos en el sótano durante dos días. Yo te mantuve en mis brazos durante todo ese tiempo, pero el señor Strasser se portó muy bien. Fue un hombre muy agradable.

—¿Qué sucedió después?

—Se quedó con nosotros durante un tiempo. Hasta junio, creo recordar. Y luego llegó tu padre.

—¿Y Strasser?

—Se marchó después de eso. Tenía asuntos que resolver en América del Sur y la guerra en Europa ya había terminado, así que regresamos a Inglaterra. El señor Churchill había perdido las elecciones y tu padre ya no estaba en el Parlamento, así que nos instalamos aquí, querido. Las granjas fueron una gran desilusión para todos.

La anciana divagaba un poco.

—En cierta ocasión me dijiste que mi padre sirvió con sir Oswald Mosley en las trincheras, durante la Primera Guerra Mundial.

—Así fue, querido. Eran muy buenos amigos.

—¿Recuerdas las camisas negras de Mosley, madre, el partido nazi británico? ¿Tuvo mi padre alguna conexión con eso?

—Santo cielo, no. Pobre Oswald. A menudo pasaba aquí el fin de semana. Lo detuvieron al principio de la guerra. Dijeron que era proalemán. Algo ridículo. Era todo un caballero. —La voz pronunciaba las palabras con lentitud, y luego se fortaleció—. Pasamos una época muy difícil. Sólo Dios sabe lo mucho que nos costó mantenerte en Eton. Qué suerte tuvimos todos cuando tu padre conoció al señor Santiago. Qué cosas tan maravillosas hicieron juntos en Samson Cay. Algunos dicen que ahora es el complejo vacacional más exquisito de todo el Caribe. Me encantaría volver a visitarlo, desde luego que sí.

Sus ojos se cerraron y Pamer le colocó las manos por debajo de las sábanas.

—Duerme ahora, madre. Eso te sentará bien.

Cerró la puerta con suavidad, y bajó a la biblioteca, donde se sirvió un *whisky* y se sentó ante el fuego de la chimenea encendida, pensando en todo aquello. El contenido de aquel diario lo había conmocionado sobremanera, y fue un verdadero milagro que hubiera logrado mantener su compostura delante de Carter, pero la verdad se desplegaba ahora ante él. Su padre, un miembro del Parlamento británico, un oficial que había servido en el ejército, un miembro del gobierno, había tenido conexión con el partido nazi, y había sido uno de los que esperó con ansia que se produjera la invasión alemana en 1940. La implicación tuvo que haber sido considerable. Así lo demostraba todo el asunto relacionado con Martin Bormann y Samson Cay.

Francis Pamer sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo; se levantó y se preparó otro *whisky*; luego, deambuló por la biblioteca, contemplando los retratos de sus antepasados. Quinientos años, una de las familias más antiguas de toda Inglaterra, y él era ahora ministro sin cartera, tenía ante sí toda clase de buenas perspectivas para progresar, pero si Ferguson conseguía recuperar el maletín de Bormann de aquel submarino, su carrera estaría acabada. No

abrigaba razón alguna para dudar de que el nombre de su padre aparecería en la lista del *Libro Azul*, como simpatizante de los nazis. El escándalo terminaría con su carrera. No sólo tendría que abandonar toda posibilidad de ocupar un puesto más alto en el gobierno, sino que, como mínimo, tendría que renunciar a su escaño de parlamentario. Luego, estarían los clubes a los que pertenecía. Se estremeció. No soportaba seguir pensando en eso. Pero ¿qué podía hacer?

La respuesta fue asombrosamente sencilla. Max…, Max Santiago. Max lo sabría. Se dirigió rápidamente al despacho, buscó el número de Samson Cay, llamó y pidió hablar con Carlos Prieto, el director general.

—¿Carlos? Soy Francis Pamer.

—Sir Francis, qué placer oírle. ¿En qué puedo servirle? ¿Va a venir a vernos pronto?

—Espero que sí, Carlos. Escuche, necesito hablar con el señor Santiago, urgentemente. ¿Sabe usted dónde está?

—Desde luego. Se aloja en el Ritz, en París. Tengo entendido que tiene allí asuntos de negocios que resolver. Regresará a Puerto Rico dentro de tres días.

—Que Dios le bendiga, Carlos.

Pamer nunca había experimentado tanto alivio como ahora.

Pidió a la telefonista que le pusiera en contacto con el Ritz de París, y comprobó su reloj. Eran las cinco y media. Esperó impaciente hasta que oyó al recepcionista del Ritz y pidió hablar enseguida con Santiago.

—Vamos, Max, te ruego que estés ahí —murmuró.

—Aquí Santiago —dijo una voz en francés—. ¿Quién es?

—Gracias a Dios. Max, soy Francis. Tengo que verte. Ha ocurrido algo. Algo malo, y necesito tu ayuda.

—Tranquilízate, Francis, tranquilízate. ¿Dónde estás?

—En Hatherley Court.

—¿Podrías estar en Gatwick a las seis y media hora local?

—Creo que sí.

—Bien. Me ocuparé de que haya un vuelo chárter esperándote. Podemos cenar y me contarás lo que te preocupa.

Sonó un clic en el teléfono y se cortó la comunicación. Pamer tomó su pasaporte de la mesa del despacho y un talonario de

cheques de viajero y luego subió de nuevo la escalera. Abrió la puerta del dormitorio de su madre y se asomó. Estaba dormida. Cerró la puerta con suavidad y bajó la escalera.

El teléfono sonó entonces en su despacho. Se apresuró a contestarlo y encontró a Simon Carter al otro lado de la línea.

—Ah, está ahí. Le he estado buscando por todas partes. Baker ha muerto. Acabo de enterarme por Ferguson.

—Santo Dios —exclamó Pamer, y entonces se le ocurrió un pensamiento—. ¿Quiere eso decir que la localización del
U-180
se ha ido con él?

—Bueno, es evidente que no le dijo a Travers dónde estaba el submarino, pero parece ser que pasado mañana llega su chica, una tal Jenny Grant. Ferguson confía en que ella lo sepa. En cualquier caso, le mantendré informado.

Poco después, Pamer salió del despacho con el ceño fruncido y la enfermera apareció en el vestíbulo, procedente de la cocina.

—¿Se marcha, sir Francis?

—Me reclaman asuntos urgentes de gobierno, Nellie. Dígale a mi madre que la quiero.

Salió, subió al Porsche y se alejó.

En casa de Garth Travers, en Lord North Street, el almirante y Ferguson terminaron de registrar la maleta de Baker.

—Realmente, no esperabas encontrar la localización de ese condenado arrecife oculta entre sus ropas, ¿verdad? —preguntó Travers.

—Cosas más extrañas han ocurrido —dijo Ferguson—, créeme. —Luego se dirigió al despacho. El maletín de aluminio se encontraba sobre la mesa—. Es éste, ¿verdad?

—Sí —asintió Travers.

—Echemos un vistazo.

El almirante lo abrió. Ferguson examinó la carta, las fotos y echó un vistazo al diario.

—Supongo que has copiado todo esto en tu procesadora de texto, ¿no es así?

—Oh, sí, he mecanografiado la traducción directamente en el ordenador.

—¿Conservas todavía el disco?

—Sí.

—Tráelo, y lo dejas en el maletín, así como cualquier copia que hayas podido hacer.

—Yo diría que eso es un poco fuerte, Charles, sobre todo después de lo que he hecho. Y, en cualquier caso, era propiedad de Baker, al menos en el sentido legal de la palabra.

—Ahora ya no lo es.

De mala gana, Travers hizo lo que se le pedía.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—No gran cosa. Mañana me entrevistaré con esa joven y veré qué tiene ella que decir de todo esto.

—¿Y luego?

—Realmente, no lo sé. Pero, con franqueza, a partir de ahora ya no debes preocuparte por eso.

—Me imaginé que dirías algo así.

Ferguson le dio una palmadita en el hombro.

—No te preocupes. Reúnete conmigo en el Piano Bar del Dorchester a las ocho. Tomaremos una copa.

Y tras decir esto salió de la casa, bajó los escalones y subió a la parte de atrás del Daimler que le esperaba.

Cuando el avión Citation remontó el vuelo desde Gatwick, Francis Pamer se sirvió un *whisky* de la pequeña nevera, mientras pensaba en Max Santiago. Sabía que era un cubano, perteneciente a una de las familias expulsadas por Castro en mil novecientos cincuenta y nueve. El nombre de Max procedía de su madre, que era alemana. Que tenía mucho dinero era evidente, porque había llegado al acuerdo con el viejo Joseph Pamer de desarrollar Samson Cay Resort en 1970, época en la que ya controlaba una serie de hoteles. ¿Cuántos años tendría ahora, sesenta y siete o sesenta y ocho? Lo único que Francis Pamer sabía con seguridad era que siempre había sentido un poco de miedo ante él, aunque eso no importaba ahora. Santiago sabría qué debía hacerse, y eso era lo único importante. Se terminó el *whisky* y se puso a leer el *Financial Times* hasta que el Citation aterrizó en el aeropuerto de Le Bourget, en París, apenas media hora más tarde.

Santiago estaba de pie en la terraza de su magnífica *suite* del Ritz. Era un hombre impresionantemente alto, vestido con un traje y una corbata oscuros, con el cabello todavía negro a pesar de su edad.

Tenía un rostro sereno e imperioso, el aspecto de un hombre acostumbrado a salirse con la suya, y unos ojos negros y vigilantes.

Se dio la vuelta cuando el camarero de la habitación hizo pasar a Pamer.

—Mi querido Francis, qué alegría verte —dijo al tiempo que le tendía una mano—. ¿Una copa de champaña? Por tu aspecto, diría que la necesitas.

Hablaba un inglés impecable.

—Ya lo puedes asegurar —asintió Pamer, que aceptó agradecido la copa que se le ofrecía.

—Vamos, sentémonos y cuéntame cuál es el problema.

Se acomodaron uno al lado del otro, frente al fuego.

—No sé por dónde empezar —dijo Pamer.

—Pues por el principio, naturalmente.

Y eso fue precisamente lo que hizo Pamer.

Una vez que hubo terminado, Santiago permaneció sentado durante un rato, sin decir una sola palabra.

—¿Qué piensas? —preguntó Pamer.

—Un asunto desafortunado, por decir lo mínimo.

—Lo sé. Quiero decir, que si se llega a saber este asunto… Bormann en la isla, mi madre, mi padre.

—Oh, tu madre no tenía ni la más ligera idea de quién era Bormann —dijo Santiago—. Tu padre sí lo sabía, naturalmente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pamer, atónito.

—Tu padre, el querido y viejo Joseph, fue un fascista toda su vida, como lo fue mi padre, un gran amigo del general Franco. Las personas como ellos estaban…, ¿cómo podría expresarlo? ¿Conectadas? Tu padre mantuvo vínculos muy estrechos con la Alemania nazi antes de la guerra, pero eso mismo sucedió con otros muchos miembros del *establishment* inglés. ¿Y por qué no había de ser así? ¿Qué persona sensata hubiera deseado ver que un puñado de comunistas se hacían con el poder? Fíjate lo que han hecho con mi querida Cuba.

—¿Quieres decir que estabas enterado de que mi padre mantuvo esa conexión con Martin Bormann?

—Desde luego. Mi propio padre, que en aquel entonces estaba en Cuba, también estuvo implicado. Permíteme explicártelo, Francis. El *Kamaradenwerk*, la acción por los camaradas, la

organización creada para cuidar del movimiento en el caso de que se produjera una derrota en Europa, era y aún sigue siendo una red a escala mundial. Tu padre y el mío no fueron más que dos engranajes de la maquinaria.

—No me lo puedo creer.

—Francis, ¿cómo crees que pudo tu padre conservar Hatherley Court? ¿De dónde salió el dinero para pagar tu educación en Eton, tus tres años en la guardia de Granaderos? Después de que perdiera su escaño, a tu padre ni siquiera le quedó el salario como miembro del Parlamento.

—Escaño que fue a parar a manos del condenado partido Laborista —dijo Pamer con amargura.

—Claro, pero con el transcurso de los años se le permitió ayudar en, digamos que en ciertos asuntos de negocios. Cuando mi propia familia tuvo que marcharse de Cuba debido a ese animal de Castro, encontramos fondos que se pusieron a nuestra disposición en Estados Unidos. Yo construí la cadena de hoteles, y se me permitió intervenir en ciertas formas de tráfico ilegal, aunque muy lucrativo.

Pamer siempre había sospechado alguna clase de participación en el tráfico de drogas, y la sangre se le heló en las venas.

—Mira, no quiero saber nada de todo eso.

—Sin embargo, te gusta gastar el dinero, Francis —replicó Santiago con una sonrisa—. El desarrollo de Samson Cay nos vino muy bien a todos. Fue una cobertura maravillosa, un lugar de descanso para la gente muy rica y, por detrás de la fachada, un lugar perfecto para llevar a cabo cierta clase de negocios.

—¿Y qué habría ocurrido si alguien hubiera investigado?

—¿Y por qué iban a investigar? Samson Holdings es, como indica su nombre, una compañía *holding*. Es como una muñeca rusa, Francis, una compañía dentro de otra que está dentro de otra, y el nombre Pamer no aparece en ninguno de los consejos de administración y habría que retroceder bastante para encontrar el de Santiago.

—Pero fue la familia de mi abuela la propietaria original.

—¿Te refieres a los Herbert? De eso hace ya mucho tiempo, Francis. Mira, el apellido de tu madre es Vail; su apellido de soltera fue Herbert, lo admito, pero dudo mucho que a alguien se le ocurra hacer esa conexión. Mencionaste que Ferguson había comprobado

con el registro público en Tortola, desde donde se le informó que el hotel no estuvo ocupado durante la guerra.

—Sí, y me preguntó cómo pudieron cometer ese error.

—Pues muy sencillo. Casi cuarenta años más tarde, un empleado echa un vistazo a un expediente y ve la anotación de que el hotel no estuvo ocupado durante la guerra, como así fue, Francis. Tu madre no apareció por allí hasta abril del cuarenta y cinco, es decir, apenas cuatro o cinco semanas antes del final de la guerra. En cualquier caso, eso no tiene la menor importancia. Haré que mi propia gente compruebe la oficina de registros en Tortola. Si encontraran algo comprometedor, lo eliminarían.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Pamer asombrado.

—Puedo hacer cualquier cosa, Francis. Y ahora háblame de ese contraalmirante Travers. ¿Cuál es su dirección?

—En Lord North Street.

—Bien. Haré que alguien le haga una visita, aunque no creo que tenga todavía en su poder ese diario, como tampoco la traducción, a juzgar por la intervención de Ferguson.

—Tu gente deberá llevar mucho cuidado —dijo Pamer—. Quiero decir que no queremos que haya ningún escándalo.

—Eso es exactamente con lo que te encontrarás si no somos los primeros en echarle el guante a eso. También haré que uno de los míos compruebe a esa joven, ¿cómo se llama?

—Jenny Grant.

—Me ocuparé de que comprueben los vuelos para ver cuándo llega. Es bastante sencillo. Lo hará en el vuelo procedente de Puerto Rico, o en el de Antigua.

—¿Y luego qué?

—Vamos —contestó Santiago con una sonrisa—. ¿Qué te parece si confiamos en que ella pueda vendemos algo?

Pamer sintió náuseas.

—Mira, Max, no le harán ningún daño, ¿verdad?

—Pobre Francis, qué criatura más debilucha eres. —Santiago lo acompañó hasta la puerta—. Vamos, espérame en el bar. Tengo que hacer algunas llamadas telefónicas. Luego, cenaremos juntos.

Lo empujó hacia el pasillo y luego cerró la puerta.

El Piano Bar del Dorchester estaba bastante lleno cuando Garth Travers entró y no vio el menor rastro de Ferguson. Fue

cálidamente saludado por uno de los camareros, pues aquél era uno de sus lugares preferidos para pasar el rato. Le encontró una mesa en un rincón, pidió un *gin tonic* y se relajó. Ferguson llegó quince minutos más tarde y se sentó a su lado.

—Tendrías que pedir algo mejor que esto —le dijo el brigadier y pidió dos copas de champaña—. Me encanta este lugar. —Levantó la mirada hacia el techo acristalado—. Es extraordinario, y ese tipo del piano toca justamente nuestra clase de música, ¿no te parece?

—Lo que es como otra forma de decir que nos estamos haciendo viejos —dijo Travers—. Parece que estás de muy buen humor. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Lane hizo una comprobación con la British Airways en Gatwick. Ella llega en el vuelo doscientos cincuenta y dos que sale de Antigua a las veintidós diez hora local, y que llegará a Gatwick a las nueve y cinco de mañana.

—Pobre muchacha —dijo Travers.

—¿Le pedirás que se quede en tu casa?

—Desde luego.

—Pensé que lo harías —asintió Ferguson—. Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que sería mejor que acudieras tú a recogerla. Mi chófer tendrá el Daimler aparcado delante de tu casa a las siete treinta. Sé que es temprano, pero ya sabes cómo está el tráfico a esas horas.

—Por mí, está bien. ¿Quieres que la lleve directamente a verte?

—Oh, no, dale la oportunidad de instalarse. Estará cansada después del vuelo. Ya la veré más tarde. —Ferguson vaciló un momento antes de continuar—. Existe la fuerte posibilidad de que quiera ver el cuerpo.

—¿Está todavía en el depósito de cadáveres?

—No, en una empresa funeraria que solemos utilizar en cuestiones relacionadas con el departamento. Cox and Son, en la misma Cromwell Road. Si pide ir allí, llévala. Hay un buen tipo a cargo de todo.

Ferguson hizo señas al camarero y pidió otras dos copas de champaña.

—¿Qué me dices del submarino, el diario y todo lo demás? —preguntó Travers—. ¿Le hago algún comentario al respecto?

—No, eso déjamelo a mí —contestó Ferguson con una sonrisa—.

Y ahora, cuando te termines esa copa, te invito a cenar.

Mientras tanto, en Antigua, al subir la escalerilla de acceso al compartimento de primera clase, Jenny Grant se sintió como si se moviera a cámara lenta. La azafata que la saludó alegremente tuvo el instinto que se desarrolla con el entrenamiento y la experiencia, y supo enseguida que algo andaba mal. La acompañó a su asiento y la ayudó a instalarse.

—¿Quiere tomar algo? ¿Champaña, café?

—En realidad, me vendría bien un *brandy*. Doble, por favor —contestó Jenny.

La azafata regresó al cabo de un momento. Ahora, había una expresión de preocupación en su rostro.

—Mire, ¿sucede algo? ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, realmente no —contestó Jenny—. Acabo de perder al mejor amigo que he tenido en la vida en un accidente de tráfico en Londres. Esa es la razón de mi viaje.

La joven asintió con una expresión de simpatía.

—No instalaré a nadie en el asiento contiguo al suyo. En este viaje sólo hay seis pasajeros de primera. Nadie la molestará. —Apretó suavemente el hombro de Jenny y añadió—: Si necesita cualquier cosa, sólo tiene que decírmelo.

—Probablemente, intentaré dormir durante todo el viaje.

—Sí, quizá sea lo mejor que puede hacer.

La azafata se alejó y Jenny se reclinó en el asiento. Se tomó el *brandy* sin dejar de pensar en Henry, en todas sus amabilidades, en todo su apoyo. Él le había salvado la vida, esa era la sencilla verdad y lo más extraño de todo era que, por mucho que lo intentara, y por alguna razón que desconocía, no lograba recordar su rostro con claridad, mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos y rodaban lentas y amargas por sus mejillas.

El Daimler llegó justo antes de las siete y media. Travers dejó una nota para su ama de llaves, la señora Mishra, una señora india cuyo esposo llevaba una tienda no lejos de allí; en ella le explicaba la situación. Bajó presuroso los escalones hacia la limusina de Ferguson y poco después se alejaba y pasaba junto a una camioneta de British Telecom aparcada al final de la calle. La camioneta se puso en marcha, avanzó por la calle y aparcó frente a la casa de Travers.

Un mecánico de teléfonos, con el mono oficial, salió de la camioneta con una caja de herramientas en la mano. Llevaba el nombre de Smith impreso en el bolsillo superior izquierdo del mono. Recorrió el camino empedrado que daba a la parte trasera de la casa y al patio. Subió los escalones de acceso a la puerta de la cocina, golpeó uno de los paneles de cristal con la mano enguantada, introdujo la mano y abrió la puerta. Un momento más tarde abría también la puerta principal y otro mecánico de Telecom salía de la camioneta y se le unía en el interior de la casa. En el bolsillo del mono se leía el nombre de Johnson.

Una vez dentro recorrieron metódicamente el despacho del almirante, buscaron en todos los cajones, sacaron los libros de las estanterías, comprobaron por si hubiera señales de una caja fuerte y no encontraron ninguna.

—Es una pérdida de tiempo —dijo finalmente Smith—. No está aquí. Ve a abrir la camioneta.

Desenchufó el ordenador del almirante y siguió a Johnson al exterior. Dejó el ordenador en la parte posterior de la camioneta. Luego, regresaron de nuevo a la casa.

—¿Qué más? —preguntó Johnson.

—Mira a ver si hay una televisión o un vídeo en el salón, y llévate también su máquina de escribir.

Johnson hizo lo que se le decía. Al regresar al salón Smith se hallaba atornillando el cabezal del teléfono en su lugar.

—¿Estás pinchándole el teléfono?

—¿Por qué no? Quizá oigamos algo que nos interese.

—¿Te parece prudente? Quiero decir que la clase de gente con la que tenemos que vérnoslas, los de inteligencia, no son unos patanes.

—Mira, según todos los indicios, esto no es más que un vulgar robo —le dijo Smith—. En cualquier caso, el señor Santiago quiere obtener resultados y con él no se juega, créeme. Y ahora, pongámonos en marcha.

La señora Mishra, el ama de llaves del contraalmirante, no llegaba normalmente hasta las nueve de la mañana, pero el hecho de haber tenido libre el día anterior significaba que había ropa sucia de la que ocuparse, así que decidió empezar un poco más pronto. Al doblar la esquina de Lord North Street y caminar hacia la casa, con un abrigo encima del sari para protegerse del frío de la mañana, vio

a los dos hombres salir de la casa. Avanzó presurosa hacia ellos.

—¿Hay algún problema?

Los dos se volvieron hacia ella. Smith contestó educadamente:

—No que yo sepa. ¿Quién es usted?

—La señora Mishra, el ama de llaves.

—Ha habido problemas con uno de los teléfonos. Nos hemos ocupado de arreglarlo. Ahora lo encontrará todo bien.

Subieron a la camioneta. Johnson se instaló ante el volante y se marcharon.

—Eso ha sido una pena —comentó Johnson.

—No tiene importancia. Ella es india, ¿no es así? Para ella no somos más que otro par de blancos.

Smith encendió un cigarrillo y se reclinó en el asiento; disfrutó de la vista que le ofreció el río al girar por el Millbank.

La señora Mishra no observó que faltara nada porque la puerta del despacho estaba semicerrada. Entró en la cocina, dejó el bolso sobre la mesa y vio la nota del contraalmirante. Mientras la leía se dio cuenta de que había una extraña corriente de aire, se volvió y vio entonces el panel de cristal roto de la puerta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó horrorizada.

Rápidamente, recorrió el pasillo y comprobó en el salón; enseguida observó la ausencia del televisor y del vídeo. El estado en que encontró el despacho confirmó sus peores temores y tomó inmediatamente el teléfono para marcar el nueve, nueve, nueve, el servicio de urgencias de la policía.

Travers reconoció a Jenny Grant en cuanto ella entró en el vestíbulo de llegadas de Gatwick, empujando la maleta en un carrito de equipaje. Llevaba un abrigo de *tweed* tres cuartos, una blusa blanca y unos vaqueros azules, y parecía tener aspecto de sentirse cansada y tensa, con unos círculos oscuros por debajo de los ojos.

—¿Jenny? —preguntó al acercarse a ella—. ¿Me recuerda? Garth Travers.

—Desde luego, contraalmirante —dijo ella tratando de forzar una sonrisa sin conseguirlo.

Él le puso las manos suavemente sobre los hombros.

—Tiene aspecto de estar agotada, querida. Vamos, salgamos de aquí. Tengo un coche esperando. Permítame llevarle la maleta.

El chófer guardó la maleta en el portaequipajes del Daimler y

Travers se acomodó a su lado, en los asientos de atrás. Mientras se alejaban, le dijo:

—Espero que se aloje en mi casa, naturalmente, si eso le parece bien.

—Es usted muy amable. ¿Quiere hacer algo por mí? —preguntó ella casi con un ruego en su voz—. ¿Quiere decirme exactamente qué ocurrió?

—Por lo que los testigos han contado a la policía parece ser que, simplemente, él miró en la dirección incorrecta y cruzó la calle delante de un autobús.

—Qué forma más estúpida de marcharse de este mundo. —Ahora había un matiz de cólera en su voz—. Quiero decir, un hombre de sesenta y tres años, que insistía en bucear casi cada día, que a veces descendía incluso a cuarenta metros en condiciones peligrosas, y ha tenido que ir a morir de una forma tan estúpida y trivial.

—Lo sé. A veces, la vida gasta bromas muy pesadas. ¿Quiere fumar un cigarrillo?

—De hecho, se lo acepto. Lo dejé hace seis meses, pero he vuelto a fumar en el avión, durante el viaje. —Tomó uno del paquete que se le ofrecía y aceptó fuego—. Hay algo más que me gustaría hacer, antes que ninguna otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Quiero verle —dijo ella simplemente.

—Pensé que eso sería lo que querría hacer —asintió Garth Travers—. Precisamente, ahora mismo nos dirigimos allí.

La funeraria era un lugar bastante agradable, sobre todo teniendo en cuenta lo que era. Las paredes de la sala de espera se hallaban cubiertas por paneles de madera y atestadas de flores. Acudió a recibirles un hombre de edad avanzada, vestido de negro y con corbata.

—¿Puedo ayudarles?

—¿El señor Cox? Soy el contraalmirante Travers y ésta es la señorita Grant. Tengo entendido que nos esperaba usted, ¿verdad?

—Desde luego. —Su voz sonaba casi como un susurro—. Si quieren pasar, es por aquí.

De un pasillo posterior partían varias salas con puertas correderas abiertas que revelaban ataúdes instalados sobre

caballetes; había flores por todas partes, y el olor era abrumador. El señor Cox indicó el camino hacia la sala del extremo. El ataúd era bastante sencillo, hecho de caoba.

—Como no tenía instrucciones, tuve que hacer las cosas lo mejor que pude —dijo el señor Cox—. Las guarniciones son de plástico dorado, al suponer que la intención sería efectuar la cremación.

Deslizó hacia atrás la tapa y apartó la gasa que cubría el rostro. Henry Baker tenía un aspecto muy sereno en la muerte, con los ojos cerrados, el rostro muy pálido. Jenny le acercó una mano a la cara, desplazando ligeramente la gasa. Cox, cuidadosamente, la volvió a colocar en su sitio.

—Yo no lo haría, por favor, señorita.

Ella se quedó perpleja por un momento.

—Hubo una autopsia, querida —dijo Travers—. Tuvo que haberla, puesto que es un requisito legal. Pasado mañana se realizará una investigación judicial.

Ella asintió con un gesto.

—No importa. Ahora se ha ido. ¿Podemos irnos, por favor?

Ya en el coche, le ofreció otro cigarrillo.

—¿Se encuentra bien?

—Absolutamente. —Ella sonrió de repente—. Era un triunfador. ¿No es así como se dice en Inglaterra? El hombre más afable y querido que he conocido nunca. —Respiró profundamente—. ¿A dónde vamos ahora?

—A mi casa, en Lord North Street. Probablemente querrá tomar un baño y descansar un poco.

—Sí, eso sería agradable.

Se reclinó en el asiento y cerró los ojos.

La sorpresa al llegar a Lord North Street fue ver el coche de la policía. La puerta principal estaba abierta y Travers subió apresuradamente los escalones, seguido por Jenny. Entró en el vestíbulo e inmediatamente observó el caos que reinaba en su despacho, oyó el sonido de las voces y encontró a la señora Mishra y a una joven policía en la cocina.

—Oh, contraalmirante —exclamó la señora Mishra en cuanto entró—. Ha ocurrido algo terrible. Han robado muchas cosas. La televisión, el ordenador y la máquina de escribir. El despacho está todo revuelto, pero vi sus nombres en los monos de trabajo.

—¿Contraalmirante Travers? —preguntó la mujer policía—. Me temo que se trata de un típico robo. Entraron por esa puerta.

Indicó el cristal roto de la puerta de la cocina.

—Malditos cerdos —exclamó Travers.

—Iban en una camioneta de Telecom —dijo la señora Mishra—. Eran mecánicos de teléfonos. Yo misma los vi marcharse. Imagínese, que ocurra una cosa así…

—Es algo bastante habitual durante el día, señor —dijo la policía—. Se hacen pasar por alguna clase de obreros.

—Supongo que tampoco hay muchas posibilidades de atraparlos, ¿no es eso? —preguntó Travers.

—Lo dudo mucho, señor, realmente lo dudo. Y ahora, si me puede indicar los detalles acerca de lo que echa en falta.

—Sí, desde luego, pero antes permítame un momento. —Se volvió hacia Jenny—. Siento mucho todo esto. Señora Mishra, ésta es la señorita Grant. Se quedará con nosotros un tiempo. Dígale al chófer que suba su maleta a su habitación.

—Desde luego, almirante.

La señora Mishra sacó a Jenny de la cocina y Travers le dijo a la policía:

—Es probable que en todo esto haya oculto mucho más de lo que se ve a primera vista. Permítame hacer una llamada telefónica y estaré con usted enseguida.

—Smith y Johnson —dijo Ferguson—. Ésa sí que es buena.

—Todo parece indicar que se trata de uno de esos desvalijamientos habituales durante el día, señor —comentó Lane —. Tiene todas las características. Sólo se llevaron la clase de aparatos portátiles que se pueden convertir rápidamente en dinero en efectivo. La televisión, el vídeo y lo demás.

—Yo diría que es algo bastante sofisticado por el hecho de que llevaban su propia camioneta de Telecom.

—Probablemente robada, señor. Haremos una comprobación.

—Afortunadamente, le recogí a Travers el diario y el disco con la traducción, por si acaso buscaban algo más que las pantallas de televisión.

—¿Cree realmente que podría haber sido eso, señor?

—Lo único que sé es que hace ya mucho tiempo que aprendí a sospechar de las coincidencias, Jack. Quiero decir, ¿cuántas veces

suele salir Garth Travers de casa a las siete y media de la mañana? Tuvieron que haberle visto partir.

—Y cree que aparentaron un desvalijamiento corriente para despistar.

—Quizá.

—Pero, en ese caso, ¿cómo podían estar enterados de la existencia del diario?

—Sí, ése es el punto más interesante —asintió Ferguson al tiempo que fruncía el ceño—. Se me ha ocurrido algo, Jack. Ve a Lord North Street. Llévate contigo a uno de esos viejos amigos tuyos de la rama especial, alguien especializado en detectar instrumentos de escucha, y comprobarlo todo.

—¿Cree realmente que…?

—Yo no creo nada, Jack. Me limito a considerar todas las opciones. Y ahora, en marcha.

Lane salió y Ferguson tomó el teléfono y llamó a Lord North Street para hablar con Travers.

—¿Cómo está tu invitada?

—Excelente. Lo soporta notablemente bien.

Ferguson miró su reloj.

—Llévale a mi vivienda, en Cavendish Square, hacia las doce y media. Es posible que abordemos el asunto, pero tú no le digas nada. Déjamelo a mí.

—Puedes confiar en mí.

Travers colgó el teléfono y entró en el salón, donde Jenny estaba sentada junto al fuego, tomando café.

—Siento mucho todo esto —se disculpó—. No ha sido precisamente un buen principio.

—No ha sido culpa suya.

—Iremos pronto a almorzar —dijo sentándose a su lado—. Pero antes quisiera presentarle a un viejo amigo mío, el brigadier Ferguson.

Ella era una joven astuta y enseguida percibió que ocurría algo.

—¿Conocía a Henry?

—No directamente.

—Pero esto tiene algo que ver con Henry, ¿verdad?

Se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas en la mano.

—Todo a su debido tiempo, querida. Sólo confíe en mí.

Santiago estaba todavía en su *suite* del Ritz cuando el hombre que se hacía llamar Smith llamó por teléfono desde Londres.

—No hemos encontrado nada, jefe. Al menos de lo que usted nos había descrito.

—No es sorprendente, aunque valía la pena comprobarlo —dijo Santiago—. Confío en que hayáis hecho un trabajo limpio.

—Seguro, jefe. Fingimos que era un desvalijamiento más. Pinché el teléfono por si quería usted escuchar algo.

—¿Qué hiciste qué? —Santiago se mostró fríamente encolerizado—. Ya te dije que en este asunto interviene gente de inteligencia, la clase de gente que lo comprueba todo.

—Lo siento, jefe. Creí estar haciendo lo correcto.

—No importa, ahora ya es demasiado tarde para remediarlo. Deja cualquier otro asunto que tengas entre manos y espera noticias mías.

Y, tras decir esto, Santiago colgó el teléfono.

En el salón de Cavendish Square, Jenny estaba sentada frente al fuego, delante de Ferguson y Travers, que se hallaban de pie junto a la ventana.

—Como ve, señorita Grant —dijo Ferguson—, habrá una investigación judicial, que está prevista para pasado mañana.

—¿Podré disponer después del cuerpo?

—Bueno, en realidad eso le correspondería al pariente más próximo.

Ella abrió el bolso y extrajo un papel que desplegó y le entregó.

—Henry emprendió inmersiones en profundidad hace poco más de un año.

—Creía que ya era demasiado viejo para eso —comentó Ferguson.

—Sí, el caso es que un día estuvo a punto de tener un problema grave. Se quedó sin aire a quince metros de profundidad. Bueno, consiguió llegar a la superficie, pero acudió inmediatamente a su abogado y le hizo redactar un poder notarial a mi nombre.

Ferguson echó un vistazo al documento.

—Parece estar en regla. Me ocuparé de hacérselo llegar al juez. —Se inclinó hacia el costado del sofá y sacó el maletín de aluminio de Friemel—. ¿Ha visto usted esto con anterioridad?

—No —contestó ella con mirada extrañada.

—¿Y esto? —preguntó, sacando el diario.

—No, nunca. —Ella frunció el ceño—. ¿Qué es?

—¿Le dijo el señor Baker por qué vino a Londres? —siguió preguntando Ferguson.

Ella le observó un momento, antes de volverse a mirar a Travers y luego mirarlo de nuevo a él.

—¿Por qué cree usted que vino aquí, brigadier?

—Porque descubrió el lugar donde se había hundido un submarino alemán, en algún lugar situado frente a St. John. ¿Le dijo alguna cosa sobre eso, señorita Grant?

Jenny Grant suspiró profundamente antes de contestar.

—Sí, brigadier, me lo comentó, dijo que había estado buceando y que había descubierto un submarino y un maletín.

—Se trataba de este maletín, que contenía este diario. ¿Qué más le dijo?

—Bueno, estaba escrito en alemán, que él no entendía, pero reconoció el nombre de Martin Bormann y… —De pronto, se detuvo.

—¿Y…? —preguntó Ferguson con suavidad.

—Y el del duque de Windsor —dijo ella sin mucha convicción—. Mire, sé que parece una locura, pero…

—No es ninguna locura, querida. ¿Y dónde encontró el señor Baker ese submarino?

—No tengo ni la menor idea. No quiso decírmelo.

Se produjo una pausa durante la que Ferguson miró hacia Travers, que suspiró.

—¿Está absolutamente segura de eso, señorita Grant?

—Pues claro que lo estoy, dijo que no quería decírmelo por el momento. Estaba muy animado con su descubrimiento. —Se detuvo un momento y frunció el ceño antes de continuar—. Mire, ¿qué está tratando de decirme, brigadier? ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Tiene todo esto algo que ver con la muerte de Henry?

—No, no, en absoluto —dijo tratando de tranquilizarla, al tiempo que hacía un gesto de asentimiento hacia Travers.

—Jenny —intervino entonces el almirante—, la muerte del pobre Henry fue un desgraciado accidente. Tenemos muchos testigos. No se dio cuenta y cruzó la calle sin mirar en la dirección correcta, metiéndose bajo las ruedas de un autobús de transporte

público. El conductor es un viejo londinense de sesenta años que obtuvo la medalla militar al valor en la guerra de Corea en el cincuenta y dos, como soldado de infantería. Sólo ha sido un accidente, Jenny.

—¿De modo que no tiene usted ni idea de dónde se encuentra ese submarino? —volvió a preguntar Ferguson.

—¿Es importante?

—Sí, podría serlo.

—Honradamente, no lo sé —contestó ella con un encogimiento de hombros—. Si quiere saber mi opinión, tuvo que haber sido en algún lugar bastante alejado.

—¿Alejado? ¿Qué quiere decir?

—La mayoría de lugares que suelen utilizar los turistas de St. Thomas y St. John para la práctica del submarinismo se encuentran a una distancia razonable. Hay numerosos naufragios que visitar, pero la idea de que un submarino alemán haya permanecido sin descubrir desde el final de la guerra… —sacudió la cabeza—, parece no tener sentido. Eso sólo podría suceder si estuviera en algún lugar remoto y alejado.

—Es decir, mar adentro.

—Exacto.

—¿Y no sabe usted dónde puede ser eso?

—No, yo no practico mucho el submarinismo. Necesitaría usted consultar con un experto.

—¿Y existe alguna persona así?

—Oh, claro, está Bob Carney.

Inmediatamente, Ferguson tomó el bolígrafo y lo anotó.

—¿Bob Carney ha dicho? ¿Quién es?

—Tiene la concesión de deportes acuáticos de las instalaciones recreativas de Caneel Bay. Es decir, se pasa la mayor parte del tiempo dedicado a enseñar a bucear a los turistas, pero es un verdadero submarinista, y bastante famoso. Estuvo trabajando en los campos petrolíferos del golfo de México, un trabajo muy duro. Incluso han publicado artículos en revistas sobre él.

—¿De veras? —preguntó Ferguson—. ¿Quiere eso decir que es el mejor buceador de las islas Vírgenes?

—Yo diría que de todo el Caribe, brigadier —asintió ella.

—Vaya… —Ferguson miró a Travers y se levantó—. Bien. Le

agradezco mucho su cooperación, señorita Grant. Me doy cuenta de que no es éste un buen momento para usted, pero debe comer. Quizá me permita invitarla a usted y al almirante Travers a cenar esta noche.

—Es muy amable por su parte —dijo ella tras una corta vacilación.

—No hay de qué. Les enviaré mi coche para recogerles a las siete y media. —Los acompañó hasta la puerta—. Cuídese. —Se volvió hacia el almirante y añadió—: Estaré en contacto, Garth.

Media hora más tarde se encontraba tomando una taza de té y reflexionando sobre cómo estaban las cosas cuando llegó Lane. El inspector dejó sobre la mesita una pequeña pieza de metal negro.

—Tenía usted razón, señor. Este pequeño bastardo estaba colocado en el teléfono del despacho.

—Vaya —dijo Ferguson tomando el objeto—. La confabulación se espesa.

—Mire, señor, Baker conocía la existencia del diario porque él mismo lo encontró; la chica también lo sabía porque él se lo comentó; el almirante lo sabía, usted lo sabía, el primer ministro recibió una copia de la traducción, el de los servicios de inteligencia lo sabía, así como sir Francis Pamer.

Se detuvo un momento.

—Te olvidas de ti mismo, Jack.

—Sí, señor, pero ¿quién demonios de entre los que estaban enterados se tomaría la molestia de poner patas arriba la guarida del almirante Travers?

—Ya vuelves a las andadas, Jack, con esa jerga de policía —dijo Ferguson con un suspiro—. Eso es como una telaraña. Hay numerosas líneas de comunicación entre todas esas personas que acabas de mencionar. Sólo Dios sabe cuántas pueden ser.

—Entonces, ¿qué va a hacer, señor? Quiero decir que ni siquiera sabemos dónde está ese condenado submarino. Y además de todo eso nos encontramos con montones de trabajo sucio que se intenta hacer en secreto, como desvalijar una casa o pinchar un teléfono.

—Tienes razón, Jack, todo este asunto adquiere una dimensión completamente nueva.

—Quizá fuera mejor permitir que empezaran a trabajar los de inteligencia en ello, señor.

—Yo no lo veo así, aunque cuando regreses a tu despacho puedes llamar a Simon Carter y a sir Francis para decirles que la chica asegura no conocer el lugar donde está el submarino.

—¿Y qué haremos después, señor?

—No estoy seguro. Tendremos que enviar a alguien allí para descubrirlo para nosotros.

—¿Acaso alguien que sepa bucear bien, señor?

—Esa es una idea, pero si se está tramando alguna trampa, debería tratarse de alguien que fuera tan villano como la oposición. —Ferguson se detuvo un momento y añadió—: Me corrijo, debería ser alguien que fuera peor.

—¿Señor? —preguntó Lane, desconcertado.

De repente, Ferguson se echó a reír, sin poder contenerse.

—Mi querido Jack, ¿no te parece que la vida es deliciosa a veces? Me he pasado casi toda mi vida tratando de echarle el guante a alguien que detesto con todas mis fuerzas, y cuando por fin se cierra la puerta de la celda descubro de repente que esa persona es exactamente lo que necesito en una situación como la presente.

—No le comprendo, señor.

—Lo comprenderás enseguida. ¿Has estado alguna vez en Yugoslavia?

—No, señor.

—Bien. Será una nueva experiencia para ti. Partiremos al amanecer. Ordena que preparen el Learjet. Comunícale al almirante Travers que tendré que retrasar la cena con él y con esa joven señorita.

—¿Y cuál será nuestro destino, señor?

—La pista de aterrizaje del castillo de Kivo, Jack. Ocúpate de que lo preparen todo con el alto mando serbio. No creo que haya ningún problema en ese sentido.

5

Dillon dormitaba en su camastro, en Kivo, cuando el sonido de un avión que trazaba círculos por encima lo despertó. Permaneció a la escucha por un momento y se dio cuenta del cambio en el sonido del motor, lo que le indicó que se disponía a aterrizar. Por el sonido debía de tratarse de un *jet*. Se acercó a la ventana cubierta de barrotes y miró al exterior. Llovía con fuerza y al mirar más allá de los muros vio un Learjet que surgía de una nube baja y efectuaba la maniobra de aproximación a la pista de aterrizaje. Aterrizó perfectamente y luego giró por la pista de rodaje, por lo que pudo ver que no llevaba ninguna señal de identificación. Desapareció de la vista y él se dispuso a encender un cigarrillo, preguntándose quién podría ser.

El grito de una orden llegó hasta él y hubo un crujido producido por el fuego de fusilería. Regresó a la ventana, pero sólo podía ver una parte del patio. Aparecieron uno o dos soldados, y oyó risas; presumiblemente, volvía a tratarse del vaciado general de las celdas, y se preguntó cuántos pobres bastardos habrían sido colocados esta vez contra la pared. Hubo más risas y luego un camión del ejército cruzó por su ángulo de visión y desapareció.

—Esta vez sí que te encuentras metido en un buen lío, viejo —murmuró suavemente para sí mismo—. Un jodido y sangriento lío.

Se dirigió de nuevo hacia la cama y se tumbó en ella, mientras fumaba y pensaba en su situación.

En París, Santiago se hallaba a punto de abandonar la *suite* para acudir a un almuerzo cuando sonó el teléfono. Era Francis Pamer.

—Intenté hablar antes contigo, pero habías salido —le dijo Pamer.

—Negocios, Francis, esa es la razón por la que estoy aquí. ¿Qué tienes para mí?

—Carter ha hablado conmigo. Habló antes con Ferguson. Dijo que la chica no conoce el lugar donde se encuentra el submarino. Dijo que sabía de su existencia, que Baker le había hablado de su

descubrimiento antes de partir, pero que no le había dicho dónde estaba el maldito buque.

—¿Y Ferguson la ha creído?

—Parece ser que sí —contestó Pamer—. Esa fue, al menos, la impresión que sacó Carter.

—¿Y qué piensa hacer ahora Ferguson?

—No lo sé. Se limitó a decirle a Carter que lo mantendría informado.

—¿Qué me dices de la chica? ¿Dónde se aloja? —preguntó Santiago.

—Con el almirante Travers, en Lord North Street. Mañana se celebrará el juicio de investigación. Una vez que haya terminado, Ferguson se ha mostrado de acuerdo en permitirle disponer del cadáver.

—Comprendo —asintió Santiago.

—¿A ti qué te parece, Max?

—¿Te refieres a la chica? No lo sé. Podría estar diciendo la verdad. Por otro lado, también podría mentir y sólo hay una forma de saberlo con seguridad.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que hay que preguntárselo a ella, Francis; en la debida forma, claro está. Un poco de persuasión, suave o de cualquier otro modo, suele obrar maravillas.

—Por el amor de Dios, Max —empezó a decir Pamer, pero Santiago le interrumpió.

—Limítate a hacer lo que sea necesario, mantenme informado acerca de los planes de Ferguson y yo me ocuparé de la chica. Tenía la intención de regresar mañana a Puerto Rico, pero me quedaré por aquí uno o dos días más. Mientras tanto, hablaré con mi gente en San Juan y les diré que preparen el *María Blanco* para hacerse a la mar. En cuanto sepamos con seguridad que Ferguson intenta llevar a cabo alguna clase de operación en las Vírgenes, me trasladaré a Samson Cay y utilizaré aquello como base de operaciones.

—Dios mío, Max —dijo Pamer—. No sé si voy o si vengo con este asunto. Sólo tengo claro que si se descubre estoy acabado.

—Pero no se descubrirá, Francis, porque yo me ocuparé de que no se sepa. Siempre he abrigado la idea de verte en el gabinete. Es

muy útil tener un buen amigo que sea ministro en el gobierno británico. Y no tengo la intención de permitir que eso deje de suceder, de modo que no te preocupes.

Santiago colgó el teléfono, pensó un momento y luego lo levantó de nuevo y marcó el número de su casa en San Juan de Puerto Rico. Dillon estaba leyendo un libro, con la cabeza algo levantada sobre la almohada, cuando la llave restalló en la cerradura y la puerta se abrió. Entró el mayor Branko.

—Ah, estás ahí —dijo.

Dillon ni siquiera se molestó en levantarse.

—¿Y en qué otro sitio iba a estar?

—Eso suena como si te sintieras un poco amargado —dijo Branko—. Al fin y al cabo, sigues estando con nosotros. Imagino que eso debería hacerte sentir un poco de agradecimiento.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Dillon.

—He traído a alguien que desea verte. No puede decirse que sea un viejo amigo, pero yo, si estuviera en tu lugar, escucharía lo que tenga que decirte.

Branko se apartó a un lado. Dillon dejó caer las piernas hacia el suelo y empezaba a levantarse cuando Ferguson entró en la celda, seguido por Jack Lane.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Dillon.

Branko salió de la celda y cerró la puerta tras él.

—Mi querido Dillon, parece ser que te encuentras en medio de la corriente y sin pala para remar, ¿no es eso? —Ferguson quitó el polvo con el sombrero a la única silla que había en la celda y se sentó—. En realidad, nunca nos hemos encontrado cara a cara hasta ahora, pero imagino que sabes quién soy, ¿no es así?

—El jodido brigadier Charles Ferguson —asintió Dillon—. El jefe del Grupo Cuatro.

—Y éste es el detective inspector Jack Lane, mi ayudante, tomado de prestado de la rama especial de Scotland Yard, así que tampoco le gustas a él.

El rostro de Lane era como la piedra. Se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados.

—¿De veras? —preguntó Dillon.

—Míralo bien, Jack —dijo Ferguson—. El gran Sean Dillon, soldado del IRA en sus tiempos, maestro asesino; algunos aseguran

que es mejor que Carlos, *el Chacal*.

—Ya lo miro, señor, y lo único que veo es a otro asesino.

—Ah, pero éste es alguien especial, Jack, el hombre de las mil caras. Podría haber sido otro Olivier si no se hubiera aficionado tanto al revólver. Es capaz de cambiar delante de tus propios ojos. Fue él quien cocinó el atentado para volar al primer ministro y a su gabinete de guerra en el número diez durante la guerra del Golfo, algo que nadie sabe mejor que tú, Jack. Dios mío, nos hiciste pasar unos momentos muy duros, Dillon.

—Fue un placer.

—Pero ahora estás entre rejas —dijo Lane.

Ferguson asintió con un gesto.

—Veinte años, Jack, veinte años sin que nadie pudiera echarle el guante una sola vez, ¿y dónde termina? —Echó un vistazo a la celda—. Tuviste que haberte vuelto loco, Dillon. ¿Suministros médicos para los enfermos y los moribundos? ¿Tú?

—Todos tenemos nuestros días malos.

—Y también misiles Stinger, lo que quiere decir que no comprobaste debidamente tu cargamento. Debes de estar perdiendo sensibilidad.

—Muy bien, ya basta de escenas —le dijo Dillon—. ¿Qué quieren?

Ferguson se levantó y se acercó a la ventana.

—Han estado matando a croatas ahí abajo, en el patio. Hemos oído los disparos cuando veníamos desde la pista de aterrizaje. Cuando llegamos, se dedicaban a llevarse los cadáveres. —Se volvió hacia él—. A ti te tocará el tumo una mañana de éstas, Dillon. A menos que seas sensato, claro.

Dillon sacó un cigarrillo de uno de los paquetes de Rothmans y lo encendió con su mechero Zippo.

—¿Quiere decir que tengo una alternativa? —preguntó con serenidad.

—Podría decirse de ese modo. —Ferguson volvió a sentarse—. Sabes disparar bastante bien todo tipo de armas, Dillon, sabes pilotar un avión, hablas una serie de idiomas, pero lo que más me interesa por el momento es el trabajo de submarinista que hiciste para los israelíes. ¿Fuiste tú el que volaste aquellas lanchas de la OLP

en Beirut?

—¿Me lo va a decir a mí? —replicó Dillon con acento muy irlandés.

—Oh, por el amor de Dios, señor, dejemos a este bastardo para que se pudra —dijo Lane.

—Vamos, hombre, no seas estúpido. ¿Fuiste tú o no? —exigió saber Ferguson.

—Como siempre —admitió Dillon.

—Bien. En ese caso, ésta es la situación. Tengo un trabajo para el que se exige a un hombre con tus talentos.

—Quiere decir un criminal —intervino Lane.

Ferguson ignoró el comentario.

—No sé con exactitud lo que está sucediendo en estos momentos, pero podría necesitarse a un hombre que supiera manejarse en el caso de que las cosas se pusieran feas. En estos momentos no estoy seguro, pero podría ser así. Lo que sí sé es que a su debido tiempo necesitará poseer una considerable experiencia como submarinista.

—¿Y dónde tendrá lugar todo eso?

—En las islas Vírgenes de Estados Unidos. —Ferguson se levantó —. La elección es tuya, Dillon. Puedes quedarte aquí, a la espera de ser fusilado, o puedes salir ahora mismo y volar de regreso a Londres en el Learjet que tenemos en la pista de aterrizaje, en nuestra compañía.

—¿Y qué dirá el mayor Branko al respecto?

—Ningún problema por ese lado. Es un tipo agradable. Su madre vive en Hampstead. Ya está bastante harto de este lío yugoslavo, y nadie podría echárselo en cara. Voy a disponer asilo político para él en Inglaterra.

—¿Hay algo que no pueda usted hacer? —preguntó Dillon.

—Nada que se me ocurra.

—Soy un hombre buscado en el Reino Unido —dijo Dillon tras un momento de vacilación—. Eso también lo sabe usted.

—La pizarra quedará limpia, te doy mi palabra, aunque le disguste al inspector Lane, pero así son las cosas. Naturalmente, eso también significa que tendrás que hacer exactamente lo que se te diga.

—Desde luego. —Dillon se levantó, tomó la chaqueta de vuelo y

se la puso—. Estoy a sus órdenes.

—Me imaginé que serías sensato. Y ahora salgamos de este lugar nauseabundo.

Y Ferguson golpeó la puerta con el bastón de bambú indio que llevaba.

Dillon terminó de leer el diario y lo cerró. Lane dormitaba, con la cabeza apoyada sobre una almohada, y el irlandés le devolvió el diario a Ferguson, que estaba sentado al otro lado del pasillo, aunque de cara hacia él.

—Muy interesante —dijo Dillon.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir?

El irlandés se inclinó hacia el mueble bar, encontró una botella en miniatura de *whisky* escocés, se sirvió su contenido en uno de los vasos de plástico y añadió un poco de agua.

—¿Qué espera que le diga? Está bien, la muerte de Henry Baker ha sido desafortunada, pero por lo visto murió sintiéndose feliz. Descubrir el

tuvo que haber sido lo más grande que le ocurrió en su vida.

—¿Lo crees así?

—Es el sueño de todo buceador, brigadier; encontrar un barco hundido que nadie haya descubierto antes, preferiblemente abarrotado de doblones españoles, pero si no se encuentra eso, uno se conforma con el naufragio, por sí solo.

—¿De veras?

—Usted no ha buceado nunca, ¿verdad? —preguntó Dillon echándose a reír—. Allá abajo es como estar en otro mundo, se experimenta una sensación especial; no hay nada comparable. —Tomó un trago de *whisky*—. De modo que esa chica que ha mencionado, esa tal Jenny Grant, dice que él no le comunicó dónde se encontraba el submarino, ¿no es eso?

—En efecto, así es.

—¿Y usted la cree?

—Me temo que sí —contestó Ferguson con un suspiro—. Normalmente, no creo a nadie, pero hay algo en ella…, algo especial.

—Mira que dejarse influir por un rostro bonito a su edad —dijo Dillon—. Eso siempre es un error.

—No seas estúpido, Dillon —replicó el brigadier con un tono incisivo—. Es una joven agradable que parece tener algo especial, y eso es lo único que quiero decir. Podrás juzgar por ti mismo, porque esta misma noche cenaremos con ella y con Garth Travers.

—Está bien —asintió Dillon—. Entonces, si ella no sabe dónde está ese maldito trasto, ¿qué espera usted que haga yo?

—Que vayas a las islas Vírgenes y descubras dónde está, eso es lo que espero que hagas, Dillon. No te será muy duro, te lo aseguro. Visité St. John hace unos años y es un lugar maravilloso.

—¿Para pasar unas vacaciones?

—No estarás de vacaciones, sólo lo aparentarás. Tienes que ganarte tu parte del trato.

—Brigadier —dijo Dillon con paciencia—, el mar es un lugar condenadamente grande. ¿Tiene idea de lo difícil que es localizar un barco hundido en el fondo? Incluso en las aguas del Caribe, y con buena visibilidad, puedes pasar a treinta metros de distancia sin verlo.

—Ya se te ocurrirá algo. Siempre se te ha ocurrido algo, Dillon. ¿Acaso no es ése tu talento especial?

—Jesús, tiene usted una fe conmovedora en mí. Está bien, volvamos a repasar los hechos desde el principio. ¿Qué me dice de la muerte de Baker? ¿Está seguro de que fue un accidente?

—Absolutamente incuestionable. Hubo muchos testigos. Simplemente, miró en otra dirección y trató de cruzar la calzada en el momento en que venía un autobús que se le echó encima. Al conductor, además, no se le puede reprochar nada.

—De acuerdo, ¿y qué me dice entonces del robo en la casa del contraalmirante Travers y del pinchazo en su teléfono?

Ferguson asintió con un gesto.

—Debo admitir que eso huele a pescado podrido. Tiene todas las características de un desvalijamiento casual, pero lo del pinchazo del teléfono indica otra cosa.

—¿Quién podría haber sido?

—Sólo Dios lo sabe, Dillon, pero mi instinto me dice que ahí fuera hay alguien que no quiere nada bueno.

—Pero ¿qué puede ser? —insistió Dillon—. Esa es la cuestión.

—Estoy seguro de que podrás encontrar una respuesta.

—Bien, ¿cuándo quiere que me desplace a las Vírgenes?

—No estoy seguro. Dentro de dos o tres días. Ya veremos —contestó Ferguson, que se colocó una almohada tras la cabeza.

—¿Y dónde me voy a alojar mientras esté en Londres? —preguntó Dillon.

—Arreglaré las cosas para que te quedes con el contraalmirante Travers, en Lord North Street. Por el momento, puedes cumplir tu parte del trato dedicándote a proteger a la chica —le dijo Ferguson —. Y ahora, cierra el pico, sé un buen muchacho y déjame dormir un rato.

Cruzó los brazos y cerró los ojos. Dillon terminó de beberse el *whisky* y se quedó pensando en todo aquel asunto.

—Ah, Dillon, una cosa más —murmuró entonces Ferguson.

—¿De qué se trata?

—El doctor Wegner y ese joven estúpido de Klaus Schmidt, la gente con la que hiciste tratos en Fehring. Son aficionados bienintencionados, pero el hombre con el que te encontraste en Viena, y que te puso en contacto con ellos, ese tal Farben, actuaba para mí.

Dispuse que se viera contigo y luego conseguí a alguien que trabaja también para mí para que te entregara a los serbios.

—Lo crea o no, brigadier, ya se me había ocurrido pensar en algo así. Supongo que lo de los misiles Stinger fue idea suya, ¿verdad?

—Quería verte tras las rejas, ¿comprendes? —replicó Ferguson —. Si no conseguía echarte el guante de una forma tenía que hacerlo de otra. —Se encogió de hombros—. Pero no te preocupes, este asunto de ahora no tiene nada que ver con eso. Sólo has tenido muy buena suerte en tu situación.

—De no haber sido así, habría dejado que me pudriera, claro.

—En realidad no, aunque te habrían fusilado tarde o temprano.

—Bueno, ¿qué importa eso ahora? —dijo Dillon—. Si se piensa en ello podría decirse que en último término todo ha salido para bien.

Y tras decir esto cerró los ojos y pronto se quedó dormido.

En Lord North Street, poco antes de las seis, aún seguía lloviendo cuando Dillon se sentó ante la mesa de la cocina y observó a Jenny Grant, que preparaba el té. Apenas hacía un rato que había sido presentado por Ferguson, que se había encerrado en el despacho,

con Travers. Ella se volvió y le sonrió.

—¿Quiere tomar alguna tostada o cualquier otra cosa?

—No, gracias. ¿Le importa si fumo?

—En absoluto. —Se ocupó nuevamente de preparar el té—. Es usted irlandés, pero su acento suena diferente.

—Norte de Irlanda —dijo él—. Lo que usted llamaría el Ulster y otros los seis condados.

—¿El país del IRA?

—En efecto —asintió él con calma.

Ella sirvió el té.

—¿Y qué está haciendo exactamente aquí, señor Dillon? ¿Sería correcto por mi parte suponer que el brigadier quiere que me vigile?

—¿Y por qué razón pensaría una cosa así?

Ella se sentó frente a él y tomó un sorbo de té antes de contestar.

—Porque tiene usted aspecto de ser esa clase de hombre.

—¿Y cómo reconocería a esa clase de hombre, señorita Grant?

—Jenny —dijo ella—. Bueno, he conocido a toda clase de hombres, señor Dillon, aunque habitualmente no eran los correctos. —Se detuvo un momento antes de proseguir—. Pero Henry me salvó de todo eso. —Levantó la mirada hacia él. Le brillaban los ojos—. Y ahora ha desaparecido para siempre.

—¿Otra taza de té? —preguntó él extendiendo una mano hacia la tetera—. Dígame, ¿qué hace en St. John?

Ella suspiró profundamente e hizo un esfuerzo por recuperarse.

—Tengo un café-bar llamado

Jenny's

Place. Tiene que visitarlo algún día.

—¿Sabe una cosa? —preguntó Dillon con una sonrisa—. Es muy posible que le tome la palabra sobre eso.

Y terminó de beber la taza de té.

En el despacho, Travers estaba perplejo.

—Santo cielo, Charles, ¿el IRA? Me siento realmente conmocionado.

—Puedes estar todo lo conmocionado que quieras, Garth, pero necesito a ese pequeño bribón. Odio tener que admitirlo, pero resulta que es realmente muy bueno. Tengo la intención de enviarlo a St. John una vez que haya aclarado algunas cosas. Mientras tanto,

puede quedarse aquí y actuar como guardaespaldas, sólo por si acaso ocurriera algo.

—Está bien —admitió Travers de mala gana.

—Si la chica pregunta, le he dicho que diga que es un buceador que he hecho traer para que nos ayude en este asunto.

—¿Crees que ella se tragará eso? Me parece una joven bastante inteligente.

—No veo por qué no. Él es, en efecto, un buceador, entre otras muchas cosas. —Ferguson se levantó—. Y a propósito, antes hice venir a un hombre de mi departamento para que volviera a colocar ese chisme en tu teléfono y te proporcionara un teléfono celular. ¿Lo ha hecho así?

—En efecto.

Ferguson salió del despacho y se dirigió a la cocina, donde encontró a Jenny y a Dillon sentados ante la mesa.

—Muy bien —dijo Ferguson—. Ahora tengo que marcharme. Volveremos a vernos a las ocho para cenar. Creo que en el River Room del Savoy. —Se volvió hacia Travers y preguntó—: ¿Te parece bien?

—Habrá que llevar traje y corbata —dijo Dillon—. Y aquí me tienen a mí que sólo tengo las ropas que llevo puestas.

—Está bien, Dillon, mañana podrás ir de compras —dijo Ferguson de mala gana, antes de volverse de nuevo hacia Travers—. Es una suerte que tengas más o menos su misma estatura, Garth. Estoy seguro de que podrás encontrarle algo. Os veré más tarde.

La puerta principal se cerró de golpe tras él y Dillon sonrió.

—Siempre anda con prisas ese hombre.

—Muy bien —dijo Travers a pesar suyo—, será mejor que venga conmigo. Le mostraré dónde está su habitación y le buscaré algo para ponerse.

Le indicó el camino y, antes de salir de la cocina, Dillon le guiñó un ojo a Jenny y luego le siguió.

No lejos de allí el fingido mecánico de teléfonos que se hacía llamar Smith entró en un pequeño callejón donde había aparcada una vieja camioneta y llamó a la puerta trasera. Johnson la abrió y Smith se reunió con él en el interior, donde había varios instrumentos de equipo de grabación y recepción de sonido.

—¿Alguna cosa? —preguntó.

—Nada. He estado todo el día a la escucha. El ama de llaves ha pedido algunos alimentos, y luego un mecánico para reparar la lavadora. El almirante llamó a la Biblioteca de Londres para solicitar que le enviaran un libro, y el Club del Ejército y la Marina llamó para hablar sobre una función el mes que viene. En conjunto, ha sido todo bastante aburrido. ¿Y tú, has conseguido algo?

—Estaba vigilando la casa hace un rato cuando apareció Ferguson.

—¿Estás seguro de eso?

—Oh, sí, totalmente seguro. Las fotos que había en el expediente que nos ha proporcionado el señor Santiago son bastante buenas. Iba acompañado por un tipo.

—¿Tienes alguna idea de quién era?

—No. Un tipo bajo de estatura, de cabello muy rubio, con una chaqueta de vuelo de cuero negro. Se quedó en la casa. Ferguson, en cambio, se marchó.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Dejar la grabadora en marcha. Por la mañana me daré una vuelta y escucharé la cinta para ver si hay algo interesante. Vigilaré la casa mientras tú te tomas un poco de tiempo libre. Si salen, los seguiré y te llamaré por el teléfono del coche.

—De acuerdo —asintió Johnson—. Me reuniré contigo más tarde.

Ambos salieron de la camioneta, que cerraron con llave, y cada uno se alejó por caminos distintos.

Ferguson no había llegado todavía cuando el contraalmirante, Dillon y Jenny llegaron al Savoy y entraron en el River Room. La mesa, sin embargo, ya había sido reservada y el *maître* les condujo hasta ella.

—Supongo que podemos tomar una copa mientras esperamos —dijo Travers.

Dillon se volvió hacia el *sommelier*.

—Una botella de Krug, que no sea de cosecha. —Se volvió y le sonrió amistosamente a Travers—. Prefiero la mezcla de uvas.

—¿De veras? —replicó el contraalmirante con rigidez.

—Sí —asintió Dillon. Le ofreció un cigarrillo a Jenny, que llevaba una sencilla blusa blanca y una falda negra—. Está usted muy guapa.

Su tono de voz había cambiado de pronto y ahora sonó como la de un perfecto caballero inglés, incluido el acento propio de la escuela pública.

—¿Consigue ser el mismo aunque sólo sea durante cinco minutos seguidos? —preguntó ella.

—Jesús, eso sería muy aburrido, ¿no le parece? ¿Le apetece bailar?

Se levantó, tendió la mano hacia ella y la acompañó hasta la pista de baile.

—¿Sabe que usted tampoco está tan mal? —dijo ella.

—Bueno, esta chaqueta deportiva me sienta bien, aunque la corbata de la Marina me parece un poco incongruente.

—Ah, ya comprendo, no le gustan las instituciones, ¿verdad?

—No es que sea totalmente cierto. La primera vez que vine al River Room pertenecía a una institución bastante famosa, la Academia Real de Arte Dramático.

—¿Se burla de mí? —preguntó ella.

—No, fui estudiante allí durante un año, y me ofrecieron un trabajo en el Teatro Nacional. Representé el papel de Lyngstrand en *La dama del mar*, de Ibsen, aquel que se pasaba todo el tiempo tosiendo.

—¿Y después de eso?

—Oh, tuve que atender compromisos familiares. Me vi obligado a regresar a Irlanda.

—Qué pena. ¿Qué ha estado haciendo últimamente?

Le dijo llanamente la verdad.

—He pilotado un avión con suministros médicos para Yugoslavia.

—Oh, es piloto.

—Algunas veces. He sido un montón de cosas, como carnicero, panadero, fabricante de velas, buceador.

—¿Buceador? —preguntó ella sorprendida—. ¿De veras? ¿No me estará tomando el pelo?

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

Ella se apartó un poco mientras danzaban sobre la pista.

—¿Sabe? Noto una sensación extraña con respecto a usted.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, puede que le parezca una locura, pero si alguien me

pidiera que especulara acerca de usted, me dejaría llevar por alguna razón totalmente ilógica y diría que es un soldado.

La sonrisa de Dillon fue un tanto forzada.

—Vamos, ¿en qué se me nota?

—Entonces tengo razón. —Se sentía encantada consigo misma —. Fue usted soldado en algún momento.

—Supongo que podría expresarse de ese modo.

La música se interrumpió y él la acompañó de nuevo hasta la mesa. Al llegar, se excusó:

—Voy a ver qué clase de cigarrillos tienen en el bar.

Al alejarse, el almirante dijo:

—Mire, querida, no tiene sentido relacionarse demasiado con él. Ya sabe, no es su clase de tipo.

—Vamos, no sea un viejo esnob, contraalmirante. —Encendió un cigarrillo—. A mí me parece perfectamente agradable. Acaba de pilotar un avión con suministros médicos para Yugoslavia, y en algún tiempo fue soldado.

Travers emitió un bufido y lo soltó casi sin pensarlo.

—Un soldado del sangriento IRA.

—No puede hablar usted en serio —dijo ella con el ceño fruncido.

—Es un personaje infame —siguió diciendo Travers—. Peor que el tal Carlos. Llevan varios años detrás de él por todas partes. La única razón por la que está aquí es porque Charles ha hecho un trato con él. Le va a ayudar con este asunto; irá a St. John y descubrirá dónde está el submarino. Por lo visto, ese condenado también sabe bucear.

—No me lo puedo creer.

Cuando Dillon regresaba del bar se encontró con Ferguson, que llegaba en ese momento. Los dos juntos se acercaron a la mesa.

—Tiene usted un aspecto muy agradable, querida —le dijo Ferguson a Jenny—. A propósito, la vista judicial se celebrará mañana a las diez y media, aunque no tiene necesidad de ir, puesto que Garth ya ha hecho la identificación formal.

—Sin embargo, preferiría estar presente —dijo ella.

—Muy bien, si es eso lo que desea.

—A partir de ese momento, ¿cuándo podemos disponer la cremación?

—¿Es eso lo que desea hacer?

—Sí, quiero llevarme sus cenizas —respondió ella con serenidad —. Nada de servicio religioso. Henry era ateo.

—¿De veras? —Ferguson se encogió de hombros—. Está bien, si quiere usted utilizar a nuestra gente podrán hacerlo casi inmediatamente.

—¿Le parece bien mañana por la tarde?

—Supongo que sí.

—Bien. Le quedaría muy agradecida si pudiera ocuparse de ello. Si es usted el que pide quisiera tomar caviar para empezar, un filete medio hecho con ensalada de guarnición.

—¿Lo quiere ahora? —preguntó Ferguson.

—A eso se le llama celebrar la vida —dijo ella. Se levantó, tomó a Dillon de la mano y añadió—: Y también me gustaría volver a bailar. —Le sonrió—. No es frecuente tener la oportunidad de bailar un foxtrot con un pistolero del IRA.

A la mañana siguiente, no había presentes más de cinco o seis personas en la pequeña sala del tribunal, recubierta con paneles de roble, en Westminster. Jenny estaba sentada en el banco de delante, con Travers, mientras que Ferguson y Dillon permanecían de pie al fondo, cerca del ujier del tribunal. Dillon había vuelto a ponerse la chaqueta de vuelo. Hubo una breve pausa mientras una de las personas que se sentaban al frente se aproximaba al estrado y recibía alguna clase de mandamiento judicial de manos del secretario del tribunal. En el momento en que abandonaba la sala entraron Smith y Johnson, que se sentaron en un banco situado al otro lado del pasillo. Iban respetablemente vestidos, con chaqueta y corbata, pero Dillon sólo necesitó echarles un vistazo. Veinte años de vivir al margen de la ley le habían permitido desarrollar un instinto especial para esa clase de cosas.

El secretario judicial inició el procedimiento.

—En pie para la entrada del juez de Su Majestad.

El juez era de edad avanzada, tenía el cabello muy blanco y llevaba un traje gris. Jenny lo miró sorprendida. Había esperado túnicas y pelucas. El hombre abrió un expediente que tenía ante él.

—Se trata de un caso insólito y he tomado buena nota de los hechos que se me han presentado y he decidido que, en consecuencia, no es necesaria la presencia de un jurado. ¿Está

presente el brigadier Charles Ferguson?

—Sí, señor —contestó Ferguson.

—Veo que ha incluido usted una observación de «materia reservada» en nombre del ministerio de Defensa, y este tribunal acepta que debe de haber razones que lo justifiquen y que estén relacionadas con la seguridad nacional. Acepto la orden y la haré incluir en estos procedimientos. En este punto también quiero dejar claro a cualquier miembro de la prensa que pueda estar presente que sería un delito, punible con un período de cárcel, el informar públicamente sobre cualquier detalle relacionado con un caso de «materia reservada».

—Gracias, señor —dijo Ferguson y se sentó.

—Según las declaraciones de los testigos hechas a la policía en este desafortunado asunto, todo parece estar perfectamente claro y sólo necesito recibir la identificación oficial del difunto para dar por concluido el procedimiento.

El secretario del juzgado le hizo un gesto a Travers, que se levantó y se acercó al estrado. El juez consultó con sus papeles.

—¿Es usted el contraalmirante Garth Travers?

—Lo soy, señor.

—¿Cuál es su relación con el difunto?

—Un íntimo amigo desde hace muchos años que hemos pasado vacaciones juntos en St. John, en las islas Vírgenes de Estados Unidos, y que se alojaba en mi casa, en Lord North Street.

—Y fue usted quien hizo la identificación oficial, ¿no es eso? —preguntó el juez al tiempo que asentía con un gesto—. ¿Está presente en la sala la señorita Jenny Grant? —Ella se levantó, sintiéndose incómoda y el juez continuó—: Tengo aquí unos poderes a su nombre. ¿Desea usted reclamar el cuerpo?

—Así es, señor.

—Que sea así, y así lo ordeno. Mi secretario le preparará el necesario mandato judicial. Cuenta usted con la comprensión de este tribunal, señorita Grant.

—Gracias.

Apenas se hubo sentado, el secretario anunció:

—En pie ante el juez de Su Majestad.

Todos se levantaron y el juez abandonó la sala. Travers se volvió hacia Jenny.

—¿Todo bien, querida?

—Muy bien —asintió ella, aunque tenía el rostro pálido.

—Vámonos entonces —dijo él—. Charles se ocupará de recoger el mandato judicial. Ya nos alcanzará más tarde.

Pasaron ante Dillon y salieron de la sala. Smith y Johnson se levantaron y se mezclaron con el resto de gente, mientras que Ferguson estaba ocupado con el secretario del juzgado.

Hacía sol en el exterior y Jenny se estremeció ligeramente y se arrebujó el cuello alrededor de la garganta.

—Hace frío.

—Probablemente le vendría bien una bebida caliente —dijo Travers, que parecía preocupado.

Dillon estaba en lo alto de la escalera cuando Ferguson se le unió. Smith y Johnson se habían detenido a corta distancia, cerca de la parada del autobús. Smith sacó un cigarrillo y Johnson se lo encendió.

—¿Conoce a esos dos? —preguntó Dillon a Ferguson.

—¿Y por qué iba a conocerlos? —replicó el brigadier.

En ese momento se detuvo un autobús. Smith, Johnson y un par de personas más subieron al vehículo y éste se alejó.

—Brigadier, he sobrevivido durante todos estos años parque he aprendido a confiar en mi instinto, y mi instinto me dice que esos dos eran tipos malos. ¿Qué estaban haciendo en la vista judicial?

—Quizá tengas razón, Dillon. Por otro lado, hay mucha gente que se dedica a asistir a los procedimientos judiciales de cualquier tipo, como una especie de entretenimiento gratuito.

—¿De veras?

El Daimler se detuvo en la calzada al pie de los escalones. Jack Lane bajó del coche y se les unió.

—¿Todo ha ido bien, señor?

—Sí, Jack. —Ferguson le entregó el mandamiento judicial—. Entrégaselo al viejo Cox. Dile que quisiéramos que la cremación se efectuara esta misma tarde. —Miró hacia donde se encontraba Jenny—. ¿Le parece bien a las tres? —preguntó.

Ella asintió, más pálida que nunca.

—No hay ningún problema.

Ferguson se volvió hacia Lane.

—Ya lo has oído. A propósito, había un par de tipos en la sala.

Dillon tiene sus dudas sobre ellos.

—¿Cómo podía saberlo? —preguntó Lane, desdeñando al irlandés—. ¿Acaso llevaban capuchas negras?

—Jesús, ¿escuchas lo que dice este hombre? —dijo Dillon—. Cuánto ingenio se gasta.

Lane le miró ceñudo, sacó un sobre del bolsillo y se lo tendió a Ferguson.

—Como usted ordenó, señor.

—En ese caso, dáselo a él.

Lane lo tendió hacia la mano de Dillon.

—Aquí tienes mucho más de lo que te mereces.

—¿Qué es esto? —preguntó Dillon mientras lo abría.

—Necesitas ropa, ¿no es cierto? —preguntó Ferguson—. Ahí tienes una tarjeta de crédito y mil libras en efectivo.

Dillon sacó la elegante tarjeta de crédito. Era una platino de American Express, a su propio nombre.

—Jesús, María y José, ¿no le parece que esto es echar un poco la casa por la ventana, incluso para usted, brigadier?

—No dejes que se te suba a la cabeza. Todo eso forma parte de la nueva personalidad que estoy creando para ti. Se te comunicará a su debido tiempo.

—Bien —asintió Dillon—. En ese caso me marcho para empezar a gastar.

—Y no olvides un par de maletas, Dillon —dijo Ferguson. Vas a necesitarlas. La ropa debe ser ligera; hace calor allí en esta época del año, y si no es mucha molestia para ti, intenta parecerte lo más posible a un caballero.

—Espéreme —dijo de pronto Jenny volviéndose hacia los otros dos hombres—. Acompañaré a Dillon. No tengo nada más que hacer y eso me ayudará a matar el tiempo. Volveré a verle en la casa, contraalmirante.

Bajo presurosa los escalones y se reunió con Dillon.

—¿Qué te parece? —preguntó Travers.

—Oh, esa muchacha tiene sus profundidades. Logrará salir adelante —contestó Ferguson—. Y ahora, pongámonos en marcha —añadió acercándose al coche.

En el momento en que el Daimler avanzaba a lo largo de Whitehall, hacia el ministerio de Defensa, sonó el teléfono del coche. Lane, que

estaba sentado en el taburete abatible, de espaldas al chófer, contestó, miró a Ferguson y le tendió el auricular.

—El subdirector, brigadier. Dice que le gustaría que le pusiera al corriente de cómo están las cosas ahora. Se pregunta si podría usted reunirse con él y con sir Francis en el Parlamento. A tomar el té por la tarde, en la terraza.

—La cremación es a las tres —dijo Ferguson.

—No tienes necesidad de estar presente —le dijo Travers—. Yo me ocuparé de eso.

—Pero me gustaría estar presente —replicó Ferguson—. Es lo más civilizado que puedo hacer. Esa muchacha necesita nuestro apoyo. —Se volvió hacia Lane—. De cuatro y media a cinco. Es lo mejor que puedo hacer.

Lane confirmó la cita y Travers dijo:

—Muy decente por tu parte, Charles.

—¿Yo, decente yo? —Ferguson parecía sentirse claramente regocijado—. Llevaré conmigo a Dillon y lo presentaré. Imagínate, Sean Dillon, el Carlos de nuestro tiempo, en la terraza de la Cámara de los Comunes. Me siento impaciente por ver la cara que pondrá Simon Carter.

Y se echó a reír estruendosamente.

Dillon y Jenny se dirigieron a Harrods.

—Intenta parecerte a un caballero, eso fue lo que dijo el brigadier —le recordó, tuteándola por primera vez—. ¿Qué sugerirías?

—Un traje que esté bien para cualquier ocasión, quizá de franela gris, y una cazadora. Una bonita chaqueta de lino suelta y unos pantalones. Hace realmente calor en St. John en esta época del año.

—Estoy a tus órdenes —le aseguró.

Terminaron en el bar del último piso, con dos maletas llenas con todas las compras que habían hecho.

—Resulta extraño haber tenido que comprar todo un guardarropa —dijo ella—. Calcetines, camisas, ropa interior. ¿Qué demonios te había ocurrido?

—Digamos que tuve que abandonar precipitadamente el lugar donde estaba.

Llamó a un camarero y pidió dos copas de champaña y bocadillos de salmón ahumado.

—Te gusta nuestro champaña —dijo ella.

—Tal como dijo una vez un gran hombre, sólo hay dos cosas que nunca te abandonan en esta vida —dijo Dillon con una sonrisa—. El champaña y los huevos revueltos.

—Eso es ridículo, los huevos revueltos se acaban muy rápidamente. En cualquier caso, ¿qué me dices de la gente? ¿No confías en nadie?

—Nunca he tenido la oportunidad de descubrirlo. Mi madre murió al darme a luz a mí, y yo fui su primer hijo, así que no tengo hermanos ni hermanas. Luego fui actor. Ahí encontré a pocos amigos. Cualquier actor sería capaz de matar a su abuelita si creyera que con eso conseguiría un papel.

—No has mencionado a tu padre. ¿Vive todavía?

—No, lo mataron en Belfast en el setenta y uno. Se encontró en el fuego cruzado de un tiroteo. Lo mató una patrulla del ejército británico.

—¿Fue entonces cuando te uniste al IRA?

—Algo parecido.

—Armas y bombas, ¿creíste que era ésa la respuesta?

—Hubo un gran irlandés llamado Michael Collins que dirigió la lucha por la libertad irlandesa allá a principio de los años veinte. Su frase favorita era algo que había dicho Lenin con anterioridad. El propósito del terrorismo es aterrorizar, esa es la única forma con la que un pequeño país puede abrigar la esperanza de sacudirse el yugo de una gran nación y tener una posibilidad de ganar.

—Tiene que haber una forma mejor —dijo ella—. La gente es fundamentalmente decente. Fíjate en Henry, por ejemplo. Yo era una fulana, Dillon, drogada hasta las niñas de los ojos; me dedicaba a hacer la calle, en Miami. Cualquier hombre podría haberme poseído mientras el precio fuera correcto, y entonces apareció Henry Baker, un hombre decente y afable. Me llevó a la unidad de drogadicción, me ayudó a rehabilitarme, me llevó a St. John, me permitió compartir su casa y me puso un negocio. —Estaba a punto de llorar al recordarlo—. Y nunca me pidió nada, Dillon, nunca me puso una mano encima. ¿No es eso de lo más extraño?

Una vida pasada en continuo movimiento, procurando mantenerse siempre un paso por delante de los problemas, había hecho que Dillon tuviera muy poco tiempo para las mujeres. Las

había, en ocasiones, para satisfacer una urgencia, pero nada más que eso, y nunca quiso ni fingió otra cosa, pero ahora, sentado delante de Jenny Grant, experimentó un calor y una simpatía que eran nuevas para él.

«Jesús, Sean, no vayas a colarte por ella. Vamos, sé un buen muchacho», pensó, pero se inclinó hacia adelante y puso una mano sobre la suya.

—Pasará, muchacha. Todo pasa, eso es lo más seguro con que podemos contar en esta jodida vida. Y ahora tómate el bocadillo, anda, te sentará bien.

El crematorio estaba en Hampstead. Era un edificio de ladrillo rojo, de aspecto razonablemente funcional, pero rodeado por una zona de parque bastante agradable. Había sauces llorones, macizos de rosas y otras flores diversas. El Daimler llegó, con Dillon sentado en la parte delantera, junto al chófer, y Ferguson, Travers y la muchacha en la parte de atrás. El viejo señor Cox los esperaba en lo alto de la escalera, discretamente vestido de negro.

—Como no han pedido ninguna clase de servicio religioso, ya he hecho que entraran el ataúd —le dijo a Ferguson—. Presumiblemente, la joven querrá verlo por última vez.

—Gracias —le dijo Jenny.

Lo siguió, con Travers tomándola de un brazo, seguida por Ferguson y Dillon. La capilla era muy sencilla. Había unas pocas filas de sillas, un atril, una cruz en la pared. El ataúd estaba sobre un estrado cubierto de terciopelo, señalando hacia una sección en la pared que aparecía cubierta por una cortina. Desde alguna grabadora oculta surgía una música suave, bastante anodina. Era todo muy deprimente.

—¿Desea ver de nuevo al difunto? —le preguntó el señor Cox a Jenny.

—No, gracias. Sólo quería despedirme. Déjelo marchar ahora.

Sus ojos estaban totalmente secos cuando Cox apretó un botón de un panel incrustado en la pared y el ataúd empezó a rodar hacia adelante, hasta que apartó las cortinas y desapareció.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó ella.

—El crematorio —contestó Cox, que parecía sentirse violento—. Los hornos.

—¿Cuándo puedo disponer de las cenizas?

—A últimas horas de esta tarde. ¿Cuáles serían sus necesidades en ese sentido? Algunas personas prefieren desparramar las cenizas por algún hermoso jardín, pero tenemos un columbario donde se puede guardar la urna con una placa adecuada.

—No, las llevaré conmigo.

—Eso no será posible por el momento. Me temo que se necesita tiempo.

—Quizá pueda usted enviar las cenizas a mi casa en Lord North Street, en un recipiente adecuado —intervino Travers, que también parecía sentirse violento.

—Desde luego —asintió Cox, que se volvió de nuevo hacia Jenny—. Supongo que volará usted de regreso al Caribe, ¿no es así, señorita Grant? Le proporcionaremos un recipiente adecuado.

—Gracias. ¿Podemos marcharnos ahora? —le preguntó ella a Ferguson.

Travers y Jenny subieron al Daimler y Dillon se detuvo en lo alto de los escalones. Cerca de la entrada del camino de acceso había aparcado un coche, y Smith estaba de pie junto al vehículo, mirando directamente hacia ellos. Dillon lo reconoció al instante, pero en ese mismo momento Smith se metió en el coche y se alejó rápidamente.

Cuando Ferguson salió de la capilla, Dillon le dijo:

—Uno de esos dos hombres que vi en el juicio estaba ahí enfrente hace apenas un momento. Acaba de marcharse.

—¿De veras? ¿Has anotado el número de la matrícula?

—No tuve la oportunidad de verla debido al ángulo que me ofrecía el coche. Creo que era un Renault de color azul. Pero no parece usted preocupado.

—¿Y por qué iba a estarlo? Te tengo a ti, ¿no es cierto? Y ahora sé un buen muchacho y sube al coche. —Cuando ya se marchaban, le dio unas palmaditas a Jenny en la mano—. ¿Se encuentra bien, querida?

—Sí, estoy bien, no se preocupe.

—He estado pensando —siguió diciendo Ferguson—. Si Henry no le dijo el lugar exacto donde estaba ese submarino, ¿se le ocurre pensar en alguien con quien hubiera podido hablar?

—No —contestó ella con firmeza—. Si no me lo dijo a mí, eso significa que no se lo dijo a nadie.

—Quizá a otro buceador. Quiero decir que debía de tener amigos que bucearan, o alguien que le pudiera ayudar.

—Bueno, siempre está la posibilidad de que viera a Bob Carney —asintió ella—. El buceador del que le hablé. Conoce las islas Vírgenes como la palma de su mano.

—Lo que quiere decir que si alguien puede ayudar la persona más indicada sería él, ¿no es así? —preguntó Ferguson.

—Supongo que sí, pero yo no contaría con esto. Hay mucha agua por allí.

El Daimler giró para entrar en Lord North Street y se detuvo. Travers fue el primero en bajar y tendió una mano a Jenny.

—Dillon y yo tenemos algo que hacer —dijo Ferguson—. Les veremos más tarde.

—¿De qué se trata? —preguntó Dillon volviéndose, sorprendido.

—Tengo una cita con el vicedirector de los servicios de seguridad, Simon Carter, y con un ministro sin cartera llamado sir Francis Pamer, en la terraza del Parlamento. Se supone que debo mantenerles informados de mis planes y pensé que sería divertido llevarte conmigo. Al fin y al cabo, Dillon, hace muchos años que Simon Carter ha tratado de ponerte la mano encima.

—Santa madre de Dios —exclamó Dillon—. Realmente, es un usted un hombre perverso, brigadier.

Ferguson tomó el teléfono del coche y llamó a Lane, en el ministerio de Defensa.

—Jack, un estadounidense llamado Bob Carney, residente en St. John, que trabaja actualmente como buceador. Consígueme todo lo que puedas sobre él. La
CIA
debería ayudar.

Colgó el teléfono y Dillon dijo:

—¿Y qué planes tiene ahora, viejo zorro?

Pero Ferguson no le contestó. Se limitó a entrecruzar las manos sobre el estómago y cerró los ojos.

6

La cámara de los Comunes ha sido considerada a veces como el club más exclusivo de Londres, debido sobre todo a las amenidades que, como la Cámara alta, la de los Lores, incluyen hasta veintiséis restaurantes y bares, todos los cuales ofrecen comida y bebidas subsidiadas.

Siempre hay una cola para entrar, supervisada por policías, que no sólo está compuesta por turistas, sino también por electores que tienen citas para ver a su representante en el Parlamento, y todos tienen que aguardar su tumo, sin que importe quién sea, lo que explicó por qué Dillon y Ferguson esperaron en la cola y fueron avanzando muy lentamente.

—Al menos tienes un aspecto respetable —comentó Ferguson al contemplar la chaqueta cruzada y los pantalones de franela gris de Dillon.

—Gracias a su tarjeta Amex —asintió Dillon—. En Harrods me trataron como si fuera un millonario.

—¿De veras? —replicó Ferguson con sequedad—. ¿Te das cuenta de que llevas una corbata de la brigada de los Guards?

—Claro, no quería dejarlo en mal lugar, brigadier. ¿No perteneció usted al regimiento de Granaderos?

—¡Descarado bastardo! —exclamó Ferguson cuando llegaban al puesto de control de seguridad.

Estaban de servicio no los guardias de seguridad que se encuentran habitualmente en tales lugares, sino policías muy corpulentos, de cuya eficacia no cabían dudas. Ferguson declaró cuál era el propósito de la visita y mostró su tarjeta de seguridad.

—Maravilloso —dijo Dillon—. Todos ellos parecen tener dos metros de altura, como deberían ser todos los policías.

Llegaron al vestíbulo central, donde esperaban quienes tenían una cita con un parlamentario. Había bastante ajetreo y Ferguson avanzó por un pasillo, bajó una escalera y finalmente cruzó por una puerta que daba a una terraza desde la que se dominaba el Támesis.

Una vez más volvieron a ver a mucha gente, algunos con una

copa en la mano. Westminster Bridge quedaba a la izquierda y el Embankment en el extremo más alejado del río. A lo largo del parapeto había una hilera de farolas altas, de aspecto bastante Victoriano. El recubrimiento sintético del suelo, parecido a una alfombra, era de color verde, pero más adelante cambiaba a rojo, con una línea muy clara que marcaba la diferencia.

—¿Por qué ese cambio de color? —preguntó Dillon.

—En la Cámara de los Comunes todo es verde —explicó Ferguson—. Las alfombras, el cuero de los sillones. El rojo es para la Cámara de los Lores. Esa parte de la terraza, en rojo, es para los lores.

—Jesús, a ustedes, los ingleses, les encantan las distinciones de clase, ¿eh, brigadier?

Mientras Dillon encendía un cigarrillo con su Zippo, Ferguson le dijo:

—Ahí están. Compórtate como es debido. Es un buen tipo.

—Lo haré lo mejor que pueda —le aseguró Dillon mientras se acercaban Simon Carter y sir Francis Pamer.

—Ah, aquí está, Charles —dijo Carter—. Le estábamos buscando.

—Hay gente por todas partes —dijo Pamer—. Como almas condenadas. Bien, brigadier, ¿qué está ocurriendo? ¿Dónde nos encontramos en este asunto?

—Vayamos antes a sentarnos y se lo explicaré. Dillon, aquí presente, se ocupará de manejar las cosas al final.

—Muy bien —asintió Pamer—. ¿Qué le apetece, un té?

—Una copa sería algo más de mi gusto —le contestó Ferguson —. Además, tengo prisa.

Pamer abrió paso a lo largo del bar de la terraza y encontraron asientos en una esquina. Él y Carter pidieron *gin tonics*, Ferguson *whisky* escocés. Dillon sonrió con un total encanto al camarero.

—Tomaré un *whisky* irlandés con agua, Bushmills si tiene.

Al hablar, había resaltado deliberadamente su acento del Ulster, y Carter frunció el ceño.

—¿Ha dicho Dillon? No creo que nos hayamos visto antes.

—No —asintió Dillon con amabilidad—, aunque no porque haya dejado de intentarlo usted, señor Carter. Sean Dillon.

El rostro de Carter se puso muy pálido. Se volvió

inmediatamente hacia Ferguson.

—¿Se trata acaso de alguna broma pesada?

—No, al menos que yo sea consciente.

Carter guardó silencio mientras el camarero servía las bebidas.

En cuanto se hubo alejado, continuó:

—¿Sean Dillon? ¿Es quien creo que es?

—El de siempre —asintió Dillon.

Carter le desdeñó.

—¿Y se atreve usted a traer a un condenado bribón a un lugar tan exclusivo como éste, Ferguson? ¿A un hombre que el servicio de inteligencia ha perseguido durante años?

—Eso posible que eso haya sido así —dijo Ferguson con mucha calma—. Pero ahora trabaja para el Grupo Cuatro, todo ello bajo mi autoridad, así que dejemos eso ahora, ¿quiere?

—Ferguson, ha ido usted demasiado lejos —dijo Carter, que estaba furioso.

—Sí, ya me lo han dicho muchas veces, pero vayamos a lo que nos interesa. Se trata de ofrecerles un resumen de lo que ha ocurrido hasta el momento. Se produjo un robo en Lord North Street que pudo o no pudo haber sido genuino. No obstante, descubrimos que el teléfono estaba pinchado, lo que podría indicar la existencia de alguna clase de oposición. ¿Tiene usted a algún agente trabajando en el caso? —le preguntó directamente a Carter.

—Desde luego que no. Se lo habría dicho.

—Interesante. Esta mañana, cuando estuvimos en el juicio sobre la muerte de Baker, Dillon observó la presencia de dos hombres que le dieron que pensar. Más tarde, cuando estuvimos en el crematorio, también vio allí a uno de ellos.

—Pero ¿quién podría ser? —preguntó Carter con el ceño fruncido.

—Sólo Dios lo sabe, pero ésa es otra razón para tener a Dillon trabajando en esto. La chica sigue insistiendo en que no conoce el lugar donde se encuentra el submarino.

—¿La cree usted? —preguntó Pamer.

—La creo yo —intervino Dillon—. No es la clase de persona que acostumbra a mentir.

—Y usted lo sabría enseguida, claro —dijo Carter ácidamente.

—¿Por qué iba a mentir? —replicó Dillon encogiéndose de

hombros—. ¿De qué serviría?

—Pero ella tiene que saber algo —dijo Pamer—. Debe tener al menos algún tipo de pista.

—¿Quién sabe? —dijo Ferguson—. Pero en esta fase del juego debemos proceder bajo la suposición de que no lo sabe.

—En ese caso, ¿qué ocurre a continuación? —preguntó Carter.

—Dillon se desplazará a St. John y actuará desde allí. La chica mencionó a un buceador, un hombre llamado Carney, Bob Carney, que era buen amigo de Baker. Parece ser que conoce toda aquella zona como la palma de su mano. La chica puede encargarse de presentarlo adecuadamente y convencerlo para que ayude.

—Pero no hay ninguna garantía de que pueda encontrar ese maldito submarino —dijo Pamer.

—Bueno, tendremos que intentarlo, ¿no le parece? —Ferguson echó un vistazo a su reloj—. Tendremos que marcharnos.

Se levantó y se abrió paso entre las mesas. Se detuvieron junto a la pared, en el borde de la terraza.

—Entonces, ¿eso es todo? —preguntó Cárter.

—Sí —le dijo Ferguson—. Dillon y la chica saldrán probablemente para St. John mañana o pasado mañana.

—En cualquier caso, no puedo decir que eso me guste.

—Nadie le ha pedido que le guste —dijo Ferguson. Le hizo un gesto a Dillon y añadió—: En marcha.

Se alejó. Dillon dirigió a los dos hombres una sonrisa en la que puso todo su considerable encanto.

—Ha sido una verdadero placer, pero, una cosa, señor Carter. —Se inclinó sobre el parapeto y miró abajo, hacia las aguas marrones del Támesis—. Diría que sólo hay unos cinco metros, quizá menos cuando sube la marea. Toda esa seguridad en la puerta principal y nada aquí. Yo, en su lugar, reflexionaría sobre eso.

—Ahí fuera hay una corriente de dos nudos —dijo Pamer—. No es algo que yo haya podido nadar. Nunca he aprendido a nadar. Pero creo que eso debería ser más que suficiente para mantener a raya a los lobos.

Dillon se alejó y Carter dijo:

—Se me pone la carne de gallina sólo de pensar que ese pequeño cerdo ande por aquí, como un hombre libre. Ferguson tiene que haberse vuelto loco.

—Sí, comprendo lo que quiere decir —asintió Pamer—. Pero ¿qué le parece lo de la chica? ¿La cree?

—No estoy seguro. Y Dillon ha dicho algo muy cierto, ¿por qué iba a mentir?

—¿De modo que no avanzamos nada?

—Bueno, yo tampoco diría eso. Ella conoce la zona, conocía íntimamente a Baker, la clase de lugares a los que solía ir y esas cosas. Aunque no conozca el lugar exacto, quizá pueda averiguarlo con la ayuda de ese tal Carney, el buceador.

—Y de Dillon, claro está.

—Sí, aunque preferiría olvidarme de él. El caso es que, en estas circunstancias, lo único que se me ocurre es tomar otra copa.

Y tras decir esto Carter se dio media vuelta y se dirigió hacia el bar.

En la *suite* que ocupaba en París, Max Santiago escuchó pacientemente, mientras Pamer le informaba sobre los detalles de la reunión mantenida en la terraza.

—Asombroso —dijo cuándo Pamer hubo terminado—. Si ese Dillon es la clase de hombre que me has descrito, debería ser un contrincante formidable.

—Pero ¿qué me dices de la chica?

—No lo sé, Francis. Tendremos que ver. Estaré en contacto.

Colgó el teléfono por un momento. Luego, volvió a levantar el auricular y llamó a Smith a Londres. Cuando éste contestó le dijo exactamente lo que deseaba que hiciera.

Eran poco después de las seis, y Dillon se encontraba en el despacho, leyendo el periódico de la tarde, junto al fuego, cuando sonó el timbre de la puerta. Acudió a abrir y se encontró allí con el viejo señor Cox. Había un coche fúnebre aparcado junto a la acera. Sostenía en las manos una caja de cartón.

—¿Está en casa la señorita Grant?

—Sí, iré a buscarla —le dijo.

—No es necesario —le interrumpió Cox, que le tendió el paquete —. Las cenizas están en una urna especial para viajes. Ofrézcale mis respetos.

Bajó la escalera hacia el coche fúnebre y Dillon cerró la puerta. El contraalmirante había salido para asistir a una función a primeras horas de la noche en su club, pero Jenny estaba en la

cocina. Dillon la llamó y ella salió.

—¿Qué ocurre?

Le ofreció la caja.

—El señor Cox acaba de entregarme esto para ti.

Inmediatamente, se volvió, entró en el despacho y dejó la caja sobre la mesa. Ella estaba ahora a su lado, mirándola. Abrió suavemente la tapa y observó lo que había dentro. En realidad, no era exactamente una urna, sino una caja cuadrada de metal negro con dibujos geométricos. Un cierre a presión mantenía cerrada la tapadera. Una pequeña placa de bronce indicaba: «Henry Baker 1929-1992».

La dejó sobre la mesa y se dejó caer sobre un sillón.

—Al final, todo se reduce a eso, poco más de un kilo de cenizas grises en una caja de metal.

En ese momento se desmoronó y empezó a llorar, sumida en una completa angustia. Dillon le puso las manos sobre los hombros, sólo por un momento.

—Déjalo salir, te sentará bien. Te prepararé una taza de café.

Se volvió y se encaminó hacia la cocina.

Ella permaneció allí sentada durante un rato, sintiéndose como si no pudiera respirar. Tenía que salir, necesitaba tomar el aire. Se levantó, salió al vestíbulo, tomó del perchero la vieja gabardina del contraalmirante y se la puso. Al abrir la puerta se dio cuenta de que había empezado a llover. Se anudó el cinturón de la gabardina y echó a caminar, presurosa, por la acera. Smith, que estaba sentado en la camioneta, con Johnson, la vio pasar por la entrada al callejón.

—Perfecto —dijo—. Pongámonos en marcha.

Salió de la camioneta y empezó a caminar tras ella, con Johnson pisándole los talones.

Dillon salió de la cocina, recorrió el vestíbulo y entró en el despacho, con la taza de café en la mano. Lo primero que le llamó la atención fue el silencio. Al entrar en el despacho, dejó la taza de café sobre la mesa y salió de nuevo al vestíbulo.

—¿Jenny? —llamó en voz alta. Entonces se dio cuenta de que la puerta de la calle había quedado ligeramente entornada—. ¡Dios mío! —exclamó.

Tomó la chaqueta de vuelo que estaba en el perchero y salió de

la casa al tiempo que se la ponía. No había el menor rastro de ella. La calle estaba desierta. Tenía que decidirse y correr el riesgo. Giró a la izquierda y echó a correr hacia Great Peter Street.

Empezó a llover con fuerza y se detuvo un momento en la esquina para mirar a derecha e izquierda. La vio en el extremo más alejado, allí donde la calle se encontraba con el Millbank. Esperaba a que hubiera un hueco en el tráfico para cruzar. Finalmente, vio su oportunidad y empezó a cruzar hacia los jardines de la torre Victoria, junto al río. Dillon también vio algo más: Smith y Johnson cruzaban la calle tras ella. En realidad, no pudo reconocerlos a aquella distancia, pero fue suficiente. Lanzó una salvaje imprecación y echó a correr.

Ya casi se había hecho de noche cuando Jenny cruzó la calzada hacia el murete que daba al Támesis. Había una farola cada siete metros de distancia, y la lluvia caía sesgada, como un rocío plateado, a través de la luz amarillenta. Un mercante avanzaba río abajo, hacia el océano, con sus luces de navegación rojas y verdes encendidas. Respiró profundamente varias veces en un esfuerzo por recuperarse y se sintió mejor, fue en ese momento cuando percibió un movimiento a su espalda. Se volvió y se encontró allí con Smith y Johnson.

Enseguida se dio cuenta de que se encontraba en un grave problema.

—¿Qué quieren? —preguntó y empezó a moverse hacia un lado.

—No tiene necesidad de sentir pánico, muñeca —dijo Smith—. Sólo queremos un poco de conversación, y unas cuantas respuestas.

Se volvió para echar a correr, pero Johnson estuvo a su lado en un abrir y cerrar de ojos; la sujetó por el brazo y la empujó con su cuerpo contra el muro.

—¿Jenny, verdad? —preguntó, mientras ella forcejeaba desesperadamente. El hombre sonrió—. Me ha gustado eso, anda, hazlo otra vez.

—Déjalo —le dijo Smith—. ¿Es que nunca piensas en nada más que en lo que llevas entre las piernas? —Johnson se apartó un poco, pero se situó detrás para sostenerla por la espalda—. Vamos a ver qué sabes sobre ese submarino en las islas Vírgenes. No esperarás que nos creamos que no sabes nada, ¿verdad?

Ella todavía intentó forcejear.

—Vamos —le dijo Johnson—, contesta a la pregunta o te daré una zurra.

—Dejadla —gritó entonces una voz—. Ella no sabe dónde habéis podido estar, ¿verdad? Tiene miedo de que le contagiéis algo.

El Zippo de Dillon emitió una llamarada mientras encendía un cigarrillo que le colgaba de la comisura de la boca. Caminó hacia ellos, y Smith salió a su encuentro.

—Si quieres problemas, acabas de encontrarlos, pequeño farsante —dijo Smith al tiempo que le lanzaba un tremendo puñetazo.

Dillon se agachó a un lado, levantó una mano para agarrar la mano del otro y se la retorció, arrancándole un grito de dolor y haciéndole caer de rodillas. El puño de Dillon cayó después como una maza dotada de tremenda fuerza sobre el brazo extendido de Smith. El golpe hizo crujir secamente el antebrazo y Smith volvió a gritar y cayó de costado.

—Pequeño bastardo —exclamó Johnson.

Arrojó a Jenny a un lado y sacó una pistola automática del bolsillo izquierdo de la gabardina. Dillon se movió con mucha rapidez y le bloqueó el brazo hacia un lado, de modo que el único disparo que logró hacer Johnson dio contra el pavimento. Al mismo tiempo, el irlandés se medio giró y arrojó la pierna extendida contra el otro hombre, golpeándole tan duramente con el tacón que le fracturó dos costillas.

Johnson cayó al suelo retorciéndose de dolor y Dillon recogió la automática. Era una vieja Beretta italiana, de pequeño calibre, algo cercano a un punto, dos, dos.

—Un arma para mujeres —dijo Dillon—, aunque suficiente para realizar el trabajo. —Se acuclilló al lado de Johnson—. ¿Para quién trabajas, hijo?

—No digas una palabra —exclamó Smith.

—¿Quién iba a decir nada? —espetó Johnson escupiendo a la cara de Dillon—. Que te jodan.

—Sírvete tú mismo.

Dillon lo hizo rodar sobre sí mismo, apoyó el cañón del arma contra la parte posterior de la rodilla izquierda y disparó. Johnson exhaló un terrible grito y Dillon le agarró por la mata de pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres que te haga lo mismo en la otra? Puedo dejarte cojo para toda la vida, si quieres.

—No —gimió Johnson—. Trabajamos para Santiago…, Max Santiago.

—¿De veras? —dijo Dillon—. ¿Y dónde podría encontrarle?

—Vive en Puerto Rico, pero últimamente ha estado en París.

—¿Fuisteis vosotros los que robasteis en Lord North Street?

—Sí.

—Buen chico. ¿Has visto lo fácil que ha sido?

—Estúpido piojo —le dijo Smith a Johnson—. Acabas de cavar tu propia tumba.

Dillon arrojó la Beretta por encima del muro, hacia el Támesis.

—Yo diría más bien que ha sido muy sensato. El hospital de Westminster no está muy lejos de aquí. El servicio de urgencias es de primera, y gratuito, incluso para animales como vosotros, y todo gracias al servicio nacional de la Seguridad Social. —Se volvió y se encontró a Jenny que lo miraba perpleja, como mareada. La tomó por el brazo—. Vamos, querida, regresemos a casa.

Cuando ya se alejaban, Smith gritó tras él:

—Iré a por ti por esto, Dillon.

—No, no lo harás —replicó Dillon—. Lo anotarás como una experiencia más, y confiarás en que ese tal Max Santiago piense de la misma forma.

Salieron de los jardines y se detuvieron al borde de la calzada, a la espera de poder cruzar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dillon.

—¡Dios mío! —exclamó ella, asombrada—. ¿Qué clase de hombre eres, Sean Dillon, como para haber podido hacer una cosa así?

—Ellos habrían hecho cosas mucho peores contigo, cariño.

La tomó de la mano y echó a correr con ella para cruzar la calle. Cuando llegaron a la casa ella subió directamente a su habitación y Dillon entró en la cocina y puso la cafetera. Mientras esperaba a que hirviera el agua, pensó en lo que había sucedido. ¿Max Santiago? Eso era todo un progreso. Ferguson tendría al menos algo donde hincar el diente. Se dio cuenta de que Jenny bajaba la escalera y entraba en el estudio. Terminó de preparar el café y puso las tazas sobre una bandeja. Al acercarse se dio cuenta de que ella

hablaba por teléfono.

—¿British Airways? ¿Cuál es el último vuelo a París esta noche? —Hubo una pausa—. ¿A las nueve y media? ¿Puede reservarme una plaza? Gran…, Jennifer Grant. Sí, la recogeré en el mostrador de reservas. Sí, en la terminal cuatro, en Heathrow.

Colgó el teléfono y se volvió en el momento en que Dillon entraba en el despacho. Él dejó la bandeja sobre la mesa.

—¿Te vas a dar una vuelta por ahí?

—No puedo soportarlo. No entiendo nada de lo que pasa. Ferguson, tú, y ahora esos hombres y esa pistola. No me lo puedo quitar de la cabeza. De todos modos, iba a marcharme, pero voy a hacerlo ahora que todavía puedo.

—¿A París? Te he oído hablar por teléfono.

—Eso no es más que una escala. Tengo que verme con alguien. Alguien a quien deseo entregarle esto. —Tomó la caja de metal que contenía las cenizas—. La hermana de Henry.

—¿Hermana? —repitió Dillon con el ceño fruncido.

—Probablemente, soy la única persona que sabe que tenía una hermana. Hay razones especiales para eso, así que no me preguntes, y no me preguntes tampoco a dónde voy después de París.

—Entiendo.

Ella miró su reloj.

—Son las siete, Dillon, y el vuelo es a las nueve y media. Puedo conseguirlo, pero te ruego que no se lo digas a Ferguson, al menos hasta que me haya ido. Ayúdame, por favor.

—En ese caso no pierdas el tiempo hablando. Sube a tu habitación, prepara la maleta y yo llamaré un taxi.

—¿Lo harás, Dillon? ¿Honestamente?

—Yo mismo te acompañaré.

Ella se dio media vuelta y subió la escalera apresuradamente.

Dillon suspiró y dijo en voz baja:

—Estúpido bastardo, ¿qué te está ocurriendo ahora?

Luego, tomó el teléfono.

Estaba todo muy tranquilo en la sala de espera de la pequeña clínica privada en Farsley Street. Smith se hallaba sentado en una silla de respaldo recto, apoyada contra la pared, con el antebrazo derecho cubierto por una escayola y sostenido por un cabestrillo. La media hora que siguió a su encuentro con Dillon fue una verdadera

pesadilla. No podían acudir a un hospital público porque eso habría significado poner sobreaviso a la policía, así que tuvo que llegar hasta la camioneta que había dejado en el callejón, junto a Lord North Street, desde donde había logrado conducir con una sola mano hasta donde había dejado a Johnson, para recogerlo. El trayecto hasta Farsley Street todavía había sido peor. El doctor Shah salió de la pequeña sala de operaciones. Era un paquistaní de baja estatura, cabello gris, vestido con una bata y un gorro verdes, con una mascarilla colgándole alrededor del cuello.

—¿Cómo está? —preguntó Smith.

—Todo lo bien que cabría esperar con una rótula hecha trizas. Cojeará durante el resto de su vida.

—Ese jodido bastardo irlandés —exclamó Smith.

—Vosotros nunca podéis dejar de tener problemas, ¿verdad? ¿Sabe el señor Santiago algo de esto?

—¿Y por qué iba a tener que saberlo? —replicó Smith con expresión alarmada—. Este asunto no tiene nada que ver con él.

—Pensé que podría, eso es todo. El otro día me llamó desde París por asunto de negocios, así que sabía que andaba por aquí.

—No, este asunto no está relacionado con él. —Smith se levantó —. Podré ir solo a casa. Vendré mañana a verlo.

Salió por la puerta cristalera de entrada. Shah le vio marcharse, luego pasó ante el mostrador de recepción, vacío a estas horas de la noche, y entró en su despacho. Siempre le había parecido conveniente cubrirse las espaldas. Tomó el teléfono y marcó el número del Ritz, en París.

A aquella hora de la noche el tráfico era ligero y llegaron a Heathrow a las ocho. Jenny recogió su billete en el mostrador de reservas y acudió al de embarque para facturar el equipaje. Dejó la maleta pero se quedó con la urna.

—¿Tienes tiempo para tomar una copa? —preguntó Dillon.

—¿Por qué no?

Parecía estar bastante más animada ahora, y lo esperó en la esquina de la barra del bar, hasta que él regresó con un *whisky* irlandés y un vaso de vino blanco.

—Ya veo que te sientes mejor, ¿verdad? —dijo.

—Es bueno volver a ponerse en marcha, alejarme de todo esto. ¿Qué le dirás a Ferguson?

—Nada sobre ti hasta mañana.

—¿Le dirás que he volado a París?

—No serviría de nada dejar de decírselo. Lo descubriría en cinco minutos con una simple comprobación en la computadora de pasajeros de British Airways.

—Eso no importa. Para entonces ya seguiré mi propio camino. ¿Qué harás tú?

—Creo que mi siguiente parada será St. John. Mañana o pasado mañana como máximo.

—Ponte en contacto con Bob Carney. Dile que vas de mi parte. Y preséntate también a Billy y Mary Jones. Dirigen el
café-bar
mientras estoy ausente.

—¿Y tú, qué harás? ¿Cuándo regresarás?

—Honestamente, no lo sé. Dentro de unos días, quizá de una semana, ya veré cómo me siento. Te buscaré cuando regrese, si es que estás todavía allí.

—No sé dónde me alojaré.

—En St. John es muy fácil encontrar a alguien.

Los altavoces anunciaron el vuelo y terminaron sus bebidas, bajaron al vestíbulo y él la acompañó hasta la entrada de seguridad.

—Siento mucho causarte problemas con el brigadier.

—Eso es un verdadero placer —le aseguró él.

—Eres todo un tipo, Dillon. —Le besó en la mejilla—. Capaz de aterrorizar a cualquiera, no creas, pero afortunadamente estás de mi parte. Te veré.

Dillon la vio alejarse. Luego se volvió y se dirigió hacia la cabina de teléfonos más cercana, extrajo una tarjeta con números de teléfono que Ferguson le había dado y llamó al número de Cavendish Square. Kim contestó al teléfono y le comunicó que el brigadier estaba cenando en el Club Garrick. Dillon le dio las gracias, salió del aeropuerto y tomó el primer taxi de la fila.

—A Londres —dijo—. El Club Garrick. ¿Sabe dónde está?

—Desde luego, señor. —El taxista observó la camisa abierta de Dillon por el espejo retrovisor—. Pierde su tiempo allí vestido de ese modo, señor. No le dejarán entrar. Se necesita chaqueta y corbata. Sólo se permite la entrada de los socios y de sus invitados.

—Tendremos que ocuparnos de eso, ¿verdad? —le dijo Dillon.

Usted lléveme hasta allí.

Cuando llegaron al Garrick, el taxista detuvo el coche junto a la acera y se volvió.

—¿Debo esperar, señor?

—¿Por qué no? Si lo que dice es cierto, no tardaré mucho en salir.

Dillon subió los escalones y se detuvo ante el mostrador. El portero uniformado fue muy amable.

—¿Puedo servirle en algo, señor?

Al hablar, Dillon lo hizo con su mejor acento de escuela pública.

—Busco al brigadier Charles Ferguson. Se me ha dicho que cenaba esta noche aquí. Necesito verle con urgencia.

—Me temo que no puedo permitir que suba usted, señor. Exigimos chaqueta y corbata, pero si no le importa esperar aquí me ocuparé de enviarle un mensaje al brigadier. ¿Cuál es su nombre, señor?

—Dillon.

El portero tomó el teléfono y habló con alguien. Luego colgó.

—Hablará con usted directamente, señor.

Dillon avanzó por el vestíbulo, admirando la grandiosa escalinata y las pinturas al óleo que cubrían las paredes. Al cabo de un rato, Ferguson apareció en lo alto de la escalera, miró por encima de la balaustrada y bajó rápidamente al verle.

—¿Qué demonios quiere ahora, Dillon? Estaba en medio de la cena.

—Oh, Jesús, su señoría. —Luego, Dillon pasó sin el menor esfuerzo a utilizar su acento más irlandés—. Es muy amable por su parte que haya accedido a verme, un gran hombre como usted, en este lugar tan elegante.

El portero los miró alarmado y Ferguson tomó a Dillon por un brazo y lo empujó hacia fuera, hasta que se encontraron en la parte superior de la escalera exterior.

—Deja ya de hacerte el gracioso. Mi filete ya estará completamente estropeado a estas alturas.

—Es malo para usted comer carne roja a su edad. —Dillon, parsimonioso, encendió un cigarrillo haciendo flamear el Zippo—. Y he descubierto quién es la oposición.

—¡Dios santo! ¿Quién?

—Un nombre, eso es todo lo que tengo. Santiago…, Max Santiago. Vive en Puerto Rico, pero recientemente ha estado en París. Y, a propósito, fueron ellos los que efectuaron el robo.

—¿Cómo has descubierto eso?

—Tuve un pequeño encuentro con nuestros dos amigos que vinieron al juzgado.

—Comprendo —asintió Ferguson—. Espero que no hayas tenido que matar a nadie.

—Vamos, ¿haría yo una cosa así? Le dejaré que se ocupe de eso, brigadier. Creo que me voy a acostar temprano.

Bajó los escalones y entró en el taxi.

—Ya se lo dije, señor —le advirtió el taxista.

—Oh, bueno —dijo Dillon con una sonrisa—. No siempre se les puede convencer. Lléveme ahora a Lord North Street.

Se reclinó en el asiento y se dedicó a contemplar el espectáculo nocturno de Londres.

Jack Lane, que se había divorciado hacía poco, vivía solo en un piso en West End Lane, al borde de Hampstead. Estaba calentándose una *pizza* congelada en el microondas cuando sonó el teléfono y el corazón le dio un vuelco.

—¿Jack? Aquí Ferguson. Dillon ha tenido un encontronazo con esos dos tipos sospechosos que vinieron al juzgado y al crematorio. Trabajan para un tal Max Santiago, residente en Puerto Rico, que ha estado recientemente en París.

—¿Es eso todo, señor?

—Es más que suficiente. Vaya al despacho. Mire a ver si la inteligencia francesa tiene algo sobre él; inténtelo luego con la CIA, con el FBI, con cualquiera que se le ocurra. Tiene que estar metido en la computadora de alguien. ¿Ha conseguido algo sobre ese tal Bob Carney, el buceador?

—Sí, señor. Resulta ser un hombre bastante interesante en más de un aspecto.

—Bien, podrá informarme por la mañana, pero póngase a trabajar sobre ese Santiago ahora mismo. Recuerde que en Estados Unidos son cinco horas menos.

—Lo intentaré, señor.

Lane colgó el teléfono con un gemido, abrió el microondas y observó con disgusto la *pizza*. ¡Qué demonios! No tenía nada mejor que hacer, y siempre podía comprar algo de pescado con patatas fritas, camino del ministerio.

En su piso, Smith se tomaba ya su segundo *whisky*. Se sentía fatal y el brazo empezaba a dolerle bastante. Se preparaba otro *whisky* cuando sonó el teléfono.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó Santiago.

—Todavía no, señor Santiago. —Smith buscó frenéticamente algo que decir—. Quizá mañana.

—Shah me ha llamado por teléfono. Johnson herido y tú con un brazo roto. «Jodido y pequeño bastardo irlandés», creo que fue la expresión que utilizaste. ¿Presumiblemente Dillon?

—Bueno, sí, señor Santiago, tuvimos un encontronazo con él. Conseguimos a la chica, ¿sabe?, pero él se las arregló para saltar sobre nosotros. Y tenía un arma.

—¿De veras? —comentó Santiago con sequedad—. ¿Y qué le dijiste cuando te preguntó quién era tu jefe?

Smith contestó instintivamente, sin pensar.

—Nada, fue Johnson el que…

Se detuvo a media frase.

—Continúa —dijo Santiago—. Cuéntame lo peor.

—Está bien, señor Santiago, le dio a Dillon su nombre.

Se hizo un momento de silencio, hasta que Santiago dijo:

—Me siento muy desilusionado contigo, amigo mío. Realmente muy desilusionado.

Se oyó un clic en el teléfono y se cortó la comunicación.

Smith sabía muy bien lo que eso significaba. Más asustado de lo que había estado en toda su vida, hizo la maleta con una mano, retiró mil libras que guardaba en una lata de azúcar en la cocina, y salió. Dos minutos más tarde estaba tras el volante de la camioneta y se alejaba, conduciendo con una sola mano. Tenía a una vieja amiga en Aberdeen que siempre había sentido debilidad por él. Escocia era el lugar más adecuado donde esconderse. Tan lejos de Johnson como le fuera posible.

En la clínica, Shah estaba sentado tras su mesa de despacho con el teléfono pegado a la oreja. Después de escuchar durante un rato, lo

colgó, suspiró pesadamente y salió. Entró en la pequeña habitación que servía de farmacia, al lado de la sala de operaciones, preparó una jeringuilla y la llenó con el contenido de un frasco que tomó del armario donde guardaba los medicamentos.

Cuando abrió la puerta situada en el extremo del pasillo, Johnson estaba durmiendo, conectado con un gota a gota. Shah se quedó de pie a su lado, mirándolo por un momento, luego dejó al desnudo el antebrazo izquierdo e insertó la aguja. Johnson aspiró aire profundamente unas cinco veces y luego dejó de respirar. Shah comprobó la existencia de signos vitales, no encontró ninguno y salió de la habitación. Se detuvo en el mostrador de recepción, tomó el teléfono y marcó un número.

—Servicio funerario Deepdene —dijo una voz—. ¿En qué podemos servirle?

—Aquí Shah. Tengo algo disponible para ustedes.

—¿Está ya preparado?

—Sí.

—Estaremos ahí dentro de media hora.

—Gracias.

Shah volvió a colgar y regresó a su despacho, tarareando algo para sí mismo.

Eran casi las once cuando Travers regresó a Lord North Street y encontró a Dillon sentado en el despacho, leyendo un libro.

—¿Jennifer ya se ha acostado? —preguntó Travers.

—Hace más de una hora. Estaba muy cansada.

—No es sorprendente, teniendo en cuenta el infierno por el que ha tenido que pasar. ¿Le apetece una última copa, Dillon? No puedo ofrecerle irlandés, pero sí uno de malta.

—Por mí, está bien.

Travers sirvió dos copas, le entregó una a él y se sentó en frente.

—A su salud. ¿Qué está leyendo?

—Epícteto —contestó Dillon levantando el libro—. Era un filósofo griego de la escuela estoica.

—Sé quién era, Dillon —dijo Travers pacientemente—. Sólo me sorprende que usted también lo sepa.

—Aquí dice que una vida que no se pone a prueba no vale la pena vivirla. ¿Estaría usted de acuerdo con eso, contraalmirante?

—Sí, supongo que sí, siempre que eso no signifique lanzar

bombas contra inocentes en nombre de alguna causa sagrada, o disparar a la gente por la espalda.

—Que Dios le perdone, contraalmirante, pero en mi vida nunca he lanzado una bomba de la forma a la que usted se refiere y tampoco he disparado contra nadie por la espalda.

—Sí, que Dios me perdone, Dillon, porque, por alguna razón oscura, me siento inclinado a creerle. —Travers se tomó el *whisky* de un trago y se levantó—. Buenas noches.

Las cosas habían salido mejor de lo que Smith había esperado, y no tardó en dominar la conducción de la camioneta con una sola mano, mientras que sostenía la parte inferior del volante con apenas los dedos de la mano derecha. La lluvia no ayudaba, claro, y más allá de Watford pasó de largo una desviación hacia la autopista y se encontró en una larga y oscura carretera, sin ningún otro vehículo a la vista. Entonces, unos faros se encendieron tras él y un vehículo se le acercó por detrás con demasiada rapidez.

Empezó a adelantarle. Era un gran camión negro y Smith maldijo, mortalmente asustado, sabiendo perfectamente qué era aquello. Hizo girar frenéticamente el volante. El camión también giró hacia su carril, cerrándole el paso y, al no tener otro sitio a donde ir, la camioneta se salió precipitadamente de la carretera, aplastó una valla que encontró por delante, dio dos vueltas de campana y cayó por un barranco de veinte metros. Se detuvo, aplastado, y Smith, todavía consciente y tumbado de costado en la cabina, percibió el olor de la gasolina que se derramaba del depósito roto.

Percibió el ruido de alguien que descendía por él terraplén y unos pasos se aproximaron.

—Ayúdeme —gritó Smith—. Estoy aquí.

Alguien encendió una cerilla. Fue lo último que recordó. Un último momento de horror cuando la luz de la cerilla voló hacia él a través de la oscuridad, y la gasolina se incendió en una bola de fuego.

7

En el aeropuerto Charles de Gaulle de París era ya casi medianoche cuando Jenny Grant retiró la maleta, salió rápidamente al vestíbulo y encontró el mostrador de alquiler de coches Avis.

—Menos mal que todavía tienen abierto —dijo al tiempo que sacaba su pasaporte y carnet de conducir.

—Desde luego —le dijo en inglés la joven que estaba de servicio —. Siempre esperamos hasta el último vuelo del día, incluso cuando se producen retrasos. ¿Durante cuánto tiempo necesitará el coche, *mademoiselle*?

—Quizá una semana. No estoy segura, pero lo devolveré aquí mismo.

—Muy bien. —La joven se ocupó de rellenar el formulario y obtuvo una copia de la tarjeta de crédito—. Sígame y la llevaré hasta donde está el coche.

Diez minutos más tarde Jenny se alejaba del aeropuerto al volante de un Citroën y se dirigía hacia el oeste. Normandía era su punto de destino. Llevaba la urna de viaje junto a ella, en el asiento del pasajero. La tocó por un momento, y luego se concentró de nuevo en la conducción. Aún le quedaba un largo camino por recorrer y probablemente tendría que conducir durante toda la noche, pero eso no le importaba ahora porque Londres y los terribles acontecimientos de los últimos días habían quedado atrás y ahora era libre.

Dillon se levantó temprano, y estaba en la cocina a las siete y media, preparándose unos huevos con jamón, cuando entró Travers vestido con su batín.

—Huele bien —dijo el contraalmirante—. ¿Ya se ha despertado Jenny?

—Bueno, si quiere que sea honesto con usted, contraalmirante, hace algún tiempo que no está aquí. —Dillon vertió el agua hirviendo en una tetera de porcelana china—. Aquí tiene, una agradable taza de té.

—Eso no importa. ¿De qué me está hablando?

—Vamos, tómese el té como un buen muchacho. Todo empezó cuando se sintió muy alterada y decidió salir a dar un paseo.

Dillon se tomó los huevos con jamón mientras relataba los acontecimientos de la noche anterior. Una vez que hubo terminado, el contraalmirante permaneció allí sentado, con el ceño fruncido.

—Creo que ha echado usted demasiadas cosas sobre su espalda, Dillon.

—Ella ya había pasado por muchas cosas, contraalmirante —le dijo Dillon—. Es así de sencillo y no vi razón alguna para detenerla.

—¿Y no le dijo a dónde se marchaba?

—La primera parada en París, eso es todo lo que sé. Después de eso, a algún destino desconocido, para ver a la hermana de Baker. Le va a llevar las cenizas, eso es evidente.

—Sí, supongo que sí —asintió Travers con un débil suspiro—. Tendré que decírselo a Ferguson. No le gustará. No, no le gustará lo más mínimo.

—Bueno, ya va siendo hora de que descubra en que mundo tan injusto vivimos —le dijo Dillon al tiempo que abría el periódico de la mañana.

Travers volvió a suspirar, esta vez pesadamente, se levantó, se dirigió hacia su estudio y se sentó ante la mesa. Luego, de muy mala gana, tendió la mano hacia el teléfono.

Eran poco más de las nueve cuando Jenny Grant detuvo el coche frente al convento de las Hermanitas de la Caridad, en el pueblo de Briac, a ocho kilómetros de Bayeux. Había conducido durante toda la noche y se sentía totalmente exhausta. Las puertas de hierro estaban abiertas, condujo el coche dentro y se detuvo en un camino circular de gravilla, delante de unos escalones que conducían hasta la puerta principal de un hermoso edificio antiguo. Una joven novicia, con un delantal blanco de trabajo sobre la túnica, estaba pasando un rastrillo por la gravilla.

Jenny bajó del coche, sosteniendo la urna funeraria.

—Quisiera ver a la madre superiora, por favor. Es muy urgente. He hecho un largo viaje.

—Creo que está en la capilla —contestó la joven en un buen inglés—. Ahora lo veremos, ¿le parece?

Indicó el camino a través de unos agradables jardines hasta una

pequeña capilla que estaba separada del edificio principal. La puerta crujió cuando la abrió. Era un lugar envuelto en sombras, con una imagen de la Virgen María que parecía flotar entre velas encendidas y un olor a incienso que lo impregnaba todo. La joven novicia se adelantó y le susurró algo a la monja que estaba arrodillada, en oración, ante la balaustrada de acceso al altar. Luego regresó junto a Jenny.

—Estará con usted dentro de un momento.

Salió y Jenny esperó. Al cabo de un rato, la madre superiora se santiguó y se levantó, se volvió y avanzó hacia ella. Era una mujer alta, de unos cincuenta años de edad, con un rostro dulce y sereno.

—Soy la madre superiora. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿La hermana Maria Baker?

—En efecto. —Ella la miró, extrañada—. ¿La conozco acaso, querida?

—Soy Jenny…, Jenny Grant. Henry me dijo que le había hablado de mí.

La hermana Maria Baker sonrió.

—Pero…, claro. ¿De modo que usted es Jenny? —Y entonces, una expresión de preocupación apareció en su rostro—. Ocurre algo malo, lo sé. ¿Qué ha sucedido?

—Henry murió el otro día en Londres, en un accidente de circulación. —Jenny sostuvo ante ella la urna funeraria—. Le he traído sus cenizas.

—Oh, santo Dios. —Había una expresión de dolor en el rostro de la hermana Maria Baker, que se santiguó y tomó la urna—. Descanse en paz. Ha sido muy amable por su parte hacer esto.

—Sí, pero no ha sido sólo eso. En estos momentos no sé qué hacer. Han ocurrido cosas muy terribles.

Jenny estalló en lágrimas y se sentó en el banco más cercano. La hermana María Baker le puso una mano sobre la cabeza.

—¿De qué se trata, querida? Dígamelo.

Cuando Jenny hubo terminado de relatar lo sucedido se produjo un gran silencio en la capilla.

—Aquí hay muchos misterios —dijo finalmente la hermana Maria Baker—. Sólo una cosa es segura. El desgraciado descubrimiento de ese submarino por parte de Henry parece tener una importancia crítica para muchas personas, pero por el

momento, basta ya de eso.

—Lo sé —asintió Jenny—, y tendré que regresar a St. John, aunque sólo sea para ayudar a Sean Dillon. Es un mal hombre, hermana, lo sé. Y, sin embargo, ha sido muy amable conmigo. ¿No le parece extraño?

—En realidad no, querida. —La hermana Maria Baker se puso en pie—. Sospecho que ese señor Dillon ya no está tan seguro de que sea correcto aquello que tanto anhelaba. Pero todo eso puede esperar. Lo que usted necesita son unos pocos días de completo descanso, un período para reflexionar. Y eso es orden del médico. Soy doctora, ¿sabe?, somos una congregación de enfermeras. Y ahora vayamos a prepararle una habitación.

Salieron las dos juntas y la capilla se quedó en el más absoluto silencio.

Cuando Dillon y Travers entraron en el piso de Cavendish Square, poco antes del mediodía, Ferguson estaba sentado junto al fuego, enfrascado en repasar un expediente. Jack Lane estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el exterior.

—Que Dios proteja a todos los presentes —dijo Dillon.

Ferguson levantó la mirada, fríamente.

—Muy divertido, Dillon.

—Bueno, la frase correcta es «Que Dios le proteja afablemente» —dijo Dillon—, pero eso podemos pasarlo por alto.

—¿A qué diablos estabas jugando?

—Ella quería marcharse, brigadier. Había tenido más que suficiente por el momento, así de sencillo. El ataque de esos dos gorilas en los jardines de la torre Victoria acabó de complicarlo todo.

—¿De modo que usted decidió satisfacerla?

—No a ella, brigadier, sino a sus necesidades. —Dillon encendió un cigarrillo—. Me dijo que deseaba ver a la hermana de Baker y me rogó que no le preguntara a dónde iba. Dijo que había razones especiales por las que no quería divulgarlo.

—¿Le interesaría saber que Lane ha hecho una comprobación y no ha podido encontrar ninguna mención sobre una supuesta hermana de Baker?

—No me sorprende. Jenny dijo que ella era, probablemente, la única persona que sabía que Baker tenía una hermana. Quizá se

trate de algún oscuro secreto de familia.

—Así que voló a París y se marchó sólo Dios sabe a dónde.

—Hicimos una comprobación en el Charles de Gaulle —intervino Lane—. Alquiló un coche en el mostrador de Avis.

—Y después de eso, ¿quién demonios sabe a dónde fue? —preguntó Ferguson, que se sentía fríamente enojado.

—Ya le dije que ella había tenido bastante —insistió Dillon.

—Pero nosotros la necesitamos, maldita sea.

—Regresará a St. John cuando esté preparada para hacerlo. Mientras tanto, tendremos que arreglarnos. —Dillon se encogió de hombros—. No se puede tener todo en la vida, ni siquiera usted.

Ferguson permaneció sentado, mirándole con expresión encendida, muy enojado.

—Al menos disponemos de una especie de pista —dijo finalmente—. Díselo, Jack.

—Max Santiago —dijo Lane—, es la fuerza impulsora que hay tras un grupo de hoteles en Estados Unidos, con sede en Puerto Rico. Tienen hoteles en Florida, Las Vegas y algunos otros sitios, así como un par de casinos.

—¿De veras? —preguntó Dillon.

—Sí, el primer hilo lo encontré con el FBI. Disponen de un fichero rojo de información, muy sensible y también ilegal. Es ilegal porque contiene los nombres de personas de las que no se puede demostrar que hayan quebrantado la ley.

—¿Y por qué está Santiago en esa lista?

—Sospechoso de mantener contactos con el cártel colombiano de la droga.

—¿De veras? —Dillon sonrió—. Menudo perro.

—La cosa todavía es peor. La Samson Cay Holding Company, registrada en Estados Unidos y en Suiza, se remonta a través de otras tres empresas, hasta que aparece el nombre de Santiago.

—¿Samson Cay? —Dillon se inclinó hacia adelante—. Eso sí que es interesante. Una vinculación directa. Pero ¿por qué?

—Santiago tiene sesenta y tres años —contestó Lane—. Procede de una vieja familia aristocrática de origen cubano; su padre fue general y estuvo muy implicado con Batista. La familia sólo logró salvarse por los pelos en mil novecientos cincuenta y nueve, cuando Castro se hizo con el poder. Recibieron asilo en Estados Unidos y,

finalmente, obtuvieron la ciudadanía, pero según el fichero del FBI, lo más interesante de todo es que no tenían mucho más que lo que llevaban puesto.

—Comprendo —asintió Dillon—. En ese caso, ¿cómo consiguió el bueno y viejo de Max desarrollar una cadena de hoteles que debe de valer millones? La conexión con la droga, por sí sola, no puede explicarlo. Todo el negocio colombiano con la droga es mucho más reciente.

—La verdad es que nadie lo sabe.

Travers había permanecido sentado, atento a todo lo que se decía, con expresión perpleja.

—¿Cuál es entonces la conexión, quiero decir, entre Samson Cay, el U-180, Martin Bormann y todo lo demás?

—Bueno, el fichero del FBI me llevó a ponerme en contacto con la CIA —siguió diciendo Lane—. Ellos también lo tienen en su computadora, aunque por una razón diferente. Aparentemente, el padre de Santiago fue un gran amigo del general Franco, en España, un fascista absolutamente fanático.

—Lo que podría constituir el vínculo con mil novecientos cuarenta y cinco, el final de la guerra en Europa y con Martin Bormann —dijo Ferguson.

—Ahora lo comprendo —asintió Dillon—. El *Kamaradenwerk*, la acción para los camaradas.

—Podría ser —asintió el brigadier—. De hecho, es algo más que probable. Tomemos sólo un aspecto. Santiago y su padre llegan a Estados Unidos con los bolsillos vacíos y, sin embargo, misteriosamente, se las arreglan para meter las manos en fondos muy amplios necesarios para iniciar sus negocios. Sabemos con seguridad que el partido nazi distribuyó millones por todo el mundo, que colocó en cuentas secretas, para permitir que su obra continuara desarrollándose. —Se encogió de hombros—. Todo son conjeturas, pero tiene sentido.

—Excepto por una cosa —dijo Dillon.

—¿Y qué es?

—¿Cómo estaba enterado Santiago del descubrimiento hecho por Baker? Quiero decir, ¿cómo sabía que había venido a Londres, que se alojaba en Lord North Street con el almirante? ¿Cómo estaba enterado de la presencia de Jenny y de la mía? Parece estar singularmente bien informado, brigadier.

—Debo admitir que Dillon ha puesto el dedo en la llaga —comentó Travers.

—La llaga está bien cuidada —dijo Ferguson—, y encontraremos la respuesta a su debido tiempo, pero por el momento tendremos que continuar como estamos. Tendrás que marcharte mañana al Caribe.

—¿Tal como habíamos planeado? —preguntó Dillon.

—Exactamente. En British Airways hasta Antigua, y desde allí a St. John.

—¿Le parece probable que Max Santiago aparezca por allí? —preguntó Dillon—. Hasta el momento ha metido las narices en todo.

—Eso tendremos que verlo.

—Como decía antes —intervino Lane—, tiene una casa en Puerto Rico y eso está convenientemente cerca de las islas Vírgenes. Al parecer, tiene uno de esos grandes yates multimillonarios. —Consultó con su expediente—. Se llama el *María Blanco*. Tiene capitán y una tripulación de seis hombres.

—Si aparece tendrás que arreglártelas lo mejor que puedas —dijo Ferguson—. Por eso es por lo que vas a estar allí. Dispondrás de tu tarjeta platino y de cheques de viajeros por importe de veinticinco mil dólares. Tu cobertura es bastante sencilla. Serás un ricachón irlandés.

—Que Dios nos ampare, no sabía que existieran tipos así.

—No seas estúpido, Dillon —le cortó Ferguson—. Eres un irlandés rico con una compañía que tiene su sede en Cork. Electrónica general, computadoras y todo eso. Te hemos proporcionado una buena cobertura. Cuando llegues a Antigua te espera un hidroavión. Supongo que puedes pilotar un hidroavión, ¿verdad que sí?

—Podría pilotar un Jumbo si tuviera que hacerlo, brigadier, pero eso ya lo sabía usted.

—En efecto. ¿Qué clase de avión dijiste que era, Jack?

—Un Cessna 206, señor. —Lane se volvió hacia Dillon—. Por lo visto, dispone de flotadores y de tren de aterrizaje, por lo que puede aterrizar en el mar o en tierra.

—Conozco el tipo de aparato —asintió Dillon—. He pilotado otros aviones parecidos.

—En St. John, el centro de todo es una pequeña ciudad llamada Cruz Bay —siguió diciendo el inspector—. A veces, tienen un servicio comercial de hidroaviones, por lo que existe una rampa en el puerto, instalaciones y todo lo necesario.

Ferguson le entregó una carpeta.

—El departamento de documentación ha hecho un buen trabajo. Ahí tienes dos pasaportes, uno irlandés y otro británico, los dos a tu nombre. Al haber nacido en Belfast, tienes derecho a ellos. También se incluye una licencia de piloto comercial, con autorización para pilotar hidroaviones.

—Por lo visto han pensado en todo —dijo Dillon.

—También encontrarás los billetes y los cheques de viajeros. Te alojarás en Caneel Bay, una de las instalaciones turísticas más exquisitas del mundo. Hace unos años yo mismo me alojé allí una vez. Es un verdadero paraíso, Dillon. Eres un tipo con suerte al poder estar en un paraíso, situado en una península privada, no lejos de Cruz Bay.

Dillon abrió la carpeta y repasó algunos de los folletos que contenía.

—«Situado en su propia península privada, dispone de siete playas y tres restaurantes» —leyó en voz alta—. Me parece que es la clase de lugar adecuado para mí.

—Es la clase de lugar adecuado para cualquiera —dijo Ferguson —. Los dos mejores chalets son el siete E y el siete D. Allí se alojan embajadores, Dillon, y estrellas de cine. Creo que Kissinger estuvo una vez en el siete E. Y también Harry Truman.

—Me siento abrumado —dijo Dillon.

—Todo eso contribuirá a componer tu nueva imagen.

—Una cosa más —dijo Lane—. Es una vieja tradición que no haya teléfonos en los chalets. Hay teléfonos públicos diseminados por todas partes, pero hemos dispuesto las cosas para que tengas un teléfono celular portátil. Te lo entregarán cuando llegues.

—Bien —asintió Dillon—. Llego allí, ¿y qué hago entonces?

—Eso, en realidad, depende de ti —contestó Ferguson—. Esperábamos que la chica estuviera allí para ayudar, pero gracias a tu desafortunada galantería eso no es posible por el momento. No obstante, sugeriría que te pusieras en contacto con ese buceador que ella mencionó, ese tal Bob Carney. Dirige una empresa llamada Paradise Watersports, con sede en Caneel Bay. Ahí tienes un folleto.

—Enseña a bucear a los turistas —informó Lane.

Dillon encontró el folleto y lo miró. Estaba atractivamente dispuesto, con excelentes fotos submarinas, pero la más interesante de todas era la del propio capitán Bob Carney, sentado ante el timón de un barco, con aspecto muy atractivo, bronceado y ágil.

—Jesús —exclamó Dillon—. Si quisieran a un actor que representara el papel de ese tipo tendrían dificultades para encontrar a alguien adecuado en la audición principal.

—Ese tal Carney es un hombre interesante —dijo Ferguson—. Díselo, Jack.

Lane abrió otro expediente.

—Nacido en Mississippi en mil novecientos cuarenta y ocho, aunque pasó la mayor parte de su juventud en Atlanta. Esposa, Karye, un hijo de ocho años, Walker, y una niña de cinco llamada Wallis. Estuvo un año en la universidad de Mississippi y luego ingresó en los Marines y estuvo en Vietnam, donde hizo dos tumos completos, en el sesenta y ocho y en el sesenta y nueve.

—Siempre he oído decir que fue una mala época —comentó Dillon.

—Hacia el final de su período de servicio estuvo con el Segundo Grupo de Acción Combinada. Fue herido, recibió dos Corazones Púrpura, la cruz vietnamita al Valor, y fue recomendado para una Estrella de Bronce. Esa última se perdió en los canales burocráticos.

—¿Y después de eso empezó a bucear?

—No al principio. Fue a la Universidad Estatal de Georgia, por cortesía del cuerpo de Marines, y obtuvo un título en filosofía. Luego estuvo un año en una escuela oficial de oceanografía.

—¿Hay alguna otra cosa?

Lane consultó el expediente.

—Tiene licencia para capitanear buques de hasta mil seiscientas toneladas, dirigió barcazas de suministros destinadas a las

plataformas del golfo de México, fue soldador y buceador en los campos petrolíferos. Se instaló en St. John en el setenta y nueve.

Lane cerró el expediente.

—Bien, ése es su hombre —dijo Ferguson—. Tienes que conseguir que se ponga de nuestra parte, Dillon. Ofrécele cualquier cosa; el dinero no es problema, dentro de lo razonable, dato.

—Me sorprende, brigadier —dijo Dillon con una sonrisa—. El dinero nunca es lo principal para hombres como Carney.

—Es posible. —Ferguson se levantó—. Eso es todo. Te veré de nuevo antes de que te marches. ¿A qué hora sale el avión, Jack?

—A las nueve, señor. Llega a Antigua poco después de las dos de la tarde hora local.

—En ese caso, no podré ir a despedirle —dijo Ferguson con un suspiro—. Supongo que tendré que despedirle de la forma más correcta posible. Tráelo a cenar al Garrick, Garth, a las siete y media. Y ahora, os ruego que me disculpéis.

—Es un hombre todo corazón, ¿verdad? —le dijo Dillon al contraalmirante cuando salieron a la calle.

—Jamás se me habría ocurrido describirlo de ese modo —dijo Travers, al tiempo que levantaba el paraguas ante el paso de un taxi.

Una hora más tarde Ferguson se encontraba con Simon Carter al abrigo de un local llamado St. George, situado no muy lejos del ministerio de Defensa. Pidió un *gin tonic*.

—Pensé que sería mejor tenerlo al corriente —dijo—. Han ocurrido muchas cosas.

—Cuénteme —dijo Carter.

Así lo hizo Ferguson. Le relató el ataque contra Jenny por parte de Smith y Johnson, la aparición del nombre de Santiago, el vuelo de Jenny, y todo lo demás. Cuando hubo terminado, Carter permaneció allí sentado, pensativo.

—El asunto de Santiago…, eso es muy interesante. Es posible que Lane haya encontrado algo. Me refiero al ángulo fascista, la conexión con el general Franco y todo eso.

—Eso, desde luego, encajaría, pero Dillon tiene razón. Nada de eso explica el hecho de lo bien informado que parece estar Santiago.

—¿Que se propone hacer al respecto?

—Oficialmente, no puedo hacer nada —contestó Ferguson—. Es un ciudadano estadounidense, un hombre de negocios multimillonario y, ante los ojos de todo el mundo, muy respetado. Quiero decir que esa información existente en los ficheros del
FBI
y de la
CIA
es confidencial.

—Y, de todos modos, también está el hecho de que no queremos implicar a los estadounidenses en esto —señaló Carter.

—Totalmente prohibido. Eso sería lo último que quisiéramos.

—¿Quiere eso decir que estamos en manos de Dillon? —preguntó el subdirector.

—Lo sé, y no me gusta lo más mínimo —admitió Ferguson al tiempo que se levantaba—. Ocúpese de informar a Pamer de la situación.

—Desde luego —le dijo Carter—. Quizá ese tal Carney, el buceador que ha mencionado, pueda ofrecerle una pista a Dillon.

—Seguiré manteniéndole informado —dijo Ferguson y sin más se marchó.

En París, Santiago, que tenía que acudir a una cena de etiqueta en la embajada de Estados Unidos, se ajustaba el corbatín ante el espejo cuando sonó el teléfono. Era Pamer, y Santiago escuchó con atención mientras el otro le ponía al corriente.

—Así que están enterados de tu nombre, Max. —Pamer parecía sentirse muy agitado—. Y todo gracias a esos condenados hombres que trabajaban para ti.

—Olvídate de ellos —dijo Santiago—. Son noticias de ayer.

—¿Qué significa eso?

—No seas estúpido, Francis. Ahora ya eres un muchacho mayor. Intenta actuar como tal.

Pamer estaba horrorizado.

—Está bien, Max, pero ¿qué vamos a hacer?

—A mí no pueden hacerme nada, Francis. Soy ciudadano estadounidense, y no querrán involucrar en esto al gobierno de Estados Unidos. De hecho, Ferguson actúa ilegalmente al enviar a Dillon a operar en territorio de soberanía de otro país. Recuerda que el submarino se encuentra en aguas jurisdiccionales

estadounidenses.

—Entonces, ¿qué harás?

—Volaré a Puerto Rico por la mañana y luego navegaré hasta Samson Cay, desde donde actuaré. Dillon debe de alojarse en el Hyatt o en el Caneel Bay si es que usa un hotel, y eso lo puede confirmar una simple llamada telefónica. Sospecho que irá al Caneel Bay si desea cultivar al buceador, a ese Carney.

—Supongo que sí.

—Es una pena lo de la chica. Terminará por aparecer, aunque sigo pensando que podría ser la clave de todo este asunto. Podría saber mucho más de lo que ella misma es consciente.

—Esperemos que sea así.

—Yo también lo espero, sobre todo por tu bien, Francis.

Dillon, convenientemente ataviado con su chaqueta deportiva y una corbata de los Guards, siguió a Travers por la imponente escalera del Club Garrick.

—Jesús, tienen aquí más retratos que en la National Gallery.

Siguió a Travers hasta el bar, donde ya les esperaba Ferguson.

—Ah, ya estáis aquí. Os llevo algo de adelanto. Pensé que sería bueno tomar una copa de champaña, Dillon, sólo para desearte *bon voyage*. Por lo que recuerdo, prefieres Krug.

Se acomodaron en un rincón y el barman les trajo la botella en un cubo de hielo, la abrió, llenó las tres copas y se retiró. Ferguson le dio las gracias, extrajo un sobre del bolsillo y lo dejó sobre la barra.

—Sólo por si la situación se pone fea, aquí tienes el nombre de un contacto mío en Charlotte Amalie, la ciudad principal en St. Thomas. Lo que podría denominarse como un traficante en *hardware*.

—¿*Hardware*? —preguntó Travers, perplejo—. ¿Y para qué demonios necesitará él algo en *hardware*?

Dillon se guardó el sobre en el bolsillo.

—Es usted un tipo encantador, contraalmirante, y sólo le deseo que continúe siéndolo.

Ferguson brindó por Dillon.

—Buena suerte, amigo. La vas a necesitar. —Vació su copa—. Y ahora, vayamos a cenar.

Había algo en sus ojos, algo que indicaba que había mucho más

que eso. Tenía que haberlo, se dijo Dillon a sí mismo, pero se levantó obediente y siguió a Travers y al brigadier fuera del bar.

Mientras tanto, en Briac, en el convento de las Hermanitas de la Caridad, Jenny estaba sentada a solas en el último banco de la capilla, con los brazos apoyados sobre el respaldo del banco que tenía delante, con la mirada fija en la parpadeante luz de las velas del altar, sumida en pensamientos melancólicos. La puerta crujió al abrirse y la hermana Maria Baker entró.

—Ah, está aquí. Debería estar en la cama.

—Lo sé, hermana, pero me sentía inquieta y deseaba pensar en las cosas.

—¿Como en qué? —preguntó la hermana María Baker al tiempo que se sentaba a su lado.

—En Dillon, para empezar. Ha hecho muchas cosas terribles. Fue un miembro del IRA, por ejemplo, y cuando esos dos hombres me atacaron anoche… —Se estremeció—. Se comportó de una forma tan fríamente salvaje, tan ruda… Y, sin embargo, para mí fue todo amabilidad y comprensión.

—¿Y?

—No soy una buena cristiana —dijo Jenny volviéndose a mirarla —. De hecho, cuando Henry me encontró yo era una gran pecadora, pero deseo entender a Dios. Realmente lo deseo.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Por qué permite Dios que haya tanta violencia y se produzcan tantas muertes? ¿Por qué permite la violencia en Dillon?

—Eso es lo más sencillo de contestar, hija mía. Lo que Dios permite es el libre albedrío. Nos ofrece a todos tomar una decisión. A usted, a mí, y a todos los Dillon de este mundo.

—Supongo que sí —asintió Jenny con un suspiro—. Pero tendré que regresar a St. John, y no sólo para ayudar a Dillon, sino, de algún modo, también por Henry.

—¿Por qué siente eso de un modo tan fuerte?

—Porque, en realidad, Henry no me dijo dónde había descubierto ese submarino, lo que significa que el secreto tuvo que haber muerto con él y, no obstante, tengo la extraña sensación de que no fue así, de que esa información se encuentra allí, en St. John, aunque no puedo pensar correctamente. De alguna forma, se me ocurrirá, hermana.

Volvía a sentirse angustiada y la hermana Maria Baker la tomó de las manos.

—Ya es suficiente. Necesita usted descansar. Unos pocos días de descanso obrarán maravillas. Entonces podrá recordar lo que no recuerda ahora, se lo prometo. Y ahora, permítame acompañarla a la cama.

Tomó a Jenny de la mano y la sacó de la capilla.

El Daimler de Ferguson recogió a Dillon a las siete y media de la mañana siguiente para llevarlo a Gatwick, y Travers insistió en acompañarle. El trayecto a esa hora de la mañana, cuando el grueso del tráfico se desplazaba en dirección contraria, fue relativamente rápido, y a las ocho y media Dillon ya estaba preparado para pasar el control de pasaportes y de seguridad.

—Parece ser que ya han avisado el vuelo —dijo Travers.

—Sí, eso parece.

—Mire, Dillon —dijo Travers, que parecía sentirse incómodo—. Nunca volveremos a vernos cara a cara. Quiero decir, que a causa del IRA y de todo eso… Bueno, el caso es que deseo darle las gracias por lo que hizo por la chica. Me caía muy bien… Realmente, me caía muy bien.

—A mí también.

Travers le estrechó la mano.

—Cuídese. Ese Santiago parece un tipo poco recomendable.

—Lo intentaré, contraalmirante.

—Ah, y otra cosa —añadió Travers, que todavía parecía sentirse más incómodo—. Charles Ferguson es un querido amigo mío, pero también el viejo zorro más tortuoso que he conocido en toda mi vida. Vigile también los remaches por ese lado.

—Lo haré, contraalmirante, lo haré —dijo Dillon.

Se quedó un momento viendo cómo se alejaba el contraalmirante y luego se volvió y pasó por el control de seguridad.

Un hombre muy agradable, pensó mientras el Jumbo despegaba y ascendía con firmeza. Sí, un hombre decente, pero tampoco era un estúpido, y tenía toda la razón. En todo esto había más de lo que aparecía en la superficie de las cosas; nada podía ser más cierto que eso, y Ferguson sabía lo que era. «Viejo zorro tortuoso». Una descripción muy correcta.

—Ah, bueno, pero yo puedo ser tan tortuoso como él —murmuró Dillon para sí mismo.

Y aceptó la copa de champaña que le ofreció la azafata.

8

El vuelo hasta Antigua duró un poco más de ocho horas gracias al viento de cola, y llegaron justo a las dos, hora local. Hacía calor, realmente mucho calor, sobre todo después de haber estado en Londres. Dillon se sintió bastante alegre y caminó con rapidez por delante de los demás pasajeros hacia el edificio del aeropuerto, con sus pantalones de pana negra, una camisa de algodón y la chaqueta de vuelo negra sobre un hombro. Al llegar a la entrada una joven negra con un uniforme azul pálido estaba allí de pie, con una pizarra en la que aparecía anotado su nombre.

—Soy Dillon —dijo él deteniéndose ante ella.

—Soy Judy, señor Dillon —le saludó con una sonrisa—. Me ocuparé de pasarlo por inmigración y los trámites y luego le acompañaré a su avión.

—¿Representa usted a los agentes de alquiler de aviones? —le preguntó mientras caminaban.

—Así es. Necesito comprobar su licencia de piloto, y hay que rellenar un par de formularios para las autoridades de aviación, pero eso lo podemos hacer mientras esperamos a que aparezca su equipaje.

Veinte minutos más tarde le conducía en un minibús hasta el extremo más alejado de la pista, acompañada por un mecánico llamado Tony, sentado a su lado, que vestía un mono blanco. El Cessna se hallaba aparcado junto a una serie de aviones privados, ligeramente incongruente debido a los flotadores, con las ruedas sobresaliéndole por debajo.

—No debería darle ningún problema —dijo Tony mientras subía al avión las dos maletas de Dillon—. Vuela tan suavemente como un pájaro. Claro que a mucha gente le pone nervioso volar entre las islas con un solo motor, pero lo mejor de este pequeño es que siempre puede descender y posarse sobre el agua.

—O algo parecido —dijo Dillon.

Tony se echó a reír, entró en la cabina y le dio las instrucciones.

—Hay un libro de vuelos de aviación, con una lista de todas las

islas, sus campos de aterrizaje y los mapas. Nuestro jefe de pilotos le ha marcado el curso desde aquí hasta Cruz Bay, en St. John. Es bastante recto. A unos cuatrocientos kilómetros. Tardará aproximadamente hora y media. —Consultó su reloj—. Debería estar allí a las cuatro y media.

—Es territorio estadounidense —dijo Judy con una sonrisa—, pero los servicios de aduanas y de inmigración le esperan en la rampa de amerizaje en Cruz Bay, Cuando esté lo bastante cerca póngase en contacto con St. Thomas y ellos les harán saber que llega usted. Ah, y encontrará esperándole un *jeep* que deberá conducir usted mismo. Creo que eso es todo.

—Gracias por todo. —Dillon le ofreció a la joven aquella sonrisa especial con la que transmitía todo su encanto y la besó en la mejilla—. Judy, ha sido estupenda. —Luego se volvió hacia Tony y le estrechó la mano—. Muchas gracias.

Un momento más tarde se encontraba instalado en el asiento del piloto, con la puerta ya cerrada. Se abrochó el cinturón de seguridad, se colocó los auriculares, puso el motor en marcha y llamó a la torre. Había un avión pequeño que aterrizaba en aquellos momentos y la torre le indicó que esperara. Poco después le transmitieron el permiso y dirigió el avión hacia el extremo de la pista. Hubo entonces una corta pausa, luego recibió la señal de despegue, dio potencia al motor, lanzó el avión rugiendo por la pista y tiró de la palanca hacia atrás exactamente en el momento adecuado. El Cessna se elevó en el aire sin el menor esfuerzo y se encontró sobre el mar azul.

Una hora más tarde, Max Santiago llegaba a San Juan, donde un funcionario del aeropuerto lo escoltó a través de los controles de pasaportes y de aduanas con un mínimo de molestias, y lo acompañó hasta donde esperaba su chófer, Algaro, con la limusina Mercedes de color negro.

—A sus órdenes, señor —dijo el chófer en español.

—Me alegro de verte, Algaro —dijo Santiago—. ¿Está todo dispuesto tal como pedí?

—Oh, sí, señor. He preparado las maletas con las ropas de siempre y yo mismo las he llevado esta mañana al *María Blanco*. El capitán Serra le espera.

Algaro no era un hombre particularmente alto, con su metro

setenta y dos de estatura, pero parecía inmensamente poderoso. Llevaba el pelo tan corto que casi parecía calvo. Una cicatriz que le bajaba desde la esquina del ojo izquierdo hasta la boca contribuía a darle un aspecto siniestro y amenazador, a pesar del elegante uniforme gris de chófer que llevaba. Era totalmente fiel a Santiago, que dos años atrás le había salvado de una sentencia de muerte por haber acuchillado a una joven prostituta, gracias al empleo liberal de fondos repartidos no sólo entre abogados, sino también entre funcionarios corruptos.

El equipaje llegó en ese momento y mientras los mozos lo cargaban, Santiago dijo:

—Bien, no necesitas llevarme a la casa. Llévame directamente al barco.

—Como usted diga, señor. —Se alejaron, se introdujeron en el tráfico principal y Algaro informó—: El capitán Serra dijo que pidió usted que hubiera un par de buceadores en la tripulación. Así se ha hecho.

—Excelente.

Santiago tomó el periódico local, que había sido dejado junto a él, sobre el asiento, y lo abrió. Algaro le miró por el espejo retrovisor.

—¿Hay algún problema, señor?

—Eres como un animal, Algaro —contestó Santiago echándose a reír—. Siempre hueles los problemas.

—Para eso me ha empleado usted, señor.

—Tienes toda la razón. —Santiago dobló el periódico, extrajo un cigarrillo de la pitillera de oro y lo encendió—. Sí, amigo mío, hay un problema. Un problema que se llama Dillon.

—¿Puedo saber algo sobre él, señor?

—¿Por qué no? Probablemente tendrás que…, ¿cómo podría decirlo?, ocuparte de él en mi nombre, Algaro. —Santiago sonrió—. Así que escucha con atención lo que tengo que decirte sobre él porque ese hombre es bueno, Algaro, realmente bueno.

Hacía una tarde perfecta, con un cielo azul ilimitado en el que sólo aparecía alguna que otra nube ocasional, mientras Dillon se desplazaba a través del Caribe a cinco mil pies de altura. Era un puro placer, con el mar que cambiaba constantemente de color allá abajo, verde y azul, algún que otro barco y los arrecifes y bancos

claramente visibles desde aquella altura.

Pasó sobre las islas de Nevis y St. Kitts y, tras llamar al aeropuerto local, continuó el vuelo directamente sobre la diminuta isla holandesa de Saba. Tenía un buen viento de cola y avanzó con rapidez, mejor de lo que había esperado. Encontró St. Croix a babor, en el horizonte, apenas de una hora después de haber despegado de Antigua.

Poco después, sobre el halo del horizonte se levantó el perfil de las Vírgenes, St. Thomas a babor, el pequeño bulto de St. John a estribor, y Tortola más allá. Comprobó el mapa y vio la isla Peter por debajo de Tortola y, al este de St. John, la isla Norman. Al sur se encontraba Samson Cay.

Dillon llamó al aeropuerto de St. Thomas para notificarles su aproximación.

—Despejado para el amerizaje en Cruz Bay —le dijo el controlador—. Espere allí a los funcionarios de aduanas y de inmigración.

Dillon descendió, giró hacia estribor y encontró sin dificultades Samson Cay, que cruzó por encima a mil pies de altura. Había un puerto salpicado de yates, un muelle, chalets y un gran hotel, todo ello agrupado alrededor de la playa, en medio de palmeras. La pista de aterrizaje se encontraba al norte, sin torre de control, y sólo se la distinguía por la manga de viento sujeta en lo alto de un poste. Había gente tomando el sol en la playa. Algunos miraron a lo alto y saludaron. Hizo oscilar las alas y siguió su curso. Quince minutos más tarde encontró Cruz Bay, descendió y efectuó un amerizaje perfecto fuera del puerto.

Entró en el puerto y encontró la rampa sin dificultades. Había varios funcionarios uniformados de pie, y una o dos personas más, todos negros. Se dirigió hacia la rampa, hizo descender las ruedas para subir la rampa y apagó el motor. Uno de los hombres, con uniforme de aduanas, sostenía un par de calzas curvadas, unidas por una tira de cuero. Se acercó al avión y las colocó detrás de las ruedas.

Dillon bajó de un salto.

—Lafayette, ya hemos llegado.

Todos se echaron a reír y los de inmigración comprobaron su pasaporte, perfectamente felices con el irlandés, mientras que los de

aduanas le echaban un vistazo al equipaje. Todo rodó a las mil maravillas y al cabo de poco se despidieron con expresiones de buenos deseos. Cuando se alejaron, se adelantó hacia él una mujer joven de uniforme, esta vez de color rosa pálido, que había esperado pacientemente a un lado.

—Tengo dispuesto su *jeep* tal como se había ordenado, señor Dillon. Si me firma el formulario y me muestra su carnet de conducir, puede seguir su camino.

—Es muy amable por su parte —dijo Dillon mientras tomaba las maletas y las transportaba hasta el *jeep*, para dejarlas sobre los asientos traseros.

—Lo siento pero no teníamos uno automático por el momento —le dijo ella mientras firmaba el formulario—. Podría cambiárselo para mañana. Dispondré de uno que será devuelto.

—No, gracias, prefiero ocuparme yo mismo de las marchas. —Le dirigió una agradable sonrisa—. ¿Me permite llevarla a alguna parte?

—Es muy amable por su parte. —Subió al *jeep* y se instaló en el asiento del acompañante. Trescientos metros más allá, al llegar al cruce con la carretera, ella dijo—: Puede dejarme aquí.

En frente había un edificio de aspecto muy atractivo.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Mongoose Junction, nuestra versión de centro comercial, aunque bastante más agradable. También hay un superbar y un par de restaurantes estupendos.

—Le echaré un vistazo en cualquier momento.

Ella se bajó del vehículo.

—Gire a la izquierda, siga la carretera principal. Caneel Bay está sólo a unos tres kilómetros de distancia. Hay un aparcamiento para los residentes. Desde allí sólo tendrá que recorrer un corto trayecto a pie hasta la recepción.

—Ha sido usted muy amable —le dijo Dillon y se alejó.

El *María Blanco* le había costado a Santiago dos millones de dólares, y era su juguete favorito. Prefería alojarse a bordo antes que en su magnífica mansión, por encima de la ciudad de San Juan, sobre todo desde la muerte de su esposa María, diez años antes, a causa del cáncer. Su querida María, su *María Blanco*, el nombre que le había puesto en memoria de su esposa, era el único aspecto

tierno en su vida. Desde luego, no se trataba de un barco corriente, disponía de todos los lujos imaginables, y necesitaba de un capitán y cinco o seis tripulantes para manejarlo.

Santiago se hallaba sentado en la cubierta superior, disfrutando del sol y de una taza de excelente café. Algaro estaba detrás de él, de pie. El capitán, Julián Serra, un hombre fornido, de barba negra, vestido de uniforme, estaba sentado en frente. Al igual que la mayoría de los empleados de Santiago, estaba a su servicio desde hacía años y había participado con frecuencia en actividades de naturaleza muy cuestionable.

—Como ves, mi querido Serra, tenemos un problema entre las manos. Probablemente, ese hombre, Dillon, se pondrá en contacto en cuanto llegue a St. John con ese buceador, con ese tal Bob Carney.

—Resulta extremadamente difícil encontrar los lugares de naufragio, señor —le dijo Serra—. Los expertos me han comentado que en ocasiones no los han visto por muy pocos metros de distancia. No es nada fácil. Hay mucho mar por ahí.

—Lo admito —asintió Santiago—. Sigo convencido de que esa muchacha debe tener alguna clase de respuesta, pero es posible que se tome su tiempo antes de regresar. Mientras tanto, sorprenderemos al señor Dillon todo lo que nos sea posible. —Levantó la mirada hacia Algaro y le sonrió—. Creo que puedes ocuparte de eso, ¿verdad, Algaro?

—Será un placer, señor.

—Bien. —Santiago se volvió a Serra—. ¿Qué hay de la tripulación?

—Guerra, primer marinero. Solona y Múgica, como siempre. Y he hecho venir a dos hombres con buena experiencia de buceo, Javier Noval y Vicente Pinto.

—¿Son de fiar?

—Absolutamente.

—¿Nos esperan en Samson Cay?

—Sí, señor, hablé personalmente con Prieto. ¿Desea alojarse allí?

—Creo que sí. Siempre podemos echar el ancla frente a Paradise Beach, en el Caneel. Ya me lo pensaré. —Santiago se terminó el café y se levantó—. Muy bien, pongámonos en marcha.

A Dillon le encantó el Caneel desde el momento en que llegó. Aparcó el *jeep*, tomó las maletas y siguió el camino que estaba marcado. Por encima de él había un magnífico restaurante, sobre un risco; era circular, con los lados abiertos. Por debajo estaban las ruinas de un ingenio de caña de azúcar, de los viejos tiempos de las plantaciones. La vegetación era extremadamente exuberante, y había palmeras por todas partes. Se detuvo, observó una tienda de regalos a la izquierda y al fondo. Pero lo más importante era que al lado había un local más pequeño con el nombre de Paradise Watersports, el lugar de Carney, por lo que recordaba del folleto. Se acercó a echar un vistazo. Tal como cabía esperar, se exponían trajes de buceo de diversos tipos, pero la puerta estaba cerrada, de modo que siguió su camino hasta el vestíbulo de recepción.

Había tres o cuatro personas a la espera de ser atendidas, por lo que dejó las maletas y volvió a salir. Fuera, a ambos lados, se extendía una amplia zona de bar bajo una enorme techo de palmas, una necesidad vital en un clima en el que las lluvias fuertes e instantáneas eran bastante corrientes.

Más allá estaba Caneel Bay. Lo reconoció por el folleto. Había barcos de diversas clases anclados, una playa agradable, bordeada de palmeras, junto a otro restaurante, con gente que todavía tomaba el sol y uno o dos windsurfistas practicando. Dillon miró su reloj. Eran casi las cinco y media y se disponía a darse la vuelta para regresar al mostrador de recepción cuando vio entrar un barco en la ensenada.

Era un Sport Fisherman de doce metros, con un puente voladizo, de aspecto lustroso y blanco; pero lo que intrigó a Dillon fue la docena de botellas de oxígeno que observó sujetas a sus contenedores en la popa. Sobre la cubierta había cuatro personas dedicadas a guardar su material en bolsas de buceo. Carney estaba en el puente voladizo, al timón, con pantalones vaqueros y los pies descalzos, desnudo de cintura para arriba, muy bronceado, con el cabello rubio blanqueado por el sol. Dillon lo reconoció por la fotografía del folleto.

El nombre del barco era él *Sea Raider*, según pudo observar al acercarse más. El barco se dirigió hacia el extremo del muelle, maniobrado por Carney. Uno de los alumnos de buceo arrojó una cuerda, Dillon la tomó y la pasó con movimientos expertos por una

de las estacas y luego avanzó hacia la proa, donde el barco rebotaba con suavidad contra las defensas, agarró la otra cuerda y la sujetó a una nueva estaca.

Dillon encendió a continuación un cigarrillo, haciendo flamear su Zippo, y Carney apagó los motores y bajó la escalerilla.

—Gracias —le dijo.

—Ha sido un placer, capitán Carney —contestó Dillon.

Se volvió y caminó a lo largo del muelle, hacia la recepción. Una de las recepcionistas lo acompañó hasta su chalet en un minibús. Los terrenos eran una verdadera delicia, no sólo cubiertos por hierba que se ondulaba sobre el terreno, sino también por palmeras y toda clase de plantas tropicales imaginables.

—Toda la península es privada —le dijo ella mientras seguían un estrecho sendero—. Disponemos de siete playas, como podrá observar, y la mayoría de las cabañas se encuentran agrupadas alrededor de ellas.

—Hasta el momento sólo he visto dos restaurantes —comentó él.

—Sí, Sugar Mill y Beach Terrace. Hay un tercero en el extremo de la península, el Turtle Bay, que es más formal. Ya sabe, camisa, corbata y todo eso. Es delicioso para tomar una copa por la noche. Desde allí se contempla el Windward Passage y una docena de pequeñas islas, Carval Rock, Whistling Cay. Naturalmente, un poco más lejos se encuentran Jost Van Dyke y Tortola, pero eso ya está en las Vírgenes británicas.

—Parece un lugar idílico —admitió él.

La joven trazó un círculo y el minibús se detuvo ante un edificio de dos pisos, de techo plano, rodeado de árboles y arbustos de todo tipo.

—Ya hemos llegado. El chalet siete.

Percibió unos pasos en el nivel superior.

—¿No es un chalet aislado? —preguntó Dillon.

Ella abrió la puerta que daba acceso a un pequeño vestíbulo.

—A veces hay quien lo alquila todo, pero aquí está dividido en dos unidades, la siete D y la siete E.

Las puertas estaban situadas una frente a la otra. La joven abrió con llave la siete D y le indicó el camino. Había un extraordinario salón panorámico y una zona de bar con nevera adicional. El dormitorio con salón era enorme, agradablemente amueblado con

suelo de baldosas, cómodas sillas y un sofá, y había persianas en las ventanas. Dos enormes ventiladores giraban silenciosamente en el techo.

—¿Le parece bien? —preguntó la joven.

—Yo diría que sí —asintió Dillon ante la enorme cama—. Jesús, un hombre tendría que ser un corredor de fondo para atrapar a su mujer en esta cosa.

Ella se echó a reír, abrió las dobles puertas que daban a la terraza y le invitó a salir. Había una espaciosa zona donde sentarse y, al otro lado de la esquina, una parte más estrecha, situada frente a las otras ventanas. El terreno formaba una suave pendiente, con árboles, y una pequeña playa abajo. A alguna distancia de la playa se veía anclados tres o cuatro grandes yates, de tipo oceánico.

—Esto es Paradise Beach —dijo la joven.

Había otra playa más allá, hacia la derecha, por detrás de la cual se observaba otra hilera de chalets.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Scott Beach, y Turtle Bay se encuentra un poco más allá. Se puede llegar en quince minutos a pie, aunque hay un servicio de minibuses que para en los lugares marcados por los terrenos.

Alguien llamó a la puerta. La joven entró y supervisó al mozo que dejó el equipaje. Dillon la siguió.

—Creo que eso es todo —dijo ella volviéndose hacia él.

—Estaba la cuestión del teléfono —dijo Dillon—. Tengo entendido que en los chalets no los hay.

—Ah, discúlpeme, se me olvidaba. —Abrió el bolso y sacó un teléfono celular, más una batería de repuesto y un cargador. Lo dejó sobre la mesita de café, junto con una tarjeta—. Aquí tiene su número y las instrucciones. Ahora sí que espero que esté todo —añadió con una sonrisa.

Dillon le abrió la puerta de entrada.

—Ha sido usted muy amable.

—Ah, una cosa más, nuestro director general, el señor Nicholson, le presenta sus disculpas por no haber podido estar presente para recibirle. Tuvo algo que hacer en St. Thomas.

—Está bien. Estoy seguro de que nos conoceremos más tarde.

—Creo que él también es irlandés —dijo ella y se marchó.

Dillon abrió la nevera situada bajo el mostrador del bar, y

descubrió todo tipo de botellas, incluidas dos medias de champaña. Abrió una de ellas, se sirvió una copa y salió a la terraza, desde donde contempló el mar.

—Bien, hijo mío, esto será suficiente para empezar —se dijo en voz baja.

Y se tomó el champaña con un consciente placer.

Al final, claro, el centelleo del agua fue demasiado seductor. Entró, abrió las maletas, colgó sus ropas en el amplio armario y luego se desnudó y se puso un bañador. Un momento más tarde descendía rápidamente por el prado ondulado de hierba hasta la playa que, por el momento, tenía toda para él solo. Se introdujo en el agua y empezó a nadar. De repente, hubo un repentino aleteo a su derecha; una enorme tortuga salió a la superficie, lo miró con curiosidad y se alejó pausadamente.

Dillon se echó a reír de puro placer. Nadó perezosamente hacia el mar, en dirección a los yates anclados, y a unos cincuenta metros de distancia se volvió para regresar. Por detrás de él, el *María Blanco* rodeó la punta desde Caneel Bay y echó el ancla a unos trescientos metros de distancia.

Santiago cambió de idea con respecto a Samson Cay después de que el capitán Serra le trajera un mensaje recibido en la sala de radio. Una pregunta planteada por teléfono de mar a tierra confirmó que Dillon había llegado al Caneel Bay.

—Se aloja en el chalet siete —dijo Serra.

—Interesante —musitó Santiago—. Es el mejor alojamiento de todo el lugar. —Pensó un rato en ello, tabaleando con los dedos sobre la mesa, y tomó una decisión—. Lo conozco bien, da a Paradise Beach. Bien, echaremos el ancla allí, Serra, al menos por esta noche.

—Como usted diga, señor.

Serra regresó al puente y Algaro, que había estado de pie junto a la barandilla de popa, le sirvió a Santiago otra taza de café.

—Quiero que esta noche vayas a tierra —le dijo Santiago—. Llévate contigo a alguien. Hay un Land Rover que Serra deja siempre en el aparcamiento de Mongoose Junction. Él te dará las llaves.

—¿Qué quiere que haga, señor?

—Echa un vistazo por el Caneel, mira a ver qué hace Dillon. Si

saliera, le sigues.

—¿Quiere que le cause algún problema? —preguntó Algaro casi esperanzado.

—Uno pequeño, Algaro —asintió Santiago con una sonrisa—. Nada demasiado enérgico.

—Será un placer, señor —dijo Algaro ofreciéndole la taza de café.

Por la noche, ya oscurecido, al dirigirse hacia Caneel Beach, a Dillon no le pareció conveniente vestirse de modo muy formal, por lo que sólo llevaba una suave camisa de algodón y unos pantalones de lino de color crema, los dos de Armani. Llevaba en el bolsillo una pequeña linterna que proporcionaba la dirección como ayuda para pasar por los lugares oscuros. Pero hacía una noche tan magnífica que no la necesitó. El restaurante Terrace ya estaba en plena ebullición, pero a los estadounidenses siempre les ha gustado cenar temprano, eso lo sabía. Se dirigió al mostrador delantero, cambió un cheque de viajeros por importe de quinientos dólares y luego probó el bar.

Nunca le había hecho mucha gracia el habitual gusto caribeño por los ponches de ron y las bebidas afrutadas, y prefirió un anticuado cóctel Martini con vodka que la genial camarera negra le sirvió con bastante rapidez. Un grupo de músicos preparaba los instrumentos sobre el pequeño estrado y a lo lejos, a través del mar, distinguió las luces de St. Thomas. Era realmente muy agradable, y resultaba demasiado fácil olvidar que tenía un trabajo que hacer. Terminó su copa, firmó el vale y se dirigió al restaurante, donde se presentó ante el *maître* y fue convenientemente instalado.

El menú era bastante tentador. Pidió escalopas marinas al grill, una ensalada César, seguida por cola de langosta caribeña. No había Krug, pero si una muy aceptable media botella de Veuve Clicquot para completar el panorama.

Había terminado a las nueve y se dirigió a recepción. Algaro estaba sentado en uno de los sillones de cuero, echándole un vistazo al *New York Times*. La recepcionista de servicio era la misma que había acompañado a Dillon al chalet.

—¿Todo está bien, señor Dillon? —le preguntó con una sonrisa.

—Perfecto. Dígame, ¿conoce un bar llamado

Jenny’s

Place?

—Desde luego. Está en el paseo marítimo, justo más allá de Mongoose Junction, de camino hacia la ciudad.

—Supongo que permanecerá abierto hasta tarde, ¿verdad?

—Habitualmente hasta las dos de la madrugada.

—Muchas gracias.

Se alejó y caminó a lo largo del muelle mientras encendía un cigarrillo. Detrás de él, Algaro salió también y se dirigió al aparcamiento, junto al Sugar Mill, desde donde llegaban las risas de la gente que cenaba allí. Pasó junto a los taxis que esperaban a los clientes y se encaminó hacia donde estaba aparcado el Land Rover. Felipe Guerra, el marinero del *María Blanco*, estaba sentado tras el volante. Algaro se sentó a su lado.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó Guerra.

—He estado muy cerca de él. Preguntó por un bar, el
Jenny's
Place. ¿Lo conoces? Está en el paseo marítimo de Cruz Bay.

—Claro.

—Bien, echemos un vistazo. Tengo la impresión de que tiene la intención de hacerle una visita.

—Quizá podamos hacerla interesante —comentó Guerra antes de poner en marcha el vehículo y alejarse.

Dillon condujo el *jeep* más allá de Mongoose Junction, localizó el
Jenny's
Place y luego dio media vuelta y regresó al aparcamiento de Junction. Después caminó a lo largo del paseo marítimo del puerto, en una noche muy cálida, subió los escalones, vio el letrero de neón rojo y entró. La parte del café estaba abarrotada. Mary Jones se encargaba de preparar los pedidos mientras dos camareras, una blanca y la otra negra, trabajaban frenéticamente en un intento por servir a todos los clientes. En la parte del bar también había gente, aunque menos, y Billy Jones no parecía tener dificultades para arreglárselas solo.

Dillon encontró un taburete vacío en el extremo de la barra y esperó a que Billy estuviera libre para atenderle.

—*Whisky* irlandés, de cualquier marca que tenga, y agua.

Observó a Bob Carney, que estaba sentado en el otro extremo de la barra, con una cerveza delante, hablando con un par de hombres

que, a juzgar por su pinta, parecían marineros. Carney sonreía y, al volverse para tomar la cerveza, se dio cuenta de que estaba siendo observado por Dillon y frunció el ceño.

Billy le trajo el *whisky* y Dillon le preguntó:

—¿Es usted Billy Jones?

El otro hombre le miró con suspicacia.

—¿Y quién es usted?

—Me llamo Dillon…, Sean Dillon. Me alojo en el Caneel. Jenny me dijo que le hiciera una visita y le saludara.

—¿Jenny se lo pidió? —Billy frunció el ceño—. ¿Cuándo vio a la señorita Jenny?

—En Londres. La acompañé durante la cremación del cuerpo de Henry Baker.

—¿De veras? —Billy se volvió y llamó a su esposa—. Mary, ven aquí. —Ella terminó un pedido y luego se acercó a ellos—. Esta es mi esposa, Mary. Dígale a ella lo que acaba de decirme a mí.

—Estuve con Jenny en Londres —dijo Dillon al tiempo que extendía la mano—. Soy Sean Dillon. Estuve en el funeral de Baker, aunque no hubo gran cosa que hacer. Ella dijo que Henry era ateo, así que lo único que hicimos fue acudir al crematorio.

Mary se santiguó.

—Que Dios lo tenga en su gloria, aunque él pensaba de ese modo. ¿Y Jenny? ¿Cómo está? ¿Dónde está ahora?

—Se sentía muy alterada —contestó Dillon—. Me dijo que Baker tenía una hermana.

Mary frunció el ceño y miró a su esposo.

—De eso no sabíamos nada. ¿Está usted seguro, señor?

—Oh, sí, tenía una hermana que vivía en Francia. Jenny no quiso decirme dónde, simplemente voló a París desde Londres. Quería llevarle las cenizas a la hermana.

—¿Y cuándo regresará?

—Lo único que dijo fue que necesitaba unos pocos días para asumir la muerte y todo eso. Como supo que yo venía por aquí, me pidió que los saludara.

—Se lo agradezco —dijo Mary—. ¡Hemos estado tan preocupados! —En ese momento, un cliente llamó desde una de las mesas, Tengo que marcharme. Le veré más tarde.

Se alejó presurosa y Billy hizo una mueca.

—Yo también estoy bastante ocupado, pero quédese un rato por aquí.

Se dispuso a servir a tres clientes impacientes y Dillon se dedicó a saborear su *whisky* y echó un vistazo por el local. Algaro y Guerra bebían cerveza en un reservado situado en un rincón. No le miraban y aparentemente estaban enfrascados en una conversación. La mirada de Dillon apenas se detuvo en ellos, pasó con rapidez y, sin embargo, reconoció a uno por haberlo visto antes en el vestíbulo de recepción del Caneel, el del pelo al cepillo, el rostro brutal y la cicatriz de un ojo a la boca.

—Judas Iscariote resucitado —murmuró Dillon—. ¿Y cuál será tu juego, hijo?

Había aprendido duramente, a lo largo de muchos años, a no creer nunca en las coincidencias.

Los dos hombres con quienes había estado hablando Carney se marcharon y ahora estaba sentado a solas. El taburete que había a su lado estaba vacío. Dillon terminó su copa y avanzó a lo largo de la barra, entre la gente.

—¿Le importa que le acompañe?

Los ojos de Carney eran muy azules en su rostro bronceado.

—¿Debería?

—Soy Dillon, Sean Dillon —se presentó al tiempo que se acomodaba en el taburete—. Me alojo en el Caneel, en el chalet siete. Jenny Grant me dijo que le saludara.

—¿Conoce a Jenny?

—Acabo de estar con ella en Londres —asintió Dillon—. Su amigo, Henry Baker, resultó muerto allí en un accidente de tráfico.

—He oído hablar de eso.

—Jenny acudió para estar presente en el funeral y en la investigación judicial. —Dillon le hizo un gesto a Billy Jones, que se les acercó—. Tomaré otro irlandés. Sírvale al capitán Carney lo que quiera.

—Tomaré otra cerveza —dijo Carney—. ¿Lo enterró Jenny en Londres?

—No. Efectuó una cremación. Tenía una hermana en Francia.

—No sabía nada de eso.

—Jenny me dijo que pocos lo sabían. Al parecer, él lo prefería de ese modo. Me dijo que deseaba llevarle las cenizas a su hermana.

La última vez que la vi se disponía a tomar un vuelo para París. Dijo que volvería aquí al cabo de unos días.

Billy trajo el *whisky* y la cerveza.

—¿De modo que está aquí de vacaciones? —preguntó Carney.

—En efecto. He llegado esta tarde.

¿No será usted el tipo que ha llegado en el hidroavión Cessna?

—He volado desde Antigua —asintió Dillon.

—¿Y de vacaciones?

—Algo parecido. —Dillon encendió un cigarrillo—. La cuestión es que estoy interesado por bucear un poco, y Jenny me sugirió que hablara con usted. Me aseguró que era el mejor.

—Eso es muy amable por parte de ella.

—También me dijo que enseñó usted a bucear a Henry.

—Cierto —asintió Carney—. Henry era un buen buceador, un poco estúpido, pero bastante bueno.

—¿Por qué dice que estúpido?

—Nunca es conveniente bucear solo, siempre debería ir uno acompañado por alguien. Pero Henry no quería escucharme. Se levantaba y zarpaba cuando le venía en gana, y eso no es bueno cuando se bucea con regularidad. Siempre pueden ocurrir accidentes, por muy bien que se planifiquen las cosas. —Carney tomó un sorbo de cerveza y miró a Dillon directamente a la cara—. Pero yo diría que es usted la clase de hombre que está enterado de esas cosas, señor Dillon.

Tenía el acento lento y fácil de los sureños estadounidenses, como si todo lo que decía lo hubiera considerado cuidadosamente.

—Bueno, al final fue un accidente lo que acabó con su vida en Londres —dijo Dillon—. Quiso cruzar la calle, miró en una dirección incorrecta y un autobús se le echó encima. Murió instantáneamente.

—¿Conoce el viejo dicho árabe? —preguntó Carney con voz serena—. Todo el mundo tiene una cita en Samarra. Se libra uno de la muerte en un lugar, pero se la termina por encontrar en otro. Al menos, en el caso de Henry, fue rápido.

—Es una actitud notablemente filosófica por su parte —observó Dillon.

—Yo suelo ser notablemente filosófico —dijo Carney con una sonrisa—. Estuve dos tumos completos en el Vietnam. Desde

entonces, todo ha sido para mí como un regalo llovido del cielo. ¿De modo que quiere bucear?

—Así es.

—¿Es bueno?

—Me las arreglo —contestó Dillon—. Pero siempre estoy dispuesto a aprender.

—Muy bien. Le veré entonces en el muelle del Caneel a las nueve de la mañana.

—Necesitaré equipo.

—Eso no es problema. Abriré la tienda para usted.

—Estupendo. —Dillon se terminó el *whisky* de un trago—. Hasta mañana entonces. —Vaciló un momento y añadió—: Dígame una cosa. ¿Ve a esos dos tipos sentados en el reservado del rincón? Me refiero sobre todo al más feo, al de la cicatriz. ¿Sabe quiénes son?

—Desde luego —contestó Carney—. Trabajan en un gran yate de Puerto Rico que viene de vez en cuando por aquí. Es propiedad de un hombre llamado Max Santiago. Suele fondear en Samson Cay, en la parte británica de las islas. El más joven es marinero, se llama Guerra; el otro es un verdadero hijo de puta llamado Algaro.

—¿Por qué dice eso?

—Hace unos nueve meses casi mató a puñetazos a un pescador en uno de los bares de por aquí. Tuvo suerte de salir bien librado y no ir a parar con sus huesos a la cárcel. Le impusieron una multa bastante abultada, pero por lo que oí decir la pagó su jefe. Es la clase de tipo del que es mejor apartarse.

—Le aseguro que lo recordaré. —Dillon se levantó—. Hasta mañana.

Y se abrió paso entre la gente. Billy acudió entonces.

—¿Quieres otra cerveza, Bob?

—Lo que necesito ahora es comer algo, puesto que mi esposa no está —dijo Carney—. ¿Qué te ha parecido ése?

—¿Dillon? Dijo que estuvo en Londres con Jenny. Al parecer, iba a venir por aquí y ella le pidió que nos hiciera una visita.

—Pues eso ha sido toda una coincidencia.

Carney extendió la mano hacia la jarra y observó que Algaro y Guerra se levantaban y salían del local. Estuvo a punto de levantarse y salir tras ellos, pero qué demonios, no era su problema, fuera cual fuese el problema y, de todos modos, Dillon era

perfectamente capaz de cuidar de sí mismo; nunca había estado más seguro en su vida de que fuera así.

Dillon salió de Cruz Bay, subiendo con una marcha corta la escarpada colina que se elevaba sobre la ciudad, sin dejar de pensar en Carney. Le había caído bien desde el principio; era un hombre calmado y tranquilo, de enorme fuerza interior, pero eso, teniendo en cuenta su historial, tenía sentido.

Empezó a subir la colina, recordando que en St. John se circulaba por la izquierda, como en Inglaterra. De repente, observó unos faros que se le acercaban muy rápidamente por detrás. Esperaba ser adelantado, pero no lo fue y al ver que el vehículo que iba detrás se pegaba a él se dio cuenta de que tenía problemas. Lo reconoció como un Land Rover en su espejo retrovisor, justo un instante antes de que lo empujara con el guardabarros; apretó el acelerador a fondo y se apartó, conduciendo tan rápidamente que pasó casi en recto la curva a Caneel Bay.

El Land Rover le siguió y, de repente, se desplazó hacia la parte derecha de la carretera y avanzó a lo largo de ella. Captó un fugaz vistazo del rostro de Algaro, iluminado por las luces del panel de instrumentos, con las manos agarradas al volante. El Land Rover realizó un giro brusco y Dillon se salió de la carretera, atravesó unos matorrales, saltó sobre una pendiente no muy grande y se detuvo.

Dillon rodó rápidamente fuera del *jeep* y se situó tras un árbol.

El Land Rover se había detenido y durante un momento reinó el silencio. De repente rugió una escopeta y los perdigones arrancaron ramas pequeñas por encima de su cabeza.

Un nuevo silencio y unas risas. Luego, una voz gritó:

—Bienvenido a St. John, señor Dillon.

Después, el Land Rover se alejó. Dillon esperó hasta que el sonido del motor se hubo desvanecido en la noche. Regresó al *jeep*, puso la marcha reductora, retrocedió por la pendiente y regresó a la carretera. Luego siguió su camino hacia Caneel.

En Londres eran las tres y media de la mañana cuando el teléfono sonó en el dormitorio de Charles Ferguson, en su piso de Cavendish Square. Se despertó casi al instante y extendió la mano.

—Aquí Ferguson.

Dillon estaba sentado en la terraza, con una copa en la mano y

el teléfono inalámbrico en la otra.

—Soy yo —se limitó a decir—. Le llamo desde las tranquilas islas Vírgenes sólo para decirle que esto no es tan tranquilo como se suponía.

—Por el amor de Dios, Dillon, ¿sabes qué hora es aquí?

—Sí, la hora adecuada para hacer unas pocas preguntas y confío que para obtener unas cuantas respuestas. Un par de gorilas intentaron sacarme de la carretera, viejo, ¿y sabe quiénes eran? Pertenecen a la tripulación del *María Blanco*, el yate de Santiago. También enviaron un escopetazo en mi dirección.

Ferguson se puso inmediatamente alerta, se sentó en la cama y apartó las sábanas.

—¿Estás seguro?

—Pues claro que lo estoy. —Dillon no se mostraba particularmente enojado por lo sucedido, aunque hizo que lo pareciera así—. Escuche, viejo zorro tortuoso, quiero saber qué está pasando aquí. Sólo llevo unas horas en este condenado lugar y ya saben hasta mi nombre. Casi diría que me estaban esperando, puesto que también están aquí. ¿Cómo puede ser eso, brigadier?

—No lo sé —contestó Ferguson—. Eso es todo lo que puedo decir por el momento. ¿Se encuentra bien instalado?

—Brigadier, siento el loco deseo de echarme a reír —le dijo Dillon—. Pero sí, estoy bien instalado, el chalet es magnífico, la vista sublime y mañana mismo salgo de buceo con Bob Carney.

—Bien, continúe con eso entonces y cuídese.

—¿Que me cuide? —replicó Dillon—. ¿Es eso lo mejor que puede hacer?

—Vamos, deja de lloriquear, Dillon —le espeto Ferguson—. Precisamente por esto te he elegido para hacer este trabajo. Estas todavía de una pieza, ¿no es verdad?

—Más o menos.

—Entonces todo está bien. Lo único que hacen es intentar asustarte, eso es todo.

—Vaya, y dice que eso es todo.

—Déjamelo a mí. Estaré en contacto.

Ferguson colgó el teléfono, encendió la luz y permaneció sentado en la cama, pensativo. Al cabo de un rato, se acostó y volvió a quedarse dormido.

Dillon se acercó al pequeño bar. Allí había bolsitas de té y sobres de café. Puso agua a hervir y prefirió prepararse un té, con el que salió a la terraza, desde donde contempló la bahía, donde había luces en algunos de los yates. Allí había más cosas de las que se veían a primera vista, ahora estaba más convencido que nunca, y no le había gustado nada que le dispararan. Eso hacía que se sintiera como desnudo. Claro que para eso tenía una respuesta: hacerle una visita a la dirección que Ferguson le había dado en St. Thomas, el especialista en *hardware*. Podría hacerlo por la tarde, después de haber buceado con Carney.

En cuanto él y Guerra subieron a bordo del yate, Algaro informó a Santiago. Cuando hubo terminado, éste dijo:

—Hiciste bien.

—Supongo que no hará nada al respecto, ¿verdad, señor? Me refiero a la policía.

—Pues claro que no; no quiere que las autoridades sepan por qué está aquí, eso es lo mejor de todo. Ese submarino está en aguas estadounidenses así que, legalmente, su existencia debería haber sido comunicada a la Guardia Costera, pero eso es lo último que desearían hacer Dillon y el brigadier para el que trabaja.

—Entiendo —asintió Algaro.

—Vete a la cama ahora —le dijo Santiago.

Algaro se alejó y Santiago se acercó a la barandilla de la cubierta. Observó una luz encendida en el chalet siete. En ese preciso momento, se apagó.

—Que duermas bien, señor Dillon —dijo en voz baja.

Se volvió y bajó a sus aposentos.

9

Eran las nueve de la mañana siguiente cuando Ferguson llegó a Downing Street. Sólo tuvo que esperar cinco minutos para que el ayudante le hiciera subir la escalera y pasar al despacho donde el primer ministro estaba sentado ante la mesa, firmando un documento tras otro.

—Ah, está ahí, brigadier —dijo levantando la mirada hacia él.

—Pidió usted verme, señor primer ministro.

—Sí, he tenido al subdirector de los servicios de seguridad y a sir Francis sobre mis espaldas acerca de ese asunto de las islas Vírgenes. ¿Es cierto lo que me han dicho, que ha encargado el asunto a ese tal Dillon?

—Sí —contestó Ferguson con serenidad.

—¿Un hombre con su historial? ¿Puede explicarme por qué?

—Porque es el hombre más adecuado para hacer el trabajo, señor. Créame, no encuentro nada de admirable en el pasado de Dillon. Su trabajo hace años para el IRA es bien conocido por todos nosotros, aunque nunca se haya demostrado nada contra él. Lo mismo podría decirse de sus actividades en el escenario internacional. Es un pistolero a sueldo, señor primer ministro. Incluso los israelíes lo utilizaron cuando les convino.

—No puedo decir que eso me guste. Creo que Carter no deja de tener cierta razón.

—Puedo retirarlo del caso si así lo desea.

—Pero usted preferiría no hacerlo, ¿verdad?

—Creo que es el hombre más adecuado para esta clase particular de trabajo. Si quiere que le sea franco, señor, es un trabajo sucio y desde la última vez que hablamos del tema se ha puesto de manifiesto que hay personas con las que tendrá que tratar que son capaces de jugar muy sucio.

—Entiendo. —El primer ministro emitió un suspiro—. Muy bien, brigadier. Lo dejo a su buen juicio, pero intente hacer las paces con Carter.

—Así lo haré, señor primer ministro —dijo Ferguson y se retiró.

Jack Lane esperaba en el Daimler. Al alejarse preguntó:

—¿Y a qué ha venido esto ahora?

Ferguson se lo contó.

—Tiene cierta razón, claro.

—Sé cómo se siente, señor. Siempre he estado en contra de esto. Yo no confiaría lo más mínimo en Dillon.

—Hay algo interesante en ese hombre —dijo Ferguson—. Una de las cosas por las que siempre ha sido conocido es por poseer una especie de retorcido sentido del honor. Si da su palabra, se atiene a ella, y espera que los demás hagamos lo mismo.

—Me parece algo difícil de creer, señor.

—Sí, supongo que a la mayoría de la gente le sucedería lo mismo.

Ferguson tomó el teléfono del coche y llamó al despacho de Simon Carter. No estaba allí, tenía una reunión con Pamer, en la Cámara de los Comunes.

—Hágale llegar un mensaje ahora —le pidió Ferguson al secretario de Carter—. Dígale que necesito verlos a los dos con urgencia. Me reuniré con ellos en la terraza de la Cámara, dentro de quince minutos. —Colgó el teléfono—. Puedes venir conmigo, Jack. Nunca has estado en la terraza de la Cámara de los Comunes, ¿verdad?

—¿Qué está ocurriendo, señor?

—Espera y lo verás, Jack. Espera y lo verás.

La lluvia era arrastrada por el viento sobre el Támesis, en un fino rocío, lo que había dejado desierta la terraza, a excepción de unos pocos que estaban de pie, con una copa en la mano, bajo la marquesina. Todos los demás abarrotaban los bares y cafés del interior. Ferguson estaba junto a la pared, sosteniendo un gran paraguas de golf que su chófer le había entregado, con Lane protegiéndose de la lluvia a su lado.

—¿No te sientes lleno por una sensación de majestuosidad y respeto, Jack, al estar en la madre de todos los Parlamentos y todo eso? —preguntó Ferguson.

—No cuando la lluvia me gotea por la nuca, señor.

—Ah, ahí están.

Se volvieron y vieron a Carter y a Pamer, de pie en la entrada principal de la terraza. Carter llevaba un paraguas negro, que

levantó, y él y Pamer se les unieron.

—¿No es esto acogedor? —preguntó Ferguson.

—No estoy de humor para sus débiles intentos humorísticos, Ferguson. ¿Qué desea ahora? —exigió saber Carter.

—Acabo de ver al primer ministro. Tengo entendido que usted ha vuelto a quejarse, ¿no es así? No se ha hecho ningún bien a sí mismo. Me dijo que continuara y usara mi buen juicio.

Carter estaba furioso, pero se las arregló para controlarse y miró a Lane.

—¿Quién es éste?

—Mi actual ayudante, el detective inspector Jack Lane. Lo he tomado prestado de la rama especial.

—Eso va en contra de las reglas. No puede hacerlo.

—Es posible que sea así, pero yo no soy un marinero de su barco. Capitaneo mi propio barco y puesto que dispongo de poco tiempo, vayamos al grano. Dillon llegó a St. John hacia las cinco de la tarde hora local de ayer. Fue atacado por dos miembros de la tripulación del *María Blanco*, el barco de Santiago. Hicieron salir su *jeep* de la carretera y le dispararon con una escopeta.

—¡Dios mío! —exclamó Pamer horrorizado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Carter con el ceño fruncido.

—Oh, sí, es como una pelota de goma nuestro Dillon, siempre rebota. Personalmente, creo que sólo lo han puesto a prueba, a ver si lo asustan. Naturalmente, lo interesante del asunto es cómo sabían quién era y el hecho de que estuviera allí.

—Mire —intervino Pamer—, espero que no sugiera una falta de seguridad por nuestra parte, ¿verdad?

—Cierre el pico, Francis —dijo Carter—. Tiene razón en lo que dice. Ese Santiago parece un hombre bien informado. —Se volvió hacia Ferguson—. ¿Qué va a hacer al respecto?

—En realidad, pensaba en tomarme unas cortas vacaciones —le contestó Ferguson—. Ya sabe, un poco de sol, el mar y la arena, las palmeras. Me dicen que las islas Vírgenes están encantadoras en esta época del año.

—¿Estará usted en contacto? —preguntó Carter con un gesto de asentimiento.

—Desde luego, querido muchacho. —Ferguson le sonrió y se volvió hacia Lane—. Vámonos, Jack. Tenemos mucho que hacer.

Durante el trayecto de regreso al ministerio, Ferguson le dijo al chófer que se detuviera cerca de un puesto móvil de bocadillos, en Victoria Embankment.

—Ese hombre prepara el mejor té de todo Londres, Jack.

El propietario del puesto lo saludó como a un viejo amigo.

—Hace un día asqueroso, brigadier.

—Fue mucho peor en el «Anzuelo», Fred —dijo el brigadier, que caminó con su vaso de té hacia el muro desde el que se dominaba el Támesis.

Una vez que Lane hubo recibido su vaso de té le preguntó al hombre:

—¿A qué se refería con eso del «Anzuelo»?

—Ese sí que fue un sitio realmente horrendo, la peor posición en toda la guerra de Corea. Había tantos cuerpos muertos qué cada vez que se cavaba una trinchera se encontraban brazos y piernas.

—¿Conocía entonces al brigadier?

—¿Que si le conocía? Yo era sargento de pelotón cuando él era segundo teniente. Se ganó su primera Cruz al Mérito Militar después de llevarme a espaldas, herido, bajo el fuego enemigo. —Fred sonrió con una mueca—. Por eso nunca le cobro el té.

Lane, impresionado, se acercó a Ferguson y se apoyó sobre el parapeto, bajo el paraguas.

—Cuenta usted con un forofo ahí, señor.

—¿Fred? Ah, viejas historias de soldados. No le hagas mucho caso. Voy a necesitar el Learjet. Debería ser posible el vuelo directo a St. Thomas.

—Tengo confianza en esos nuevos depósitos que, según asegura la
RAF
, amplían la autonomía de vuelo en por lo menos seis mil kilómetros, señor.

—Entonces empieza a preparar eso. —Ferguson miró su reloj—. Poco más de las diez. Quiero que el Learjet esté preparado para despegar de Gatwick no más allá de la una de la tarde, Jack. Máxima prioridad. Si tenemos en cuenta la diferencia horaria podría estar en St. Thomas entre las cinco y las seis de su hora local.

—¿Quiere que le acompañe, señor?

—No, tú te quedarás a vigilar el fuerte.

—Necesitará alojamiento, señor. Me ocuparé de eso.

Ferguson negó con un gesto de la cabeza.

—Lo he reservado en ese Caneel, donde se aloja Dillon.

—¿Quiere decir que esperaba usted que ocurriera lo que ha ocurrido?

—Algo parecido, sí.

—Mire, señor, ¿qué está ocurriendo exactamente? —preguntó Lane, exasperado.

—Cuando lo descubras, Jack, me lo cuentas. —Ferguson vació el vaso, retrocedió hasta el puesto y lo dejó sobre el mostrador—. Gracias, Fred. —Se volvió hacia Lane—. Vamos, Jack, tenemos que empezar a movernos. Hay muchas cosas que hacer antes de partir.

Y subió enseguida a los asientos traseros del Daimler.

Santiago se levantó temprano, nadó un rato en el mar y estaba sentado ante la mesa de popa, disfrutando de su desayuno, bajo el sol de primeras horas de la mañana, cuando Algaro le trajo el teléfono.

—Es sir Francis —le dijo.

—Aquí hace una mañana maravillosa —dijo Santiago—. ¿Cómo están las cosas en Londres?

—Frío y humedad. Estoy a punto de almorzar un bocadillo y luego tengo que pasarme toda la tarde en interminables reuniones de comité. Mira, Max, Carter vio al primer ministro e intentó darle una patada a Ferguson porque éste empleaba a Dillon.

—No creía que Carter fuera tan estúpido. Ferguson se ha salido con la suya, ¿verdad?

—Sí, el primer ministro lo apoyó plenamente. Pero lo más preocupante es que solicitó otra reunión conmigo y con Carter y nos dijo que Dillon había sido atacado en su primera noche pasada en St. John. ¿A qué ha venido eso?

—Mi gente no hizo más que empujarlo un poco, Francis. Al fin y al cabo, él conoce mi existencia, como tú bien me dijiste.

—Sí, pero ahora resulta que a Ferguson le interesa saber cómo es que tú sabías quién era Dillon, así como el hecho de que él hubiera llegado a St. John y todo lo demás. Dijo que estabas demasiado bien informado, y Carter estuvo de acuerdo con él.

—¿Hizo alguna sugerencia acerca de sus suposiciones sobre mi fuente de información?

—No, pero dijo que pensaba reunirse con Dillon en St. John dentro de unos días.

—¿De veras? Eso sí que será interesante. Ya tengo ganas de encontrarme con él.

—¡Maldita sea, Max! —exclamó Pamer con un tono de desesperación en su voz—. Ellos saben que estás implicado. ¿Cuánto tiempo tardarán en saber que yo también lo estoy?

—Te lo repito, Francis, no apareces en los consejos de administración de ninguna de las compañías, y tampoco aparecía tu padre. No se menciona el apellido Pamer en ninguna parte, y lo mejor de todo este asunto es que se trata de una guerra secreta. Como ya te he dicho, Ferguson no quiere que las autoridades estadounidenses intervengan en esto. Somos más bien como dos perros que se pelean por el mismo hueso.

—Pero yo sigo preocupado —le dijo Pamer—. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Sigue manteniéndome informado, Francis, y conserva la calma. No puedes hacer nada más.

Santiago colgó el teléfono.

—¿Más café, señor? —preguntó Algaro.

Santiago asintió con un gesto, antes de decir:

—El brigadier Ferguson viene para acá.

—¿Aquí, a Caneel? —Algaro sonrió—. ¿Y qué desearía que hiciera con él, señor?

—Oh, ya se me ocurrirá algo —contestó Santiago y se tomó el café—. Mientras tanto, veamos en qué anda metido nuestro amigo Dillon esta mañana.

Guerra se dirigió a Caneel Beach en el bote hinchable, acompañado por uno de los buceadores, un joven llamado Javier Noval. Los dos llevaban bañador, camiseta y gafas oscuras, como cualquier otro par de turistas. Avanzaron hacia el muelle por entre los demás botes pequeños. Guerra apagó el motor fuera borda y Noval lo ató a una de las estacas. En ese momento, Dillon apareció en el extremo del muelle. Llevaba unos pantalones y una camisa y sostenía un par de toallas.

—Es él —le dijo Guerra a Noval—. Vamos. Yo me quedaré al margen por si acaso me reconoce de anoche.

Bob Carney estaba cargando botellas de oxígeno en la cubierta

de una lancha de buceo de ocho metros de eslora cuando se volvió y vio venir a Dillon. Le saludó con la mano y se le acercó por el muelle. Pasó junto a Noval, el cual se detuvo para encender un cigarrillo. Éste se encontraba lo bastante cerca de ellos como para oír lo que decían.

—Va a necesitar unas pocas cosas. Vayamos a la tienda —dijo Carney.

Se alejaron. Noval esperó un poco y luego les siguió.

Había una amplia variedad de excelente equipo. Dillon eligió un traje tres cuartos, en negro y verde, de nailon acolchado, que no le pareció nada pesado, una mascarilla, guantes y aletas.

—¿Ha probado alguna vez una de éstas? —preguntó Carney abriendo una caja—. Es una computadora Marathon de buceo. La maravilla del siglo. Lecturas automáticas de profundidad, tiempo transcurrido bajo el agua, tiempo de seguridad que queda. Hasta te dice el tiempo que debes esperar antes de subir.

—Eso es para mí —le dijo Dillon—. Siempre he sido un poco perezoso para la aritmética mental.

Carney preparó la cuenta.

—Lo cargaré todo en su cuenta del hotel.

Dillon la firmó.

—Bien, ¿qué tiene planeado?

—Oh, nada demasiado complicado, ya lo verá —le contestó Carney con una sonrisa—. Vamos.

Noval descendió al bote hinchable.

—El otro hombre se llama Carney. Es el propietario de la concesión de buceo aquí. Su empresa es Paradise Watersports.

—¿De modo que van a bucear? —preguntó Guerra.

—Tiene que ser así. Dillon estuvo en la tienda con él y compró el equipo. —Levantó la mirada—. Ahí llegan.

Dillon y Carney pasaron sobre ellos y subieron a la lancha de buceo. Un momento más tarde, Carney puso en marcha el motor y Dillon desamarró. La lancha salió de la bahía abriéndose paso por entre los barcos anclados allí.

—Esa lancha no lleva nombre —dijo Guerra.

—Se llama *Privateer* —le dijo Noval—. Se lo pregunté a uno de los guardas de la playa. Ya sabes, he realizado la mayor parte de mis prácticas de buceo alrededor de Puerto Rico, pero he oído

hablar de ese Carney. Es muy bueno.

—Está bien —asintió Guerra—. Será mejor que regresemos y le digamos al señor Santiago lo que está ocurriendo.

Noval desamarró el bote, Guerra puso en marcha el motor y se alejaron.

La *Privateer* avanzaba a una velocidad constante de veinte nudos, aunque el mar no estaba tan calmado como podría haberlo estado. Dillon se sostenía con fuerza y se las arregló para encender un cigarrillo con una sola mano, a pesar del viento.

—¿Tiene alguna tendencia al mareo? —le preguntó Carney.

—No que yo sepa —le gritó Dillon por encima del rugido del motor.

—Bien, porque las cosas van a empeorar, en lugar de mejorar, aunque no tenemos que ir muy lejos.

Las olas, largas y picadas, se abalanzaban sobre ellos; la *Privateer* cabalgaba sobre ellas y se hundía. Dillon se sujetaba bien mientras contemplaba el increíble escenario, completamente rodeado por los picos de las islas. Entonces se encontraron muy cerca de una pequeña isla, giraron hacia ella y entraron en las aguas más tranquilas de una bahía.

—Esto es Congo Cay —dijo Carney—. Un bonito buceo. —Se dirigió a la proa, echó el ancla y regresó—. Creo que no tengo gran cosa que decirle. La profundidad es de ocho a treinta metros, con muy pocas corrientes. Hay una cresta de unos cien metros de longitud. Si quiere limitar su profundidad, puede permanecer por encima de ella.

—Me suena como la clase de lugar a donde suele traer a los novatos —dijo Dillon mientras se ponía el traje negro y verde.

—Siempre lo hago así —le dijo Carney con tranquilidad.

Dillon se colocó el equipo con rapidez y se ató un cinturón de plomo alrededor de la cintura. Carney ya había sujetado los tanques a los chalecos inflables, y ayudó a Dillon a ponerse el suyo, sentado en el costado de la lancha. Dillon se puso los guantes.

—Le veré en el ancla —le dijo Carney.

Dillon asintió con un gesto, se puso la mascarilla, comprobó que el aire pasaba sin dificultades por la boquilla y se dejó caer hacia atrás. Nadó por debajo de la quilla de la lancha hasta que vio la cuerda del ancla y la siguió hacia abajo, deteniéndose sólo un par

de veces para tragar saliva, una técnica que perseguía el propósito de equilibrar la presión de sus oídos cuando sentía incomodidad en ellos.

Llegó a la cresta, se apoyó con una mano en el ancla y observó a Carney, que descendía para unirse a él, a través de un banco de peces plateados. En ese momento sucedió algo extraordinario. Un tiburón negro de los arrecifes, de unos tres metros de longitud, salió disparado de una cueva desparramando ante él nubecillas de peces, giró alrededor de Carney y desapareció al otro lado de la cresta con la misma rapidez con que había surgido.

Carney le hizo la señal de okey con el pulgar y el índice, Dillon replicó de la misma forma, y lo siguió a lo largo del arrecife. Había por todas partes hermosas esponjas tubulares amarillas y cuando pasaron por encima del borde de la cresta observaron numerosas esponjas de color naranja adheridas a la superficie de la roca. Las protuberancias de coral eran multicolores y muy hermosas. Carney se detuvo y señaló. Dillon siguió la dirección y vio una enorme raya águila que pasaba en la distancia, con las aletas oscilando en un lento movimiento.

Fue una excursión submarina muy tranquila de la que disfrutó mucho, al menos durante los primeros treinta minutos. Dillon se dio cuenta entonces de que habían trazado un círculo completo, porque la cuerda del ancla estaba ahora delante de ellos. Siguió a Carney cuerda arriba, con facilidad y lentamente, y finalmente nadó por debajo de la quilla y salió a la superficie por la popa. Carney se alzó sobre ella con la facilidad que da la práctica y se asomó para tirar del equipo tras él. Dillon se desabrochó el chaleco, se desembarazó de él y Carney izó el chaleco y el tanque a bordo. Un momento más tarde, Dillon estaba a bordo.

Carney se dedicó a sujetar tanques nuevos a los chalecos. Luego acudió a proa y subió el ancla. Dillon se echó una toalla sobre los hombros y encendió un cigarrillo.

—El tiburón del arrecife —dijo—, ¿ocurre eso a menudo?

—No, realmente no —contestó Carney.

—Suficiente para que algunos sufran un ataque al corazón.

—Llevo años buceando —le dijo Carney—. Y los tiburones nunca me han parecido un problema.

—¿Ni siquiera uno blanco y grande?

—¿Y con qué frecuencia se ve a uno de ésos? No, la mayoría de los que se ven por aquí son tiburones nodriza y esos no representan ningún problema. A veces se ve algún que otro tiburón de los arrecifes, o tiburones limón. Claro que pueden plantear algún problema, pero no siempre. Nosotros somos grandes, igual que ellos, y lo único que quieren es apartarse del camino. Y después de decir eso, ¿ha disfrutado con la inmersión?

—Ha estado bien —contestó Dillon con un encogimiento de hombros.

—Lo que quiere decir que le gustaría un poco más de emoción. —Carney puso en marcha el motor—. Está bien, vayamos a por una de mis inmersiones para muchachos mayorcitos.

Puso el motor a toda potencia y sacó a la *Privateer* a mar abierto.

Pasaron a alguna distancia, con el *María Blanco* todavía anclado en Paradise Beach. Guerra estaba en la cabina de cubierta, y rastreaba la zona con unos binoculares. Reconoció la lancha y se lo dijo al capitán Serra, que examinó la carta marina y luego tomó un libro sobre lugares de buceo en las islas Vírgenes, que sacó de un cajón de la mesa de mapas.

—Sigue vigilando —le dijo a Guerra mientras hojeaba el libro.

—Han echado el ancla —le dijo Guerra—. Y han izado la bandera de buceo.

—Carval Rock —dijo Serra—. Ahí es donde están buceando.

En ese momento entró Algaro que mantuvo la puerta abierta para que pasara Santiago, que llevaba una chaqueta azul oscura y una gorra de capitán, con un ribete dorado.

—¿Qué ocurre?

—Carney y Dillon están buceando allí, señor —indicó Serra al tiempo que le pasaba los binoculares.

Santiago distinguió a los dos hombres, que se movían en la popa de la *Privateer*.

—Ese no puede ser el sitio, ¿verdad? —preguntó.

—En modo alguno, señor —le dijo Serra—. Es un lugar difícil para bucear, pero cada año se practican centenares de inmersiones en esa zona.

—No importa —dijo Santiago—. Arría la lancha. Iremos a echar un vistazo. Veremos qué son capaces de hacer esos dos buceadores

tuyos, Noval y Pinto.

—Muy bien, señor, me ocuparé de disponerlo todo.

Y Serra salió, seguido por Guerra.

—¿Quiere que vaya yo también, señor? —preguntó Algaro.

—¿Por qué no? —asintió Santiago—. Aunque Dillon te vea no importará mucho. Ya sabe que existes.

La roca era magnífica, y se elevaba sobre la superficie de un mar muy turbulento. Las aves de todas clases se posaban allí, sobre el risco, y las gaviotas descendían planeando lentamente, llevadas por el fuerte viento.

—Esto es Carval Rock —dijo Carney—. Se considera como un lugar para buceadores avanzados. Descensos de hasta unos veinticinco metros. Por ahí, al otro lado, están los restos de un Cessna que se estrelló hace unos años. Hay algunas bonitas gargantas, fisuras, uno o dos túneles cortos y maravillosos acantilados de roca y coral. El problema es la corriente, causada por el movimiento de la marea a través de Pillsbury Sound.

—¿Cómo es de fuerte? —preguntó Dillon, que ya se ataba el cinturón de plomo.

—Es bastante habitual que tenga uno o dos nudos. Por encima de los dos nudos casi no se puede nadar. —Miró por encima de la borda y sacudió la cabeza—. Y yo diría que hoy debe tener cerca de los tres nudos.

Dillon levantó el chaleco con el tanque, lo apoyó sobre la bancada y se lo puso él mismo.

—Parece que puede ser interesante.

—Sería su funeral.

Carney se puso su propio equipo y Dillon se inclinó por encima de la borda para lavar la mascarilla. Entonces vio que se aproximaba una lancha de color blanco.

—Vamos a tener compañía.

Carney se volvió a mirar.

—Lo dudo mucho. Ningún buceador que yo conozca se atrevería a traer a su gente aquí con la corriente que hay hoy. Iría a cualquier otra parte que fuera más fácil.

Ahora, las olas eran bastante altas, y la *Privateer* se elevaba y descendía sobre la cuerda del ancla. Dillon se dejó caer al agua, se detuvo un momento para comprobar el suministro de aire y empezó

a descender hacia lo que le pareció un bosque muy denso. Se detuvo en el fondo, a la espera de que Carney llegara a su altura. Cuando llegó, le hizo señas y se volvió hacia la roca. Dillon le siguió, extrañado ante la fuerza de la corriente que se le oponía, Se dio cuenta de una corriente de burbujas blancas a su izquierda y vio descender un ancla.

Sobre la lancha, Santiago se encontraba sentado en la caseta del timón, mientras que Serra se acercaba a la proa y arrojaba el ancla. Algaro ayudaba a Noval y a Pinto a ponerse su equipo de buceo.

—Ya están preparados, señor —dijo Serra finalmente—. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Diles que se limiten a echar un vistazo —contestó Santiago—. Nada de problemas. Que dejen solos a Carney y a Dillon.

—Como usted diga, señor.

Los dos buceadores estaban sentados juntos sobre la borda de babor, Serra les hizo un gesto y los dos a un tiempo se dejaron caer hacia atrás y se hundieron en el agua.

Dillon siguió a Carney con creciente dificultad debido a la fuerza de la corriente, por entre la roca y el coral, siguiendo un profundo canal que cruzaba hasta la otra parte de las rocas. La fuerza era bastante grande, y Carney estaba completamente extendido hacia abajo, impulsándose con las manos enguantadas, sin dejar de sostenerse en ningún momento con una mano u otra sobre las rocas, Dillon le siguió, con las aletas del otro apenas a un metro por delante de él.

Había como una especie de umbral. Carney permaneció inmóvil durante un momento y luego pasó a través de él. Dillon se encontró con el mismo problema que por lo visto había tenido su compañero: había como una especie de muro formado por la presión, Se agarró a las rocas con una agonizante lentitud y avanzó poco a poco, hasta que de repente logró pasar por completo y se encontró en otro mundo.

La superficie estaba apenas a cinco metros por encima de su cabeza y al impulsarse hacia adelante se encontró en medio de un banco de tarpones de más de un metro de longitud. Había rayas de cola amarilla, chicharros, bonitos, caballas y barracudas, algunas de ellas de metro y medio de largo.

Carney descendió por el otro lado, donde la roca caía a pico y

Dillon le siguió. Se situaron uno junto al otro y Dillon fue consciente de la corriente; se volvieron y observaron a Noval y a Pinto que trataban de pasar por el corte. Noval casi lo consiguió, pero perdió el agarre, fue empujado contra Pinto y ambos desaparecieron hacia atrás, al otro lado.

Carney continuó moviéndose y Dillon le siguió, hasta bajar a veintidós metros. Entonces, la corriente los atropó en una fuerte marejada de tres nudos que los hizo rebotar a lo largo del frente de la muralla de roca, en posición vertical. Se vieron rodeados por nubes de peces plateados que parecían volar por el espacio, el sueño definitivo de todo buceador. Dillon jamás se había sentido más excitado. Aquello pareció continuar eternamente; y luego la corriente se suavizó y Carney empezó a usar las aletas para ascender.

Dillon le siguió a través de una profunda garganta que daba paso a otra, con el agua como cristal negro; comprobó su computadora y le sorprendió ver que ya llevaba veinticinco minutos allí abajo. Ahora, se alejaron de la roca, apenas a poco más de un metro por encima del fondo marino, y llegaron a una cuerda y un ancla. Carney se detuvo un momento para examinada; entonces se volvió e hizo un gesto negativo con la cabeza; empezó a moverse hacia la izquierda y finalmente llegó a donde estaba su propia ancla. Se agarró a ella y fue subiendo lentamente: abandonó la cuerda a unos cinco metros de profundidad y nadó hacia un costado de la lancha, saliendo a la superficie junto a la quilla.

Carney se inclinó para tomar el tanque de Dillon y el irlandés logró poner una aleta sobre la pequeña escalera, se aupó y se dobló sobre la borda. Se sentía totalmente entusiasmado; se bajó la cremallera del traje y se lo quitó mientras Carney se ocupaba de guardar las botellas.

—Condenadamente maravilloso.

—No fue nada malo, ¿verdad? —preguntó Carney.

Se volvió y miró hacia la lancha que había anclado por la amura de babor, y que tiraba del ancla, balanceada por la mar gruesa.

—Me pregunto qué les habrá sucedido a los dos buceadores que vimos tratando de pasar por aquel corte —dijo Dillon.

—Supongo que no lo consiguieron. Lo de ahí abajo ha sido un trabajo duro. —En ese momento, la otra lancha se giró, balanceada

por las olas, y dejó al descubierto la popa—. Es la lancha del *María Blanco* —dijo Carney.

—¿De veras?

Dillon se secó con parsimonia, junto a la borda, mirando hacia la otra embarcación. Reconoció enseguida a Algaro, de pie en la popa, con Serra. En ese momento, Santiago salió de la caseta del timón.

—¿Quién es el tipo de la chaqueta azul y la gorra? —preguntó Dillon.

Carney miró hacia la otra embarcación.

—Ese es Max Santiago, el propietario. Le he visto una o dos veces en St. John.

Santiago también miraba hacia ellos y, dejándose llevar por un impulso, Dillon levantó una mano y lo saludó. Santiago le devolvió el saludo y en ese momento Noval y Pinto aparecieron en la superficie.

—Ya es hora de regresar a casa —dijo Carney.

Se dirigió hacia la proa y subió el ancla.

—Cuando está por aquí, ¿dónde suele echar el ancla el *María Blanco*? ¿En Caneel Bay? —preguntó Dillon durante el regreso.

—Más probablemente frente a Paradise Beach.

—¿Podríamos echar un vistazo?

Carney le miró, luego se volvió hacia la otra lancha y dijo:

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, usted paga la excursión.

Dillon sacó la botella de agua de la nevera, se bebió casi medio litro y luego se la pasó a Carney, que sólo bebió un poco y se la devolvió.

—Usted ya ha buceado antes, ¿verdad, señor Dillon?

—En efecto —asintió él.

Ahora estaban cerca de Paradise y Carney redujo la velocidad y la *Privateer* pasó entre dos de los grandes yates oceánicos anclados allí, y se acercó al *María Blanco*.

—Ahí lo tiene —dijo.

Un par de hombres de la tripulación trabajaban en la cubierta. Les miraron con naturalidad al pasar.

—Jesús —exclamó Dillon—. Ese trasto tiene que haberle dado un buen bocado a la cartera de Santiago. Yo diría que por lo menos un par de millones.

—Y también algo más.

Carney volvió a dar potencia y se dirigió hacia Caneel Beach. Dillon encendió un cigarrillo y se apoyó contra la pared de la caseta del timón.

—¿Hay muchos naufragios interesantes por esta zona?

—Algunos —contestó Carney—. Están el *Cartanser Senior* en las afueras de la isla Buck, más allá de St. Thomas. Es un viejo carguero en el que se suele bucear bastante. Y luego está el *General Rodgers*. La Guardia Costera lo hundió para librarse de él.

—No, yo pensaba más bien en algo más interesante que eso —dijo Dillon—. Quiero decir, usted conoce esta zona como la palma de su mano. ¿Sería posible que hubiera por ahí los restos de un naufragio, en algún arrecife, con los que nadie se hubiera tropezado nunca?

Carney aminoró la marcha al entrar en la bahía.

—Todo es posible. El océano es muy grande.

—¿De modo que podría haber algo por ahí, sólo a la espera de ser descubierto?

La *Privateer* se situó de costado junto al muelle. Dillon tomó la cuerda de popa, saltó al muelle y la ató. Hizo lo mismo con la otra mientras Carney apagaba el motor. Luego subió a bordo y se puso la camisa y el pantalón.

Carney, apoyado sobre el timón, le miraba.

—Señor Dillon, no sé qué está pasando aquí. Lo único que sé con toda seguridad es que es usted un endiablado buceador, y eso es algo que admiro. No sé a qué vienen todas esas preguntas sobre restos de naufragios, y tampoco quiero saberlo puesto que me inclino más bien por la vida tranquila, pero le voy a dar un consejo. ¿Se interesa usted por Max Santiago?

—Oh, sí —asintió Dillon que se dedicaba a guardar su equipo de buceo en una bolsa.

—Entonces, eso podría ser poco saludable. He oído comentar cosas sobre él, cosas que no son buenas. Muchas otras personas podrían decirle lo mismo. La forma que tiene de ganar su dinero, por ejemplo.

—He oído decir que es propietario de hoteles —dijo Dillon con una sonrisa.

—Hay además otras cosas que suponen el uso de pequeños

aviones o lanchas rápidas que se acercan por la noche a Florida, pero, qué diablos, ya es usted un hombre mayorcito. —Carney descendió a cubierta—. ¿Quiere volver a bucear conmigo?

—Puede contar con ello. Esta tarde tengo cosas que hacer en St. Thomas. ¿Cómo puedo llegar allí?

Carney señaló hacia el otro lado del muelle, desde donde en aquellos momentos partía una gran lancha.

—Aquello que en este momento está zarpando es el *ferry* de las instalaciones hoteleras. Van y vienen durante todo el día, pero me imagino que ése ya lo ha perdido.

—¡Maldita sea! —exclamó Dillon.

—Señor Dillon, llegó usted a Cruz Bay en su propio avión, y la recepción, que me mantiene informado de esas cosas, me dice que paga usted con una tarjeta platino de American Express.

—¿Qué puedo decir? Me ha descubierto —le dijo Dillon amigablemente.

—Los taxis acuáticos son caros, pero no para un hombre de sus medios. En recepción podrán pedirle uno.

—Gracias. —Dillon se dirigió hacia el muelle y entonces se detuvo—. Quizá pueda invitarle a una copa esta noche. ¿Irá por el Jenny's Place?

—Diablos, en estos momentos voy por allí todas las noches —contestó Carney—. Si no lo hiciera me moriría de hambre. Mi esposa y mis hijas están de vacaciones.

—Entonces le veré allí —dijo Dillon.

Se dio la vuelta y se alejó por el muelle, hacia el mostrador de recepción.

El taxi acuático disponía de asientos para una docena de pasajeros, pero lo tenía para él solo. El único tripulante era una mujer que llevaba una gorra con visera y unos pantalones de dril, que se sentó al volante y emprendió la ruta hacia St. Thomas a una considerable velocidad. Era muy ruidoso y no hubo muchas oportunidades para hablar, lo que a Dillon le vino bien. Permaneció sentado, mientras fumaba y reflexionaba sobre cómo habían ido las cosas hasta el momento; sobre Algaro, Max Santiago y el *María Blanco*.

Conocía la existencia de Santiago, pero éste también estaba enterado de su presencia, eso era un hecho que exigía explicación.

Casi había existido un cierto toque de camaradería en la forma en que Santiago le devolvió el saludo en Carval Rock. En cuanto a Carney, le caía bien. De hecho, le gustaba todo lo concerniente a él. En primer lugar, el estadounidense conocía bien su negocio pero, además, allí había poder y verdadera autoridad. Era un ejemplo extraordinario de un hombre tranquilo al que no saldría a cuenta presionar.

—Allá vamos —gritó la conductora de la lancha taxi por encima del hombro. Dillon levantó la mirada y se dio cuenta de que ya se acercaban al paseo marítimo de Charlotte Amalie.

Era un lugar lleno de actividad, con dos enormes cruceros amarrados en el extremo más alejado del puerto. El paseo marítimo aparecía alineado con edificios de colores blanco y pastel, tiendas y restaurantes de todo tipo. Sabía que en otros tiempos había sido una colonia danesa, y esa influencia todavía se notaba en una parte de la arquitectura.

Siguió un estrecho callejón llamado pasaje de Drake, lleno de tiendas vistosas que ofrecían de todo, desde ropas de diseño hasta artículos de oro y joyería, pues éste era un puerto franco, y salió a la calle principal. Consultó la dirección que Ferguson le había proporcionado y cruzó hacia una parada de taxis.

—¿Me puede llevar a Cane Street? —le preguntó al primer taxista.

—No quisiera sacarle dinero, hombre —le dijo el taxista con afabilidad—. Doble por la primera y estará en Back Street, La Cane es la tercera a la izquierda.

Dillon le dio las gracias y continuó su camino. Hacía calor, mucha calor; la gente atestaba las aceras, el tráfico se movía con lentitud por las estrechas calles, pero Cane Street, cuando llegó a ella, resultó ser una calle tranquila y sombreada. La casa que buscaba se hallaba en el extremo más alejado. Era de tablas, pintadas de blanco, con un techo de hojalata ondulada de color rojo, había un diminuto jardín delante y unos escalones que daban a un porche, donde un hombre negro de edad avanzada y cabello gris estaba sentado en una mecedora, leyendo un periódico.

Miró a Dillon cuando éste se le aproximó.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Busco a Earl Stacey —le dijo Dillon.

El hombre lo miró intensamente por encima del borde de las gafas de lectura.

—No irá a estropearme el día con facturas pendientes, ¿verdad?

—Ferguson me dijo que me pusiera en contacto con usted —dijo Dillon—. El brigadier Charles Ferguson. Mi nombre es Dillon.

El hombre sonrió y se quitó las gafas.

—Le estaba esperando. Venga por aquí.

Se levantó y abrió la puerta, indicándole el camino hacia el interior de la casa.

—Estoy solo desde que mi esposa murió el año pasado —dijo Stacey abriendo una puerta.

Encendió una luz y empezó a bajar por una escalera de madera hacia el sótano, había estanterías de madera que llegaban hasta el techo, con botes de pintura apilados y cajas de cartón debajo. Extendió una mano y liberó alguna clase de sujeción para luego empujar y dejar al descubierto otra habitación, donde también encendió la luz.

—Entre a mi salón.

Allí había toda clase de armas, rifles, subametralladoras, cajas de munición.

—Esto parece un verdadero regalo de Navidad —comentó Dillon.

—Sólo tiene que decirme lo que desea, y Ferguson se hará cargo de la cuenta. Ése fue el trato.

—Primero un rifle —dijo Dillon—. Quizá Armalite, Me gusta el género plegable.

—Puedo hacer algo mejor. Aquí tengo un rifle de asalto
AK
, con culata plegable. Dispara automáticamente cuando se quiere, con cargadores de treinta balas.

Tomó el arma de una estantería y se la entregó.

—Sí, esto será estupendo —le dijo Dillon—. Me lo llevaré con dos cargadores extra. También necesito una pistola, una Walther
PPK
preferentemente, y un silenciador Carswell. También dos cargadores extra para eso.

—Lo tengo.

Stacey abrió un cajón grande debajo del banco que recorría una

de las paredes. En el interior había un surtido de pistolas. Eligió una Walther y se la entregó a Dillon para su examen y aprobación.

—¿Alguna otra cosa?

Observó una funda de plástico, de aspecto barato, con la culata de una pistola que sobresalía. Dillon se sintió intrigado.

—¿Qué es eso?

—Es un as en la manga —le contestó Stacey—. Esa tira de metal que ve en la culata es un imán. Se sujeta por debajo a cualquier parte siempre y cuando tenga metal, y se mantiene firme. La pistola no es gran cosa, una belga del veintidós semiautomática, con siete balas, pero le he puesto balas de punta hueca. Fragmentan el hueso.

—Me la llevaré también —dijo Dillon—. Una cosa más. ¿Tendría usted algún explosivo C4?

—¿De la clase que usan la gente de salvamento para trabajos bajo el agua?

—Exactamente.

—No, pero le diré lo que tengo. Algo que es casi tan bueno. Es Semtex. ¿Ha oído hablar de eso?

—Oh, sí —asintió Dillon—. Creo que podría decirse que estoy familiarizado con el Semtex. Uno de los productos de mayor éxito de Checoslovaquia.

—El arma favorita de los terroristas. —Stacey sacó una caja de la parte baja de la estantería—. Los palestinos, el IRA, todos esos gatos lo utilizan. ¿Va a utilizar usted mismo esto bajo el agua?

—Sólo para hacer un agujero en unos restos de naufragio.

—En ese caso necesitará algo de cable de detonación, una unidad de control remoto, o quizá algunos lápices detonadores químicos que tengo por aquí. Funcionan realmente bien. Sólo tiene que abrirles la capucha. Tengo algunos cronometrados para estallar a los ocho minutos, y otros a los treinta. —Mientras hablaba reunió todos los artículos—. ¿Es eso todo?

—También me sería útil un visor nocturno y unos prismáticos.

—También los tengo por aquí. —Abrió otro cajón—. Ahí tiene.

El visor nocturno era pequeño, pero potente y, en caso necesario, se podía extender como un telescopio. Los prismáticos eran Zeiss, tamaño de bolsillo.

—Excelente —dijo Dillon.

Stacey encontró una bolsa verde oliva del ejército, abrió la

cremallera y colocó en ella primero el rifle de asalto
AK
y luego todo lo demás. Cerró la cremallera, se volvió e indicó el camino de salida. Apagó la luz y volvió a empujar la estantería hasta colocarla en su lugar. Dillon le siguió escalera arriba y poco después salieron de nuevo al porche.

Stacey le ofreció la bolsa.

—Señor Dillon, tengo la impresión de que tiene usted la intención de iniciar la tercera guerra mundial.

—Quizá podamos llegar a una tregua —dijo Dillon—. ¿Quién sabe?

—Le deseo suerte, amigo. Le enviaré mi factura a Ferguson.

Stacey volvió a sentarse en la mecedora, se puso las gafas de lectura y tomó el periódico, mientras Dillon recorría el pequeño jardín e iniciaba el camino de regreso hacia el paseo marítimo.
Caminaba a lo largo de un costado del puerto, hacia el lugar desde donde operaban las lanchas taxi, cuando vio que allí mismo había atracado el *ferry* de Caneel, cuya pasarela se extendía hasta el muelle. El capitán se encontraba en lo alto cuando Dillon subió.

—¿Se aloja usted en el Caneel, señor?

—Desde luego que sí.

—Zarparemos pronto. Sólo espero a que llegue alguien que viene desde el aeropuerto.

Dillon entró en la cabina principal, dejó la bolsa sobre un asiento y aceptó un ponche de ron que le ofreció un miembro de la tripulación. Miró por la ventanilla y vio entrar un gran autobús acuático en el que sólo iba un pasajero. Tomó un sorbo del ponche. Poco después, entró uno de los miembros de la tripulación y dejó dos maletas en una esquina. Se oyó el sonido de la pasarela al ser retirada, el capitán se metió en la caseta del timón y puso en marcha los motores. Dillon comprobó su reloj. Eran las cinco y media. Dejó el vaso de plástico sobre la mesa, encendió un cigarrillo y, al mismo tiempo, fue consciente de que alguien se dejaba caer pesadamente junto a él.

—Qué extraordinario encuentro, querido amigo —dijo Charles Ferguson—. Hace un condenado calor aquí, ¿verdad?

10

Dillon tomó un baño rápido en Paradise Beach, consciente de que el *María Blanco* todavía se encontraba anclado allá fuera. Luego regresó al chalet, se duchó y se puso unos pantalones azul marino y una camisa de algodón de manga corta. Salió, cruzó el vestíbulo y llamó a la puerta del siete E.

—Entre —dijo la voz de Ferguson.

Dillon entró. La decoración era similar a la de su chalet, aunque el cuarto de baño era algo más grande, así como la otra habitación. Ferguson, vestido con unos pantalones de franela gris y una camisa Turnbull and Asser, estaba delante del espejo del pequeño tocador, colocándose la corbata de los Guards en un limpio nudo tipo Windsor.

—Ah, estás ahí —dijo. Tomó una chaqueta cruzada de color azul y se la puso—. ¿Qué tal aspecto tengo, querido muchacho?

—Como un anuncio para Gieves & Hawkes; igual que un condenado caballero inglés.

—Sólo porque seas irlandés no tienes por qué sentirte siempre inferior —le dijo Ferguson—. Algunas personas muy razonables fueron irlandesas, como por ejemplo mi madre, por no hablar del duque de Wellington.

—Quién dijo que un hombre no tenía por qué ser un caballo sólo por el hecho de haber nacido en un establo —le recordó Dillon.

¿De veras dijo eso? Una frase de lo más desafortunada.

Ferguson tomó un sombrero panamá y un bastón de bambú con empuñadura de plata.

—No sabía que necesitara llevar bastón —comentó Dillon.

—Lo compré durante la guerra de Corea. Es tan fuerte como el acero porque en la punta tiene incrustado un peso de plomo. Además, aquí también tiene un instrumento muy ingenioso.

Hizo girar la empuñadura de plata hacia un lado y extrajo un puñal de acero de casi veinte centímetros de longitud.

—Muy interesante —admitió Dillon.

—Sí, bueno, estamos en territorio extranjero. Yo lo llamó mi gran palo. —Se oyó un ligero clic cuando Ferguson volvió a guardar la hoja en la empuñadura del bastón—. Y ahora, ¿me vas a ofrecer una copa rápida antes de salir, o no?

Dillon había conseguido que el servicio de habitaciones le trajera un suministro de Krug, y ahora disponía de varias medias botellas en una de las neveras. Llenó las dos copas y salió a la terraza, donde ya estaba Ferguson. De camino, recogió los prismáticos Zeiss.

—El gran yate blanco anclado ahí en frente es el *María Blanco*.

—¿De veras? —Dillon le pasó los prismáticos y el brigadier echó un vistazo—. Yo diría que parece como una especie de pequeño palacio flotante.

—Sí, eso es lo que parece.

Ferguson todavía tenía los prismáticos ante los ojos.

—Cuando era joven fui oficial de baja graduación en la guerra de Corea. Todo un año de infierno sin descanso. Presté servicio en una posición conocida como el «Anzuelo». Algo muy parecido a lo de la Primera Guerra Mundial. Kilómetros y kilómetros de trincheras, alambradas, campos de minas y miles de chinos tratando de entrar. Ellos tenían la costumbre de vigilarnos, y nosotros les vigilábamos a ellos. Era como un juego, aunque un juego particularmente nauseabundo que conducía a estallidos de violencia con bastante frecuencia. —Suspiró y bajó los prismáticos—. ¿De qué demonios estoy hablando ahora, Dillon?

—Bueno, creo que sigue el camino más largo para llegar al bar, sólo para decirme que sospecha que Santiago también nos está vigilando.

—Sí, algo así. Dime hasta dónde han llegado las cosas y no te dejes nada, ni un maldito detalle.

Cuando Dillon hubo terminado de informarle volvió a llenar la copa del brigadier mientras éste permanecía allí sentado, pensativo.

—¿Cuál cree usted que será el próximo movimiento? —preguntó Dillon.

—Bueno, ahora que ya has visitado a Stacey y te has aprovisionado, supongo que tendrás ganas de una buena confrontación. ¿Un duelo en el OK Corral?

—He tomado mis precauciones, eso es todo —dijo Dillon—. Y necesitaba el Semtex para abrir un camino en el interior de ese

submarino.

—Si lo encontramos —dijo Ferguson—. Y no tenemos ni la menor noticia de la chica.

—Terminará por aparecer.

—¿Y mientras tanto?

—Quisiera llevar las cosas un poco más lejos con Carney. Realmente, lo necesitamos de nuestro lado.

—Así lo entiendo yo también, pero la cuestión es cómo aproximarse a él. ¿Ayudaría hacerle una oferta en efectivo?

—No, realmente creo que no. Si tengo razón, Carney es la clase de hombre que sólo hará algo si de veras desea hacerlo y si le parece correcto.

—Oh, querido amigo —dijo Ferguson con un suspiro—. Que el cielo me libre de los románticos de este mundo. —Se levantó y miró su reloj—. Comida, Dillon, eso es lo que necesito ahora. ¿Dónde vamos a comer?

—Podemos caminar hasta el restaurante Turtle Bay. Tengo entendido que es más formal, pero excelente. He reservado una mesa.

—Bien, entonces pongámonos en marcha y, por el amor de Dios, ponte una chaqueta. No quiero que la gente piense que ceno en compañía de un ratero de puerto.

En la creciente oscuridad de Caneel Bay, un bote hinchable del *María Blanco* se situó al costado del Sport Fisherman de Carney, él *Sea Raider*. El único sonido que producía era el palpitar apagado del motor fuera borda. Serra estaba al timón y Algaro se sentaba en la popa. Al chocar suavemente contra el casco del *Sea Raider*, se izó por encima de la borda y entró en la caseta del timón, sacó una diminuta caja electrónica del bolsillo, se agachó por debajo del panel de instrumentos hasta que encontró algo de metal y colocó el instrumento, que quedó fijo gracias al imán.

Un momento más tarde estaba de regreso en el bote hinchable.

—Y ahora vayamos a por la lancha de buceo, la *Privateer* —dijo.

Serra hizo girar la lancha y se dirigió hacia la otra.

Max Santiago, vestido con un traje de lino blanco, estaba sentado en el bar del Caneel Bay, tomando un Mint Julep, cuando Algaro entró en el local. Llevaba una camiseta negra y un arrugado traje que le venía demasiado holgado y que le daba un aspecto bastante

siniestro.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Santiago.

—Absolutamente. He colocado uno de esos instrumentos de detección en cada uno de los barcos de Carney. Eso significa que podemos seguirlos, vayan a donde vayan, sin ser observados. Ferguson acaba de llegar poco después de las seis. Lo comprobé en el mostrador de recepción. Dillon ha reservado una mesa para los dos en el restaurante Turtle Bay.

—Bien —dijo Santiago—. Puede que sea divertido reunirse con él.

En ese momento entró el capitán Serra.

—¿Tiene usted alguna otra orden, señor?

—Si Dillon hace lo mismo que la otra noche, es muy posible que visite ese bar, el
Jenny's
Place —dijo Santiago—. Probablemente, yo mismo echaré un vistazo por allí.

—¿Quiere entonces que lleve la lancha hasta Cruz Bay, para recogerle allí?

—Se me ocurre una idea mucho mejor —contestó Santiago con una sonrisa—. Regresa al *María Blanco*, toma a algunos de la tripulación y llévalos a Cruz. Más tarde podrán tomar una copa a mi salud, y soltar un poco de vapor, si entiendes lo que quiero decir.

—Perfectamente, señor —dijo Serra con una sonrisa, antes de salir.

Era poco más de medianoche en el convento de las Hermanitas de la Caridad, y Jenny Grant, que se había acostado temprano, se sentía inquieta, incapaz de conciliar el sueño. Se levantó, encontró el paquete de cigarrillos, encendió uno y se fue a sentar en el asiento acolchado junto a la ventana. Se quedó contemplando la lluvia que caía. Vio la luz todavía encendida en la ventana del despacho de la hermana Maria Baker, pero aquella mujer parecía como si nunca dejara de trabajar. Resultaba extraño que Henry hubiera mantenido el secreto de su existencia. Era como si se hubiese sentido avergonzado por ello, por el tema religioso. Por lo visto, nunca había sabido cómo manejarlo.

Jenny se sentía mucho mejor que cuando había llegado, infinitamente más descansada y, sin embargo, inquieta al mismo

tiempo. Se preguntaba qué estaría sucediendo en St. John y cómo se las arreglaría Dillon. Le gustaba Dillon, esa era la simple verdad, a pesar de todo su historial, que ella desaprobaba intensamente. Por otro lado, sólo se puede hablar de lo que se conoce y él había sido amable con ella, muy considerado y comprensivo.

Regresó a la cama, apagó la luz, se quedó medio dormida y tuvo un sueño de esos que se tienen en duermevela, sobre un submarino hundido en aguas oscuras y Henry buceando. El querido Henry. Un idiota por haber ido a aquel lugar, en alguna parte peligrosa, en alguna parte insólita, en algún lugar al que la gente no solía ir. Tenía que serlo.

Se despertó en ese mismo instante y habló en alta voz rodeada por la oscuridad.

—Oh, Dios mío. Está claro, y es tan sencillo.

Se levantó nuevamente de la cama y se acercó a la ventana. En el despacho de la madre superiora todavía había luz encendida. Se vistió rápidamente con unos pantalones vaqueros y un suéter, cruzó el patio bajo la lluvia y llamó a la puerta.

Al entrar, encontró a la madre María Baker sentada tras la mesa, trabajando. Levantó la mirada hacia ella, sorprendida.

—¿Cómo, Jenny? ¿Qué sucede? ¿No puede dormir?

—Me marcharé mañana, hermana. Sólo quería decírselo. Voy a regresar a St. John.

—¿Tan pronto, Jenny? Pero ¿por qué?

—¿Recuerda el lugar donde estaba el submarino que descubrió Henry y que ahora busca Dillon? Creo que puedo encontrar dónde está para él. Se me acaba de ocurrir hace un momento, cuando estaba medio dormida.

Ferguson estaba sentado en la terraza del Turtle Bay y miraba hacia el canal de Sir Francis Drake, con las islas destacadas como cortinajes negros contra el cielo oscuro teñido de naranja, a medida que él se ponía.

—Realmente, es extraordinario —dijo el brigadier mientras tomaba un sorbo de su ponche de frutas.

—Puestas de sol exquisitamente moribundas, eso fue lo que dijo el poeta —murmuró Dillon.

Las chicharras chirriaban sin cesar, y las aves nocturnas se llamaban entre sí. Se levantó y se dirigió hacia el borde de la

terraza.

—Santo Dios —dijo Ferguson—. No sabía que tuvieras una vena poética, querido muchacho.

Dillon encendió un cigarrillo haciendo flamear la llama del Zippo. Sonrió con una mueca.

—Si quiere que sea franco con usted, soy un condenado genio literario, brigadier. Interpreté a Hamlet en la Royal Academy. Todavía recuerdo la mayor parte de los textos. —Su voz cambió de repente, con un notable parecido a la de Marlon Brando—. Podría haber sido alguien, podría haber sido uno de los mejores actores de la actualidad.

—No te pongas sentimental conmigo en esta fase de tu vida, Dillon. Nunca es buena mirar hacia atrás con pena, porque puedes cambiar todo lo que quieras. Y ya has perdido demasiado tiempo con esa condenada causa tuya. Confío en que te des cuenta de eso, que te aferres al presente. El punto principal que más me preocupa por el momento es averiguar cómo ese malvado de Santiago está tan bien informado de todo.

—¿Y cree que a mí no me gustaría saberlo? —dijo Dillon.

En ese momento, Santiago entró por la puerta arqueada, acompañado por Algaro. Revisó la terraza, vio a Dillon y a Ferguson, y se acercó a ellos.

—¿Señor Dillon? Soy Max Santiago.

—Sé quién es usted, señor —replicó Dillon en un excelente español.

Santiago le miró sorprendido.

—Debo felicitarle, señor —dijo en el mismo idioma—. Es muy raro encontrar a un extranjero que hable español con tanta fluidez. —Se volvió hacia Ferguson y añadió en inglés—: Es un placer verle en Caneel Bay, brigadier. Les deseo que cenen muy a gusto, caballeros.

Y tras decir esto se marchó, seguido por Algaro.

—Sabía quién era usted, como también sabía que estaba aquí —dijo Dillon.

—Ya me he dado cuenta —asintió Ferguson al tiempo que se levantaba—. Pero vayamos a cenar, me muero de hambre.

El servicio fue bueno, la comida excelente y Ferguson disfrutó. Se dividieron una botella de champaña Louis Roederer Crystal y

empezaron con escalopas marinas al grill con pimienta roja y salsa de azafrán, seguida por una ensalada César y faisán asado. Ferguson, con la servilleta sujeta al cuello, lo devoró todo.

—Si quieres que te diga la verdad, muchacho, prefiero comida de criadero, pero vale la pena hacer el esfuerzo.

—¿Ya vuelve a ser como el perfecto inglés en el extranjero? —preguntó Dillon.

—No necesito señalar que Ferguson es el más escocés de los nombres escoceses y, como ya te dije antes, mi madre era irlandesa.

—Sí, pero Eton, Sandhurst y los Guards se mezclaron en alguna parte del camino y no dejaron de hacer lo suyo.

Ferguson sirvió un poco más de Crystal.

—Una botella encantadora. Se puede mirar directamente a través de ella. No es habitual.

—La diseñó el mismo zar Nicolás —le dijo Dillon— dijo que quería poder ver el champaña.

—Extraordinario. No lo sabía.

—Tampoco es que eso le sirviera de mucho cuando los bolcheviques lo asesinaron.

—Me alegro de que hayas dicho «asesinado». Eso quiere decir que todavía hay alguna esperanza para ti. ¿Qué está haciendo nuestro amigo Santiago?

—Cenando en el extremo del jardín, detrás de usted. Y, a propósito, el oso que lo acompaña se llama Algaro. Tiene que ser su guardaespaldas. Fue el que hizo que mi *jeep* se saliera de la carretera y el que me disparó con una escopeta.

—Oh, querido, no podemos consentir eso. —Ferguson llamó al camarera y pidió té, en lugar de café—. ¿Qué sugieres que hagamos a continuación? Evidentemente, Santiago presiona y tiene toda la intención de que lo sepamos.

—Creo que necesito hablar con Carney. Si alguien puede tener alguna idea acerca de dónde puede estar ese submarino, será él.

—Eso no sólo es exquisitamente gramatical, muchacho, sino que además tiene sentido. ¿Sabes dónde puede estar?

—Oh, sí, claro que lo sé.

—Excelente. —Ferguson se levantó, tomó el panamá y el bastón de bambú y añadió—: En ese caso, pongámonos en marcha.

Dillon entró en el aparcamiento de Mongoose Junction y apagó el

motor del coche. Tomó la funda de la automática belga del bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Ferguson.

—Un as en la manga. La dejaré debajo del tablero de instrumentos.

—Da la impresión de ser un arma de mujer.

—Y, como suelen hacer la mayoría de mujeres, sirve para hacer el trabajo, brigadier, así que no sea sexista. —Dillon ajustó la funda imantada bajo el panel de instrumentos—. Muy bien, vamos a ver si encontramos a Carney.

Caminaron a lo largo del paseo marítimo desde Mongoose Junction hasta el

Jenny's

Place. Estaba medio lleno cuando entraron. Billy Jones trabajaba en el bar, mientras Mary y una camarera se encargaban de servir las mesas del restaurante. Sólo había cuatro mesas ocupadas, y Carney estaba sentado en una de ellas.

El capitán Serra y tres miembros de la tripulación del *María Blanco* ocupaban una mesa, en un reservado del rincón. Guerra, el marinero, era uno de ellos. Dillon lo reconoció de la primera noche, aunque fue suficiente confirmación el hecho de que Guerra dijera en español: «Es él», y que los demás dejaran de hablar.

—Hola —saludó Mary Jones acercándose a Dillon con una sonrisa.

—Nos sentaremos en la mesa de Bob Carney. Una botella de champaña, de la marca que tenga.

—Con dos copas —dijo Ferguson al tiempo que se levantaba el sombrero con amabilidad.

Mary lo tomó del brazo mostrando los dientes en una deslumbrante sonrisa.

—Me encanta este hombre. ¿Dónde lo ha encontrado? Me encantan los caballeros.

Billy se inclinó sobre la barra del bar.

—Déjalo tranquilo, mujer.

—No es por culpa suya —dijo Dillon—. Resulta que es un brigadier y ya se sabe lo que pasa con todo ese entrenamiento en el ejército.

—Un brigadier…, general —exclamó ella con los ojos muy

abiertos.

—Bueno, sí, eso es cierto en su ejército —dijo Ferguson, que se sentía muy incómodo.

—Bueno, vayan ustedes a reunirse con Bob Carney, que Mary se encargará de atenderles enseguida.

Carney terminaba un filete con patatas fritas, con una jarra de cerveza sobre la mesa. Los miró cuando se acercaron.

—¿Señor Dillon? —dijo.

—Es un amigo mío, el brigadier Charles Ferguson —le presentó Dillon—. ¿Podemos acompañarle?

—Me siento impresionado —asintió Carney con una sonrisa—, pero se lo advierto, brigadier, yo sólo llegué a cabo, y eso fue en los Marines.

—Yo en los Guardia de Granaderos —le dijo Ferguson—. Espero que eso no le importe.

—Diablos, no. Supongo que nosotros, los muchachos de elite, siempre debemos hacer piña. Siéntense. —Cada uno acercó una silla y Carney regresó a su filete y le preguntó a Dillon—: ¿Ha estado alguna vez en el ejército, Dillon?

—Bueno, no exactamente.

—Demonios, no hay nada de exacto en eso; no es que se oiga hablar mucho del ejército irlandés, excepto por el hecho de que parecen pasar la mayor parte de su tiempo luchando para las Naciones Unidas en Beirut, en Angola o en cualquier otro sitio. Claro que siempre queda la otra parte, los del IRA. —Se detuvo de repente mientras cortaba el último trozo del filete. Luego continuó —: Pero no, eso sería imposible, ¿verdad, Dillon?

Él sonrió y fue Ferguson el primero en hablar:

—Mi querido muchacho, sea razonable, ¿qué demonios haría aquí un miembro del IRA? Y, lo que es más importante, ¿por qué estaría yo metido en algo así?

—No sé nada de eso, brigadier. Lo que sí sé es que Dillon es un pequeño misterio para mí, y un misterio es un poco como un crucigrama. Sólo acabo de empezar a resolverlo.

En ese momento entró Santiago, seguido por Algaro, y el capitán Serra y los otros tres se levantaron.

—Tenemos compañía —le dijo Dillon a Ferguson.

El brigadier se volvió a mirar.

—Oh, querido —exclamó.

Bob Carney apartó el plato.

—Aunque sólo sea para ahorrarle más preguntas, a Santiago ya lo conoce y ese pelota es Algaro. El de la barba es el capitán del *María Blanco*, un tal Serra. Los otros forman parte de su tripulación.

Billy Jones trajo una botella de Pol Roget en un cubo con hielo, la abrió y luego se dirigió al reservado para tomar el pedido de Santiago. Dillon sirvió el champaña, levantó su copa y habló a Carney en irlandés.

—Jesús —exclamó Carney—. ¿Qué demonios está diciendo, Dillon?

—Hablo en irlandés, la lengua de los reyes. Es un brindis muy antiguo. Que tengas siempre el viento a tu espalda. Muy apropiado para un capitán de barco, porque supongo que tendrá usted una licencia, como tantas otras cosas, ¿verdad?

Carney frunció el ceño y se volvió hacia Ferguson.

—Veamos si puedo sumar dos y dos. ¿Él trabaja para usted?

—Es una forma de decirlo.

En ese momento oyeron una voz de hombre que decía:

—Por favor, no haga eso.

La camarera que servía las copas en la mesa de Santiago era una joven menuda de estatura, bastante guapa, con el cabello rubio y una cofia en lo alto de la cabeza. Era bastante joven, de aspecto muy vulnerable. Algaro le pasaba la mano por las nalgas y empezó a bajarla hacia una pierna.

—Odio tener que ver esto —dijo Carney con una dura expresión en su rostro.

—No podría estar más de acuerdo —asintió Dillon—. Decir que ese tipo procede de un establo sería un verdadero insulto para los caballos.

La joven se apartó, los hombres se echaron a reír y Santiago miró hacia ellos. Su mirada se encontró con la de Dillon. Sonrió, se volvió y le susurró algo a Algaro, que asintió con un gesto y se levantó.

—Bien, mantengamos ahora la cabeza firme —dijo Ferguson. Algaro cruzó el local hasta la barra y se sentó en un taburete vacío. Al pasar la camarera le rodeó el talle con un brazo y le susurró algo

al oído. La muchacha enrojeció, cercana a las lágrimas.

—Déjeme tranquila —le dijo y forcejeó para liberarse.

Dillon miró hacia la otra mesa. Santiago levantó su copa y le dirigió un brindis con una semisonrisa en su rostro, al mismo tiempo que Algaro le deslizaba a la muchacha una mano por la falda. Billy Jones estaba trabajando en el otro extremo de la barra y se volvió para ver qué pasaba. Carney se levantó, tomó su jarra y se dirigió hacia la barra. Pasó una mano alrededor de los hombros de la joven y la apartó al tiempo que vertía lo que le quedaba de cerveza en la entrepierna de Algaro.

—Ah, disculpe, no le había visto —dijo.

Se volvió y regresó hacia la mesa.

Todos dejaron de hablar. Dillon tomó la botella del cubo de hielo y llenó la copa del brigadier. Algaro se levantó y se miró los pantalones, incrédulo.

—Pero cómo… Pequeña sabandija, te voy a romper el brazo izquierdo por esto.

Avanzó hacia la mesa con rapidez, con los brazos extendidos. Carney se volvió y se agachó para defenderse, pero fue Dillon el primero en golpear. Agarró la botella por el cuello y la aplastó contra el costado del cráneo de Algaro, no una, sino dos veces. La botella se hizo añicos y el champaña se derramó por todas partes. Algaro tuvo que sujetarse al borde de la mesa y Dillon, que todavía estaba sentado, le lanzó una patada lateral contra la rótula. Algaro emitió un grito y cayó de costado. Permaneció allí un momento para luego incorporarse sobre una rodilla.

Dillon se levantó de un salto y levantó una rodilla hacia el rostro desprotegido.

—No has aprendido a caer, ¿verdad?

Los otros miembros de la tripulación del *María Blanco* se habían levantado. Uno de ellos sostenía en alto una de las sillas, y Billy Jones salió apresuradamente de detrás de la barra, con un bate de béisbol en la mano.

—Dejadlo si no queréis que llame a la policía. Él mismo se lo ha buscado y lo ha encontrado. Sacadlo de aquí.

Los otros se quedaron quietos, no tanto por lo que había dicho Billy, sino porque Santiago dijo entonces en español:

—No queremos problemas. Cogedlo y marchémonos.

El capitán Serra asintió y Guerra y Pinto acudieron a ayudar a Algaro a ponerse en pie. Parecía estar mareado y tenía sangre en la cara. Lo ayudaron a salir, seguidos por los demás. Santiago se levantó de la mesa y elevó la copa hacia ellos, la vació de un trago y se marchó.

Las conversaciones se reanudaron en el local y Mary trajo un cepillo y una pala para recoger los vidrios rotos.

—No pude llegar lo bastante rápido —le dijo Billy a Dillon—. Les doy las gracias, muchachos. ¿Qué les parece otra botella de champaña a cargo de la casa?

—Exclúyeme a mí, Billy —le dijo Carney—. Pon la cena en mi cuenta. Ya empiezo a ser demasiado viejo para esta clase de alteraciones. Me voy a casa a dormir. —Se levantó—. Brigadier, ha sido muy interesante conocerle.

Empezaba a alejarse hacia la puerta cuando Dillon le dijo:

—Quisiera bucear por la mañana. ¿Le viene bien?

—A las nueve y media —le dijo Carney—. En el muelle.

Se dio media vuelta y salió.

Tenía el *jeep* aparcado en Mongoose Junction. Caminó hasta allí, sin dejar de pensar en lo que había ocurrido. Estaba abriendo la puerta cuando una mano lo agarró por los hombros y, al volverse, Guerra le golpeó con el puño en la boca.

—Vamos a ver ahora, bastardo, a ver si te enseñamos a comportarte.

Serra estaba a un par de metros de distancia, sosteniendo a Algaro, con Santiago a su lado. Guerra y los otros dos miembros de la tripulación se movieron con rapidez. Carney se agachó al primer golpe y logró golpear al marinero en el estómago; luego medio se giró y lanzó un codazo del revés contra el rostro de Pinto. Pero después todos se abalanzaron sobre él. Lo sostuvieron, sujetándolo por los brazos, y Algaro se acercó cojeante.

—Ahora te toca a ti —le dijo.

Fue en ese preciso momento cuando Dillon y Ferguson, tras haber rechazado también el champaña, salieron del local y doblaron la esquina. El irlandés echó a correr en cuanto vio a Algaro levantar un pie para aplastar la cara de Carney. Le propinó un tremendo empujón que lo apartó, tambaleante, y lanzó un puñetazo contra el hombre más cercano, al que alcanzó lateralmente en la mandíbula.

Carney ya se había levantado. Algaro no estaba en condiciones de luchar, pero cuando el capitán Serra se movió para ayudar a los otros tres aumentó sus posibilidades, y Dillon y Carney se prepararon para defenderse, con el *jeep* a sus espaldas y los brazos levantados, a la espera. De repente, se oyó un disparo, con su sonido perfectamente audible en el aire de la noche. Todos se detuvieron, inmóviles, se volvieron y encontraron a Ferguson qué estaba de pie junto al *jeep* de Dillon. Sostenía la automática belga en una mano.

—Vamos a dejar de jugar a los matones de barrio, ¿no les parece? —dijo.

Hubo una pausa y Santiago dijo en español:

—Regresemos a la lancha.

Sus hombres se retiraron de mala gana, con Serra y Guerra sosteniendo al maltrecho Algaro, que todavía parecía estar mareado.

—Nos veremos en otra ocasión, brigadier —dijo Santiago en inglés antes de seguir a sus hombres.

Con un pañuelo, Carney se limpió un poco de sangre de la boca.

—¿Quisiera tener alguien la amabilidad de decirme qué está pasando aquí?

—Sí, creo que tenemos que hablar, capitán Carney —dijo Ferguson con brusquedad—. Y cuanto antes mejor.

—Está bien, lo admito —asintió Carney con una débil sonrisa—. Síganme e iremos a mi casa. No está muy lejos de aquí.

—Es lo más absolutamente increíble que he oído en toda mi vida —dijo finalmente Carney.

—Pero ¿acepta que es cierto? —preguntó Ferguson—. En el maletín que tengo en el Caneel guardo una copia de la traducción del diario. No me importaría enseñársela.

—Lo del asunto del submarino es perfectamente posible —dijo Carney—. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo submarinos alemanes por estas aguas, eso es un hecho conocido, y algunos de por aquí le contarían historias acerca de cómo los alemanes desembarcaban en la costa por las noches. —Sacudió la cabeza—. Hitler en el búnker, Martin Bormann… He leído algunos de los libros donde se habla de eso, y es interesante pensar que si Bormann desembarcó en Samson Cay y no se hundió con el

submarino, explicaría esas historias que se cuentan en las que se asegura que se le vio en América del Sur durante los años posteriores a la guerra.

—Bien —dijo Dillon—. En ese caso acepta la existencia del U-180. Pero ¿dónde podría estar?

—Permítame traer una carta marina. —Carney salió y regresó enseguida con una carta marina que desenrolló. Abarcaba las islas Vírgenes, desde St. Thomas hasta Virgen Gorda—. Aquí está Samson Cay, al sur de la isla Norman, en las Vírgenes británicas. Si ese huracán giró su curso, como sucede a veces, y avanzó hacia aquí desde el este, el submarino se habría visto arrastrado hacia alguna parte situada al oeste y al sur de St. John.

—¿Y dónde podría haber terminado? —preguntó Ferguson.

—No tendría que ser en ninguna parte habitual. Quiero decir que no pudo haber sido en algún lugar donde luego se practicara mucho el buceo. Y les voy a decir algo más. Tendría que ser en algún lugar donde no hubiera más de treinta y dos metros de profundidad.

—¿Qué le hace decir eso? —preguntó Dillon.

—Henry era un buceador aficionado y recreativo, lo que significa que no es necesaria la descompresión si se siguen las tablas. Para esa clase de buceo deportivo el límite máximo absoluto es de cuarenta y cinco metros, aunque llegar hasta esa profundidad sólo le permitiría permanecer diez minutos en el fondo antes de tener que subir a la superficie. Él sin embargo, dispuso de tiempo para examinar el submarino y encontrar el diario. —Carney sacudió la cabeza—. Eso, a esa profundidad, habría sido sencillamente imposible. Además, hay que tener en cuenta que Henry contaba con sesenta y tres años de edad. Él mismo sabía cuáles eran sus limitaciones.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Tuvo que descubrir el submarino, entrar en él, echar un vistazo y encontrar el maletín con el diario. —Carney se encogió de hombros—. Yo diría que para eso tuvo que haber empleado unos treinta minutos en el fondo, por lo que debió de haber estado a una profundidad aproximada de unos veinticinco metros. Por eso quiero decir que el lugar debe hallarse fuera de los circuitos habituales

donde se practica el buceo.

—Seguramente tendrá usted alguna idea —dijo Ferguson.

—La mañana en que Henry hizo el descubrimiento tuvo que haber sido el día después de que pasara el huracán. Salió tan temprano que ya estaba de regreso hacia las nueve y media, justo en el momento en que yo salía con un grupo de turistas. Nos cruzamos y nos hablamos.

—¿Y qué fue lo que le dijo? —preguntó Dillon.

—Le pregunté dónde había estado. Me dijo que en el cabo del Francés y que el mar estaba allí como una balsa de aceite.

—Entonces, ahí es —dijo Ferguson—. ¿Está seguro?

Carney negó con un gesto de la cabeza.

—Suelo ir bastante por el cabo del Francés. El agua es particularmente clara en aquella zona. Es una estupenda excursión de buceo. De hecho, llevé allí a mis dientes después de haberme encontrado aquella mañana con Henry y él tenía razón, el mar estaba como una balsa de aceite. La visibilidad era espectacular. —Sacudió la cabeza—. No, si hubiera estado allí habría sido encontrado antes.

—¿Se le ocurre algún otro sitio?

—Siempre está South Drop —contestó Carney con el ceño fruncido—. Eso está todavía más lejos.

—¿Bucea usted allí? —preguntó Ferguson.

—Ocasionalmente. Hay problemas con mala mar, y es un viaje largo e incómodo, pero podría ser el lugar adecuado. Hay un risco largo que corre a unos cincuenta y cinco metros de profundidad por un lado, aunque por el otro tiene setecientos metros de profundidad.

—¿Podríamos echar un vistazo a esos lugares? —preguntó Ferguson.

Carney sacudió la cabeza y examinó de nuevo la carta marina.

—No lo sé.

—Le pagaría bien, capitán Carney.

—No se trata de eso. En sentido estricto, esa zona no se encuentra en aguas jurisdiccionales de Estados Unidos.

—Le ruego que me escuche —dijo Ferguson—. No estamos haciendo nada malvado aquí. En ese

hay ciertos documentos, o así lo creemos, que podrían ser causa de bastante preocupación para mi gobierno. Lo único que deseamos es recuperarlos con la mayor rapidez posible, sin causar daño a nadie.

—¿Y dónde encaja Santiago en todo esto?

—Evidentemente, él persigue lo mismo —contestó Ferguson—. En estos momentos todavía no sé por qué, aunque le aseguro que terminaré por saberlo.

—Si va usted al cine lo sabrá, Carney —intervino Ferguson—. Santiago y los suyos son los malos de la película.

—¿Y yo soy el chico bueno? —Carney se echó a reír estruendosamente—. Lárguense de aquí y déjenme dormir. Les veré mañana en el muelle, a las nueve.

Santiago, en la popa del *María Blanco*, miró hacia el chalet siete y las luces que acababan de encenderse en los dos apartamentos.

—Así que han regresado —le dijo a Serra, que estaba de pie a su lado.

—Ahora que han establecido contacto con Carney, es muy posible que hagan su movimiento mañana mismo —dijo Serra.

—Gracias a los instrumentos electrónicos que hemos colocado podrás seguirlos en la lancha, a una distancia discreta.

—¿Debo llevarme a los buceadores?

—Si quieres, pero dudo mucho que salga algo en claro de eso. Carney no sabe dónde está el submarino, estoy convencido de ello. Le han pedido sugerencias, eso es todo. Lleva contigo el manual de buceo de esta zona. Si ves que bucean en alguna parte que se mencione en el manual, ya puedes estar seguro de que será una pérdida de tiempo. —Santiago sacudió la cabeza—. Francamente, me inclino por pensar que la chica tiene la respuesta. Tendremos que esperar a que regrese. Y, a propósito, si llegáramos a encontrar el submarino y tuviéramos que efectuar una voladura para abrirnos paso hacia el interior, ¿pueden hacerlo Noval y Pinto?

—Desde luego, señor. A bordo tenemos suministros de explosivo C4, así como todo el equipo de detonación necesario.

—Excelente —asintió Santiago—. En ese caso, te deseo suerte mañana. Buenas noches, capitán.

Serra se alejó y Algaro surgió de entre la oscuridad.

—¿Puedo acompañarles mañana en la lancha?

—Ah, buscas una venganza, ¿verdad? —Santiago se echó a reír

—. ¿Y por qué no? Disfrútalo mientras puedas, Algaro.
Y salió del salón, sin dejar de reír.

11

Hacía una hermosa mañana cuando Dillon y Ferguson bajaron al muelle. Él *Sea Raider* estaba amarrado, no parecía haber nadie en el barco y la *Privateer* salía en esos momentos hacia mar abierto, con cuatro personas sentadas en la popa.

—Quizá lo entendimos mal —comentó Dillon.

—Lo dudo —dijo Ferguson. No me pareció esa clase de persona.

En ese momento, Carney apareció por el extremo del muelle y se acercó a ellos; empujaba un carrito cargado con tanques de oxígeno.

—Buenos días —les saludó.

—Pensé que nos había dejado —dijo Dillon volviéndose a mirar hacia la *Privateer*, que se alejaba.

—Demonios, no. Va uno de mis ayudantes que lleva a unos buceadores a Little St. James. Pensé que hoy sería mejor utilizar él *Sea Raider* porque tenemos que ir algo más lejos. —Se volvió hacia Ferguson—. ¿Es usted buen marinero, brigadier?

—Mi querido muchacho, acabo de pasar por la farmacia para comprar unas pastillas contra el mareo, de las que ya me he tomado no una, sino dos.

Subió a bordo y ascendió por la escalerilla hasta el puente voladizo, donde se sentó ostentosamente en uno de los sillones giratorios, mientras Dillon y Carney se ocupaban de cargar los tanques. Una vez que hubieron terminado, Carney subió, se unió a Ferguson y puso los motores en marcha. Cuando ya se apartaban del muelle, Dillon entró en la caseta del timón. No utilizaba su bolsa de buceo, sino que había puesto el equipo en la bolsa verde oliva del ejército que Stacey le había dado en St. Thomas. En el fondo estaba el rifle de asalto
AK
, con la culata plegada con un cargador de treinta balas ya colocado, listo para entrar en acción, más otro cargador de repuesto. También llevaba su as en la manga, la automática belga, que había retirado del *jeep*. Como en todos los barcos tipo Sport

Fisherman, había un timón en la caseta, así como otro en el puente voladizo, por lo que el barco podía ser manejado desde aquí en caso de mal tiempo. Dillon tanteó por debajo del panel de instrumentos hasta que encontró una superficie metálica y sujetó la funda imantada y la pistola en ese lugar. Luego, subió la escalerilla y se unió a los demás.

—¿Cuál es nuestro curso?

—Al sur, a través de Pillsbury Sound y luego al suroeste, hasta el cabo del Francés. —Carney miró a Ferguson con una sonrisa burlona. El brigadier se balanceaba de un lado a otro mientras el barco empezaba a levantarse por encima de las olas del mar abierto —. ¿Se encuentra bien, brigadier?

—Ya se lo haré saber. Supongo que habrá supuesto que nuestros amigos del *María Blanco* puedan seguirnos, ¿verdad?

—He echado un vistazo, pero no he visto nada todavía. Desde luego, no hay señales del *María Blanco*, pero creo que utilizarían más bien la lancha motora blanca que vimos en Carval Rock. Es buena, con capacidad para alcanzar los veinticinco o veintiséis nudos, mientras que con esto yo no saco más de veinte. —Se volvió hacia Dillon—. Hay unos prismáticos en el armario por si quiere vigilar.

Dillon los sacó y comprobó la situación a popa. Había una serie de yates y un pequeño transbordador cargado de cajas que llegaba desde St. Thomas, pero no vio ninguna lancha.

—Ni la menor señal —dijo.

—Eso sí que me parece extraño —comentó Ferguson.

—Se preocupa usted demasiado, brigadier —le dijo Carney—. Y ahora, salgamos de aquí.

Empujó el regulador hacia adelante y él *Sea Raider* salió rápidamente a mar abierto.

La lancha estaba allí, naturalmente, pero a más de una milla de distancia. Serra estaba al timón y ocasionalmente dirigía la mirada hacia la pantalla oscura donde se movía un punto de luz que correspondía al *Sea Raider*. Algaro estaba de pie a su lado, mientras que Noval y Pinto se ocupaban preparando el equipo de buceo a popa. Algaro no tenía buen aspecto. Mostraba un ojo negro y también tenía la boca amoratada e hinchada.

—¿No hay ninguna posibilidad de perderlos?

—Ninguna —contestó Serra—. Te lo demostraré. —Desde la pantalla llegó hasta ellos un sonido metálico intermitente y monótono. Al hacer girar el timón hacia babor, el sonido se hizo más fuerte, casi frenético—. ¿Lo ves? Eso nos indica que nos alejamos de ellos.

Volvió hacia estribor y enderezó de nuevo cuando volvió a obtener el sonido correcto, al tiempo que comprobaba la lectura del curso.

—Bien —dijo Algaro.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Serra.

—Bueno, digamos que me sentiré mucho mejor cuando hayamos eliminado a esos bastardos —contestó Algaro—, sobre todo a ese Dillon.

Se dio media vuelta y fue a reunirse con los otros.

El mar producía pesadas y largas ondulaciones cuando llegaron al cayo del cabo del Francés. Dillon acudió a la proa para echar el ancla, mientras Carney hacía maniobrar el barco y se inclinaba por la abertura azul del puente voladizo para darle instrucciones.

—Aquí debajo está lo que llamamos la Punta. La parte superior se encuentra a unos quince metros de profundidad. Ahí es donde trataremos de sujetar el ancla. —Al cabo de un rato asintió—, listo —gritó y apagó los motores.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dillon al tiempo que le subía la cremallera del traje de buceo.

—No podemos hacer gran cosa —le contestó Carney poniéndose el cinturón de pesas—. Aquí hay hasta treinta y dos metros de profundidad como máximo, que en ocasiones sube a dieciséis. Podemos echar un vistazo alrededor de la base de la roca y recorrer la zona general del arrecife. La visibilidad es increíble, No la encontrarás mejor en ninguna otra parte. Por eso no creo que éste sea el lugar más adecuado. El submarino ya habría sido detectado hace tiempo. Y, a propósito, creo que ayer cogiste por error mis guantes de buceo y yo me quedé con los tuyos. —Se puso a buscarlos en la bolsa de Dillon y encontró el rifle—. Santo Dios —exclamó, sacándolo—. ¿Qué es esto?

—El seguro —contestó Dillon poniéndose las aletas.

—Un

AK

47 es mucho más que eso.

Carney desplegó la *culata* y comprobó el arma.

—Le recordaría, señor Carney, que fueron nuestros amigos los que dispararon el primer tiro —dijo Ferguson—. ¿Está familiarizado con el arma?

—Estuve en Vietnam, brigadier. He utilizado una de éstas en fuego real. Producen un sonido realmente *feo* y singular. Esperaba no volver a oír nunca más una de ellas.

Carney plegó de nuevo la culata, colocó el
AK
en la bolsa y terminó de ponerse el equipo de buceo. Avanzó extrañamente sobre la plataforma de buceo y se volvió.

—Le veré allá abajo —le dijo a Dillon.

Se colocó la boquilla y se dejó caer hacia atrás.

Serra los vigiló desde medio kilómetro de distancia con un par de viejos prismáticos. Noval y Pinto estaban preparados, embutidos en sus trajes de buceo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Algaro.

—Han echado el ancla y Dillon y Carney se han sumergido. Sólo queda el brigadier a bordo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Noval.

—Nos acercaremos muy rápido, pero no echaré el ancla. Haremos una inmersión rápida y los pillaremos por sorpresa, así que estad preparados.

Puso la lancha a veinticinco nudos y ésta salió disparada hacia adelante. Noval y Pinto se pusieron el resto del equipo.

Carney no había exagerado. Había coral de todos los colores, esponjas cilíndricas y tubulares, y peces de todo tipo, pero la visibilidad era increíble, con el agua de un matiz azul oscuro que parecía extenderse hasta el infinito. Había un banco de peces por encima de la cabeza, mientras Dillon seguía a Carney, y un par de mantas raya aletearon sobre la pendiente arenosa de uno de los lados.

Pero Carney también había tenido razón en cuanto al submarino. No podía encontrarse en un lugar como éste. Dillon lo siguió a lo largo del arrecife y la base de la roca, hasta que finalmente Carney se volvió hacia él y abrió los brazos. Dillon comprendió el gesto, se dio media vuelta, dispuesto a regresar al

barco y entonces vio a Noval y a Pinto por delante de ellos y unos siete metros por encima. Él y Carney permanecieron suspendidos, observándoles. Luego, Carney hizo un gesto hacia adelante e indicó el camino de regreso hacia el ancla. Se detuvieron allí, miraron hacia arriba y vieron la quilla de la lancha que se movía trazando un amplio círculo. Carney empezó a subir, seguido por Dillon, y finalmente salieron a la superficie por la popa.

—¿Cuándo llegaron? —le preguntó Dillon a Ferguson mientras se desembarazaba del chaleco y del tanque.

—Unos diez minutos después de que bajarais. Llegaron a una velocidad tremenda, no echaron el ancla y se limitaron a dejar caer a dos buceadores por la popa.

—Los vimos. —Dillon se quitó el equipo y miró hacia la lancha —. Ahí está Serra, el capitán, y nuestro viejo amiguito Algaro, mirándonos con malas pulgas.

—Yo diría que han hecho un trabajo bastante bueno al seguirnos la pista —comentó Carney—. En cualquier caso, larguémonos de aquí.

—¿Vamos a probar todavía en ese otro lugar, en South Drop? —preguntó Dillon.

—Por mí no hay inconveniente. Suba el ancla.

Noval y Pinto surgieron junto a la lancha y subieron a bordo, mientras Dillon se dirigía a proa y empezaba a izar el ancla, pero ésta no quiso subir.

—Pondré el motor en marcha y haré un pequeño movimiento —le dijo Carney.

No se produjo ningún cambio y Dillon le miró.

—Está sujeta.

—Bien —asintió Carney—. Uno de nosotros tendrá que bajar y liberarla.

—Pues voy a tener que ser yo, eso es evidente. —Dillon volvió a tomar el chaleco y el tanque—. Usted tiene que manejar el barco.

—¿Te queda aire suficiente en esa botella? —preguntó Ferguson.

—Quinientos —contestó Dillon tras comprobarlo—. Será suficiente.

—Ahora le toca el tumo a usted, brigadier —le dijo Carney—. Vaya a la proa y suba el ancla en cuando quede libre. Y trate de no producirse una hernia.

—Haré todo lo que pueda, querido muchacho.

—Una cosa, Dillon —dijo Carney—. No dispondrás de la cuerda para subir, y ahí abajo hay corrientes de uno a dos nudos, así que probablemente llegarás a la superficie un poco alejado del barco. Sólo tienes que inflar el chaleco e iré a recogerte.

Cuando Dillon se dejó caer al agua por la popa, Algaro preguntó:

—¿Qué sucede ahora?

—Probablemente el ancla ha quedado atrapada —dijo Noval.

Dillon llegó poco después hasta el ancla. Se encontraba firmemente sujeta en una profunda grieta. Por encima de él Carney manejaba el barco a mínima velocidad y, en un momento en que la cuerda quedó floja, Dillon tiró del ancla y la soltó. Arrastró algo de coral y empezó a subir. Intentó seguirla, fue consciente de que la corriente lo arrastraba hacia un lado y no se opuso a ella, sino que se dejó arrastrar lentamente hasta que salió a la superficie. Lo hizo a unos cincuenta metros de distancia del *Sea Raider*. Infló el chaleco y se levantó sobre las olas.

El brigadier acababa de subir el ancla; pero Noval fue el primero en ver a Dillon.

—Ahí está.

—Maravilloso —exclamó Algaro, que empujó a un lado a Serra y se hizo cargo del timón—. Ahora le enseñaré yo.

Dio potencia al motor y la lancha se lanzó hacia Dillon, que nadó frenéticamente hacia un lado, evitándola por muy poco. Carney emitió un grito de advertencia e hizo girar él *Sea Raider* en redondo, casi haciendo caer a Ferguson al agua. Dillon mantenía levantada la mano izquierda que sostenía el tubo que le permitía expeler el aire de su chaleco de flotación. La lancha efectuó un viraje repentino, apartándole a un lado. Algaro lanzaba risotadas como un maniaco y el sonido llegaba hasta él con claridad a través del agua. Hizo girar la lancha en un amplio círculo y se lanzó de nuevo hacia él.

El brigadier sacó el

AK

de la bolsa y trataba de ponerlo en posición de tiro cuando Carney bajó la escalerilla deslizándose con ambas manos sobre las barandillas.

—Yo sé cómo funcionan esas cosas, y usted no, brigadier.

La puso en automático y disparó una andanada hacia la lancha. Ahora, Serra forcejeaba con Algaro, y Noval y Pinto habían caído sobre cubierta. Carney disparó otra ráfaga que levantó astillas en la cubierta de proa. Para entonces, Dillon había desaparecido del agua y Serra ya había conseguido hacerse con el timón. Hizo que la lancha trazara un amplio círculo y se alejó a toda velocidad.

Ferguson escudriñó la zona con ansiedad.

—¿Ha desaparecido?

Dillon surgió al fin a corta distancia. Carney dejó el AK, entró en la caseta del timón de la cubierta inferior y dirigió el barco hacia él. Dillon subió a bordo por la popa, y Carney se apresuró a librarle del chaleco y el tanque.

—Jesús, eso sí que ha sido emocionante —dijo Dillon en cuanto hubo subido a cubierta—. ¿Qué ocurrió?

—Algaro decidió arrollarte —le contestó el brigadier.

Dillon tomó una toalla y entonces vio el AK.

—Creí haber oído disparos. —Levantó la mirada hacia Carney—. ¿Fue usted?

—Diablos, esa gente me vuelve loco —dijo Carney—. ¿Todavía quieren probar en South Drop?

—¿Por qué no? —Dillon miró hacia la lancha que se alejaba—. No creo que vuelvan a molestarnos.

—No, no es probable. —Carney señaló hacia el sur—. Por ahí llegan nubes de lluvia, y eso es bueno porque yo sé a dónde vamos, y ellos no.

Y volvió a subir la escalerilla de acceso al puente voladizo. A media milla de distancia, la lancha redujo su velocidad y Serra se llevó los prismáticos a los ojos y observó al *Sea Raider* que desaparecía entre una cortina de lluvia y neblina. Comprobó la pantalla.

—Se han dirigido hacia el sur.

—¿A dónde van? ¿Tienes alguna idea? —preguntó Algaro.

Serra extrajo de la estantería el manual de buceo, lo abrió y comprobó el mapa.

—Eso era el cabo del Francés. El único otro lugar marcado más

allá se llama South Drop. —Pasó las páginas—. Aquí está. Hay un risco a unos veinticinco metros de profundidad, que desciende por un lado hasta los cincuenta o cincuenta y cinco metros, y que por el otro cae a pico, hasta el fondo, quizá a unos setecientos metros.

—¿Podría ser eso?

—Lo dudo. El mismo hecho de que esté indicado en el manual significa que se trata de un lugar de buceo razonablemente frecuentado.

—Las cosas funcionan de una forma muy sencilla —intervino Noval—. Los instructores de buceo sólo llevan a los clientes hasta un lugar así cuando hace muy buen tiempo. Además, el viaje es demasiado largo y duro y la gente se marea. —Se encogió de hombros—. Así que en un lugar como South Drop no suele bucearse con tanta frecuencia, aunque el capitán Serra tiene razón. El hecho de que esté en el manual significa que es muy improbable que el submarino esté en esa zona. Alguien lo habría detectado hace ya muchos años.

—Y eso es una opinión profesional —dijo Serra—. Creo que el señor Santiago tiene razón. Carney no sabe nada. Simplemente, los lleva a un par de sitios porque no tiene nada mejor que hacer. El señor Santiago está convencido de que la chica es nuestra única posibilidad de averiguar algo, así que sólo se trata de esperar a que regrese.

—De todos modos, me gustaría darle una lección a ese cerdo —le dijo Algaro.

—¿Y que vuelvan a dispararnos?

—Ese Carney disparó con un

AK

. Lo he reconocido por el sonido característico que hace. Podría habernos eliminado a todos. —Algaro se encogió de hombros—. Pero no lo hizo, y ahora ya no se le presentará otra oportunidad de hacerlo.

Pinto leía la sección de la guía que hablaba de South Drop.

—Parece un bonito lugar para bucear —le dijo a Noval—, excepto por un detalle. Aquí dice que se ha observado la presencia de tiburones negros de los arrecifes.

—¿Son peligrosos? —preguntó Algaro.

—Eso depende de la situación. Si se les agita de forma

incorrecta, pueden constituir una verdadera amenaza.

La sonrisa de Algaro fue despiadada.

—¿Tenemos todavía algo de ese nauseabundo pescado que tenías en el cubo cuando estuviste pescando ayer para el almuerzo? —le preguntó a Noval.

—¿Te refieres a la carnada que utilizamos? —Noval se volvió hacia Pinto—. ¿Nos queda algo todavía?

Pinto se dirigió hacia la popa, encontró un gran cubo de plástico y abrió la tapa. El olor que despedía era espantoso. Allí había toda clase de trozos de pescado, mezclados con intestino, carne podrida y aceite.

—Apuesto a que eso les gustará mucho a los tiburones —dijo Algaro—. Eso los atraerá desde muchas millas a la redonda.

Noval lo miró, horrorizado.

—Los volverá locos.

—Bien, entonces esto es lo que vamos a hacer. —Algaro se volvió hacia Serra—. Una vez que se detengan, nos acercamos lo suficiente a través de la lluvia, despacio y sin ruido. Con ese instrumento electrónico no tenemos más remedio que encontrarlos, ¿verdad?

—Sí, pero… —empezó a decir Serra.

—No hay peros que valgan. Esperaremos, les daremos tiempo para que se sumerjan y luego apareceremos muy rápidamente, arrojaremos toda esa mierda por la borda y saldremos de allí disparados. —Había una sonrisa del más puro regocijo en su rostro —. Si tenemos un poco de suerte, ese Dillon podría perder una pierna.

Él *Sea Raider* había echado el ancla, y se levantaba en un mar pesado e hinchado. Ferguson estaba en la caseta de cubierta, vigilando, mientras los otros dos se preparaban. Carney abrió el armario de cubierta y sacó un tubo largo con un mango en el extremo.

—¿Es eso lo que llaman un arpón submarino? —preguntó Ferguson.

—No, es una pistola a presión. —Carney abrió una caja de munición—. Algunos utilizan un cartucho de escopeta. Yo prefiero un

ACP

del cuarenta y cinco. Se desliza aquí, en la recámara, se cierra y queda estanca. Hay una aguja percutora en la base. Al golpearla contra el objetivo se dispara el cartucho, la bala lo atraviesa, pero los gases abren un agujero del tamaño de su mano.

—Y buenas noches, Viena —dijo Dillon mientras se poma el chaleco y el tanque—. ¿Es que va a pescar esta vez?

—No exactamente. Pero la última vez que estuve por aquí había tiburones de los arrecifes por los alrededores, y uno de ellos se puso un poco pesado. Sólo pretendo ser precavido.

Dillon se arrojó primero, dejándose caer hacia atrás desde la plataforma de buceo, nadó hasta la cuerda y descendió con rapidez. Al llegar al ancla se volvió y vio que Carney le seguía, con la pistola a presión en la mano izquierda. Se detuvo a unos cinco metros por encima de Dillon, le hizo señas para que se acercara y empezó a moverse despacio a lo largo del risco, deteniéndose en el borde de la escarpadura.

El agua estaba bastante clara y Dillon pudo ver a gran distancia; la escarpadura se desvanecía allá abajo. Carney volvió a hacerle señas y se giró para cruzar el arrecife hacia la parte más alta. Una raya águila pasó con movimientos lentos a bastante distancia y, de repente, un tiburón de los arrecifes se interpuso en su camino y pasó de largo, no muy lejos de donde ellos estaban. Carney se volvió hacia Dillon, hizo un gesto como quitándole importancia y el irlandés lo siguió hasta el otro lado.

Ferguson, que tenía que soportar la lluvia y el viento, se metió en la caseta de cubierta, encontró el termo lleno de café caliente y se sirvió en la tapa de plástico. Creyó escuchar algo, como un palpitar apagado, se acercó a la popa y permaneció allí de pie, escuchando. Percibió entonces un rugido repentino cuando Serra puso el motor a toda potencia. La lancha surgió de improviso de entre la cortina de lluvia y cruzó ante la proa del *Sea Raider*. Ferguson lanzó un juramento, dejó caer el termo y se lanzó a buscar el

AK

, que estaba en la bolsa, en la caseta de cubierta, consciente de la presencia de los hombres en la cubierta de la lancha y del cubo que variaban en el agua. Para cuando llegó hasta el

AK

ya se habían marchado y el sonido del motor desapareció

rápidamente en la lluvia.
Dillon se dio cuenta de que había algo allá arriba, levantó la mirada y vio la quilla de la lancha que se movía con rapidez; luego, observó la carnada que caía al agua. Permaneció suspendido un momento y vio cómo una barracuda se lanzaba como una centella hacia la carnada y desgarraba un trozo de carne.

Notó un tirón en el tobillo, miró hacia abajo y vio que Carney le hacía señas para que descendiera. El estadounidense estaba ya en el fondo cuando Dillon llegó a su lado; por encima de ellos, se produjo una repentina turbulencia en el agua y un tiburón apareció lanzado como un torpedo. Dillon permaneció tumbado de espaldas, como Carney, y vio aparecer otro tiburón, con las mandíbulas abiertas. Y luego, ante su horror, vio surgir a otro. Parecían estar luchando entre ellos y uno lanzó un mordisco contra la barracuda, se zampó todo el cuerpo y dejó sólo la cabeza, que descendió flotando.

Carney se volvió a Dillon, señaló a través del risco, hacia la cuerda del ancla, le indicó que se mantuviera abajo y empezó a desplazarse en aquella dirección. Dillon le siguió, consciente de la feroz turbulencia. Miró hacia atrás y vio a los tiburones trazando círculos: la mayor parte de la carnada ya había desaparecido. Se mantuvo directamente detrás de Carney, y tan bajo que su estómago casi rozaba el fondo. Sólo empezó a elevarse cuando llegaron al ancla.

Algo le empujó hacia un lado con una fuerza tremenda y giró sobre sí mismo en el instante en que un tiburón pasaba a toda velocidad. Se volvió y empezó a nadar de nuevo. Carney, por encima de él se sostenía con una mano en la cuerda, mientras mantenía la pistola a presión en la otra. Se produjo una explosión, el tiburón se retorció y dejó tras de sí un rastro de sangre.

Los otros dos acudieron de inmediato, en círculo. Uno de ellos se lanzó con las mandíbulas abiertas. Carney agarró a Dillon por el brazo y empezó a subir por la cuerda. A medio camino, Dillon miró hacia abajo. Un tercer tiburón se había unido ahora a los anteriores y entre todos desgarraban al herido y la sangre se extendía por el agua como una nube. Después de eso, ya no volvió a mirar, salió a la superficie ante la plataforma de buceo, junto a Carney y se aupó a bordo con tanque y todo.

Se sentó sobre la cubierta y se echó a reír convulsivamente.

—¿Sucede eso muy a menudo?

—Siempre hay una primera vez para todo —contestó Carney quitándose el tanque—. Hasta ahora, nadie me había hecho una cosa así. —Se volvió a mirar a Ferguson—. Supongo que fue la lancha, ¿verdad? Imagino que el bastardo se acercó despacio, sin hacer ruido, y luego se lanzó a toda velocidad en el último momento.

—Así fue exactamente. Cuando llegué a empuñar el
AK
ya se habían marchado —asintió Ferguson.

Carney se secó y se puso una camiseta.

—Lo que me gustaría saber es cómo han conseguido seguimos hasta aquí, sobre todo en medio de la lluvia y la neblina.

Se dirigió a popa y subió el ancla.

—Debería habérselo dicho, brigadier —dijo Dillon mientras tanto—. Había dejado mi as en la manga aquí debajo. Quizá podría haber llegado a él más rápidamente.

Metió la mano por debajo del panel de instrumentos para encontrar el arma y sus dedos tropezaron entonces con el instrumento electrónico adherido magnéticamente. Lo arrancó y lo sostuvo ante Ferguson, sobre la palma de la mano.

—Bueno, ahora resulta que hemos empezado con la guerra electrónica, ¿no es eso? —dijo Ferguson.

—¿Qué demonios han encontrado? —preguntó Carney al volver desde la popa.

Dillon le tendió el instrumento.

—Adherido debajo del panel de instrumentos, con un imán. No es nada extraño que hayan podido seguimos el rastro tan fácilmente. Probablemente, hicieron lo mismo con la *Privateer* por si se nos ocurría utilizarlo.

—Pero esta mañana se quedó cerca de la costa.

—Exacto, de otro modo habrían podido confundirse.

Carney sacudió la cabeza.

—¿Sabe? Realmente voy a tener que hacer algo con esa gente.

Y tras decir esto subió la escalerilla hasta el puente voladizo.

Durante el trayecto de regreso a St. John hubo un respiro en el tiempo, con otro aguacero que se acercaba. La lancha iba bastante por delante, se situó al, costado del *María Blanco* y Serra y Algaro

subieron la escalerilla. Encontraron a Santiago en la popa, bajo el toldo.

—Pareces muy complacido contigo mismo —le dijo a Algaro—. ¿Acaso has vuelto a matar a alguien?

—Espero que sí.

Algaro relató los acontecimientos ocurridos durante la mañana. Cuando hubo terminado, Santiago sacudió la cabeza.

—Dudo mucho que Dillon haya sufrido algún daño importante; ese Carney conoce bien su profesión. —Emitió un suspiro—. Estamos perdiendo el tiempo. No hay nada que hacer aquí hasta que no regrese la muchacha. Iremos a Samson Cay; ya me he cansado de este lugar. ¿Cuánto tardaremos, Serra?

—Dos horas, señor, quizá menos. Está cayendo un aguacero ahí fuera, en Pillsbury Sound, pero será corto.

—Bien, en ese caso zarpamos enseguida. Comunícale a Prieto nuestra llegada. —Serra empezó a alejarse y Santiago añadió—: Ah, a propósito, telefonea a uno de tus amigos pescadores en Cruz Bay. En cuanto aparezca esa chica quiero estar enterado.

El aguacero fue bastante fuerte, e impulsó la lluvia hacia delante, formando una pesada cortina, pero tuvo un curioso efecto suavizante sobre la superficie del mar. Carney apagó los motores, descendió la escalera y se unió a Ferguson y a Dillon en la caseta de cubierta.

—Será mejor capear el temporal. No durará mucho. —Sonrió con una mueca—. Normalmente, no llevo alcohol, pero como éste es un chárter privado…

Abrió la nevera de plástico y sacó tres latas de cerveza.

—Aceptado graciosamente —dijo Ferguson abriendo la tapa y tomando un largo trago—. Dios, qué bien sienta.

—Hay ocasiones en que lo único que uno quisiera hacer en la vida es tomar una cerveza bien fría —dijo Carney—. Una vez, en Vietnam, estuve en una unidad que sufrió un intenso ataque de morteros. De hecho, todavía me quedan pequeños fragmentos de metralla en brazos y piernas, demasiado pequeños como para molestarse en sacarlos. Estaba sentado en un refugio, comiendo un bocadillo, mientras un marine me cosía, y se había quedado sin morfina. Me sentía tan contento de estar con vida que prácticamente no notaba nada. Entonces, alguien me tendió una

lata de cerveza, cerveza caliente, no crean.

—Pero nunca hubo nada que le supiera mejor, ¿verdad? —preguntó Dillon.

—Sólo hasta que se aclaró la humareda y vi a un compañero sentado, apoyado contra un árbol. Le habían desaparecido las piernas. —Carney sacudió la cabeza—. Dios, cómo llegué a odiar aquella guerra. Después de mi servicio fui a la Universidad estatal de Georgia, por cuenta de los Marines. Cuando llegó Nixon y la policía empezó a aporrear a los que se manifestaban contra la guerra, nosotros, los veteranos, nos pusimos camisetas blancas con las medallas colgadas para avergonzarlos.

Se echó a reír al recordarlo.

—El «Anzuelo», en Corea, fue más o menos igual. Había más cadáveres de los que uno era capaz de contar. Aquello era un absoluto infierno, y uno terminaba por preguntarse qué diablos estaba haciendo allí.

—Heidegger dijo una vez que para vivir auténticamente es necesario tener la resolución de enfrentarse con la muerte —les dijo Dillon.

Carney se echó a reír con dureza.

—Conozco las obras de Heidegger. Me licencié en filosofía en la estatal de Georgia y le diré una cosa: apuesto a que Heidegger estaba sentado en su despacho cuando escribió eso.

—Bien dicho —asintió Ferguson riéndose.

—De todos modos, Dillon, ¿qué sabe usted de eso? ¿Cuál fue su guerra? —preguntó Carney.

—Yo he estado en guerra durante toda mi vida —contestó Dillon con serenidad.

Se levantó, encendió un cigarrillo y subió la escalerilla que daba al puente voladizo.

—Eh, un momento —exclamó Carney—. Brigadier, esa conversación que tuvimos sobre el ejército irlandés anoche en el Jenny's
Place, cuando hice ese comentario sobre él IRA… ¿Es eso lo que es? ¿Uno de esos pistoleros de los que se oye hablar a veces?

—Es lo que solía ser, aunque a ellos les gusta considerarse como soldados del Ejército Republicano Irlandés. Su padre resultó muerto accidentalmente en un fuego cruzado con soldados británicos, en

Belfast. Él era bastante joven por aquel entonces, y se unió a la gloriosa causa.

—¿Y ahora?

—Tengo la impresión de que sus simpatías por la gloriosa causa del IRA han disminuido bastante. Seamos amables y digamos que se ha convertido en una especie de mercenario. Y será mejor que lo dejemos en eso.

—Pues yo diría que es un despilfarro para un hombre bueno.

—Se trata de su vida —dijo Ferguson.

—Sí, supongo que sí. —Carney se levantó—. Ya empieza a aclarar. Será mejor que nos marchemos.

Subió la escalerilla hasta el puente voladizo. Dillon no dijo una sola palabra; se limitó a permanecer allí sentado, en el sillón giratorio, fumando, mientras Carney ponía los motores en marcha y dirigía él *Sea Raider* hacia St. John.

Unos diez minutos más tarde, Carney se dio cuenta de que el yate que se dirigía hacia ellos era el *María Blanco*.

—Que me condenen —exclamó—. Es nuestro viejo y querido amigo Santiago. Probablemente se trasladan a Samson Cay.

Ferguson subió la escalerilla hasta el puente voladizo para reunirse con ellos y Carney hizo pasar al *Sea Raider* tan cerca del yate que pudieron ver a Santiago en la popa, en compañía de Algaro.

Carney se inclinó sobre la borda y les gritó:

—Que tengan un buen día.

Ferguson levantó el panamá y los saludó. Santiago levantó hacia ellos su copa y luego se volvió a mirar a Algaro.

—¿Qué te dije antes, estúpido? Probablemente, a los tiburones les fue bastante peor.

En ese momento llegó Serra, procedente de la cabina de radio y le tendió un teléfono portátil.

—Una llamada desde Londres, señor. Es sir Francis.

—Francis —dijo Santiago—. ¿Cómo estás?

—Me preguntaba si habías logrado ya alguna cosa.

—No, pero no hay necesidad de darse prisa. Todo está bajo control.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Los cuidadores del viejo hotel de Samson Cay,

durante la guerra… Eran una pareja de negros de Tortola, llamados May y Joseph Jackson. Ella murió hace años, pero él todavía vive. Debe de tener unos setenta y dos años. La última vez que lo vi conducía un taxi en el Cay.

—Entiendo —dijo Santiago.

—Quiero decir que él estaba allí cuando mi madre llegó y luego cuando llegó Bormann, si entiendes lo que quiero decir. Lo siento, se me debería haber ocurrido antes.

—Sí, se te debería haber ocurrido antes, Francis, pero no importa. Me ocuparé de eso. —Santiago colgó el teléfono y se volvió a Algaro—. Otro trabajo para ti, pero no hay prisa. Voy a tumbarme un rato. Llámame cuando lleguemos.

Aquella misma tarde Dillon estaba echado en una tumbona, sobre la terraza, cuando apareció Ferguson.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo el brigadier—. Ese retiro para millonarios en Samson Cay. Quizá fuera divertido ir a cenar allí. Hacerle una visita al león en su cueva.

—Eso me suena muy bien —dijo Dillon—. Podríamos volar hasta allí si quiere. Hay una pista de aterrizaje. Pasé por encima cuando vine y el Cessna puede aterrizar o amerizar.

—¿Podríamos convencer a Carney para que nos acompañara? Llama a recepción con tu teléfono celular, consigue su número y pregunta el nombre del director general.

Así lo hizo Dillon, que anotó rápidamente la información.

—Ahí tiene: Carlos Prieto.

Dos minutos más tarde, Ferguson hablaba con el caballero.

—¿Señor Prieto? Le habla el brigadier Charles Ferguson. Estoy en el Caneel. Uno de mis amigos tiene un avión por aquí y se nos ha ocurrido que sería bastante divertido acércanos por ahí esta noche y cenar con ustedes. Es un avión que puede aterrizar y amerizar. Podríamos descender sobre su pista de aterrizaje. Seríamos tres.

—Lo lamento mucho, brigadier, pero el servicio de restaurante está reservado para nuestros clientes.

—Qué pena, me disgustaría mucho desilusionar al señor Santiago.

Hubo una ligera pausa al otro lado de la línea.

—¿El señor Santiago le espera?

—Compruébelo a través de él.

—Un momento, brigadier. —Prieto telefoneó por otra línea al *María Blanco*, pues Santiago siempre prefería quedarse a bordo cuando estaba en Samson Cay—. Siento molestarle, señor, pero ¿significa el apellido Ferguson algo para usted?

—¿El brigadier Charles Ferguson?

—Está al teléfono. Me llama desde el Caneel. Desea volar hasta aquí para cenar. Son tres.

Santiago lanzó una risotada.

—Excelente, Prieto, maravilloso. No me perdería eso por nada del mundo.

A continuación, Prieto habló por el otro teléfono.

—Esperamos verles por aquí, brigadier. ¿A qué hora les esperamos?

—A las seis y media o siete.

—Excelente.

Ferguson le devolvió el teléfono celular a Dillon.

—Ponte en contacto con Carney y dile que se reúna con nosotros en el

Jenny's

Place a las seis, con su mejor esmoquin. Tomaremos un cóctel y luego volaremos a Samson Cay. Debería ser una noche muy alegre —dijo antes de salir.

12

Eran las siete de la noche cuando Jenny Grant llegó al aeropuerto Charles de Gaulle de París. Devolvió el coche alquilado, acudió al mostrador de reservas de la British Airways y reservó un pasaje para el siguiente vuelo a Londres. Era demasiado tarde para conectar ese día con el vuelo a Antigua, pero había plaza a la mañana siguiente en el vuelo de las nueve de la mañana que partía de Gatwick, y que llegaba a Antigua poco después de las dos de la tarde hora local, y hasta le reservaron plaza en un vuelo de Antigua a St. Thomas, en uno de los aviones de servicio de la Liat entre las islas. Con suerte, podría estar en St. John a últimas horas de la tarde.

Esperó a que le prepararan los billetes y luego fue a recoger la tarjeta de embarque para el vuelo a Londres, de modo que pudiera desembarazarse del equipaje. Sería mejor quedarse por la noche en Gatwick, en uno de los hoteles del aeropuerto. Se sintió bien por primera vez desde que recibiera la noticia de la muerte de Henry. Estaba muy animada y no podía esperar el momento de regresar a St. John y ver si sus conjeturas eran correctas. Fue a uno de los quioscos y compró una tarjeta telefónica, encontró un teléfono y llamó al

Jenny's

Place, en Cruz Bay. Fue Billy Jones quien contestó.

—¿Billy? Soy yo…, Jenny.

—Santo Dios, señorita Jenny, ¿dónde está?

—En París. En el aeropuerto. Son cerca de las siete y media de la tarde aquí. Regreso mañana, Billy, vía Antigua y luego con la Liat hasta St. Thomas. Te veré alrededor de las seis.

—Eso es maravilloso. Mary estará encantada.

—Billy, ¿ha pasado a verte un hombre llamado Sean Dillon? Le dije que lo hiciera.

—Desde luego que sí. Ha estado navegando por ahí con Bob Carney, él y el brigadier Ferguson. De hecho, acabo de enterarme

por Bob de que los tres se van a reunir aquí para tomar una copa a las seis de la tarde.

—Bien. Transmítele a Dillon un mensaje de mi parte. Dile que regreso porque creo que sé dónde está.

—¿A qué se refiere? —preguntó Billy.

—No importa ahora. Sólo dale ese mensaje. Es muy importante.

Colgó el teléfono, tomó su equipaje de mano y, todavía muy excitada y alegre pasó por el servicio de seguridad y entró en la sala de espera internacional.

Ferguson y Dillon dejaron el *jeep* en el aparcamiento de Mongoose Junction y caminaron hasta el

Jenny's

Place. Con chaqueta y corbata de los Guards y el sombrero panamá colocado en el ángulo correcto sobre su cabeza, el brigadier tenía un aspecto extremadamente impresionante. Dillon llevaba un traje azul y una camisa de algodón blanco abotonada en el cuello. Cuando entraron en el

Jenny's

Place, el bar ya estaba medio lleno con los primeros clientes de la tarde. Bob Carney se apoyaba sobre la barra del bar; llevaba pantalones de lino blanco y una camisa azul. A su lado, sobre un taburete, había una chaqueta. Se volvió hacia ellos y emitió un silbido.

—Esto parece un verdadero desfile de moda. Gracias a Dios que me he vestido para la ocasión.

—Bueno, vamos a encontrarnos con el diablo cara a cara, por decirlo de algún modo. —Ferguson dejó el bastón de bambú sobre la barra—. Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que uno debería hacer el esfuerzo. Champaña, por favor —le dijo a Billy.

—Pensé que eso sería lo que querrían tomar. He puesto a enfriar una botella de Pol Roget. —Billy sacó la botella de debajo del bar y la abrió—. Y ahora la sorpresa que me he estado reservando.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Carney.

—La señorita Jenny me llamó por teléfono desde París. Regresa a casa. Debería estar aquí mañana, más o menos a esta misma hora.

—Eso es maravilloso —exclamó Carney.

Billy sirvió las tres copas.

—Y me dio un mensaje especial para usted, señor Dillon.

—¿De veras? ¿Y qué ha dicho? —preguntó Dillon.

—Dijo era importante. Que le dijera que regresa porque cree que puede saber dónde está. ¿Tiene eso algún sentido para usted? Porque, desde luego, no lo tiene para mí.

—Todo el sentido del mundo —intervino Ferguson, que levantó su copa y brindó—. Caballeros, por las mujeres, en general, y por Jenny Grant en particular. Condenadamente maravillosa. —Y vació su copa—. Bien, lancémonos a la batalla.

Se volvió y fue el primero en salir.

Detrás de ellos, el pescador de barba que había estado sentado ante la barra del bar, escuchando, se levantó y también salió. Se dirigió hacia una cabina pública, a lo largo del paseo marítimo, sacó del bolsillo un papel que le había dado Serra con un número de teléfono y llamó al *María Blanco*. Santiago estaba en su camarote, preparándose para la velada, cuando Serra entró apresuradamente con el teléfono portátil.

—¿Qué demonios pasa ahora? —preguntó Santiago.

—Es mi informante en St. John. Acaba de oír a Dillon y a sus amigos que hablaban con Jones, el barman del

«Jenny's

Place». Parece ser que ella ha llamado por teléfono desde París, y que estará en St. John mañana por la tarde.

—Interesante —dijo Santiago.

—Y eso no es todo, señor. Le envió un mensaje a Dillon para decirle que regresaba porque cree que puede saber dónde está.

El rostro de Santiago se puso muy pálido y agarró el teléfono.

—Aquí Santiago. Repítame ahora esa historia. —Escuchó y finalmente dijo—: Ha hecho usted muy bien, amigo. Será debidamente recompensado. Siga teniendo los ojos abiertos. —Entregó el teléfono a Serra—. ¿Lo ves? Todo le llega al que sabe esperar.

Y tras decir esto se volvió de nuevo hacia el espejo.

Ferguson, Dillon y Carney cruzaron desde Mongoose y siguieron hasta Lind Point, en dirección a la rampa del hidroavión.

—Bastante conveniente el disponer aquí mismo de una rampa —comentó Ferguson.

—En realidad, disponemos casi siempre de un servicio regular de hidroaviones —dijo Carney—. Cuando funciona, se puede volar

desde St. Thomas o desde St. Croix, en vuelo directo incluso hasta San Juan de Puerto Rico.

Llegaron al Cessna y Dillon lo rodeó y comprobó su estado general, retiró los bloques de detrás de las ruedas y abrió la portezuela trasera.

—Bien, amigos, ya pueden pasar.

Ferguson fue el primero en hacerlo, seguido por Carney. Dillon abrió la otra puerta, subió al asiento del piloto, cerró la puerta, la aseguró y se puso el cinturón de seguridad. Soltó los frenos y el avión rodó rampa abajo, se introdujo en el agua, y se alejó impulsado por la corriente.

Ferguson contempló la bahía a la luz del atardecer.

—Hace una tarde muy hermosa, pero he estado pensando que cuando regresemos estará todo oscuro.

—No del todo, brigadier —le dijo Carney—. Hoy tenemos luna llena.

—Comprobé antes la previsión meteorológica —añadió Dillon—. Tendremos una noche clara y fresca. Unas condiciones perfectas. El vuelo no durará más de quince minutos. Hay que abrocharse los cinturones. Los chalecos salvavidas están bajo el asiento.

Puso en marcha el motor, que tosió varias veces y la hélice empezó a girar. Salió lentamente del puerto, se aseguró de que no había tráfico marítimo y se volvió a favor del viento. Se elevaron en el aire y empezaron a ascender. Dillon enderezó el aparato a mil pies de altura. Pasaron sobre una parte del extremo sur de St. John, luego la Reef Bay y finalmente Ram Head, antes de girar hacia la isla Norman. Samson Cay debía estar a unos seis kilómetros al sur. Fue un vuelo muy placentero, sin incidentes, y exactamente quince minutos después de despegar de Cruz Bay efectuaba su primera pasada sobre la isla. El *María Blanco* estaba anclado allá abajo, en el puerto, a trescientos metros de la costa; había también varios yates y hasta algunas personas en la playa, a la luz del crepúsculo.

—Esto es una verdadera ratonera de ricachones —dijo Bob Carney.

—¿De veras? —replicó Ferguson sin dejarse impresionar—. Bueno, confío en que sirvan una comida decente. Eso es lo único que me interesa.

Carlos Prieto salió de la entrada de recepción y levantó la mirada

para ver pasar el Cessna por encima. Había una vieja camioneta Ford aparcada al fondo de los escalones, con un negro de edad avanzada apoyada contra ella.

—Ahí están, Joseph —le dijo Prieto—. Ve a la pista de aterrizaje y tráelos aquí.

—Enseguida, señor.

Joseph se puso ante el volante y se alejó. En el momento en que Prieto se disponía a entrar apareció Algaro.

—Ah, estás ahí. Te andaba buscando. ¿Tenemos en alguna parte a un viejo negro llamado Jackson, Joseph Jackson?

—Desde luego. Precisamente es el conductor de esa camioneta que acaba de marcharse. Ha ido a la pista de aterrizaje para recoger al brigadier Ferguson y a los otros. ¿Lo necesitas para algo importante?

—Bueno, puede esperar —le dijo Algaro, y regresó dentro.

Dillon hizo descender el Cessna y efectuó un aterrizaje perfecto, dirigió el avión hacia el otro extremo de la pista, lo hizo girar para ponerlo de cara al viento y apagó el motor.

—No está mal, Dillon —le dijo Ferguson—. Ya veo que eres capaz de pilotar un avión, te lo aseguro.

—No sabe lo bien que me hacen sentir sus palabras —le dijo Dillon con una sonrisa.

Los tres bajaron y Joseph Jackson acudió a su encuentro.

—El coche espera, señores. Les llevaré al restaurante. Soy Joseph, Joseph Jackson. Si desean alguna cosa, sólo tienen que hacérmelo saber. Llevo viviendo en esta isla más tiempo que nadie.

—¿De veras? —preguntó Ferguson—. Supongo que no estuvo usted aquí durante la guerra, ¿verdad? Tengo entendido que las instalaciones del hotel no estuvieron ocupadas.

—Bueno, no fue exactamente así —contestó Jackson—. En aquel entonces había aquí un hotel viejo que pertenecía a una familia de estadounidenses, los Herbert. El hotel no estuvo ocupado durante la guerra, pero yo y mi esposa May acudimos desde Tortola para cuidar esto.

Habían llegado a la camioneta y Ferguson preguntó:

—¿Ha dicho Herbert? ¿Eran ellos los propietarios?

—El padre de la señorita Herbert se lo dio como regalo de bodas cuando se casó con un tal señor Vail. —Jackson abrió la puerta

trasera para que Ferguson entrara—. Luego, ella tuvo una hija.

Dillon se sentó junto a Ferguson y Carney lo hizo en el asiento delantero, junto a Jackson. Evidentemente, el viejo estaba disfrutando.

—Así que la señorita Herbert se convirtió en la señora Vail, que tuvo una hija llamada señorita Vail, ¿no es eso? —preguntó Dillon.

Jackson puso el motor en marcha y contestó en voz alta:

—Sí, sólo que la señorita Vail se convirtió luego en *lady* Pamer, ¿qué se piensa? Toda una dama inglesa, como en las películas.

—¡Apague enseguida ese motor! —ordenó Ferguson.

Jackson se volvió hacia él, perplejo.

—¿He dicho algo malo?

Bob Carney se inclinó hacia adelante e hizo girar la llave de contacto.

—La señorita Vail se convirtió en *lady* Pamer, ¿está usted seguro? —preguntó Ferguson.

—Bueno, yo la conocía, ¿no le parece? Vino aquí al final de la guerra, con su bebé, el pequeño Francis. Eso tuvo que haber sido en abril del cuarenta y cinco.

Se produjo un pesado silencio en el interior del vehículo. Finalmente, Dillon fue el primero en hablar.

—¿Hubo alguien más por aquí en esa misma época?

—Un tipo alemán llamado Strasser. Apareció una noche, de improviso. Creo que un barco de pesca lo trajo desde Tortola, aunque *lady* Pamer…, bueno, le estaba esperando.

—¿Y sir Joseph?

—Él llegó desde Inglaterra en junio. Entonces, el señor Strasser se marchó. Después de eso, los Pamer también se marcharon y regresaron a Inglaterra. Sir Joseph regresaba de vez en cuando, pero eso fue años después, cuando se construyó el complejo hotelero.

—¿Y sir Francis Pamer? —preguntó Ferguson.

—¿El pequeño Francis? —Jackson se echó a reír—. Creció y se convirtió en todo un caballero. Lo he visto por aquí muchas veces. ¿Podemos marcharnos ahora, señor?

—Desde luego —asintió Ferguson.

Jackson volvió a poner el coche en marcha y se alejó. Dillon sacó un cigarrillo y nadie dijo una sola palabra hasta que llegaron a la entrada principal del hotel. Ferguson sacó su cartera, extrajo un

billete de diez libras y se lo entregó a Jackson.

—Muchas gracias.

—Y yo se las doy a usted —le dijo Jackson—. Estaré preparado para volverlos a llevar de regreso.

Los tres se detuvieron al fondo de los escalones.

—Ahora ya sabemos cómo es que Santiago está tan bien informado —dijo Dillon.

—Santo cielo —exclamó Ferguson—. Un ministro de la Corona, y una de las familias más antiguas de Inglaterra.

—Durante los años treinta, muchas de aquellas personas creyeron que Hitler tenía las ideas correctas —comentó Dillon—. Encaja, brigadier, todo encaja. ¿Qué me dice de Carter?

—El servicio secreto británico fue lo bastante infortunado como para emplear al querido y viejo Kim Philby, a Burgess, a MacLean, todos los cuales trabajaron para la
KGB
y fueron capaces de vendernos al comunismo sin la menor vacilación. Posteriormente, apareció Blunt y luego hubo rumores sobre la existencia de un quinto, y hasta de un sexto hombre. —Ferguson suspiró—. A pesar del hecho de que Simon Carter no me importa, debo decir que, en mi opinión, es un patriota chapado a la antigua, y tan honesto como se pueda ser.

En ese momento, Carlos Prieto apareció en lo alto de los escalones.

—Brigadier Ferguson, es un placer. El señor Santiago le espera en el bar. Acaba de llegar procedente del *María Blanco*. Prefiere alojarse a bordo cuando está aquí.

El bar del vestíbulo estaba bastante ocupado con los ricos que se alojaban en el lugar, tal como cabía esperar. En general, la gente parecía ya entrada en años, antes que joven, sobre todo los hombres. La mayoría de ellos eran estadounidenses y parecía evidente que ya se encontraban bastante cerca del final de su vida laboral. Predominaban los pantalones que imitaban la tela escocesa a cuadros, que se hinchaban sobre vientres amplios, y los esmóquines.

—Que Dios se apiade de mí —exclamó Dillon—. Jamás había visto a tantos hombres que se parecieran a directores de banda de baile en su velada de estreno.

Ferguson se echó a reír ante el comentario y Santiago, que estaba sentado en un taburete, ante la barra, con Algaro cerca de él, se volvió a mirarles. Se levantó y se acercó a ellos con una mano extendida y una actitud educada.

—Mi querido brigadier Ferguson, es un verdadero placer.

—Señor Santiago —dijo Ferguson con formalidad—. Hace tiempo que esperaba este encuentro. —Señaló fugazmente a Algaro con el bastón de bambú—. Pero ¿hay verdadera necesidad de que esta criatura esté presente? Quiero decir, ¿no podría irse a alimentar a los peces o hacer cualquier otra cosa?

Algaro lo miró como si le hubiera gustado matarlo allí mismo, pero Santiago se echó a reír.

—Pobre Algaro, me temo que ya tiene un gusto adquirido.

—Pequeño diablillo. —Dillon meneó varias veces un dedo hacia Algaro—. Y ahora, sé buen chico y vete a roer un hueso por ahí.

Santiago se volvió y le dijo a Algaro en español:

—Ya te llegará el turno. Vete y haz lo que te he dicho.

Algaro se marchó y Ferguson dijo:

—Bien, aquí estamos. ¿Y ahora qué?

—¿Un poco de champaña, quizá? ¿Una cena agradable? —Santiago le hizo una seña a Prieto, que hizo chasquear los dedos y apareció un camarero que lo acompañó con un cubo de hielo y una botella de Krug dentro—. Uno puede ser civilizado, ¿no les parece?

—¿De veras? —preguntó Dillon. Comprobó la etiqueta de la botella—. Del ochenta y tres. No está mal, señor.

—Me inclino ante su buen juicio. —El camarero llenó las copas y Santiago levantó la suya—. Por usted, brigadier Ferguson, por los campos de juego de Eton y el permanente éxito del Grupo Cuatro.

—Está usted muy bien informado —dijo el brigadier.

—Y usted, capitán Carney, es un hombre realmente notable. Héroe de guerra, capitán mercante, buceador de proporciones casi legendarias. ¿Cómo han logrado hacerle intervenir en esta película?

—Supongo que yo mismo tuve que buscarme el papel —le contestó Carney.

—Y el señor Dillon. Qué decir de un hombre cuyo único rival en la profesión que ha elegido ha sido el legendario Carlos.

—Así pues, ya nos conoce a todos —dijo Ferguson—. Muy impresionante. Debe de necesitar mucho lo que hay dentro de ese

submarino.

—Pongamos las cartas sobre la mesa, brigadier. Usted desea lo que seguramente se encuentra en el camarote del capitán, el maletín de Bormann que contiene la autorización personal de puño y letra del Führer, el *Libro Azul* y el protocolo Windsor.

Se produjo una pausa, y fue Carney quien observó:

—Interesante. No le ha llamado usted Hitler, sino Führer.

La expresión del rostro de Santiago se endureció.

—Un gran hombre, realmente grande, que tuvo una visión del mundo tal y como debía ser, y no como resultó ser.

—¿De veras? —preguntó Ferguson—. Tengo entendido que, si se cuenta a los judíos, los gitanos, los rusos y los muertos de guerra de diversos países, unos veinticinco millones de personas fallecieron para demostrar que estaba equivocado.

—Usted y yo queremos lo mismo —dijo Santiago—. El contenido de ese maletín. Usted no quiere que caiga en malas manos. Desea evitar que el viejo escándalo afecte a tanta gente, al duque de Windsor, y volver a situar a la familia real en el ojo de la tormenta. Los medios de comunicación harían su agosto. Tal como he dicho, los dos queremos lo mismo. Yo tampoco quiero que todo eso salga a la luz.

—¿De modo que la obra continúa? —preguntó Ferguson—. ¿Los *Kamaraden*? ¿Cuántos nombres hay en esa lista, nombres famosos, nombres antiguos que han prosperado desde la guerra, en destacados puestos de la industria y del mundo de los negocios, todo ello apoyado con dinero nazi?

—Jesús —exclamó Dillon—. Eso hace que la mafia parezca una buena cerveza.

—Vamos, vamos —le dijo Santiago—. ¿Acaso tiene importancia todo eso después de tantos años?

—Pues por lo visto tiene que tenerla, y mucha, para usted o sus amigos —dijo Carney—. De otro modo, ¿a qué viene tomarse tantas molestias?

—Pues claro que es importante, señor Carney —intervino Ferguson—. Esa es la cuestión. Es importante si la red ha seguido actuando a lo largo de los años, si en ella se han visto implicados los hijos, los nietos, gente que ocupa altos puestos, como por ejemplo algunos políticos. —Tomó un trago de champaña—.

Imagínese que tuvieran a alguien en un alto puesto del gobierno. Qué útil les sería eso, para, al cabo de tantos años, desatar la clase de escándalo capaz de conseguir que todo se desmoronara a nuestro alrededor.

Santiago le hizo una seña al camarero para que sirviera más champaña.

—Pensé que podría ser usted sensato, pero ya veo que no. No le necesito, brigadier; ni a usted, señor Carney. Dispongo de mis propios buceadores.

—Descubrirlo no es suficiente —dijo Carney—. También hay que entrar en esa pequeña lata, y para eso se necesita experiencia.

—Tengo buceadores, señor Carney, una amplia reserva de C4, ¿es ése el nombre del explosivo? Sólo empleo a gente que sabe bien lo que está haciendo. —Sonrió—. Pero ya veo que esto no nos lleva a ninguna parte. —Se levantó—. Al menos, creo que podremos comer como hombres civilizados. Caballeros, les ruego que me acompañen.

La camioneta Ford se detuvo al lado de la pista de aterrizaje. Algaro estaba sentado en la parte de atrás. Joseph Jackson se sentaba ante el volante.

—¿Es aquí donde quería venir, señor?

—Creo que sí —contestó Algaro—. Esa gente a la que has traído desde el avión, ¿cómo eran?

—Caballeras muy simpáticos —contestó Jackson.

—No, lo que quiero decir es si se mostraron muy curiosos. ¿Le hicieron preguntas?

Jackson empezó a sentirse inquieto.

—¿A qué clase de preguntas se refiere, señor?

—Digámoslo de la siguiente forma: ellos hablaron y tú hablaste. Ahora bien, ¿de qué hablaron?

—Bueno, el caballero inglés estaba interesado en saber cosas de los viejos tiempos. Le dije que yo había sido cuidador de la propiedad de los Herbert durante la gran guerra, con mi esposa.

—¿Y qué más le dijiste?

—Nada, señor, se lo juro —contestó Jackson, que ahora ya estaba asustado.

Algaro le colocó una mano sobre la nuca y apretó.

—¡Dímelo, maldita sea!

—No fue mucho más, señor. —Jackson forcejeó para liberarse—. Fue sobre los Pamer.

—¿Los Pamer?

—Sí, sobre *lady* Pamer y cómo llegó aquí al final de la guerra.

—A ver, cuéntamelo todo —dijo Algaro dándole unas palmaditas en la mejilla, desde atrás—. No te preocupes, sólo tienes que decirme la verdad.

Así lo hizo Jackson.

—¿Lo ves? —dijo Algaro cuando hubo terminado—. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Deslizó un brazo alrededor del cuello de Jackson, le colocó la otra mano sobre la parte superior de la cabeza y la hizo girar con un movimiento brusco y fuerte, rompiéndole el cuello tan limpiamente que el anciano murió en un instante. Bajó de la camioneta, se acercó a la puerta del conductor y sacó el cadáver. Lo colocó en el suelo, con la cabeza justo debajo de la rueda trasera, sacó una navaja, hizo saltar el muelle para abrirla e introdujo la punta en la goma de la rueda, pinchándola. Sacó el gato hidráulico, lo colocó en posición y levantó el vehículo, mientras silbaba tranquilamente.

Rápidamente, aflojó los pernos y quitó la rueda. Retrocedió y le dio una patada al gato; la parte trasera de la camioneta se sacudió hacia un lado y cayó sobre Jackson. Luego sacó la rueda de repuesto y la dejó junto a la otra. Finalmente, se dirigió hacia el Cessna y permaneció allí de pie, mirándolo durante un rato.

La cena fue excelente. Alas de pollo a la india con queso azul, sopa de pescado, seguido por pescado rojo del golfo de México. Nadie pidió postre y Santiago preguntó:

—¿Café?

—Yo preferiría té —dijo Dillon.

—Muy irlandés por su parte.

—Todo lo que me he podido permitir desde niño.

—Yo lo mismo —dijo Ferguson.

En ese momento, Algaro apareció en la puerta del restaurante.

—Deben disculparme un momento, caballeros. —Santiago se levantó y fue a reunirse con Algaro—. ¿Qué hay?

—Descubrí quién era ese tal Jackson, el viejo estúpido que conducía ese taxi Ford.

—¿Qué sucedió?

Algaro le informó rápidamente y Santiago escuchó atentamente, mientras observaba con un interés aparentemente extraordinario al camarero que servía el té y el café.

—Pero eso significa que nuestros amigos saben que sir Francis está metido en este asunto.

—Eso da igual, señor. Sabemos que la muchacha llega mañana, y también sabemos que ella cree tener una idea de dónde está el submarino, ¿verdad? ¿Quién necesita ya a esta gente?

—Algaro —dijo Santiago—. ¿Qué has hecho?

Cuando Santiago regresó a la mesa, Ferguson terminó su té y se levantó.

—Ha sido una cena excelente, Santiago, pero ahora tenemos que marcharnos.

—Qué pena. Ha sido toda una experiencia.

—¿De veras? Y a propósito, un par de regalos para usted. —Ferguson se sacó del bolsillo los dos pequeños instrumentos electrónicos de rastreo y los dejó sobre la mesa—. Creo que esto es suyo. Dele mis saludos a sir Francis la próxima vez que hable con él, o quizá yo pueda saludarlo en su nombre.

—Qué bien lo expresa usted —dijo Santiago, y se sentó.

Llegaron a la puerta principal y encontraron a Prieto de pie en lo alto de la escalera. Parecía aturdido.

—Lo siento mucho, caballeros, pero no sé qué le ha podido suceder al taxi.

—No tiene ninguna importancia —dijo Ferguson—. Podemos llegar allí andando en cinco o seis minutos. Buenas noches. La cena ha sido excelente.

Y descendió los escalones.

Fue Carney quien descubrió la camioneta en cuanto llegaron a la pista de aterrizaje.

—¿Qué está haciendo ahí? —preguntó, y llamó en voz alta—: ¿Jackson?

No hubo respuesta. Se acercaron y vieron el cuerpo enseguida. Dillon se tumbó boca abajo y se acercó todo lo que pudo, luego se levantó, limpiándote la ropa.

—Ya lleva muerto algún tiempo.

—Pobre hombre —dijo Carney—, por lo visto, se le soltó el gato

y el coche le cayó encima.

—Una notable coincidencia —dijo Ferguson.

—Exactamente —asintió Dillon—. Nos habla de Francis Pamer y…, bingo, aparece muerto.

—Un momento —intervino Carney—. Si Santiago conocía la existencia del viejo, ¿por qué haberlo dejado hasta ahora? Quiero decir que habría podido librarse de él mucho antes.

—Pero no si no hubiera sabido que existía —dijo Ferguson.

Dillon asintió con un gesto.

—Hasta que alguien se lo dijo. Alguien que le ha estado suministrando toda la información que necesitaba.

—¿Se refiere a ese tal Pamer? —preguntó Carney.

—En efecto; ¿no es eso perfectamente terrible? —dijo Ferguson —. Demuestra que no puede uno fiarse de nadie en estos últimos tiempos. Y ahora salgamos de aquí.

Él y Carney subieron a los asientos de atrás y se pusieron los cinturones de seguridad. Dillon sacó una linterna de la guantera de mapas y realizó una inspección extrema. Regresó, subió al asiento del piloto y cerró la puerta.

—Todo parece estar bien.

—No creo que quiera matarnos todavía —dijo Ferguson—. Todas las otras pequeñas travesuras no han sido más que una forma de agravar las cosas, pero nos necesita para que le llevemos hasta donde está el submarino, así que pongámonos en marcha inmediatamente, Dillon.

Dillon dio al contacto y el motor rugió y la hélice empezó a girar. Comprobó cuidadosamente los instrumentos iluminados del panel.

—Combustible, presión del aceite. —Recitó toda la letanía de comprobaciones—. Todo parece estar bien, así que allá vamos.

Hizo avanzar el Cessna por la pista, a toda potencia y los elevó en la noche, para girar hacia el mar.

La noche era magnífica, las estrellas brillaban en el cielo y allá abajo el mar y las islas se veían bañadas por la dura luz blanca de la luna llena. St. John apareció en la lejanía, ante ellos. Cruzaron Ram Head y avanzaron a lo largo de la costa sur. Fue entonces cuando el motor produjo un estertor y comenzó a ratear.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ferguson.

—No lo sé —contestó Dillon.

Comprobó los instrumentos y vio lo que le había ocurrido a la presión del aceite.

—Tenemos problemas —anunció—. Pónganse los chalecos salvavidas.

Carney sacó el del brigadier y le ayudó a ponérselo.

—Pero la razón de estos chalecos es que uno no se estrelle, sino que logre amerizar —dijo Ferguson.

—Eso es lo que dice la teoría —asintió Dillon.

El motor se paró por completo y la hélice dejó de girar.

Estaban a novecientos pies de altura e hizo descender el avión en un fuerte picado.

—Tenemos delante Reef Bay, es una zona mortal —dijo Carney.

—Correcto. Bien, veamos lo que vamos a hacer —les dijo Dillon —. Si tenemos suerte, nos deslizaremos y amerizaremos sobre el agua. Si las olas son demasiado altas, es muy posible que se produzca un choque, así que abandonen el avión enseguida. ¿Qué profundidad hay en esta zona, Carney?

—Unas siete brazas.

—Bien, hay una tercera alternativa, brigadier, y consiste en que vayamos directamente al fondo.

—Acabas de darme la noche, hijo —le dijo Ferguson.

—Si ocurre eso, confíe en Carney; él se ocupará de usted, pero no pierda el tiempo tratando de abrir la puerta mientras nos hundimos. Permanecerá cerrada hasta que hayamos tocado fondo y entre agua suficiente como para igualar la presión.

—Muchas gracias —dijo Ferguson.

—De acuerdo, allá vamos.

Ahora, la superficie de la bahía estaba muy cerca y el mar no parecía estar mal. Dillon hizo descender el Cessna como para lo que habría parecido un amerizaje perfecto, pero algo salió mal desde el principio. El avión se lanzó hacia adelante lentamente, fuera de control, chocó y se hundió bajo la superficie con el morro hacia abajo.

El agua era como cristal negro. Estaban totalmente sumergidos y descendían. Aún quedaba aire suficiente en la cabina y las luces seguían brillando en el panel de instrumentos. Dillon notó el agua que subía por sus tobillos y de repente estuvo a la altura de su

cintura y las luces del panel de instrumentos se apagaron.

—¡Cristo todopoderoso! —gritó Ferguson.

—Ya le he desatado el cinturón —le dijo Carney—. Esté preparado para salir en cualquier momento.

El Cessna, que seguía descendiendo con el morro hacia abajo, tocó en ese momento un claro de arena en el fondo de la bahía, se levantó un poco y luego descendió de costado. La punta del ala de babor se rompió al chocar contra un risco de coral. Los rayos de la luna llena que llegaban a través del agua producían una asombrosa cantidad de luz y Dillon, que miraba por el parabrisas de la cabina, mientras el agua le llegaba al cuello, se quedó asombrado al comprobar lo lejos que era capaz de ver.

—Respire profundamente, brigadier —oyó que decía Carney—. Voy a abrir la puerta ahora. Limítese a deslizarse fuera y subiremos los dos juntos.

El propio Dillon inspiró profundamente y cuando el agua le hubo cubierto la cabeza abrió la puerta, se impulsó hacia el puntal del ala y salió del interior de la cabina. Se volvió, sujetándose todavía al puntal y vio a Carney, que agarraba al brigadier por una manga, se impulsaba con los pies sobre el ala y ambos iniciaban el ascenso.

Suele decirse que si se sube demasiado rápido y no se expulsa el aire con lentitud durante el trayecto, se corre el peligro de desgarrarse los pulmones, pero en una situación como ésta no había tiempo para consideraciones y Dillon flotó rápidamente hacia arriba, con los rayos de luz de la luna filtrándose por entre las aguas claras, consciente de que Carney y el brigadier se encontraban a la izquierda y por encima de él. Todo pareció suceder como en cámara lenta, como si fuera un sueño. Entonces sacó la cabeza por encima de la superficie e inhaló profundamente el aire salado del mar.

Carney y Ferguson flotaban a pocos metros de distancia. Dillon nadó hacia ellos.

—¿Están bien?

—Dillon —jadeó Ferguson, tratando de respirar—, te debo una cena, muchacho. Os debo una cena a los dos.

—Le tomo la palabra —dijo Dillon—. Puede volver a invitarme al Garrick.

—A donde quieras. Y ahora, ¿crees que es posible que salgamos

de una vez de aquí?

Se volvieron y nadaron hacia la playa, con Carney y Dillon a cada lado del hombre de mayor edad. Salieron juntos y tambaleantes del agua y se sentaron sobre la arena para recuperarse.

—Hay una casa no muy lejos de aquí —dijo Carney—. Conozco bien a la gente. Nos llevarán a la ciudad.

—¿Y el avión? —preguntó Ferguson.

—En St. Thomas hay una buena unidad de salvamento. Llamaré al jefe esta misma noche. Probablemente, será lo primero que hagan por la mañana. Disponen de un barco de recuperación con una grúa y podrán levantar ese trasto limpiamente desde el fondo. —Se volvió hacia Dillon y preguntó—: ¿Qué salió mal?

—La presión del aceite se volvió loca y eso apagó el motor.

—Debo decir que tu amerizaje dejó mucho que desear —observó Ferguson, que se levantó débilmente.

—Fue un buen amerizaje —dijo Dillon—. Las cosas sólo empezaron a salir mal en el último momento y tiene que haber una razón que lo explique. Quiero decir, que una cosa salga mal quizá sea una desgracia, pero que salgan mal dos seguidas ya es muy sospechoso.

—Será muy interesante ver qué descubre ese equipo de salvamento —comentó Carney.

Cuando empezaron a cruzar la playa, Dillon dijo:

—Brigadier, ¿recuerda cuando estábamos en el avión, en Samson, y dijo usted que no creía que intentara matamos todavía?

—¿Sí? —dijo Ferguson—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, creo que lo acaba de intentar.

El hombre que Carney conocía en la casa sacó su camioneta y los llevó a Mongoose, donde se separaron. Carney prometió ocuparse de la recuperación del avión y de informarles por la mañana.

Ya de regreso al chalet, en Caneel, Dillon tomó una ducha caliente en la que permaneció largo rato, reflexionando sobre lo ocurrido. Finalmente, se puso un batín, se sirvió una copa de champaña y salió a la terraza, donde se quedó de pie en la cálida noche.

Oyó que se abría su puerta y vio entrar a Ferguson.

—Ah, estás ahí. —Él también llevaba un batín, pero se había

puesto además una toalla alrededor del cuello—. Tomaré una copa de eso, muchacho, y también utilizaré tu teléfono. ¿Qué hora es?

—Cerca de la medianoche.

—Eso significa que son las cinco de la madrugada en Londres. Hora de levantarse.

Y, tras decir esto, Ferguson marcó el número del piso del inspector Jack Lane.

Lane se despertó con un gemido, encendió la lámpara de la mesita de noche y tomó el teléfono.

—Aquí Lane.

—Soy yo, Jack —le dijo Ferguson—. Todavía en la cama, ¿verdad?

—Por el amor de Dios, señor, sólo son las cinco de la mañana.

—¿Y qué tiene que ver eso? Tengo trabajo para ti, Jack. Acabo de descubrir cómo se las ha arreglado nuestro amigo Santiago para estar tan bien informado.

—¿De veras, señor? —preguntó Lane, ya completamente despierto.

—¿Te lo creerías si te dijera que se trata de sir Francis Pamer?

—¡Santo Dios! —Lane apartó de golpe las ropas de la cama y se sentó—. Pero ¿por qué?

Ferguson le informó brevemente de lo ocurrido, terminando con las revelaciones del viejo Joseph Jackson, su muerte y el choque en el avión.

—Resulta difícil de creer —dijo Lane.

—¿Verdad que sí? En cualquier caso, ponte a trabajar sobre la familia Pamer, Jack. ¿De dónde procedía el dinero del viejo sir Joseph, cómo se las arregla sir Francis para vivir como un príncipe? Utiliza todas las fuentes habituales.

—¿Qué hago con el subdirector, señor? ¿Le ha informado?

—¿A Simon Carter? —Ferguson emitió una risotada—. Se subiría por las paredes. Tardaría por lo menos una semana en convencerse de la veracidad de la historia.

—Muy bien, señor. Pondré las cosas en marcha de inmediato.

—Bien, de eso ya se están ocupando —dijo Ferguson.

—He estado pensando —dijo Dillon—. Tenía usted razón antes cuando dijo que no creía que Santiago estuviera preparado para matarnos, porque aún nos necesitaba. Suponiendo que el choque del

avión no fue un accidente, ¿qué le hizo cambiar de opinión?

—No tengo ni la menor idea, hijo, pero estoy seguro de que lo descubriremos. —Ferguson volvió a marcar los números del teléfono celular—. Ah, ¿es ahí Samson Cay? ¿Quiere ponerme con el señor Prieto, por favor?

—Aquí Prieto —dijo una voz al cabo de un momento.

—Le llama Charles Ferguson desde Caneel. Ha sido una noche maravillosa y hemos disfrutado de una cena excelente. Dele las gracias al señor Santiago de mi parte.

—Desde luego, brigadier, ha sido usted muy amable al llamar.

Ferguson desconectó el teléfono.

—Eso le dará a ese bastardo algo en que pensar. Ponme otra copa de champaña, querido muchacho. Luego me iré a la cama.

—Pero no antes de que me diga algo —dijo Dillon llenando su copa.

—¿De qué se trata? —preguntó Ferguson después de vaciar la mitad de la copa.

—Sabía usted desde el principio que iba a venir a St. John, puesto que hizo su reserva al mismo tiempo que la mía, y eso fue antes de que yo llegara aquí, antes de que supiéramos que Santiago conocía mi nombre, quién era yo y por qué estaba aquí.

—¿Y qué significa eso?

—Usted sabía que Pamer no andaba metido en nada limpio, incluso antes de que yo saliera de Londres —siguió diciendo Dillon.

—Cierto —admitió Ferguson—. Pero no tenía pruebas.

—Pero ¿cómo lo sabía?

—Por un sencillo proceso de eliminación, mi querido muchacho. Al fin y al cabo, ¿quiénes estaban al tanto de todo? Henry Baker, la chica, el almirante Travers, yo mismo, Jack Lane, tú y el primer ministro. A todos vosotros pude descartaros inmediatamente.

—Lo que sólo dejaba como sospechosos a Carter y a Pamer.

—Parece como una comedia de enredo a la antigua usanza, ¿verdad? Carter, como ya te dije antes, es totalmente honesto, y me baso en mi pasada experiencia con ese hombre.

—Lo que sólo dejaba al bueno de sir Francis.

—Exactamente, y eso era algo que me parecía absurdo. Como ya he dicho antes, se trata de un *baronet*, una de las familias más antiguas de Inglaterra y, por si fuera poco, miembro del gobierno.

—Terminó el contenido de la copa y la dejó sobre la mesa—. Pero entonces pensé que, según dijo el gran Sherlock Holmes, cuando se han agotado todas las posibilidades, la respuesta debe encontrarse en lo imposible. —Sonrió—. Buenas noches, mi querido muchacho. Te veré por la mañana.

13

A la mañana siguiente Santiago tomó un baño en el mar y luego se sentó en la popa, bajo el entoldado, tomó café, una tostada y unas pocas uvas, mientras reflexionaba. Algaro esperaba pacientemente junto a la borda, en silencio.

—Me pregunto qué pudo salir mal —dijo Santiago—. Al fin y al cabo, sería insólito que hubieras cometido un error, Algaro.

—Sé lo que me hago, señor. Hice lo que era necesario, créame.

En ese momento se presentó el capitán Serra.

—Acabo de recibir una llamada del hombre que tenemos en Cruz Bay, señor. Parece ser que el Cessna se estrelló anoche en Reef Bay, en la costa sur de St. John. Terminó en el fondo, a unos catorce metros de profundidad. Ferguson, Carney y Dillon sobrevivieron.

—¡Que se condenen al infierno! —exclamó Algaro, colérico.

—Dentro de muy poco —dijo Santiago, que permaneció sentado, con el ceño fruncido.

—¿Tiene usted alguna orden, señor? —preguntó Serra.

—Sí. —Santiago se volvió hacia Algaro—. Después de almorzar, te llevas a Guerra y vais a St. John en la lancha. La chica debería llegar esta tarde, hacia las seis.

—¿Quiere que la traigamos directamente aquí, señor?

—Eso no será necesario. Sólo tenéis que averiguar lo que sabe. Estoy seguro de que eso no estará fuera de vuestras capacidades.

La sonrisa de Algaro fue maligna.

—A sus órdenes, señor.

Y se retiró. Serra esperó pacientemente, mientras Santiago se servía un poco más de café.

—¿Cuánto tiempo tardará la lancha en llegar a Cruz Bay? —preguntó Santiago.

—De dos a dos horas y media, señor, dependiendo del tiempo.

—¿Aproximadamente el mismo tiempo que tardaría el *María Blanco*?

—Sí, señor.

—Es posible que desee regresar esta noche a nuestro fondeadero, frente a Paradise Beach. Todavía no estoy seguro de ello. Dependerá de cómo se desarrollen los acontecimientos. En cualquier caso, ponme en contacto con sir Francis, en Londres.

Serra tardó veinte minutos en localizar a Pamer en una función en el Dorchester. Parecía muy irritado cuando se puso al teléfono.

—¿Quién es? Espero que sea importante, porque tengo que pronunciar un discurso.

—Oh, estoy seguro de que lo harás maravillosamente bien, Francis.

Se produjo una pausa al otro lado de la conexión, hasta que Pamer dijo:

—Ah, eres tú, Max, ¿cómo van las cosas?

—Hemos conseguido localizar al viejo que nos mencionaste, a ese tal Jackson. Qué mentalidad; realmente notable. Recordaba todo lo ocurrido en el cuarenta y cinco, hasta en sus más mínimos detalles.

—Oh, Dios mío —exclamó Pamer.

Santiago, que nunca le había hecho ascos a afrontar los hechos en cualquier situación en que se encontrara, continuó:

—Afortunadamente para ti, sufrió un accidente cuando trataba de cambiar la rueda de su coche, y ahora estará en mejor lugar.

—Por favor, Max, no quiero saber nada de esto.

—No seas estúpido, Francis; ahora es el momento de conservar la calma y no ponerse nerviosos, sobre todo porque el viejo le contó a Ferguson todo lo que sabía antes de que mi hombre lo ayudara a irse al otro barrio. Ha sido muy desafortunado.

—¿Ferguson lo sabe? —Pamer se sintió como si estuviera a punto de sofocarse y se aflojó el nudo de la corbata—. ¿Sabe lo de mi madre y mi padre, lo de Samson Cay y Martin Bormann?

—Me temo que sí.

—Pero entonces…, ¿qué vamos a hacer?

—Librarnos de Ferguson, naturalmente, de Dillon y también de Carney. La chica llega esta tarde y, según mis informaciones, sabe dónde está el submarino. Naturalmente, después de eso tampoco nos servirá de nada.

—Por el amor de Dios, no —imploró Pamer que de repente se sintió helado—. Se me acaba de ocurrir algo. Esta mañana, mi

secretaria me ha preguntado si había algún problema con mis asuntos financieros. Al preguntarle por qué, me contestó que había observado que se había llevado a cabo una comprobación de seguridad en la computadora. No le di ninguna importancia. Quiero decir que, cuando se es ministro, a veces se realizan diversas comprobaciones independientes para la propia seguridad.

—Correcto —dijo Santiago—. Comprueba inmediatamente la fuente e infórmame en cuanto lo sepas. —Cortó la comunicación y le tendió el teléfono a Serra—. ¿Sabes una cosa, Serra? Es un constante motivo de extrañeza para mí el comprobar la frecuencia con la que me veo relacionado con personas estúpidas.

Cuando Ferguson, Dillon y Carney bajaron a Reef Bay en el *jeep* de este último, pudieron ver el Cessna suspendido del extremo de la grúa, en la popa del barco de salvamento, ya fuera del agua. Sobre la cubierta había tres hombres con trajes de buceo, y otro más con gorra deportiva, camisa de algodón y vaqueros. Carney emitió un fuerte silbido, el hombre se volvió, lo saludó con la mano y descendió a un bote hinchable que había amarrado al costado del barco. Puso en marcha el motor fuera borda y se dirigió hacia la costa.

Descendió sobre la playa, sosteniendo el bastón de bambú de Ferguson.

¿Esto pertenece a alguien?

—Le estoy profundamente agradecido —dijo Ferguson tendiendo la mano para cogerlo—. Significa mucho para mí.

Carney hizo las presentaciones.

—¿Cuál es el veredicto, o no has tenido tiempo todavía?

—Demonios, está bastante claro —contestó el capitán de salvamento; se volvió hacia Dillon y preguntó—: Me ha dicho Bob que el instrumento de presión del aceite se volvió loco, ¿no es eso?

—Cierto, así fue.

—No es nada sorprendente. La tapadera había volado. Normalmente, tener tanta presión como para volar la tapa sólo se produce cuando hay una cantidad sustancial de agua en el aceite. Al calentarse el motor, el agua se convierte en vapor y ya está.

—¿Y no dirías tú que era extraño tener tanta presión en el aceite? —preguntó Carney.

—Bueno, eso no soy yo quien debe decirlo. Lo cierto es que un

gamberro con muy malas intenciones quiso causarles daño. Además, alguien actuó sobre la base de los flotadores con lo que parece ser fue un hacha de bombero, y por esa razón capotó el avión al intentar el amerizaje. En cuanto tocó el agua, ésta entró en los flotadores. —Se encogió de hombros—. El resto ya lo saben. En cualquier caso, llevaremos el avión a St. Thomas. Me ocuparé de las reparaciones y les mantendré informados. —Sacudió la cabeza—. Realmente, han tenido mucha suerte.

Volvió al bote hinchable y regresó al barco de salvamento.

Estaban sentados en un reservado en el

Jenny's

Place y Mary Jones les trajo sopa de pescado y pan francés. Billy les sirvió cervezas heladas y sacudió la cabeza.

—Debéis tener muchas agallas, porque no deberíais estar aquí —les dijo.

Se alejó y Dillon dijo:

—Así que se equivocó usted, brigadier. Trató de matarnos, pero ¿por qué?

—Quizá tuviera algo que ver con lo que dijo ese anciano, el tal Jackson —comentó Carney.

—Sí, eso formaría parte de la situación pero, me sorprende —dijo Ferguson—. Todavía creía que podíamos ser útiles.

—Bueno, seguro que todavía lo seremos cuando llegue Jenny —le dijo Carney.

—Esperemos que así sea. —El brigadier levantó un brazo—. Traiga más cerveza, por favor. Está realmente excelente.

Cuando Pamer volvió a llamar a Santiago ya eran las seis de la tarde en Londres.

—Las cosas no podrían estar peor —dijo—. Esa revisión de la computadora ha sido autorizada por el detective inspector Lane, el ayudante de Ferguson en estos momentos, tomado temporalmente de prestado de la rama especial. Es una comprobación sobre el historial financiero de mi familia, Max, me están investigando. Estoy acabado.

—No seas estúpido. Sólo tienes que mantener la calma. Piensa en el tiempo transcurrido. Si consideras cuándo descubrió Ferguson tu implicación, sólo puede haber tenido tiempo de hablar con ese Lane y decirle que empiece a escarbar.

—Pero ¿y si ha hablado con Simon Carter o con el primer ministro?

—De haberlo hecho, tú ya lo sabrías, ¿y por qué iba a hacer una cosa así? Ferguson ha llevado todo este asunto de una forma muy personal y continuará haciéndolo así.

—Pero ¿qué pasa entonces con Lane?

—Haré que se encarguen de él.

—No, por el amor de Dios —gimió Pamer—. No puedo admitir más asesinatos.

—Intenta actuar como un hombre de vez en cuando —le dijo Santiago—. Y consuélate al menos con una cosa: en cuanto tengas los documentos de Bormann en tu poder, el protocolo Windsor será un instrumento muy útil en tus manos, tiene que haber gentes cuyos padres o abuelos aparecen en el *Libro Azul* y que estarían dispuestos a ofrecer cualquier cosa con tal de que no se supiera. —Se echó a reír—. No te preocupes, Francis, nos vamos a divertir mucho con todo este asunto.

Cortó la comunicación, reflexionó un momento y marcó otro número de Londres. Habló en español.

—Aquí Santiago. Tengo un gran trabajo de eliminación para ti que tiene que llevarse a cabo esta misma noche. Un tal detective inspector Jack Lane, de la rama especial. Estoy seguro de que podrás encontrar la dirección. —Cortó la comunicación y le devolvió el teléfono a Algaro—. Y ahora, amigo mío, creo que ya es hora de que tú y Guerra salgáis para St. John.

Eran las cinco y media cuando Jenny llegó en el *ferry* a Cruz Bay. Sólo tuvo que recorrer unos pocos cientos de metros hasta la entrada del

Jenny's

Place y cuando entró ya había unas pocas personas en el bar. Billy Jones estaba detrás de la barra, que rodeó para salir a saludarla.

—¡Vaya, señora Jenny! ¡Qué alegría de verla!

—¿Está Mary aquí?

—Sí, está en la cocina, preparando las cosas para esta noche. Sólo tiene que ir a la cocina.

—Iré dentro de un momento. ¿Hablaste con Dillon? ¿Le diste mi mensaje?

—Así lo hice. Él, ese amigo suyo y Bob Carney han estado

comportándose como ladrones estos últimos días. No sé qué demonios está pasando, pero, desde luego, algo ocurre.

—¿Así que Dillon y el brigadier Ferguson están todavía en el Caneel?

—Desde luego que están. ¿Quiere ponerse en contacto con él?

—Tan pronto como sea posible.

—Bueno, ya sabe que no tienen teléfonos en esos chalets del Caneel, pero Dillon tiene un teléfono celular y me dio el número. —Volvió detrás de la barra, abrió la caja registradora y sacó un trozo de papel—. Aquí lo tiene.

En ese momento, Mary salió de la cocina y se detuvo de improviso al verla.

—¡Jenny! Ya has vuelto. —La besó en la mejilla y la apartó un poco para contemplarla—. Tienes un aspecto fatal, cariño, ¿qué has estado haciendo?

—Nada importante —contestó Jenny con una sonrisa de cansancio—. Sólo he conducido a través de media Francia, luego he tomado un avión a Londres, otro a Antigua y un tercero a St. Thomas. Creo que nunca me había sentido tan cansada en toda mi vida.

—Lo que necesitas es alimentarte un poco, tomar un baño caliente y pasar una buena noche de sueño.

—Es una excelente idea, Mary, pero tengo cosas que hacer. Aunque me vendría bien una taza de café. Sírvemela en el despacho, por favor. Tengo que hacer una llamada telefónica.

A partir del pescador que era el contacto del capitán Serra en Cruz Bay, Algaro y Guerra habían conseguido la dirección de la casa en Gallows Point. La habían visitado, aunque en ese momento Algaro consideró que no sería buena idea forzar la entrada. Regresaron al paseo marítimo y esperaron la llegada del *ferry* de St. Thomas y el desembarco de los pasajeros. De los aproximadamente veinte pasajeros, sólo cinco eran blancos y tres de ellos eran hombres. Como quiera que la otra mujer debía de tener por lo menos sesenta años, tuvieron la seguridad de saber quién era la joven con la maleta. La siguieron a una distancia discreta y la vieron subir los escalones de acceso al café.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Guerra.

—Esperar —le dijo Algaro—. Tendrá que ir a la casa tarde o

temprano.

Guerra se encogió de hombros, sacó un cigarrillo y lo encendió. Luego, los dos se sentaron en un banco.

Dillon acababa de meterse en el agua para tomar un baño en Paradise Beach; había dejado el teléfono celular, con la toalla, sobre una de las tumbonas de la playa. Oyó el teléfono y nadó todo lo rápido que pudo hasta la orilla.

—Aquí Dillon.

—Soy Jenny.

—¿Dónde estás?

—En el bar. Acabo de llegar. ¿Cómo han ido las cosas?

—Bueno, digamos que han estado muy animadas y dejémoslo así. Había gente esperándome en cuanto llegué aquí, Jenny, gente de la oposición. Hay un hombre llamado Santiago, que es el responsable del robo en Lord North Street y de aquellos dos gorilas que trataron de asaltarte en el Támesis. Está por aquí, en un yate llamado el *María Blanco*, y trata de causarnos todos los problemas que puede.

—¿Por qué?

—Porque quiere el maletín de Bormann, así de sencillo.

—Pero ¿cómo conocía la existencia del submarino?

—Se produjo una filtración desde Londres, alguien relacionado con los servicios de inteligencia. Tenías razón acerca de Bob Carney. Es todo un tipo, pero no ha logrado encontrar una solución. ¿Crees realmente que puedes ayudamos, Jenny?

—Bueno, sólo es una idea, tan sencilla que temo decírtela por teléfono, así que dejémoslo hasta que nos veamos. —Miró su reloj —. Son las seis. Me vendría muy bien tomar un baño de agua caliente y arreglarme un poco. Digamos que podríamos encontrarnos aquí a las siete y media. Y trae contigo a Bob.

—Me parece bien.

Dillon cortó la comunicación, dejó el teléfono, se secó con la toalla y luego volvió a tomar el teléfono y marcó el número de la casa de Carney, en Chocolate Hole. Tardó un rato en contestar.

—Aquí Dillon.

—Disculpe, estaba en la ducha.

—Tenemos cosas que hacer. Jenny me acaba de llamar desde el bar. Ha llegado hace un momento.

—¿Le ha dicho dónde está?

—No, todavía se muestra un tanto misteriosa. Desea vemos en el bar a las siete y media.

—Estaré allí.

Dillon cortó la comunicación y se apresuró a subir la pendiente de acceso al chalet para informar a Ferguson.

Cuando Jenny salió del despacho, Mary estaba de pie en el extremo de la barra, hablando con su esposo.

—Todavía tienes aspecto de haber pasado un mal fin de semana, cariño —le dijo ella.

—Lo sé. Voy a acercarme a la casa, tomaré una ducha, me pondré ropa limpia y regresaré. He acordado verme aquí a las siete y media con Dillon, el brigadier Ferguson y Bob Carney.

—Tú no vas caminando a ninguna parte, cariño. Billy, llévala en el *jeep* y comprueba la casa. Asegúrate de que todo está en orden y luego la acompañas de regreso cuando esté lista. Le diré a la joven Annie que salga de la cocina para atender el bar mientras estés fuera.

—No hay necesidad de eso, Mary —le dijo Jenny.

—Ya está dispuesto. Y nada de discusiones, muchacha. Ahora, ya puedes marcharte.

Cuando Jenny salió del bar lo hizo acompañada por Billy Jones, que llevaba su maleta. Algaro y Guerra los siguieron a cierta distancia, vieron que subían al *jeep* aparcado en Mongoose Junction y que se alejaban.

—Te apuesto a que la va a llevar a la casa —dijo Guerra.

—Nosotros iremos andando —asintió Algaro—. No está lejos. Para cuando lleguemos, él ya se habrá marchado. Entonces nos apoderaremos de ella.

—No se ve la menor señal de Dillon y de los otros dos —observó Guerra—. Eso significa que todavía no ha tenido oportunidad de hablar con ellos.

—Y quizá no la tenga nunca —le dijo Algaro.

Guerra se detuvo y se pasó la lengua por los labios, nervioso.

—Mira, no quiero verme involucrado en nada de esto, no con una mujer. Esas cosas traen mala suerte.

—Cierra el pico y haz lo que te digo —le dijo Algaro—. Y ahora, en marcha.

En el ministerio de Defensa, justo poco antes de medianoche, la luz todavía permanecía encendida en las ventanas del despacho de Ferguson que daban a la avenida Horseguards. Jack Lane se hallaba terminando de efectuar su lectura preliminar de los primeros datos que salían de la computadora relativos a la familia Pamer, y lo que veía ante sus ojos resultaba bastante interesante. Pero consideró que ya había hecho más que suficiente por una noche. Puso los datos en un maletín, lo dejó en el cajón de seguridad de su mesa de despacho, tomó la gabardina, apagó las luces y se marchó.

Salió por la entrada de la avenida Horseguards y echó a caminar por la acera. El joven sentado tras el volante del Jaguar robado, en el lado opuesto de la calle, comprobó con una linterna la foto que tenía sobre el asiento de al lado, sólo para asegurarse. Luego se la guardó en un bolsillo. Llevaba guantes y una gabardina sobre un limpio traje azul y su aspecto era totalmente corriente.

Puso en marcha el motor, vio a Lane cruzar la calzada y empezó a avanzar a lo largo de Whitehall Court. Lane estaba cansado y todavía pensaba en el asunto Pamer, miró casualmente a la derecha, vio venir el Jaguar pero pensó que disponía de tiempo más que suficiente para cruzar. Se oyó entonces un repentino rugido del motor, se medió giró, pero ya era demasiado tarde. El Jaguar le alcanzó con tal fuerza que salió volando violentamente hacia un lado. Lane quedó allí tendido, intentó ponerse en pie y se dio cuenta de que el Jaguar frenaba y daba marcha atrás. El guardabarros trasero le fracturó el cráneo y le mató al instante. El coche dio un salto sobre su cuerpo.

El joven se apeó y se adelantó unos pasos para comprobar que el inspector había muerto. La calle estaba completamente vacía; sólo caía la lluvia cuando regresó al Jaguar, lo hizo girar pata evitar el cadáver de Lane y se alejó. Cinco minutos más tarde dejó el Jaguar en una calle lateral del Strand y se alejó caminando con rapidez.

En Gallows Point, Jenny tomó una larga ducha caliente y se lavó el pelo, mientras en la planta baja Billy abría las ventanas para que entrara aire fresco en las habitaciones, cogía una escoba y barría el porche delantero. Algaro y Guerra lo observaron desde unos matorrales cercanos.

—Maldita sea, ¿por qué no se marcha de una vez? —se preguntó Algaro.

Al cabo de un rato, Jenny salió al porche y se reunió con Billy. Llevaba unos pantalones blancos y una blusa de manga corta y parecía fresca y relajada.

—Eso está mucho mejor —le dijo Billy.

—Sí, en realidad, vuelvo a sentirme humana —asintió ella—. Regresaremos ahora, Billy.

Subieron al *jeep* y se alejaron. Los dos hombres salieron al camino de tierra.

—¿Y ahora qué? —preguntó Guerra.

—No hay problema —dijo Algaro—. Ya la atraparemos más tarde. Por ahora, regresaremos al bar.

Y echó a caminar.

Ya casi se había hecho de noche cuando Bob Carney entró en el Jenny's Place y la encontró detrás de la barra, ayudando a Billy a servir. Ella salió por el extremo de la barra, y le saludó efusivamente con un beso y lo acompañó hasta uno de los reservados.

—Me alegro mucho de verte, Jenny —dijo colocándole una mano sobre el hombro—. Sentí mucho lo que le ocurrió a Henry. Sé lo que significaba para ti.

—Era un buen hombre, Bob, un hombre decente y afable.

—Yo lo vi aquella mañana —le dijo Carney—. En el momento en que él entraba en el puerto yo salía con un grupo de buceo. Tuvo que haberse levantado bastante temprano. Le pregunté dónde había estado y me dijo que en el cabo del Francés. —Sacudió la cabeza—. No es cierto, Jenny. Dillon y yo estuvimos en el cabo del Francés y hasta comprobamos en South Drop.

—Pero ésos son lugares a los que de todos modos acude la gente a bucear, Bob, y ese submarino no pudo haber estado todo el tiempo en esa zona sin que nadie lo descubriera.

Fue en ese momento cuando entraron Dillon y Ferguson. Vieron a Carney y a Jenny enseguida y se acercaron. Cortésmente, Ferguson se quitó el sombrero panamá.

—Señorita Grant.

Ella le tendió una mano a Dillon, que se la tomó por un momento; hubo un instante de indecisión entre ellos.

—¿Salieron bien las cosas?

—Oh, sí, vi a la hermana de Henry. Siento mucho haber sido tan

misteriosa. La verdad es que se trata de una monja, de las Hermanitas de la Caridad. De hecho, es la madre superiora del convento.

—No sabía nada de eso —dijo Carney.

—No, Henry nunca habló de ella. Él era ateo, ya sabes. Tenía la sensación de que ella se había enterrado en vida sin propósito alguno, y eso abrió un vacío entre ellos.

Billy llegó en ese momento.

—¿Puedo traerles algo de beber?

—Más tarde, Billy —dijo ella—. Ahora tenemos cosas de que hablar.

Billy se alejó y Ferguson dijo:

—Sí, somos todo oídos. Espero que nos comunique usted el lugar donde se encuentra el

U-180

.

—Sí Jenny —dijo Bob Carney, que ahora se sentía muy excitado —. ¿Dónde está?

—La respuesta es que no lo sé —contestó ella simplemente.

Una expresión de consternación apareció en el rostro de Ferguson.

—¿Que no lo sabe? Pero se me dio a entender que lo sabía.

Dillon puso una mano en el brazo del brigadier, como para contenerlo.

—Dele una oportunidad.

—Permítame expresarlo del siguiente modo —dijo Jenny—. Creo que puedo saber dónde encontrar la información, pero es tan absurdamente sencillo. —Respiró profundamente—. Oh, vamos a ver. —Se volvió a mirar a Carney—. Bob, el *Rhoda* sigue allí anclado, en el puerto. ¿Quieres llevarnos hasta allí?

—Pues claro, Jenny.

Carney se levantó y Ferguson preguntó:

—¿El *Rhoda*?

—El barco de Henry —le explicó Carney—, el que utilizó para salir aquel día. Vámonos.

Bajaron los escalones, salieron a la calzada y caminaron a lo largo del paseo marítimo, hasta el muelle. Algaro y Guerra los vieron descender a un bote hinchable. Carney se sentó a popa, puso

en marcha el motor fuera bordo y condujo la embarcación hacia el puerto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Guerra.

—Tendremos que esperar y ver qué pasa —contestó Algaro.

Carney encendió la luz de la caseta del puente y todos entraran.

—Bien, señorita Grant —dijo Ferguson—. Todos estamos aquí. ¿Qué es lo que tiene que decimos?

—Sólo es una idea. —Se volvió a mirar a Carney—. Bob, ¿qué es lo que hacen la mayoría de buceadores después de bucear?

—¿Quieres decir, revisar el equipo…?

—Algo mucho más básico —le interrumpió ella—. En lo que estoy pensando es en los detalles del buceo.

—Pues claro —asintió Carney.

—¿A dónde demonios quiere ella ir a parar? —preguntó Ferguson.

—Creo que ya lo comprendo —dijo Dillon—. Lo mismo que muchos pilotos, los buceadores llevan diarios de navegación, donde anotan los detalles de las inmersiones que han hecho. Es una práctica bastante habitual.

—Henry era bastante meticuloso con eso —dijo ella—. Habitualmente, era lo primero que hacía después de regresar a bordo y secarse. Y solía guardarlo aquí. —Abrió el pequeño cajón que había junto a la rueda del timón, introdujo la mano y lo encontró enseguida. Tenía una tapa roja, con el nombre de Baker estampado en letras doradas. Se lo entregó a Dillon—. Temo equivocarme. Léelo tú.

Dillon hizo una pausa y finalmente pasó las páginas y leyó la última.

—Aquí dice que efectuó una inmersión de veinticinco a veintisiete metros en un lugar llamado Punta del trueno.

—¿Punta del trueno? —preguntó Carney—. Jamás se me habría ocurrido. Nadie habría hecho una cosa así.

—Su última anotación dice: grandes bancos de caballas, peces de cola amarilla y peces ángel y papagayo, y un submarino alemán del tipo siete, un

U-180

, sobre una plataforma en la cara oriental.

—Gracias a Dios —dijo Jenny Grant—. Tenía razón.

Se produjo un profundo silencio entre todos los presentes cuando Dillon cerró el cuaderno de bitácora. Al cabo de un rato, Ferguson lo rompió.

—Creo que ahora sí que me vendría muy bien ese trago.

Algaro y Guerra los vieron regresar.

—Les ha dicho algo, seguro —dijo Algaro—. Quédate aquí y vigila la situación mientras yo voy al teléfono público para informar.

En el interior del local, se sentaron en el mismo reservado y cuando Billy se les acercó, Ferguson le dijo:

—En esta ocasión está plenamente justificado el champaña. —Se frotó las manos—. Ahora sí que podemos cambiar de forma de actuar.

—Parece que te sorprendiste mucho —le dijo Dillon a Carney—. Me refiero a ese lugar, a Punta del trueno. ¿Por qué?

—Está situado a unas doce millas. Eso está cerca de los límites. Nunca he buceado allí. Nadie lo hace. Es el arrecife más peligroso que existe en esta parte del mundo. Si el mar está encrespado, es un verdadero infierno llegar hasta allí y cuando se llega la corriente es feroz, te puede arrastrar hacia cualquier parte.

—¿Y cómo sabes todo eso si nunca has buceado allí? —preguntó Dillon.

—Hace unos pocos años hubo por aquí un viejo buceador, el viejo Tom Poole. Ahora está muerto. Varios años atrás buceó en esa zona por su cuenta. Dijo que se encontró a esa distancia, un poco por casualidad, y que se dio cuenta de que el mar estaba mucho más tranquilo de lo habitual. Por lo que me contó, deduje que debía de ser bastante parecido a South Drop. Un arrecife a unos veintitrés metros, que desciende hasta unos sesenta metros por un lado y se hunde a setecientos por el otro. A pesar de que el tiempo no era nada malo, el viejo estuvo a punto de perder la vida. Nunca lo volvió a intentar.

—¿Y cómo es que no vio el submarino? —preguntó Ferguson.

—Quizá no llegara tan lejos, o ha cambiado de posición desde entonces. Lo único que sabemos con seguridad es que está allí porque Henry lo descubrió —contestó Carney.

—Me pregunto cómo es que intentó una inmersión así —dijo Jenny.

—Ya sabes cómo era Henry —le dijo Carney—. Le gustaba bucear siempre por su cuenta, aunque sabía que no debía hacerlo, y aquella mañana, después del huracán, el mar estaba más calmado de lo que nunca he visto. Me imagino que navegó hasta allí por el puro placer de disfrutarlo, se dio cuenta de dónde estaba y de que el estado de la mar era excepcional. En esas circunstancias, debió de echar el ancla sobre ese arrecife y se dejó caer por la borda en un momento.

—Bien, según el contraalmirante Travers —dijo Dillon—, que habló ampliamente con Baker, Bormann utilizaba el camarote del capitán, sólo que no se trataba realmente de un camarote. Sólo disponía de una cortina de separación. Se encuentra en el costado de babor, frente a la sala de radio y sonar, es decir, en la parte de proa del submarino. La idea de instalarlo allí consistía en que el capitán pudiera tener un acceso instantáneo a la sala de control.

—Eso me parece bastante razonable —dijo Carney.

—Sí, pero resulta que el único acceso a la sala de control es por la escotilla estanca de proa, y Baker le dijo a Travers que estaba oxidada como el demonio y que era prácticamente sólida.

—Muy bien —dijo Carney—. Eso quiere decir que tendremos que volarla. El C4 es lo mejor, el material del que habló Santiago cuando estuvimos en Samson.

—En ese sentido ya me he adelantado a todos —le dijo Dillon—. No conseguí C4, pero pensé que el Semtex podía ser un sustituto aceptable. También dispongo de lápices detonadores químicos.

—¿Hay algo que se te olvide a ti? —preguntó Carney con cierta ironía.

—Espero que no.

—Bien, en ese caso, ¿cuándo partimos? —preguntó Ferguson.

—Yo diría que eso depende de Carney —dijo Dillon—. Él es el experto.

Carney asintió con un gesto, ligeramente ensimismado.

—Estoy pensando en ello. —Asintió de nuevo con un gesto—. Tal y como yo lo veo, queremos llegar y salir antes de que Santiago se entere de lo que está pasando.

—Eso tiene sentido —admitió Ferguson.

—Ya no pueden seguirnos porque hemos descubierto los instrumentos electrónicos de rastreo en los dos barcos. Creo que

podríamos capitalizar esa ventaja si zarpáramos a medianoche e hiciéramos el viaje amparados por la oscuridad. Amanece a las cinco y media. Podríamos descender con las primeras luces del día.

—A mí me suena bien —dijo Dillon.

—De acuerdo. Esta tarde dejé él *Sea Raider* en Caneel Bay, así que podemos zarpar desde allí. Necesitarás recoger el Semtex que has mencionado. Cualquier cosa extra que necesitemos la puedo recoger de la tienda.

—Pero no de inmediato —le dijo Ferguson—. Antes cenaremos. Toda esta agitación me ha abierto mucho el apetito.

Empezó a llover un poco y Algaro y Guerra se cobijaron bajo un árbol.

—Madre de Dios, ¿es que esto va a durar toda la noche? —preguntó Guerra.

—Tardará el tiempo que tarde —le dijo Algaro con sequedad.

En el interior del local, el grupo había cenado bien, con la mejor sopa de pescado de Mary y luego pescado asado. Estaban tomando café cuando sonó el teléfono celular de Dillon. Contestó y luego se lo tendió a Ferguson.

—Es para usted. Alguien de la rama especial, en Londres.

El brigadier tomó el teléfono.

—Aquí Ferguson. —Escuchó y, de repente, se puso muy pálido y sus hombros se hundieron perceptiblemente—. Un momento —dijo débilmente y se levantó—. Discúlpenme. Volveré.

Y tras decir esto salió.

—¿A qué demonios viene ahora todo esto? —preguntó Carney.

—Bueno, sea lo que fuere, no es nada bueno —dijo Dillon.

Ferguson regresó poco después y se sentó.

—Jack Lane, mi ayudante, ha muerto —anunció.

—Oh, no —exclamó Jenny.

—Atropellado, hacia la medianoche. Había estado trabajando hasta muy tarde. La policía encontró el coche abandonado en una calle lateral del Strand. Estaba cubierto de sangre. Robado, está claro.

—Otra notable coincidencia —dijo Dillon—. Le dice usted que investigue a Pamer y al cabo de poco se lo encuentran muerto en una calle de Londres.

Era la primera vez que observaba una verdadera expresión de

cólera en el rostro de Ferguson. Algo brillaba en los ojos del brigadier.

—Ese detalle no se me ha escapado, Dillon. Esa cuenta será totalmente cobrada, créeme. —Respiró profundamente y se levantó —. Muy bien, pongámonos en marcha. ¿Viene con nosotros, querida?

—Creo que no —le dijo Jenny—. Esa clase de viaje en barco es lo último que necesito después de todo lo que he pasado, pero acudiré a verles zarpar. Vayan delante, ya les alcanzaré. Antes quiero hablar un momento con Mary.

Entró en la cocina y Dillon llamó a Billy al extremo de la barra.

—¿Cree que usted y Mary podrían pasar la noche en casa de Jenny?

—¿Piensa que puede haber algún problema?

—Hemos tenido demasiados problemas como para sentirnos cómodos —le dijo Ferguson.

Dillon extrajo la automática belga del bolsillo.

—Tome esto.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó Billy.

—Tan mal.

—En ese caso, esto es mucho mejor —dijo Billy sacando una automática Colt 45 de debajo del mostrador.

—Estupendo —asintió Dillon, que se volvió a guardar la automática belga—. Lleve cuidado. Nos veremos por la mañana.

En la cocina, Mary trabajaba afanosamente ante el horno.

—¿Qué haces ahora, muchacha?

—Voy a ir al Caneel, Mary. Bob Carney lleva al brigadier y al señor Dillon a una excursión especial de buceo. Quiero verles partir.

—Deberías estar en la cama.

—Lo sé. Pronto me acostaré.

Poco rato después salió del bar y bajó apresuradamente los escalones.

—Ahí está —dijo Algaro—. Vamos tras ella.

Pero Jenny echó a correr y alcanzó a Ferguson, Dillon y Carney en Mongoose Junction. Algaro y Guerra observaron cómo su presa también subía al *jeep*, con Carney a su lado, y Dillon y Ferguson detrás.

—Está bien —dijo Algaro—. Vamos tras ellos.

Y echó a correr hacia su propio vehículo.

En el chalet, Dillon tomó la bolsa verde oliva del ejército y lo sacó todo, el Semtex y los detonadores, el

AK

y la Walther con silenciador. Ferguson entró cuando ya terminaba de comprobarlo. Vestía pantalones de pana, botas de ante y un pesado suéter.

—¿Nos vamos de nuevo a la guerra? —preguntó.

Dillon lo volvió a guardar todo en la bolsa.

—Espero que no. Carney y yo vamos a estar bastante ocupados con la inmersión, pero usted ya sabe dónde está todo, por si lo necesitara.

—¿Crees que podremos sacarlo?

—Ya veremos. —Dillon cerró la cremallera—. Siento mucho lo de Lane, brigadier.

—Yo también. —Ferguson estaba pálido—. Pero nuestro turno llegará, Dillon, te lo prometo. Y ahora pongámonos en marcha.

Cuando se dirigían hacia la puerta, Dillon se detuvo un momento y abrió el armario bar, del que sacó media botella de *brandy*, que guardó en la bolsa.

—Puramente medicinal —le dijo y abrió la puerta—. Seguramente va a hacer bastante frío allí, sobre todo de madrugada. Carney había llevado él *Sea Raider* hasta el extremo del muelle del Caneel. Jenny estaba sentada en un banco, observando el barco, mientras él comprobaba las botellas de aire. Una orquesta de tres músicos tocaba en el bar, y la música y las risas llegaban hasta allí, llevadas por el aire de la noche. Ferguson y Dillon caminaron a lo largo del paseo, pasaron ante el restaurante Beach Terrace y avanzaron por el muelle. Ferguson subió a bordo y Dillon le pasó la bolsa. Luego se volvió hacia Jenny.

—¿Te encuentras bien?

—Estupendamente —asintió ella.

—Ahora ya no falta mucho —le dijo Dillon—. Tal como dijo un poeta: «Todas las dudas resueltas, toda la pasión gastada».

—¿Y qué harás después? —preguntó ella.

Dillon la besó fugazmente en una mejilla.

—Jesús, muchacha, ¿quieres darle a un hombre la oportunidad de recuperar el aliento?

Sacó la automática belga del bolsillo.

—Guárdate esto en el bolso y no me digas que no sabes lo que hacer con ello. Sólo tienes que sacarla de la funda, apuntar y disparar.

Ella aceptó el arma de mala gana.

—¿Crees que esto es necesario?

—Eso nunca se sabe. Santiago nos ha llevado la delantera demasiadas veces. Cuando regreses al bar verás que Billy y Mary tienen la intención de pasar la noche contigo.

—Piensas en todo, ¿verdad?

—Lo intento. Se necesitaría un buen tipo para enfrentarse con Billy.

Subió a bordo y Carney los miró desde el puente voladizo.

—Ayúdanos a desamarrar, Jenny.

Puso en marcha los motores, ella desató la cuerda de popa y se la tendió a Dillon. Luego, hizo lo mismo con la de proa. El barco se apartó y luego empezó a girar.

—Cuídese, querida —le dijo Ferguson.

Ella levantó un brazo y se despidió, mientras él *Sea Raider* se dirigía hacia mar abierto. Dillon se quedó allí, mirándola. Estaba de pie bajo la luz de la farola, en el extremo del muelle. Luego, ella se dio media vuelta y se alejó.

Pasó junto al bar y la tienda y emprendió el camino hacia el restaurante Sugar Mill, en dirección al aparcamiento donde esperaban los taxis. Algaro y Guerra habían observado la partida desde las sombras, y ahora la siguieron.

—¿Qué vamos a hacer? —le susurró Guerra.

—Tendrá que regresar a su casa tarde o temprano —dijo Algaro —. Ese es el mejor lugar para acercarnos a ella, cuando todo esté muy tranquilo y ni siquiera tengamos que seguirla.

Jenny subió al *jeep* y puso en marcha el motor. Ellos esperaron hasta que ella se alejó, antes de dirigirse hacia su vehículo.

Todavía quedaban unos pocos clientes en el bar cuando ella entró y Mary estaba ayudando a una de las camareras a limpiar las mesas. Se dirigió al extremo de la barra y Billy acudió a su lado.

—¿Han zarpado sin contratiempos? —preguntó Billy.

—Así es.

—¿Nos va a contar alguna vez en qué andan metidos, señorita

Jenny? Todo el mundo actúa aquí de una forma muy misteriosa.

—Quizá uno de estos días, Billy, pero no ahora.

Bostezó. Se sentía muy cansada.

—No la molestes con ninguna condenada pregunta —dijo Mary —. Lo que necesita es dormir. —Se volvió hacia Jenny—. El señor Dillon me ha pedido que pasemos la noche contigo y eso es lo que vamos a hacer.

—Está bien —asintió Jenny—. Yo iré ahora a la casa.

—Quizá debiera esperamos, señorita Jenny —le dijo Billy—. Sólo tardaremos cinco minutos en cerrar.

Ella abrió el bolso y sacó la automática belga.

—Tengo esto, Billy, y sé cómo usarlo. Estaré bien, no te preocupes. Os veré pronto.

Había aparcado el *jeep* justo al pie de la escalera y se deslizó tras el volante, puso el motor en marcha y se alejó. Se sentía tan cansada que hasta se le olvidó encender las luces. Las calles estaban razonablemente tranquilas mientras conducía hacia Gallows Point, y llegó a la casa en apenas cinco minutos. Aparcó en el camino de entrada, subió los escalones, buscó la llave en el bolso y abrió la puerta principal. Encendió la luz del porche y entró.

Dios, qué cansada se sentía, más de lo que se había sentido nunca. Subió la escalera con movimientos lentos, abrió la puerta de su dormitorio y encendió la luz. La estancia estaba caliente, muy caliente a pesar del ventilador de techo. Se dirigió hacia las persianas que daban al balcón y las abrió. Cayeron unas pesadas gotas de lluvia y luego una ráfaga repentina, como lo que solía suceder por la noche en aquella época del año. Permaneció allí un momento, disfrutando del fresco. Al volverse se encontró con Algaro y Guerra, que habían entrado en el dormitorio.

Fue como si estuviera soñando pero aquel terrible rostro le dijo que aquello no era un sueño, el pelo al cepillo, la cicatriz desde el ojo hasta la boca… Él se echó a reír de repente y le dijo a Guerra en español:

—Me parece que esto va a ser muy interesante.

Y Jenny, a pesar de su cansancio, se sorprendió a sí misma al lanzarse hacia adelante, rodeándolos, en dirección a la puerta. Estuvo a punto de conseguirlo, pero fue Guerra el que la sujetó por la muñeca derecha y la hizo girar en redondo. Algaro la golpeó con

fuerza en la cara y luego la arrojó sobre la cama. Ella intentó sacar el arma del bolso. Él se lo arrebató, le dio la vuelta, poniéndola boca abajo, tiró de su brazo izquierdo hacia arriba, se lo retorció y aplicó una llave especial. El dolor fue terrible y ella lanzó un grito.

—Te gusta eso, ¿eh? —Algaro disfrutaba y arrojó el arma al otro lado de la habitación—. Probemos un poco más.

Esta vez, el dolor que experimentó fue lo peor que le había ocurrido nunca y gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Él la hizo volverse de nuevo, la abofeteó con fuerza y sacó una navaja automática del bolsillo. Al abrir la hoja con un chasquido ella se dio cuenta de que estaba tan afilada como una hoja de afeitar. Algaro la agarró por un mechón de pelo.

—Y ahora voy a hacerte algunas preguntas. —Le pasó la hoja por la mejilla, acariciadoramente, y le pinchó con suavidad hasta que brotó un poco de sangre—. Si te niegas a responder, te cortaré la nariz, y eso sólo para empezar.

Jenny no era más que un ser humano aterrorizado y fuera de sí.

—Lo que quieras —suplicó.

—Muy bien. ¿Dónde encontraremos los restos del
U-180
?

—En Punta del trueno —contestó ella entre jadeos.

—¿Y dónde está eso?

—Está en el mapa. A unas diez o doce millas al sur de St. John. Eso es todo lo que sé.

—Vimos que Dillon, el brigadier y Carney zarpaban del muelle del Caneel Bay. Han ido a Punta del trueno para bucear y descubrir el submarino, ¿verdad? —Ella vaciló en contestar y él la golpeó de nuevo—. ¿Verdad?

—Sí —asintió ella—. Se sumergirán al amanecer.

Algaro le dio unas palmaditas en la mejilla, cerró la navaja y se volvió hacia Guerra.

—Cierra esa puerta.

Guerra lo miró, perplejo.

—¿Por qué?

—He dicho que cierres esa puerta, idiota. —Algaro la soltó, pasó junto a él y la cerró de un portazo, haciendo girar la llave. Luego se volvió y su sonrisa fue la más cruel que Jenny hubiera visto en su

vida—. ¿Dijiste que harías lo que yo quisiera?

Y empezó a quitarse la chaqueta.

Ella volvió a gritar, ahora totalmente histérica. Se puso en pie de un salto, se giró y se lanzó a través de la ventana abierta, hacia el balcón, totalmente poseída por el pánico. Su cuerpo golpeó contra la barandilla y se dobló hacia el otro lado, cayendo pesadamente al jardín de abajo, entre la lluvia.

Guerra se arrodilló a su lado y trató de encontrarle el pulso bajo la lluvia. Sacudió la cabeza.

—Me parece que está muerta.

—Está bien, déjala ahí —le dijo Algaro—. De ese modo parecerá un accidente. Y ahora larguémonos de aquí.

El sonido del motor de su *jeep* se desvaneció en la noche mientras Jenny permanecía allí tumbada, con la lluvia cayéndole sobre el rostro. Apenas cinco minutos más tarde Billy y Mary Jones entraron el *jeep* en el camino de acceso a la casa y la encontraron enseguida, con media parte de su cuerpo sobre el camino y la otra sobre la hierba.

—¡Dios mío! —exclamó Mary que se arrodilló a su lado y le tocó el rostro a Jenny—. Está fría como el hielo.

—Parece como si se hubiera caído por el balcón —dijo Billy.

En ese momento, Jenny emitió un débil gemido y movió ligeramente la cabeza.

—Gracias a Dios. Está viva —dijo Mary—. Llévala dentro de la casa y yo llamaré al médico.

Echó a correr escalones arriba y entró en la casa.

14

Algaro habló con Santiago desde un teléfono público, en el paseo marítimo. Santiago escuchó con toda atención lo que tuvo que decirle.

—¿De modo que la chica ha muerto? Eso es una pena.

—No hay problema —le dijo Algaro—. Sólo fue un accidente, y así lo parecerá. ¿Qué hacemos ahora?

—Quedaros donde estáis y volver a llamarme en cinco minutos. —Santiago colgó el teléfono y se volvió a Serra—. Punta del trueno, a unas diez o doce millas al sur de St. John.

—Echaremos un vistazo a nuestra carta marina, señor. —Santiago lo siguió a lo largo del puente y Serra encendió la luz sobre la mesa de mapas—. Ah, sí, aquí está.

Santiago echó un vistazo y frunció ligeramente el ceño.

—Dillon y compañía se dirigen ahora hacia allí. Tienen la intención de sumergirse al amanecer. ¿Existe alguna posibilidad de que podamos acercarnos si zarpamos ahora mismo?

—Lo dudo, señor. Tenga en cuenta que es mar abierto. Verían llegar el *María Blanco* con mucha antelación.

—Entiendo tu punto de vista —asintió Santiago—. Y, como sabemos por lo ocurrido el otro día, están armados. —Volvió a examinar la carta marina y asintió con un gesto—. No, más bien creo que les dejaremos hacer todo el trabajo por nosotros. Si tienen éxito, eso les hará sentirse bien. Regresarán a St. John felices, quizá con la guardia un tanto baja porque creerán haber ganado la partida.

—¿Y entonces, señor?

—Caeremos sobre ellos cuando regresen al Caneel, posiblemente en el chalet. Ya veremos.

—Así pues, ¿cuáles son sus órdenes?

—Volveremos a St. John y echaremos el ancla frente a Paradise Beach. —El teléfono sonó en ese momento en la sala de radio—. Ese debe de ser Algaro que vuelve a llamar.

Y el propio Santiago acudió a contestar.

Algaro colgó el teléfono y se volvió hacia Guerra.

—Tienen la intención de dejar que esos bastardos continúen y hagan todo el trabajo. Los sorprenderemos cuando regresen.

—¿Qué? ¿Tú y yo solos?

—No, estúpido, el *María Blanco* ya habrá echado el ancla delante de Paradise Beach por la mañana. Entonces nos reuniremos con ellos. Mientras tanto, regresaremos a la lancha e intentaremos dormir un poco.

La cabeza de Jenny, que descansaba sobre la almohada, estaba doblada hacia un lado. Tenía un aspecto muy pálido y no hizo el menor movimiento, ni siquiera cuando el médico le puso una inyección.

—¿Qué le parece, doctor? —preguntó Mary.

El médico sacudió la cabeza.

—No puedo establecer un diagnóstico adecuado en esta fase. El hecho de que no haya recuperado el conocimiento no es necesariamente malo en sí mismo. No se aprecian señales claras de huesos rotos, aunque siempre es posible que se haya producido alguna grieta. Ya veremos cómo se encuentra por la mañana. Esperemos que haya recuperado el conocimiento para entonces. —Sacudió la cabeza de nuevo—. Cayó desde buena altura. La haré trasladar al hospital de St. Thomas. Allí le podrán hacer un escáner. ¿Se quedará con ella toda la noche?

—Billy y yo no nos moveremos de aquí —le aseguró Mary.

—Bien. —El médico cerró su maletín—. Al menor cambio que se produzca, no dude en llamarme.

Al ver salir al médico, Billy subió al dormitorio.

—¿Quieres que te traiga algo, cariño?

—No, tú échate un rato, Billy. Yo me quedaré aquí sentada, con ella.

—Como digas. —Billy salió y Mary acercó un sillón a la cama, se sentó y tomó la mano de Jenny entre las suyas.

—Te pondrás bien, pequeña —dijo con voz muy suave—. Ya verás cómo te pondrás bien. Mary está aquí.

A las tres de la madrugada se encontraron con un fuerte aguacero. La lluvia penetraba por debajo del entoldado, sobre el puente voladizo, y golpeaba como si las gotas fueran balas. Carney apagó el

motor.

—Será mejor que aguantemos durante un rato.

Dillon le siguió escalerilla abajo y entraron en la caseta de cubierta, donde Ferguson se encontraba tendido en uno de los bancos, con la cabeza apoyada sobre la bolsa. Bostezó y se sentó.

—¿Hay algún problema?

Él *Sea Raider* se balanceó, empujado por el viento y la lluvia.

—Sólo es un aguacero —dijo Carney—. Dentro de media hora habrá pasado. De todos modos, me vendría bien una pausa para tomar café.

—Una idea espléndida.

Dillon encontró el termo y unas tazas, y Carney sacó una caja de plástico que contenía unos bocadillos de queso y jamón. Se sentaron y permanecieron en agradable silencio durante un rato, mientras comían y la lluvia batía contra el techo.

—Creo que ya va siendo hora de que discutamos cómo vamos a hacer este trabajo —le dijo Carney a Dillon—. Para una inmersión sin descompresión a veinticinco metros apenas si disponemos de cuarenta minutos.

—¿Quieres decir que una segunda inmersión sería un grave problema?

—No entiendo los aspectos técnicos —intervino Ferguson—. ¿Quiere explicármelos alguien?

—El aire que respiramos es parte de oxígeno y parte de nitrógeno —le dijo Carney—. Cuando se bucea, la presión hace que el nitrógeno sea absorbido por los tejidos del cuerpo. Cuanto más profundo se desciende, más aumenta la presión, lo que hace que se absorba más nitrógeno. Si se permanece allá abajo durante el tiempo suficiente, o si se sube con demasiada rapidez, el nitrógeno puede formar burbujas en los vasos sanguíneos y en los tejidos, como cuando se agita una botella de soda. El resultado final es la enfermedad causada por la descompresión.

—¿Y cómo se puede evitar eso?

—En primer lugar limitando el tiempo que permanezcamos allá abajo, sobre todo durante la primera inmersión. La segunda vez que bajemos quizá necesitemos efectuar una parada de seguridad a unos cinco metros de profundidad.

—¿Y eso qué supone? —preguntó Ferguson.

—Nos elevamos hasta esa profundidad y, simplemente, permanecemos ahí durante un rato, lo que permite que se produzca una lenta descompresión.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Eso depende.

Dillon encendió un cigarrillo, haciendo flamear la llama del Zippo en la semioscuridad.

—Lo que realmente vamos a tener que hacer es descubrir ese submarino con rapidez.

—Y colocar la carga ya en la primera inmersión —dijo Carney.

—Baker dijo que estaba sobre una plataforma que daba a la cara oriental.

Carney asintió.

—Me imagino que eso es del lado del gran acantilado, así que no perderemos el tiempo mirando en ningún otro sitio. —Terminó de tomarse el café y se levantó—. Si tuviéramos suerte, bajaríamos directamente, entraríamos en la sala de control y colocaríamos el Semtex. —Sonrió con una mueca—. Diablos, podríamos bajar con rapidez y volver a subir en veinte minutos.

—Eso representaría una gran diferencia para la segunda inmersión —asintió Dillon.

—Desde luego que sí. —Ya había dejado de llover, el mar estaba ahora en calma y Carney miró su reloj—. Ya es hora de ponerse en marcha.

Salió y volvió a subir la escalerilla hacia el puente voladizo.

En Londres eran las nueve de la mañana y Francis Pamer acababa de terminar un delicioso desayuno de huevos revueltos con jamón que le había preparado su ama de llaves cuando sonó el teléfono. Lo tomó enseguida.

—Aquí Pamer.

—Simon Carter.

—Buenos días, Simon —dijo Pamer—. ¿Tenemos alguna noticia de Ferguson?

—No, pero ha ocurrido algo realmente conmocionante que afecta a Ferguson.

—¿De qué se trata?

—¿Conoce usted a su ayudante, el que tomó prestado de la rama especial, el detective inspector Lane?

Pamer casi se atragantó con el pequeño trozo de tostada que estaba comiendo.

—Sí, desde luego, claro que le conozco —consiguió decir.

—Resultó muerto anoche, cuando abandonaba el ministerio de Defensa, hacia la medianoche. Fue atropellado por un coche, parece ser que robado, que se dio a la fuga, y que la policía ha recuperado.

—Qué terrible.

—La cuestión es que los de la rama especial no se sienten precisamente felices con lo sucedido. Parece ser que el informe médico preliminar indica que fue atropellado dos veces. Naturalmente, eso podría indicar que el conductor sintió pánico e hizo marcha atrás o algo así. Por otro lado, Lane envió a prisión a mucha gente. Tiene que haber muchos que le guardaran rencor.

—Comprendo —dijo Pamer—. ¿Quiere eso decir que la rama especial está investigando?

—Oh, sí, ya sabe cómo son los de la policía cuando se atropella a uno de los suyos. ¿Está libre para almorzar hoy, Francis?

—Sí —asintió Pamer—. Pero tendrá que ser en la Cámara. Tomo parte en el debate sobre la crisis en Croacia.

—Me parece bien. Le veré en la terraza a las doce y media.

Pamer colgó el teléfono con mano temblorosa y miró su reloj. No tenía sentido llamar a Santiago ahora; serían las cuatro de la madrugada allí. Tendría que esperar. Apartó de sí el plato con el resto del desayuno, sintió unas náuseas repentinas y la bilis le subió por la garganta. La verdad era que jamás había estado tan asustado en toda su vida.

El sol empezaba a salir por el este y él *Sea Raider* avanzaba hacia Punta del trueno, mientras Carney comprobaba la sonda acústica.

—Ahí está —dijo al ver las líneas amarillentas del risco sobre la pantalla negra—. Ya puedes echar el ancla —le dijo a Dillon—. Tendré que maniobrar un poco para que puedas alcanzar ese risco a veintidós metros. Había marejada y el barco, con los motores en marcha moderada, apenas se sostenía. Dillon notó que el ancla mordía satisfactoriamente en el fondo, le gritó a Carney en el puente voladizo y éste apagó los motores. Luego, Carney bajó la escalerilla y miró por la borda.

—Aquí hay una corriente bastante fuerte. Podría tener por lo menos tres nudos.

—Yo diría que el agua parece excepcionalmente clara —dijo Ferguson—. Puedo ver hasta el arrecife.

—Eso es porque estamos alejados de la costa —dijo Carney—. Significa que hay poca materia en suspensión en el agua. Y eso me da una idea.

—¿De qué se trata? —preguntó Dillon.

Carney se quitó los vaqueros y la camiseta.

—Este agua está tan clara que voy a practicar la inmersión en superficie. Eso significa que me mantendré a menos de tres metros de profundidad, echaré un vistazo y localizaré la plataforma que hay en el acantilado. Si tengo suerte y el agua por ahí está tan clara como parece, hasta es posible que detecte el submarino.

Se puso el traje de buceo y Dillon le ayudó a ponerse la botella de aire.

—¿Quieres una cuerda?

—No, no la necesito —contestó Carney negando con la cabeza.

Se puso la mascarilla, se sentó de espaldas sobre la bancada, esperó a que llegara una ola y se dejó caer hacia atrás. El agua estaba tan clara que desde el barco pudieron ver su avance durante un rato.

—¿De qué sirve todo esto? —preguntó Ferguson.

—Bueno, permanecer en aguas poco profundas, no tendrá efecto sobre la inmersión que hagamos después. Puede ahorrarnos tiempo, y el tiempo es crucial en esto, brigadier. Si empleamos demasiado no podríamos volvernos a sumergir, quizá durante varias horas.

Carney salió a la superficie a unos cien metros de distancia y levantó los brazos. Ferguson sacó los prismáticos y los enfocó hacia él.

—Nos está llamando.

La voz de Carney llegó hasta ellos débilmente.

—Aquí.

Dillon puso en marcha los motores desde la caseta de cubierta y los dejó encendidos, al ralentí.

—Intente subir el ancla, brigadier. Haré lo que pueda para producir un poco de movimiento y facilitarle la operación.

Ferguson se dirigió a la popa y empezó a trabajar, mientras Dillon intentaba aflojar la cuerda. Finalmente, funcionó, el brigadier emitió un grito de triunfo y logró subir el ancla. Dillon dio

un poco de potencia al motor y avanzó lentamente hacia donde estaba Carney. Cuando llegaron junto a él el estadounidense gritó:

—Echad el ancla justo aquí.

Así lo hizo Ferguson, y Dillon apagó el motor. Carney nadó alrededor de la embarcación hasta situarse junto a la plataforma de buceo, se quitó el chaleco y subió a bordo.

—Está todo más claro de lo que había visto nunca —dijo—. Nos encontramos justo sobre el borde del acantilado. Recientemente, el coral ha sufrido bastantes daños, quizá debido al huracán, pero os juro que he podido ver algo que sobresale de la plataforma submarina.

—¿Está seguro? —preguntó Ferguson.

—Diablos, no hay nada seguro en esta vida, brigadier, pero si es el submarino, podemos descender directamente hasta él y estar dentro en cuestión de minutos. Eso representaría una gran diferencia para nosotros. Y ahora veamos qué tienes en esa bolsa, Dillon.

El irlandés sacó el Semtex.

—Funcionará mejor si lo enrollamos hasta formar una especie de cuerda y lo colocamos alrededor del círculo exterior de la escotilla.

—Eso lo sabes tú mejor, ¿verdad? —preguntó Carney.

—Ya he utilizado esto antes.

—Está bien, echemos un vistazo a esos detonadores químicos. —Dillon se los pasó y Carney los examinó—. Son buenos. Yo también los he utilizado antes. Explosión retardada a diez o treinta minutos. Utilizaremos la de diez.

Dillon ya se había puesto el traje de buceo y luego cortó una gran sección del bloque de Semtex para amasarla primero y hacerla rodar después entre las manos, hasta que formó varias salchichas largas. Las puso en la bolsa de buceo, junto con los detonadores.

—Estoy preparado cuando tú lo estés.

Carney lo ayudó con el equipo y luego le entregó un foco submarino.

—Te veré en el ancla y, recuerda, Dillon, la velocidad lo es todo; y prepárate para esa corriente.

Dillon asintió con un gesto e hizo lo que antes había hecho Carney: se sentó en la bancada, espero a que una ola se hinchara y se dejó caer hacia atrás.

El agua estaba asombrosamente clara y muy azul; el risco, de abajo, aparecía cubierto por corales de gran tamaño y grandes esponjas cesta de apagados colores naranja. Mientras esperaba junto al ancla, pasó ante él un banco de barracudas y al levantar la mirada vio un gran número de caballas por encima de su cabeza.

La corriente era fuerte, tanto que, al agarrarse en la cadena del ancla su cuerpo quedaba extendido hacia un lado. Volvió a mirar y vio a Carney que descendía hacia él; se detuvo un momento, desplazándose ya lateralmente, y le hizo un gesto. Dillon le siguió, comprobó su computadora de buceo y observó que se encontraba a veintiún metros. Luego siguió a Carney sobre el borde del acantilado, miró hacia el azul infinito que se extendía por debajo y vio, hacia la izquierda, la gran cicatriz producida por el desprendimiento del coral y el bulto del
U-180
, cuya proa sobresalía de la plataforma.

Descendieron hacia la torreta, se sostuvieron en lo alto del antepecho del puente y desde la elevada plataforma artillera descendieron hasta el mellado boquete de cinco metros de longitud que había en el casco, por debajo de la torreta. Dillon permaneció suspendido, mientras Carney entraba; comprobó la computadora de buceo y observó que habían transcurrido siete minutos desde que dejaran él *Sea Raider*. Encendió el foco de inmersión y siguió a Carney.

El interior estaba oscuro y era tenebroso, con gran confusión de metales retorcidos, a pesar de la iluminación del foco de Carney, que estaba acuclillado junto a la escotilla de proa, tratando de hacer girar la rueda de apertura sin conseguirlo.

Dillon abrió la bolsa de buceo, sacó el Semtex y le tendió una longaniza a Carney. Trabajaron juntos; Dillon se encargó de la parte superior de la escotilla, y Carney de la parte inferior; presionaron el explosivo plástico hasta colocarlo en su lugar y terminaron de completar un círculo. Una vez que hubieron terminado, Carney se volvió y extendió una mano enguantada. Dillon sacó dos de los lápices detonadores químicos y le entregó uno. Luego, se detuvo un momento, quitó el capuchón de uno de ellos y lo introdujo en el Semtex, en la parte superior del círculo que rodeaba la escotilla. Inmediatamente, apareció una pequeña espiral de burbujas. Carney

hizo lo mismo en la parte inferior del círculo con el otro detonador.

Dillon miró la computadora. Diecisiete minutos. Carney hizo un gesto de asentimiento y Dillon se volvió y salió por el boquete, elevándose hacia el borde del acantilado, desde donde se dirigió directamente hacia el ancla y empezó a subir la cuerda, sosteniéndose a ella con una mano, inmediatamente seguido por Carney. Al abandonar la cuerda a los cinco metros y moverse por debajo de la quilla, volvió a comprobar la computadora. Veintiún minutos. Salió a la superficie, se quitó el chaleco y saltó sobre la plataforma de buceo.

—¿Lo habéis descubierto? —preguntó Ferguson.

—Tal como dijo Carney —asintió Dillon—. Bajar con rapidez y volver a salir. Lo hemos hecho todo en apenas veinte condenados minutos.

Carney estaba cambiando las botellas por otras llenas.

—Dulce Jesús, jamás había contemplado una vista igual. Buceo desde hace veinte años o más y debo admitir que nunca había visto nada que superara esto.

—Santiago te arrancará el corazón —dijo Dillon al tiempo que encendía un cigarrillo con su Zippo.

—Me gustaría llevarlo ahí abajo, atarle un buen peso de plomo y dejarlo dentro —dijo Carney—. Sólo que eso sería un insulto para los valientes marinos que murieron allí.

Poco después la superficie del mar se levantó, desparramando una lluvia de agua por todas partes; apareció espuma que se movió en círculos concéntricos sobre el agua hinchada. Permanecieron en la borda, observando hasta que la actividad cesó por completo.

—Ya está —dijo Carney—. Empecemos a movernos.

Volvieron a ponerse el equipo de buceo.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Dillon—. Quiero decir, ¿cuánto tiempo podremos tardar?

—Si tenemos suerte y encontramos inmediatamente lo que buscamos, no habrá ningún problema. Toda la parte de proa del submarino ha permanecido sellada durante estos años. —Carney se abrochó el cinturón de plomo—. Eso debería significar que no encontraremos sedimentos y muy pocos detritus. Los restos humanos estarán disueltos desde hace años, a excepción de unos pocos huesos. En otras palabras, el escenario debería ser

relativamente claro. —Se sentó sobre la bancada y se puso las aletas —. Si creo que en el camino de regreso debemos detenernos, te lo indicaré así y me mantendré en esa zona.

Dillon lo siguió hacia las profundidades, consciente del movimiento que había en el agua, de una especie de corriente, como ondas de choque, que antes no había percibido. Carney se inclinó sobre el borde del acantilado y en cuanto Dillon se le unió se dio cuenta inmediatamente del problema. La fuerza de la explosión había movido el submarino, la popa se había levantado, y la proa, extendida sobre la caída en picado de setecientos metros de profundidad, ya aparecía hundida.

Volvieron a sujetarse al antepecho de la torreta, junto al cañón y Dillon notó que el submarino se movía. Miró a Carney y el estadounidense hizo un gesto negativo con la cabeza. Tenía razón, naturalmente. Si la popa se levantaba un poco más el

U-180

se deslizaría directamente hacia el olvido de las profundidades. Pero Dillon no podía aceptar eso.

Se volvió para descender, notó la mano de Carney que sujetaba la suya, se las arregló para liberarse y se dirigió hacia el boquete del casco y entró en la sala de control. Allí dentro todo era agitación debido a los efectos de la explosión y al propio movimiento del submarino. Encendió el foco, se adelantó y vio el gran boquete mellado allí donde antes había estado la escotilla.

Estaba todo oscuro, y mucho más turbio de lo que había esperado, también debido a los efectos de la explosión. Dirigió la luz hacia el interior y se introdujo por el boquete. Notó un extraño sonido fantasmagórico, como si una criatura viviente gimiera de dolor, y fue consciente de que el submarino se movía y se inclinaba un poco más. Pero ahora ya era tarde para retirarse; su propia tozudez se negaba a permitírselo.

La sala de radio y de sonar se encontraba a la derecha, y el alojamiento del capitán justo enfrente, a la izquierda, aunque ahora ya no quedaba cortina, podrida con el transcurso de los años. Había un armario de metal, con una puerta abierta colgando de sus goznes, y vio el esqueleto de una litera. Desplazó el rayo de luz por el interior y lo vio en un rincón, cubierto de suciedad; era un maletín metálico, con una manija, exactamente igual al que Baker

había llevado a Londres.

Extendió una mano, la pasó por encima y el aluminio brilló apagadamente. Al coger el maletín, el suelo se inclinó en un ángulo realmente alarmante y todo pareció ponerse en movimiento. Rebotó contra la mampara y el maletín se le cayó; lo volvió a coger, se volvió y empezó a salir por la escotilla. En ese instante, el chaleco se le enganchó en algo y lo detuvo. Forcejeó frenéticamente, consciente de que el submarino se inclinaba todavía más. Entonces, Carney apareció frente a él y extendió una mano para liberarlo.

El estadounidense se volvió y avanzó hacia el boquete del casco, y Dillon le siguió. Ahora, todo el submarino se inclinaba, se deslizaba, producía ruidos como gemidos, el metal desgarraba el borde de la plataforma. Carney consiguió salir y se elevó. Dillon se levantó para seguirlo, y ambos permanecieron un momento suspendidos sobre el borde del acantilado. Al volverse a mirar hacia abajo vieron la gran forma del
U-180
, como una ballena, que terminaba de deslizarse sobre el borde del acantilado y se hundía en las profundidades.

Carney le hizo un gesto, Dillon le respondió, y luego lo siguió a través del risco, hasta donde estaba el ancla. Comprobó su computadora de buceo. Habían tardado otros veinte minutos, lo que estaba bastante bien. Siguió la cuerda hacia arriba, lentamente, pero Carney no quería correr riesgos. Se detuvo a cinco metros de profundidad y se volvió para mirar hacia abajo. Dillon asintió con un gesto, se situó a su lado y levantó el maletín en su mano derecha. Se dio cuenta de que Carney estaba sonriendo.

Permanecieron allí durante cinco minutos y luego salieron a la superficie por la popa y encontraron a Ferguson asomado a la borda, mirando con expresión de ansiedad.

—Santo Dios, pensé que llegaba el fin del mundo —dijo.

Guardaron el equipo, lo ordenaron todo a bordo y Carney se puso unos vaqueros y una camiseta, mientras Dillon también se vestía. Ferguson trajo el termo, les sirvió café, y añadió un buen chorro de la media botella de *brandy*.

—El condenado mar pareció entrar en erupción —dijo—. Jamás había visto una cosa igual. Como si el agua hirviera. ¿Qué ocurrió?

—El submarino estaba en el borde de una plataforma, brigadier,

eso ya lo sabía usted —explicó Carney—. Ya asomaba la proa por el precipicio y la explosión hizo que empezara a moverse.

—¡Dios mío!

Carney tomó un trago de café con *brandy*.

—Cristo, qué bueno está esto. En cualquier caso, este idiota decidió que iba a entrar de todos modos.

—Siempre sospeché que eras un estúpido, Dillon —le dijo Ferguson.

—He conseguido el maletín, ¿no? Estaba en un rincón del camarote del capitán, en el suelo. Al cogerlo todo el maldito submarino empezó a moverse arrastrándome con él, porque cuando intenté salir por la escotilla me quedé enganchado.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que un impetuoso loco estúpido llamado Bob Carney decidió seguirme y logró sacarme de allí.

Carney se acercó a la borda y miró hacia abajo, mientras bebía su café.

—Ha seguido un largo, muy largo camino hacia las profundidades. Ha sido la última vez que nadie vea ese
U-180
. Como si nunca hubiera existido.

—Oh, sí, claro que existió. Y tenemos esto para demostrarlo —dijo Ferguson levantando el maletín.

No mostraba muchas incrustaciones marinas. Carney sacó un pequeño cepillo de alambre de la caja de herramientas y una vieja toalla. La superficie se limpió sorprendentemente bien, y la insignia de la *Kriegsmarine* apareció con nitidez en la esquina superior derecha. Carney abrió los dos cierres y trató de levantar la tapa, que se negó a moverse.

—¿Quiere que la fuerce, brigadier?

—Adelante —le dijo Ferguson, con el rostro pálido por la excitación.

Carney introdujo un cuchillo de hoja fina por debajo del borde de la cerradura y ejerció presión. Se escuchó un crujido y la tapa se movió. En ese preciso momento empezó a llover. Ferguson tomó el maletín y entró en la caseta de cubierta, se sentó, lo dejó sobre sus rodillas y lo abrió.

Los documentos estaban en sobres sellados. Ferguson abrió el

primero, sacó una carta y la desplegó. Se la pasó a Dillon.

—Mi alemán está un poco oxidado. Tú eres el experto en idiomas.

Dillon lo leyó en voz alta.

—«Del jefe y canciller del Estado. El *Reichsleiter* Martin Bormann actúa bajo mis órdenes personales en una misión de la máxima importancia para el Estado. Sólo es responsable directo ante mí. Todo el personal, militar o civil, sin distinción de rango, le ayudará de cualquier forma que él solicite en el cumplimiento de su misión». —Dillon le devolvió el documento—. Está firmado «Adolf Hitler».

—¿De veras? —Ferguson lo volvió a doblar y lo metió de nuevo en el sobre—. Este documento alcanzaría un valor de varios miles en una subasta en
Christie's.
—Luego le pasó otro sobre, más grande—. Prueba con esto.

Dillon lo abrió y extrajo una abultada carpeta. Ojeó algunas de las páginas que contenía.

—Esto debe de ser el *Libro Azul*. Es una lista alfabética de nombres, direcciones, y un párrafo debajo de cada una de ellas, una especie de breve descripción del individuo.

—Mira a ver si Pamer está incluido en esa lista.

Dillon lo comprobó con rapidez.

—Sí, mayor sir Joseph Pamer, Cruz Militar, miembro del Parlamento, Hatherley Court, Hampshire. Hay también una dirección en Mayfair. Las observaciones indican que es un asociado de sir Oswald Mosley, políticamente sano y totalmente comprometido con la causa del nacionalsocialismo.

—¿De veras? —volvió a preguntar Ferguson con sequedad.

Dillon ojeó algunas páginas más y emitió un silbido.

—¡Jesús! Brigadier, sé que no soy más que un pequeño campesino irlandés, pero algunos de los nombres que hay en esta lista…, bueno, jamás se los imaginaría. Algunos pertenecen a lo mejor de Inglaterra. También hay unos pocos de Estados Unidos.

Ferguson tomó la carpeta y echó un vistazo a un par de páginas, con una expresión muy seria.

—¿Quién habría podido imaginarlo? —Volvió a guardar la carpeta en si sobre y le pasó otro—. Prueba con éste.

En su interior había varios documentos, que Dillon repasó con rapidez.

—Son detalles de cuentas bancarias numeradas en Suiza, en varios países de América del Sur y en Estados Unidos. —Se lo volvió a entregar—. ¿Alguna otra cosa?

—Sólo esto —contestó Ferguson pasándole otro sobre—. Y sabemos lo que debe ser, el protocolo Windsor.

Dillon sacó la carta y la desplegó. Estaba escrita en un papel de excepcional calidad, casi como si fuera pergamino, y estaba en inglés. La leyó rápidamente y se la entregó al brigadier.

—Escrita en una villa en Estoril, Portugal, en julio de 1940, y dirigida a Hitler. La firma que aparece al pie parece ser la del duque de Windsor.

—¿Y qué dice? —preguntó Carney.

—Es bastante simple. El duque dice que ya han muerto muchos por ambas partes, que la guerra no tiene sentido alguno y que debería terminarse cuanto antes fuera posible. Se muestra de acuerdo en volver a subir al trono en el caso de que se produzca una invasión alemana con éxito.

—¡Dios mío! —exclamó Carney—. Si eso es genuino, se trata de dinamita pura.

—Exactamente —asintió Ferguson, que volvió a doblar la carta y la guardó en el sobre—. Si es genuino. Los nazis fueron verdaderos maestros de la falsificación.

Pero su rostro mostraba una expresión muy triste cuando cerró el maletín.

—¿Y ahora qué? —preguntó Carney.

—Regresaremos a St. John, donde Dillon y yo haremos las maletas y regresaremos a Londres. Dispongo de un Learjet que espera mis órdenes en St. Thomas. —Levantó el maletín y sonrió pálidamente—. El primer ministro es un hombre al que le gusta enterarse de las malas noticias lo antes posible.

El *María Blanco* había echado el ancla en Paradise Beach a media mañana, y Algaro y Guerra, en la lancha, se pusieron enseguida en contacto. Santiago, sentado ante su enorme mesa de despacho, en el salón, escuchó su relato de los acontecimientos de la noche anterior y luego se volvió a Serra, que estaba de pie a su lado.

—Háblame de la situación, tal como la veas, capitán.

—Es un trayecto bastante largo hasta allá, señor. Quizá tarden de dos a dos horas y media en regresar porque navegarán contra el viento todo el tiempo. Yo diría que deberían estar de regreso bastante pronto, probablemente poco antes del mediodía.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Sorprenderles esta noche? —preguntó Algaro.

—No. —Santiago negó con un gesto de la cabeza—. Calculo que Ferguson pretenderá regresar a Londres cuanto antes le sea posible. Según nuestra información, dispone de un Learjet preparado en el aeropuerto de St. Thomas. —Volvió a sacudir la cabeza—. No, haremos nuestro movimiento inmediatamente.

—¿Cuáles son entonces sus órdenes? —preguntó Algaro.

—El método más sencillo siempre es el mejor. Tú y Guerra iréis a tierra en uno de los botes hinchables, vestidos como turistas. Dejáis el bote en Paradise, por debajo del chalet siete, donde se alojan Ferguson y Dillon. Serra os entregará a cada uno un *walkie-talkie*, para que podáis estar en contacto entre vosotros y con el barco. Tú, Algaro, te mantendrás en las cercanías del chalet. Ponte a leer un libro en la playa, disfruta del sol, intenta parecer normal, si eso te fuera posible.

—¿Y yo, señor? —preguntó Guerra.

—Tú bajas a Caneel Beach y esperas. Cuando llegue el barco de Carney se lo notificas a Algaro. Ferguson y Dillon tienen que regresar al chalet para cambiarse de ropa y hacer las maletas. Será entonces cuando atacarás. Una vez que tengas el maletín de Bormann, regresas en el bote hinchable y nos largamos de aquí. Recuerda que esa maleta es muy fácil de distinguir. Está hecha de aluminio y tiene aspecto plateado.

—¿Regresamos a San Juan, señor? —preguntó Serra.

—No —negó Santiago con la cabeza—. A Samson Cay. Deseo disponer de tiempo para considerar mi siguiente movimiento. El contenido de ese maletín será de lo más interesante, Serra, y podría dar a mi vida un significado completamente nuevo. —Abrió un cajón que había a su derecha. Allí guardaba una serie de armas de fuego. Seleccionó una Browning
Hi-Power
y se la tendió a Algaro—. No me falles.

—No fallaré —dijo Algaro—. Si tienen ese maletín, se lo

conseguiremos a usted.

—Oh, claro que lo tendrán —dijo Santiago con una sonrisa—. Tengo depositada mucha fe en nuestro amigo Dillon. Es un tipo con suerte.

Cuando él *Sea Raider* avanzó por entre los yates amarrados al muelle, en Caneel Bay, el sol ya estaba muy alto en el cielo. Había un par de windsurfistas en la bahía y la playa estaba repleta de gente tomando el sol. Guerra era uno de ellos, sentado en una tumbona, vestido con una camisa floreada y unas bermudas, con unas gafas oscuras que le ocultaban los ojos. Vio a Dillon desembarcar para amarrar el barco. Luego regresó a bordo y volvió a salir con la bolsa verdeoliva en una mano. Ferguson le siguió. Llevaba el maletín. Carney caminaba a su lado.

Guerra se puso un sombrero de ala ancha, cubriéndose parcialmente los rasgos, se ajustó las gafas oscuras, se levantó y caminó por la playa, a lo largo de la parte delantera del restaurante, donde convergía el camino que venía del muelle. Llegó a él casi al mismo tiempo que los tres hombres. En ese momento, una joven recepcionista negra salió corriendo del vestíbulo del hotel.

—Oh, capitán Carney, le vi venir. Hay un mensaje urgente para usted.

—¿De qué se trata? —preguntó Carney.

—Era de Billy Jones. Dejó encargado decirle que Jenny Grant sufrió un accidente anoche. Se cayó de un balcón de su casa, en Gallows Point. Ahora está allí. Dentro de poco la trasladarán al hospital de St. Thomas.

—¡Dios mío! —exclamó Carney y asintió a la joven—. Está bien, gracias, ya me ocuparé de eso.

—Otro jodido accidente —dijo Dillon con amargura y le tendió la bolsa a Ferguson—. Voy a verla.

—Sí, desde luego querido muchacho —asintió Ferguson—. Yo regresaré al chalet, tomaré una ducha y haré la maleta.

—Le veré más tarde. —Dillon se volvió a Carney. ¿Vienes conmigo?

—Desde luego que sí.

Y los dos se encaminaron juntos hacia el aparcamiento.

Con la bolsa en una mano y el maletín en la otra, Ferguson continuó su camino, que pasaba por delante de los chalets que

daban a Caneel Bay. Guerra se detuvo, al abrigo de unos matorrales, y utilizó el *walkie-talkie* para llamar a Algaro que, sentado en la playa de Paradise, contestó enseguida.

—Sí te oigo.

—Ferguson va de camino y está solo. Los otros han ido a ver a la chica.

—¿Que han hecho qué? —preguntó Algaro perplejo, aunque se recuperó enseguida—. Está bien, reúnete conmigo en la parte baja del chalet.

Guerra cortó la comunicación y se volvió. Pudo ver a Ferguson, a un par de metros de distancia, y se apresuró a seguirle.

Ferguson dejó el maletín sobre la cama y luego se quitó el jersey. Debería sentirse eufórico, se dijo a sí mismo mirando el maletín, pero habían pasado demasiadas cosas. Joseph Jackson en Samson Cay, un pobre anciano que nunca había hecho daño a nadie en su vida, y Jack. Suspiró, abrió la puerta del mueble bar y encontró una botella en miniatura de *whisky*. Lo vertió en un vaso, añadió agua y lo bebió lentamente. Jack Lane, el mejor policía con el que había trabajado nunca. Y ahora Jenny Grant. Su supuesto accidente estaba más allá de la coincidencia. Santiago tenía mucho de qué responder. Cogió el maletín de la cama y lo colocó al lado del pequeño escritorio, comprobó que la puerta principal estaba cerrada con llave, luego fue al baño y abrió la ducha.

Guerra y Algaro subieron los escalones y entraron en el descansillo exterior. Muy suavemente, Guerra probó la puerta.

—Cerrada con llave —susurró.

Algaro le hizo señas, volvieron a salir y bajaron de nuevo los escalones. Estaba todo muy tranquilo, no se veía a nadie y el jardín que rodeaba el chalet tenía una vegetación exuberante, lo que ocultaba buena parte del mismo a la vista. Por encima de sus cabezas sobresalía una gran terraza; había un sendero, unos escalones, un murete y un pequeño árbol al lado.

—Es fácil —dijo Algaro—. Te subes a ese pequeño muro, luego al árbol y yo formaré un escalón con mis manos. Puedes llegar con facilidad a la barandilla de la terraza. Yo esperaré ante la puerta principal. Toma esto —dijo, entregándole la Browning.

Guerra logró subir a la terraza en cuestión de segundos. Las persianas estaban bajadas pero consiguió echar un vistazo al

interior a través de una rendija. No se veía la menor señal de Ferguson. Muy suavemente, probó la manija de la puerta de la terraza, que se abrió. Extrajo la Browning del bolsillo, percibió el ruido del agua en la ducha, echó un vistazo por la habitación, no vio señal alguna del maletín, se dirigió hacia la puerta principal y la abrió.

Algaro entró y se hizo cargo de la Browning.

—¿Está en la ducha?

—Sí, pero no he podido ver el maletín —susurró Guerra.

Pero Algaro sí lo vio. Avanzó con rapidez hasta la mesa y lo levantó con un gesto de triunfo.

—Es esto. Vámonos.

Al volverse hacia la puerta, Ferguson salió del cuarto de baño atándose el cinturón de un batín de tela de toalla. La expresión de consternación que apareció en su rostro fue instantánea, pero no perdió el tiempo con palabras y, simplemente, se lanzó contra ellos. Algaro lo golpeó con la culata de la Browning en la parte lateral de la cabeza y Ferguson se derrumbó sobre una rodilla, se tambaleó de costado contra la pared.

—¡Vamos! —le gritó Algaro a Guerra.

Abrieron la puerta y bajaron corriendo los escalones.

Ferguson se las arregló para ponerse en pie, mareado, con un endemoniado dolor de cabeza. Cruzó la habitación, tambaleante, abrió la puerta de la terraza y salió a tiempo para ver a Algaro y Guerra que descendían corriendo hasta la pequeña playa situada al fondo del desnivel cubierto de hierba. Empujaron el bote hinchable al agua, pusieron en marcha el motor fuera borda y se alejaron de la orilla. Sólo entonces se dio cuenta Ferguson de que el *María Blanco* se encontraba anclado allí en frente.

Nunca se había sentido más impotente en toda su vida, ni tan lleno de cólera. Entró en el cuarto de baño, humedeció un paño y se lo puso en la parte dolorida de la cabeza, encontró los prismáticos y los enfocó hacia el yate. Vio a Algaro y a Guerra subir la escalerilla y dirigirse rápidamente hacia la popa, donde esperaba Santiago, sentado bajo el entoldado, con el capitán Serra a su lado. Algaro dejó el maletín sobre la mesa. Santiago puso las mano sobre él y luego se volvió y le dijo algo a Serra. El capitán se alejó hacia el puente. Un momento más tarde, comenzaron a subir el ancla y el

María Blanco empezó a moverse.

Y entonces sucedió algo extraño. Como si se diera cuenta de que estaba siendo observado, Santiago levantó el maletín con una mano, saludó con la otra y luego entró en el salón.

Fue Billy quien abrió la puerta principal para dar acceso a Dillon y a Carney a la casa de Gallows Point.

—Me alegro de verles —dijo.

—¿Cómo está ella? —preguntó Carney.

—No muy bien. Parece ser que se cayó por el balcón que hay fuera de su dormitorio. Cuando yo y Mary la encontramos estaba tendida en el suelo, bajo la lluvia.

—El médico quiere trasladarla al hospital de St. Thomas para que le practiquen un escáner —dijo Mary—. Vendrán a recogerla dentro de una hora.

—¿Puede hablar? —preguntó Dillon al tiempo que subía la escalera.

—Recuperó el sentido hace una hora. Fue por usted por quien preguntó primero, señor Dillon.

—¿Contó lo que le había ocurrido?

—No. En realidad, no ha hablado mucho. Mire, iré a preparar café mientras están con ella. Vamos, Billy —le dijo a su esposo y ambos salieron.

—Su rostro está realmente mal —dijo Carney al entrar.

—Lo sé —asintió ceñudo Dillon—. Y eso no se lo ha hecho con ningún accidente. Si se hubiera caído de bruces desde esa altura, se lo habría aplastado por completo.

Le tomó de la mano y ella abrió los ojos.

—¿Dillon?

—Soy yo, Jenny.

—Lo siento, Dillon. Siento mucho haberte fallado.

—No nos has fallado, Jenny. Encontramos el submarino. Carney y yo descendimos juntos.

—Claro, Jenny. —Carney se inclinó sobre ella—. Abrimos un agujero en la escotilla y encontramos el maletín de Bormann.

Ella no se daba cuenta del todo de lo que decía, pero a pesar de todo siguió hablando.

—Se lo dije, Dillon. Le dije que habíais ido a Punta del trueno.

—¿A quién se lo dijiste, Jenny?

—Al hombre de la cicatriz, al que tiene esa gran cicatriz desde el ojo hasta la boca.

—Algaro —dijo Carney.

Ella apretó ligeramente la mano de Dillon.

—Me hizo daño, Dillon. Realmente me hizo daño. Nadie me había golpeado nunca así.

Cerró los ojos y volvió a perder el conocimiento.

Cuando Dillon se volvió la rabia que expresaba su rostro era como algo vivo.

—Ese Algaro ya puede considerarse un muerto viviente, te doy mi palabra.

Apartó a Carney y bajó la escalera. La puerta principal estaba abierta. Billy estaba sentado en el porche, y Mary preparaba el café.

—¿Va a tomar uno?

—Uno rápido —contestó Dillon.

—¿Cómo está?

—Ha vuelto a perder el conocimiento —contestó Carney que en ese momento bajaba la escalera y se unía a ellos.

Dillon le dirigió una seña y los dos caminaron lentamente hacia el otro extremo del porche.

—Examinemos la situación. Fue aproximadamente hacia la medianoche cuando Algaro presionó a Jenny y descubrió que habíamos ido a Punta del trueno.

—¿De veras?

—No hemos detectado la menor señal de oposición, ni allí ni durante el trayecto de regreso. ¿Te parece que Max Santiago es la clase de hombre capaz de abandonar las cosas en este punto?

—De ningún modo —contestó Carney.

—Eso mismo pienso yo. Creo mucho más probable que decidiera intentar algo y quitarnos el maletín de Bormann a la menor oportunidad que se le presentara.

—Exactamente lo mismo que yo pienso.

—Bien. —Dillon se tomó el café y dejó la taza sobre una mesita —. Volvamos rápidamente al Caneel. Tú comprueba la zona general de Caneel Beach, el bar y el muelle, y yo iré a reunirme con Ferguson. Nos encontraremos más tarde en el bar.

Regresaron hasta donde estaban Mary y Billy.

—¿Se marchan? —preguntó Mary.

—Tenemos que marcharnos —dijo Dillon—. ¿Qué harán ustedes?

—Billy se ocupará de atender el bar, pero yo acompañaré a Jenny a St. Thomas.

—Dígale que iré a verla —dijo Dillon—. No olvide decírselo.

Y bajó apresuradamente la escalera, seguido por Carney.

Cuando Dillon llamó a la puerta del siete E, Ferguson acudió a abrirla. Se sostenía contra la cabeza un paño cargado de cubitos de hielo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Dillon.

—Lo que ha ocurrido es que ha aparecido Algaro. Yo estaba en la ducha, y la puerta cerrada con llave. Sólo Dios sabe cómo pudo entrar pero cuando salí del cuarto de baño me lo encontré ahí, con uno de los otros hombres. Hice todo lo que pude, Dillon, pero el bastardo tenía una Browning. Me golpeó en la cabeza.

—Déjeme ver. —Dillon examinó la hinchazón—. Podría ser bastante peor.

—Tenían un bote hinchable esperándoles en la playa. Subieron a él y se dirigieron al *María Blanco*, que estaba anclado ahí enfrente.

Dillon levantó las persianas de una de las ventanas.

—Pues ahora ya no está.

—Me pregunto a dónde se habrá ido, quizá de regreso a San Juan. —Ferguson frunció el ceño—. Lo vi en la popa, con esos prismáticos. Algaro le entregó el maletín. Parecía saber que yo estaba observándole. Levantó el maletín con una mano y me saludó con la otra. Maldito bastardo.

—Le dije a Carney que nos reuniríamos con él en el bar —dijo Dillon—. Vamos, será mejor que le demos la mala noticia y decidamos qué hacer a continuación.

Ferguson y Dillon compartían una mesa en el rincón más oscuro del bar. El brigadier disfrutaba de un *whisky* escocés doble con tintineantes cubitos de hielo, mientras que Dillon se había contentado con un agua mineral y un cigarrillo. Carney entró, pidió a la camarera una cerveza fría y se les unió rápidamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—He hecho una pequeña comprobación con un amigo que estaba por ahí fuera, de pesca. Cuando se cruzaron con él llevaba rumbo sudeste, lo que significa que debía de dirigirse hacia Samson

Cay.

—Muy bien —exclamó Dillon echándose a reír—. Ahora ya te tengo, bastardo.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó Ferguson.

—El *María Blanco* estará anclado esta noche delante de Samson Cay y, si recuerda, el director general, ese Prieto, nos dijo que Santiago siempre prefería quedarse a bordo cuando iba allí. Es muy sencillo. Aprovecharemos la oscuridad de la noche para subir a bordo y recuperaré el maletín, siempre y cuando Carney quiera llevarnos hasta allí en él *Sea Raider*, claro.

—Intenta detenerme y verás —le dijo Carney.

Ferguson sacudió la cabeza.

—No te das por vencido fácilmente, ¿verdad, Dillon?

—No veo por qué tengo que hacerlo —dijo Dillon que se sirvió más agua mineral y levantó su vaso.

15

Empezaba a ponerse el sol cuando Dillon y Ferguson esperaban en el muelle de Caneel Bay, sentados en un banco. El irlandés fumaba un cigarrillo y tenía la bolsa verdeoliva en el suelo, entre los dos.

—Creo que es él —dijo Ferguson señalando con un gesto.

Dillon vio el *Sea Raider* que llegaba desde el mar y avanzaba lentamente por entre los yates. Todavía había gente en la playa y algunos aprovechaban los últimos rayos del sol. Unas risas llegaban hasta ellos, traídas por el viento.

—Por lo que sé de Santiago —dijo Ferguson—, diría que estará preparado para repeler asaltos. ¿Crees realmente que podrás arrebatárselo?

—Todo es posible, brigadier —contestó Dillon con un encogimiento de hombros—. No necesita venir, ¿sabe? Lo entendería.

—Por esta vez pasaré por alto ese insulto —dijo filamento Ferguson—, pero no vuelvas a decirme nada semejante, Dillon.

—Alegre esa cara, brigadier —dijo Dillon con una sonrisa—. No tengo la menor intención de morir en un lugar llamado Samson Cay. Al fin y al cabo me espera una cena en el club Garrick, a su cargo, naturalmente.

Se levantó y avanzó hacia el borde del muelle cuando él *Sea Raider* se acercó. Saludó a Carney, subió a bordo de un salto, le echó un cabo al brigadier y Carney apagó los motores y bajó por la escalerilla mientras ellos terminaban de amarrarlo.

—He llenado los tanques a tope para que todo esté en perfectas condiciones. Podemos zarpar en cuanto queráis.

Ferguson le pasó a Dillon la bolsa y subió a bordo, mientras el irlandés entraba en la caseta de cubierta y la dejaba sobre uno de los bancos.

En ese momento, la misma recepcionista que les había dado la noticia de lo ocurrido a Jenny, avanzó hacia ellos por el muelle.

—Señor Dillon, acabo de recibir una llamada telefónica de Mary

Jones, desde el hospital de St. Thomas. Dice que la llame usted.

—Te acompaño —dijo Carney.

El brigadier asintió con un gesto.

—Yo esperaré aquí…, con los dedos cruzados.

Dillon saltó sobre la borda y recorrió el muelle, con Carney a su lado.

—Se va a poner bien —le dijo Mary por teléfono—. Pero ha sido un acierto hacerle ese escáner. Le han detectado lo que han llamado una fisura en el cráneo, pero el especialista dice que no es nada que no pueda curarse con cuidado y un buen tratamiento.

—Estupendo —asintió Dillon—. No olvide decirle que iré a verla.

Carney se apoyaba contra la puerta de entrada a la cabina telefónica, con una expresión de ansiedad en el rostro.

—Tiene una fisura en el cráneo —le dijo Dillon después de colgar—. Pero se va a poner bien.

—Bueno, eso sí que es una buena noticia —asintió Carney.

Los dos regresaron al muelle.

—Esa es una forma de decirlo —observó Dillon—. Otra es que Santiago y Algaro tienen muchas cosas de las que responder, por no mencionar a ese bastardo de Pamer.

Ferguson se levantó y salió de la caseta de cubierta en cuanto ellos llegaron.

—¿Buenas noticias? —preguntó.

—Las cosas podrían ser mucho peores —le dijo Dillon y le puso al corriente de la situación.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Ferguson con un profundo suspiro —. Muy bien, supongo que será mejor ponernos en marcha.

—Desde luego —asintió Carney—, pero antes me gustaría saber cómo vamos a manejar este asunto. Incluso en la oscuridad, tenemos que contar con que no podremos acercarnos mucho al *María Blanco* sin ser detectados.

—A mí me parece que la mejor forma sería una aproximación bajo el agua —dijo Dillon—. Sólo que en esta ocasión no vamos los dos, Carney. Te dije una vez que eras uno de los chicos buenos. Santiago y su gente son de los malos, y eso es lo que yo soy también, un chico malo. Pregúntale al brigadier y ya verás lo que te cuenta. Por eso precisamente me contrató para hacer este trabajo.

Así es como me gano yo la vida y esto, además, es asunto para un solo hombre.

—Vamos —dijo Carney—. Puedo resistir hasta el final.

—Lo sé, y tienes tus medallas para demostrarlo. El brigadier me mostró tu expediente, pero las cosas eran diferentes en Vietnam. Allí estabas metido en una piojosa guerra que, en realidad, no era asunto tuyo, y de la que sólo tratabas de salir con vida.

—Y lo conseguí. Estoy aquí, ¿no?

—¿Recuerdas cuando el brigadier y tú os pusisteis a recordar historias sobre Vietnam y Corea, y me preguntaste qué sabía yo de la guerra y te dije que yo había estado en guerra durante toda mi vida?

—Sí, ¿y qué?

—A una edad en la que debería haberme dedicado a salir a bailar con chicas, estaba luchando en una clase de guerra en la que el campo de batalla eran los tejados y los callejones oscuros, haciendo bailar a los paracaidistas británicos a través de las cloacas de Falls Road, en Belfast, y perseguido por los del
SAS
por todo el sur de Armagh, y te puedo asegurar que ellos son de los mejores.

—¿Qué intentas decirme con eso? —preguntó Carney.

—Que cuando yo suba a bordo del *María Blanco* para recuperar ese maletín, mataré a todo aquel que se interponga en mi camino. —Dillon se encogió de hombros—. Como ya te he dicho, soy capaz de hacerlo sin la menor vacilación porque soy un mal chico. No creo que tú puedas hacerlo así, y da gracias a Dios por ello.

Hubo un silencio. Carney se volvió a mirar a Ferguson, que asintió con un gesto.

—Me temo que él tiene razón.

—Está bien —consintió Carney al final, de mala gana—. Así serán las cosas. Me acercaré al *María Blanco* tanto como nos atrevamos, echaré el ancla y luego te acercaré el resto del camino en un bote hinchable. —Dillon intentó decir algo y Carney le interrumpió—. No hay peros que valgan, así es como va a ser. Tengo amarrado un bote hinchable ahí fuera, junto a la *Privateer*. Lo recogeremos antes de salir.

—De acuerdo —admitió Dillon—. Que sea como tú dices.

—Y subiré a ese barco, Dillon. Si algo sale mal subiré a ese barco.

—¿A caballo y batiendo alas? —Dillon se echó a reír—. ¿El sur vuelve a rebelarse? Vosotros, los sureños, nunca habéis aceptado que perdisteis la guerra civil.

—No hubo ninguna guerra civil —replicó Carney mientras subía al puente voladizo—. Seguramente te refieres a la guerra por la independencia de la Confederación. Y ahora, pongámonos en marcha.

Encendió los motores, Dillon saltó al muelle y soltó las amarras. Un momento más tarde ya habían salido de la bahía.

El *María Blanco* estaba anclado en la bahía de Samson Cay, y Santiago se hallaba sentado en el salón, leyendo por tercera vez los documentos encontrados en el maletín de Bormann. Jamás se había sentido tan fascinado en toda su vida. Examinó la orden personal de Hitler, la firma, y volvió a leer el protocolo Windsor. Pero lo que le resultó más interesante fue el *Libro Azul*, con todos aquellos nombres, miembros del Parlamento, pares del reino, personas situadas en los más altos niveles de la sociedad, que habían apoyado, aunque en secreto, la causa del nacionalismo. Pero eso no le resultaba nada sorprendente. En la Inglaterra de la gran depresión, cuando había algo así como cuatro millones de parados, fueron muchos los que debieron de mirar hacia Alemania, convencidos de que las ideas de Hitler eran las correctas.

Se levantó, se acercó al bar y se sirvió una copa de jerez seco. Luego regresó ante la mesa, tomó el teléfono y llamó a la sala de radio.

—Ponedme con sir Francis Pamer, en Londres.

Eran las dos de la tarde y Pamer estaba sentado a solas ante la mesa de su despacho, en la Cámara de los Comunes, cuando sonó el teléfono.

—¿Francis? Aquí Max.

Inmediatamente, Pamer prestó toda su atención.

—¿Ha ocurrido algo?

—Podría decirse de ese modo. Lo tengo, Francis, justo delante de mí, sobre la mesa. El maletín de Bormann, y el *Korvettenkapitän* Paul Friemel tenía razón. El *Reichsleiter* no fanfarroneaba impulsado por el alcohol. Todo está aquí, Francis. La orden que le

entregó Hitler, detalles de las cuentas bancadas numeradas, el protocolo Windsor. Es un documento de aspecto realmente impresionante. Si lo falsificaron, sólo cabe decir que hicieron un excelente trabajo.

—¡Dios mío! —exclamó Pamer.

—Y el *Libro Azul*, Francis, contiene datos absolutamente fascinantes. Está lleno de nombres famosos, y cada uno de ellos contiene debajo un pequeño párrafo sobre el historial del personaje. Aquí mismo tengo uno muy interesante. Te lo leeré. «Mayor sir Joseph Pamer, Cruz Militar, miembro del Parlamento, Hatherley Court, Hampshire, asociado de sir Oswald Mosley, políticamente sano y totalmente comprometido con la causa del nacionalsocialismo».

—No —gimió Pamer en cuyo rostro apareció un repentino sudor —. No me lo puedo creer.

—Me pregunto qué haría con esto tu Asociación Conservadora local. Sin embargo, está bien todo lo que bien acaba, como suele decirse. Es una suerte que yo lo haya conseguido y no cualquier otro.

—Lo destruirás, ¿verdad? —preguntó Pamer—. Quiero decir que destruirás todos esos condenados documentos.

—Déjalo en mis manos, Francis. Yo me ocuparé de todo —dijo Santiago—. Como hago siempre. Pronto me pondré en contacto contigo.

Dejó el teléfono y se echó a reír. Todavía reía cuando entró el capitán Serra.

—¿Tiene alguna orden, señor?

Santiago miró su reloj. Eran poco después de las siete.

—Sí. Bajaré a tierra durante un par de horas y cenaré en el restaurante.

—Muy bien, señor.

—Y asegúrate de que esta noche haya alguien patrullando por la cubierta, Serra, sólo por si acaso nuestros amigos decidieran hacemos una visita.

—No creo que tengamos necesidad de preocuparnos, señor. Tendrían problemas para acercarse hasta nosotros sin ser descubiertos, pero tomaremos toda clase de precauciones.

—Bien, prepara entonces la lancha. Saldré dentro de un

momento.

Santiago se dirigió a su dormitorio y se llevó el maletín consigo. Él *Sea Raider* se deslizó muy despacio hacia la parte occidental de Samson Cay, rodeó la punta de las instalaciones turísticas y el fondeadero principal. Carney apagó los motores y bajó la escalerilla mientras Dillon acudía a la proa y dejaba caer el ancla.

—A esto lo llaman Shunt Bay —le dijo Carney—. Ya he estado antes aquí, hace mucho tiempo. Sólo hay cuatro o cinco brazas de profundidad, con un fondo de arena clara. No se puede llegar hasta aquí debido a las rocas, así que cuando los clientes quieren nadar en este lugar los traen desde el hotel en bote. Estaremos seguros aquí a estas horas de la noche.

Ferguson comprobó su reloj.

—Son las diez. ¿A qué hora te marcharás?

—Quizá dentro de una hora. Ya veré. —Dillon se metió en la caseta de cubierta, abrió la bolsa y sacó el rifle de asalto
AK
47,
que entregó a Ferguson—. Sólo por si acaso.

—Esperemos que no sea necesario —dijo Ferguson dejándolo sobre el banco.

Dillon sacó la Walther de la bolsa, la comprobó y la guardó en la bolsa de buceo, con el silenciador Carswell. Luego metió dentro lo que quedaba del Semtex, y un par de fusibles detonadores, los de treinta minutos de retraso.

—Realmente, parece como si te fueras a la guerra —comentó Ferguson.

—Será mejor que lo crea así —dijo Dillon, que también deslizó en la bolsa de buceo el visor nocturno.

—Te acercaré todo lo que pueda con el bote hinchable —dijo Carney—. Y confío en verte en tu camino de regreso.

—Estupendo. —Dillon le dirigió una sonrisa—. Abra ese termo, brigadier, y tomaremos un poco de café antes de que llegue el momento de entrar en acción.

Santiago había disfrutado de una cena excelente, que empezó con caviar, seguida con *filet mignon* al grill y corazones de alcachofas, regado con una botella de Château Palmer de 1966. Era una deliberada autocomplacencia porque se sentía como en lo más alto

del mundo. Le gustaba que las cosas salieran bien y el asunto Bormann había salido maravillosamente bien. Era como un juego maravilloso. La información contenida en aquellos documentos era tan asombrosa, que las posibilidades que ofrecía parecían infinitas.

Pidió un puro, cubano, por supuesto, como en los viejos tiempos antes de que aquel loco de Castro lo arruinara todo. Prieto le trajo un «Romeo y Julieta», le cortó el extremo y se lo calentó.

—¿La cena ha sido satisfactoria, señor Santiago?

—¿La cena? Maravillosamente satisfactoria, Prieto —contestó Santiago dándole una palmadita en el hombro—. Te veré mañana. —Se levantó, tomó el maletín de Bormann que había dejado en el suelo, junto a la mesa y se dirigió hacia la puerta, donde Algaro le estaba esperando—. Y ahora regresaremos al barco, Algaro.

—Como usted diga, señor.

Santiago bajó los escalones y caminó por el muelle, hacia la lancha, saboreando la noche y el aroma del puro. Sí, la vida podía ser realmente muy agradable.

Carney dirigió el bote hinchable alrededor de la punta, con el motor a baja potencia, de modo que su sonido no era más que un murmullo en la noche. Había yates anclados en la bahía, diseminados aquí y allá, y unas pocas embarcaciones más pequeñas. El *María Blanco*, anclado a trescientos metros de la costa, era el más grande de todos.

Carney apagó el motor, tomó un par de remos cortos de madera del fondo de la lancha y los ajustó a los toletes.

—A mano durante el resto del trayecto —dijo—. Tal como yo lo veo y con esas otras embarcaciones por ahí, podré llevarte hasta unos cincuenta metros de distancia sin que nos detecten.

—Eso está bien.

Dillon ya se había puesto el chaleco y el tanque y una capucha negra de buceo que Carney le había entregado. Sacó la Walther de la bolsa de buceo, enroscó el silenciador Carswell y se deslizó el arma dentro del chaleco.

—Será mejor que no tengas que usar el arma —le dijo Carney mientras remaba—. El agua les hace cosas extrañas a las armas. Lo aprendí muy bien en aquellas malditas zonas pantanosas de Vietnam.

—Con una Walther no hay ningún problema, es como un Rolls

Royce —replicó Dillon.

No se podían ver el uno al otro y sus rostros apenas eran una impresión borrosa en la oscuridad.

—¿Disfrutas realmente con todo esto? —preguntó Carney.

—No creo que disfrutar sea la expresión exacta.

—En Vietnam conocí a tipos así, sobre todo en las fuerzas especiales. Empezaban por sentirse atraídos hacia misiones raras y luego les ocurría algo extraño. Terminaban por desear más. Nada era suficiente para ellos. ¿Es así como te sientes, Dillon?

—Hay un poema de Browning —dijo Dillon—. Algo sobre nuestro interés por el lado peligroso de las cosas. Cuando yo era joven y estúpido, en aquellos primeros tiempos con el IRA, cuando el
SAS
me perseguía por todo el sur de Armagh, también descubrí una cosa divertida. Me encantaba más que ninguna otra cosa que hubiera conocido. Vivía más en un solo día que en todo un año allá en Londres.

—Eso lo comprendo —dijo Carney—. Es como depender de algún tipo de droga, pero eso sólo puede terminar de una forma: con tu cadáver tendido en alguna calle de Belfast.

—Oh, pero no tienes que preocuparte por eso —le dijo Dillon—. Esos tiempos ya han quedado atrás. Jamás volveré a eso.

—Creo que huelo a humo de puro —dijo Carney, deteniéndose un momento para olisquear el aire.

Se quedaron allí flotando, en la oscuridad. En ese momento, la lancha surgió por el otro lado de un bar de yates y avanzó hacia la parte inferior de la escalerilla de acceso del *María Blanco*, bajo la luz. Serra estaba en el puente, mirando. Guerra bajó apresuradamente la escalerilla para recoger el cabo y amarrar la lancha, y Santiago subió al puente, seguido por Algaro.

—Parece ser que lleva el maletín con él —dijo Carney.

Dillon sacó el visor nocturno de la bolsa y lo enfocó.

—Tienes razón. Probablemente tiene miedo de perderlo de vista.

—Permaneceremos aquí durante un rato y les daremos la oportunidad de instalarse.

Santiago y Serra descendieron desde el puente a la cubierta principal. Guerra y Solona se quedaron en la parte inferior de la

escalerilla, cada uno armado con un rifle M16. Algaro se quedó junto a la borda.

—Dos horas de guardia y cuatro de descanso. Nos turnaremos durante la noche y dejaremos encendidas las luces de seguridad.

—Me parece más que adecuado. Me parece que ya podríamos encenderlas —dijo Santiago—. Buenas noches, capitán.

Se dirigió hacia el salón, seguido por Algaro.

—¿Me necesita para algo más esta noche, señor?

—Creo que no, Algaro. Puedes irte a la cama.

Algaro se retiró, Santiago dejó el maletín sobre la mesa, luego se quitó la chaqueta y se sirvió un coñac. Regresó ante la mesa, se sentó y se reclinó mientras tomaba el coñac y contemplaba el maletín. Finalmente, como sabía desde un principio que haría, abrió el maletín y volvió a revisar los documentos.

Dillon enfocó el visor nocturno. Distinguió a Solona entre las sombras de un bote salvavidas, en la proa. Guerra estaba en la popa, y no hacía el menor intento por ocultarse. Estaba sentado en uno de los sillones bajo el entoldado, fumando un cigarrillo, con el rifle sobre la mesa.

Dillon le tendió el visor a Carney.

—Todo tuyo. Voy a ponerme en marcha.

Se dejó caer despacio por encima de la borda, descendió a unos tres metros de profundidad y se acercó al barco. Salió a la superficie por la popa de la lancha, que estaba amarrada al fondo de la escalerilla metálica. De repente, Solona apareció por encima, sobre la plataforma. Dillon se hundió en el agua, consciente de los pasos que descendían. Solona se detuvo a medio camino y encendió un cigarrillo, ahuecando las manos al encender la cerilla. Dillon salió suavemente a la superficie por la popa de la lancha, extrajo la Walther del interior del chaleco y extendió el brazo.

—¡Eh! Por aquí —susurró en español.

Solona se asomó, con la cerilla todavía encendida y la Walther con silenciador tosió cuando Dillon le metió una bala entre los ojos. Solona cayó hacia atrás, de costado, se deslizó sobre la barandilla y cayó al agua desde tres metros de altura.

El chapoteo no fue muy ruidoso, pero Guerra lo oyó y se puso en pie.

—¡Eh, Solona! ¿Eres tú?

—Sí —contestó Dillon en español y en voz baja—. Ningún problema.

Oyó a Guerra que caminaba sobre el puente, bastante más arriba. Se hundió en el agua y nadó hasta el ancla. Se abrió el chaleco, se bajó la cremallera del traje de buceo y se introdujo la Walther en el interior. Luego, se desprendió del chaleco y el tanque, los sujetó a la cadena del ancla y subió por ésta, deslizándose a la superficie por babor.

Algaro estaba tumbado en su litera. Sólo llevaba puestos unos calzones cortos de boxeador debido al opresivo calor que hacía. Por esa razón, había dejado abierto el ojo de buey y oyó la voz de Guerra al llamar a Solona. También oyó la respuesta de Dillon. Frunció el ceño, se acercó al ojo de buey y escuchó.

—¿Dónde estás, Solona? —volvió a preguntar Guerra en voz baja.

Algaro tomó el revólver que tenía en el cajón de la mesita de noche y salió del camarote.

Guerra volvió a llamar.

—¿Dónde estás, Solona?

Avanzó hacia la cubierta de proa, con el M16 preparado.

—Aquí, amigo —dijo Dillon.

Cuando Guerra se volvió le disparó dos veces al corazón y lo hizo retroceder y golpearse contra el mamparo.

Dillon avanzó con precaución y se inclinó sobre él para comprobar que había muerto. No escuchó ningún sonido detrás de él, pues Algaro avanzaba con los pies descalzos, hasta que, de repente, Dillon notó el cañón del revólver sobre su nuca.

—Ahora, bastardo, ya te tengo. —Algaro se inclinó hacia adelante y le arrebató la Walther—. ¿De modo que un arma de profesional? Eso me gusta. Fíjate si me gusta que me la voy a quedar. —Y tras decir esto arrojó el revólver por encima de la borda, al mar—. Y ahora, date la vuelta. Te voy a meter dos de éstas en el vientre, para que tardes más tiempo en morir.

Bob Carney, que había seguido todos estos acontecimientos con el visor nocturno, vio aproximarse a Algaro, y jamás se sintió tan frustrado en toda su vida ante su incapacidad para hacer nada. Después, ya no estuvo totalmente seguro de lo que sucedió, porque todo se precipitó con mucha rapidez.

Dillon se volvió y, al hacerlo, su brazo izquierdo apartó el derecho de Algaro hacia un lado. El disparo de la Walther dio contra la cubierta. Dillon se cerró sobre él.

—Si vas a hacer algo, hazlo, no hables. —Forcejearon un momento, como percibiendo la fuerza del otro—. ¿Por qué no pides ayuda?

—Porque voy a matarte con mis propias manos —le dijo Algaro entre los dientes apretados—. Sólo por el placer de acabar contigo.

—Tentó entendido que eres muy bueno golpeando a mujeres, ¿verdad? —preguntó Dillon—. Vamos a ver si eres tan bueno con un hombre.

Algaro se retorció, ejerció toda su fuerza y empujó a Dillon hacia atrás, contra la barandilla de proa. Fue su último error porque Dillon se dejó caer hacia atrás, arrastrando consigo a Algaro, hacia el agua, y el mar era territorio del irlandés.

Algaro dejó caer la Walther cuando se hundieron bajo el agua y empezó a forcejear. Dillon resistió y lo arrastró hacia abajo, consciente de la cadena del ancla contra su espalda. Se agarró a ella con una mano y pasó el antebrazo alrededor del cuello de Algaro. Al principio, éste forcejeó con bastante fuerza, sin dejar de patalear, pero no tardó en debilitarse. Finalmente, quedó totalmente quieto. Dillon, cuyos pulmones ya parecían a punto de explotar, extendió una mano y se desató el cinturón de plomo. Se lo pasó a Algaro alrededor del cuello y volvió a atar la hebilla, sujetándola a la cadena del ancla.

Salió a la superficie y absorbió grandes bocanadas de aire. Se le ocurrió pensar que Carney podría estar viéndolo todo con el visor nocturno y levantó un brazo. Luego, se izó por la cadena, hacia el barco.

Se mantuvo en las sombras, moviéndose a lo largo de la cubierta, hasta que llegó al salón principal. Echó un vistazo por uno de los ojos de buey y vio a Santiago sentado ante la mesa, con el maletín abierto, entregado a la lectura de los documentos. Dillon se agazapó, pensó un momento y tomó su decisión. Tomó lo que quedaba del Semtex de la bolsa de buceo, insertó los dos detonadores de treinta minutos y lo dejó caer por uno de los conductos de aire de la sala de máquinas. Luego, regresó y volvió a mirar por el ojo de buey.

Santiago seguía sentado ante la mesa, pero ahora guardó los documentos en el maletín, lo cerró, bostezó, se levantó y se dirigió a su dormitorio. Dillon no vaciló. Entró en el pasillo que recorrió con rapidez, abrió la puerta del salón, se lanzó hacia la mesa y agarró el maletín. En ese instante, Santiago regresó al salón.

El grito que surgió de su garganta fue como un aullido de angustia.

—¡No! —gritó.

Dillon se volvió y echó a correr hacia la puerta. Santiago abrió el cajón de la mesa, sacó una Smith & Wesson y disparó ciegamente.

Dillon ya estaba en el pasillo y se dirigía hacia la cubierta. Ahora, todo el personal de a bordo había sido alertado, y Serra apareció desde su camarote, situado al fondo del puente, con un arma en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Detenedlo! —gritó Santiago—. Es Dillon.

Dillon no vaciló un instante, pero se mantuvo entre las sombras, corrió hacia la popa y saltó por encima de la borda. Descendió a toda la profundidad que pudo, aunque el maletín le dificultó las cosas. Salió a la superficie consciente de que disparaban contra él y nadó hacia la oscuridad lo más rápidamente que pudo. Al final, fue Carney quien le salvó, ya que surgió con el motor rugiendo desde la oscuridad y le echó un cable.

—Sujétate y salgamos de aquí —le gritó.

El bote cobró velocidad y ambos se alejaron hacia la protectora oscuridad.

—Guerra está muerto —dijo Serra—. Su cuerpo todavía está ahí, pero no hay la menor señal de Solona y de Algaro.

—Eso no importa ahora —le dijo Santiago—. Dillon y Carney no han venido desde St. John en ese bote hinchable. El Sport Fisherman de Carney no debe de estar muy lejos.

—Cierto —asintió Serra— y subirán el ancla e iniciarán el regreso enseguida.

—Y en cuanto se muevan los verás con el radar, ¿no es eso? Porque ninguna otra embarcación se mueve esta noche para salir de Samson Cay.

—Cierto, señor.

—En ese caso, levad anclas.

Serra apretó el botón del puente para poner en marcha la grúa eléctrica que izaba el ancla. El motor empezó a chirriar.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Santiago.

Los otros tres miembros de la tripulación, Pinto, Noval y Mugica habían bajado a la cubierta de proa y Serra se inclinaba sobre la borda del puente.

—La cadena del ancla se ha enganchado. Comprobadla.

Mugica se inclinó sobre la proa y luego se volvió.

—Es Algaro. Está atado a la cadena.

Santiago y Serra descendieron la escalerilla, se acercaron apresuradamente a la proa y miraron. Algaro estaba allí colgado de la cadena del ancla, sujeto por el cinturón de plomo alrededor del cuello.

—¡Madre de Dios! —exclamó Santiago—. ¡Subidlo, maldita sea! —Se volvió hacia Serra—. Y ahora, vámonos, rápido.

—No se preocupe, señor —le dijo Serra—. Somos más rápidos que ellos. No hay forma de que puedan regresar a St. John sin que nosotros los alcancemos.

Se volvió hacia la escalerilla y subió al puente, mientras Noval y Mugica subían el cuerpo de Algaro a través de la portilla de la cadena.

En Shunt Bay, Ferguson se inclinaba ansioso sobre la barandilla de babor del *Sea Raider* cuando el bote hinchable surgió de la oscuridad y se acercó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Dillon le entregó el maletín de Bormann.

—Esto es lo que ha sucedido. Y ahora salgamos de aquí.

Subió a la plataforma de buceo y Carney le pasó el cabo del bote que Dillon ató con fuerza. Luego se dirigió a la caseta de cubierta y siguió camino de la proa, donde empezó a subir el ancla, que se liberó del fondo arenoso sin la menor dificultad. Por detrás de él, Carney ya había subido al puente voladizo y ponía en marcha los motores.

—¿Cómo fue todo? —preguntó Ferguson tras él.

—Yo diría que él no es de los que hacen prisioneros —dijo Carney—. Pero salgamos de aquí cuanto antes. No tenemos ningún tiempo que perder.

Él *Sea Raider* se lanzó hacia adelante en medio de la noche, con un

viento refrescante de cuatro a cinco. Ferguson estaba sentado en el sillón giratorio y Dillon apoyado contra la barandilla, al lado de Carney.

—Ellos son más rápidos que nosotros, y tú lo sabes —dijo Carney—. Y seguro que van a venir detrás.

—Lo sé —le dijo Dillon—. No es de los que le gusta perder.

—Bueno, de lo que sí estoy seguro es de que no podemos ir con más rapidez. Estamos haciendo veintidós nudos y eso es lo máximo.

Fue Ferguson el primero en ver el *María Blanco*.

—Se ve una luz por ahí atrás. Estoy seguro de que son ellos. Carney echó un vistazo.

—Tienen que ser ellos, no puede ser nadie más.

Dillon levantó el visor nocturno.

—Sí, es el *María Blanco*.

—Ese yate debe disponer de un buen radar —observó Carney—. No hay forma de que podamos dejarlo atrás.

—Oh, sí —le dijo Dillon—. Claro que la hay. Tú continúa la marcha.

Serra, de pie en el puente del *María Blanco* sostenía un par de prismáticos de visión nocturna ante los ojos.

—Ya los tengo —dijo y pasó los prismáticos a Santiago. Santiago los enfocó y distinguió el perfil del *Sea Raider*.

—Muy bien, bastardos. —Se apoyó contra la barandilla del puente y miró hacia abajo, donde estaban Mugica, Noval y Pinto, que esperaban sobre la cubierta de proa, sosteniendo rifles M16—. Ya los hemos visto. Preparaos.

Serra aumentó aún más la velocidad, y el *María Blanco* se lanzó hacia adelante, sobre las olas. Santiago volvió a llevarse los prismáticos a los ojos, observó de nuevo el perfil del *Sea Raider* y sonrió.

—Ahora, Dillon, ahora —murmuró para sí.

La explosión, cuando se produjo, fue instantánea y desgarró el fondo del barco. Lo que ocurrió fue tan catastrófico que ni Santiago, ni el capitán Serra ni los tres miembros de la tripulación tuvieron tiempo de comprender nada, mientras su mundo se desintegraba y el *María Blanco* se elevaba primero, y luego se hundía bajo las olas.

En el puente voladizo del *Sea Raider* lo que vieron primero fue un

brillante destello de fuego anaranjado y luego, unos segundos más tarde, la explosión resonó a través del agua. Después, el fuego desapareció, se extinguió y sólo quedó la más completa oscuridad. Bob Carney apagó instantáneamente los motores.

Todo estaba muy tranquilo.

—Un largo camino hasta el fondo —dijo Ferguson.

Dillon miró con el visor nocturno.

—El U-180 descendió mucho más —observó. Dejó el visor nocturno en el armario, bajo el panel de instrumentos—. Él dijo que transportaba explosivos, ¿recordáis?

—Deberíamos regresar —dijo Carney—. Quizá haya supervivientes.

—¿De veras lo crees después de eso? —preguntó Dillon con suavidad—. A St. John se va por ahí.

Carney volvió a poner los motores en marcha y mientras avanzaban a través de la noche, Dillon bajó la escalerilla hasta la caseta de cubierta. Se quitó el traje de buceo, se puso unos pantalones y una camisa, encontró un paquete de cigarrillos y se acercó a la barandilla. Poco después, Ferguson también bajo la escalerilla y se le unió.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja.

—No creo que Dios tuviera mucho que ver con todo esto, brigadier —dijo Dillon mientras encendía un cigarrillo, haciendo flamear la llama del Zippo.

Poco después de las diez de la mañana siguiente una enfermera hizo pasar a los tres hombres a la habitación privada del hospital de St. Thomas. Dillon llevaba los pantalones de pana negra, una camisa de algodón y la misma chaqueta de vuelo negra con la que había llegado el primer día. Ferguson estaba extraordinariamente elegante, con su habitual sombrero panamá, la chaqueta cruzada y la corbata de los Guards. Jenny se encontraba medio incorporado, apoyada sobre almohadas, con la cabeza rodeada de vendajes. Mary estaba sentada a su lado, haciendo punto. Se levantó.

—Les dejaré a solas con ella, pero no la cansen demasiado, caballeros.

Salió y Jenny se las arregló para esbozar una débil sonrisa.

—Mis tres mosqueteros.

—Eso sí que ha tenido imaginación —dijo Bob Carney

tomándola de la mano—. ¿Cómo te encuentras?

—La mitad del tiempo me siento como si no estuviera aquí.

—Eso pasará, querida —le aseguró Ferguson—. He tenido una conversación con el director del hospital. Te ofrecerán todo lo que desees, cualquier tratamiento que puedas necesitar. Todo corre por nuestra cuenta.

—Gracias, brigadier.

Ella se volvió hacia Dillon, lo miró, sin hablar.

Bob Carney dijo:

—Volveré a verte, querida, cuídate.

Se volvió hacia Ferguson, que asintió con un gesto, y ambos salieron de la habitación.

Dillon se sentó en la cama y la tomó de la mano.

—Tienes un aspecto terrible.

—Lo sé. ¿Cómo estás tú?

—Estupendamente.

—¿Cómo salió todo?

—Tenemos el maletín de Bormann. El brigadier tiene el Learjet esperando en el aeropuerto. Lo llevamos de regreso a Londres.

—Tal como lo dices, das la impresión de que resultó fácil.

—Bueno, podría haber sido peor. No le des más vueltas, Jenny, no sirve de nada. Santiago y sus amigos, incluido ese animal de Algaro, ya no volverán a molestarte nunca más.

—¿Puedes estar seguro de eso?

—Tan seguro como la tapa de un ataúd al cerrarse —dijo llanamente.

Una expresión de dolor apareció en el rostro de Jenny. Cerró los ojos un momento, y luego volvió a abrirlos.

—La gente en el fondo no cambia, ¿verdad?

—Yo soy lo que soy, Jenny —se limitó a decir él—. Pero eso ya lo sabías.

—¿Volveré a verte?

—No creo que eso sea probable.

Le besó la mano, se levantó, se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Dillon —llamó ella.

—¿Sí, Jenny? —preguntó él volviéndose a mirarla.

—Que Dios te bendiga, y cuídate.

La puerta se cerró muy suavemente, y ella cerró los ojos y se

dejó arrastrar hacia un sueño reparador.

Dejaron que Carney los acompañara por la pista hasta el Learjet, mientras un mozo empujaba un carrito con el equipaje. Uno de los dos pilotos salió a recibirles y ayudó al mozo a subir el equipaje, mientras Dillon, Ferguson y Carney permanecían al pie de la escalerilla.

El brigadier levantó el maletín.

—Gracias por esto, capitán Carney. Si alguna vez necesita ayuda o puedo hacerle un favor. —Se estrecharon las manos—. Cuídese, amigo mío.

Y tras decir esto subió la escalerilla.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Carney—. Quiero decir, en Londres.

—Eso depende del primer ministro —contestó Dillon—. De lo que desee hacer con esos documentos.

—Todo eso pasó hace mucho tiempo —dijo Carney.

—Es un punto de vista muy legítimo.

—Ese tipo, ese tal Pamer —dijo Carney tras un momento de vacilación—. ¿Qué pasará con él?

—En realidad, no había pensado en ello —contestó Dillon con serenidad.

—Oh, sí, claro que lo has pensado —replicó Carney sacudiendo la cabeza—. Que Dios te ayude, Dillon, porque nunca cambiarás.

Y tras decir esto se dio media vuelta y se alejó caminando por la pista.

Dillon se reunió con Ferguson en el interior del avión y se puso el cinturón de seguridad.

—Es un buen hombre —observó Ferguson.

—Uno de los mejores —asintió Dillon.

El copiloto subió la escalerilla y cerró la puerta; luego acudió a reunirse con su compañero en la cabina. Al cabo de un momento se pusieron en marcha los motores y empezaron a moverse. Unos minutos más tarde habían despegado y se elevaban sobre el mar.

Ferguson miró por la ventanilla.

—St. John está por allí.

—Sí —asintió Dillon.

Ferguson suspiró.

—Supongo que será mejor hablar de lo que ocurrirá cuando

regresemos.

—Ahora no, brigadier —dijo Dillon cerrando los ojos—. Estoy cansado. Dejémoslo para más tarde.

La casa de Chocolate Hole nunca había parecido tan vacía cuando Bob Carney entró en ella. Deambuló sin rumbo fijo de una habitación a otra, y finalmente entró en la cocina y sacó una cerveza de la nevera. Al salir al salón sonó el teléfono.

Era su esposa, Karye.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Yo estoy bien, simplemente bien. ¿Qué tal los niños?

—Oh, traviesos, como siempre. Te echan mucho de menos. Esta es una llamada que te hago dejándome llevar por un impulso. Ahora estamos en una gasolinera, cerca de Orlando. Sólo me había detenido para repostar.

—Espero anhelante tu regreso.

—No tardaré mucho, cariño —le dijo ella—. Sé que te has debido de sentir muy solitario. ¿Ha ocurrido algo interesante?

Una lenta sonrisa cruzó por el rostro de Carney, que dio un gran suspiro.

—Nada que se me ocurra. La misma rutina de siempre.

—Adiós, cariño. Ahora tengo que marcharme.

Colgó el teléfono, lentamente. Tomó un trago de cerveza y salió al porche. Hacía una tarde exquisita, muy clara y pudo distinguir las islas al otro lado de Pillsbury Sound, e incluso más allá. Un largo camino, pero no tanto como el que había seguido Max Santiago.

16

Eran poco menos de las seis de la tarde del día siguiente en el despacho de Ferguson, en el ministerio de Defensa. Simon Carter estaba sentado al otro lado de la mesa, con el rostro blanco como el papel, conmocionado, cuando Ferguson terminó de hablar.

—Así pues, ¿qué hacemos con el bueno de sir Francis? —preguntó Ferguson—. Un ministro de la Corona que no sólo se comporta de una forma nada honorable, sino al que sólo se le puede describir como un criminal.

Dillon, que estaba de pie junto a la ventana, con una gabardina azul Burberry, encendió un cigarrillo.

—¿Tiene él que estar aquí? —preguntó Carter haciendo un gesto hacia Dillon.

—Nadie sabe más de este asunto que Dillon. Ahora no lo puedo mantener al margen.

Carter tomó la carpeta del *Libro Azul*, vaciló, la dejó sobre la mesa y tomó el protocolo Windsor para volver a leerlo.

—No puedo creer que esto sea genuino.

—Quizá no lo sea, pero el resto, desde luego, sí que lo es. —Ferguson se inclinó hacia los documentos, los guardó en el maletín y lo cerró—. El primer ministro nos verá en Downing Street a las ocho. Naturalmente, también he invitado a sir Francis. Le veré allí.

—Muy bien —asintió Carter levantándose.

Se dirigió hacia la puerta, extendió la mano hacia el pomo y en ese momento Ferguson dijo:

—Ah, Carter.

—¿Sí?

—No cometa ninguna estupidez, como llamar por teléfono a Pamer. Yo, en su lugar, me mantendría totalmente al margen de esto.

El rostro de Carter se quedó fláccido. Se volvió lentamente y salió.

Diez minutos más tarde sir Francis Pamer estaba recogiendo sus

cosas de la mesa de su despacho en la Cámara de los Comunes, antes de marcharse, cuando sonó el teléfono.

—Aquí Pamer —contestó.

—Soy Charles Ferguson.

—¿Ha vuelto ya, brigadier? —preguntó Pamer con voz débil.

—Necesitamos vemos —le dijo Ferguson.

—Es totalmente imposible esta noche. Tengo una reunión muy importante, y una cena con el lord alcalde de Londres. No puedo faltar.

—Max Santiago ha muerto —le dijo Ferguson—. Y tengo aquí delante, sobre mi mesa, el maletín de Bormann. El *Libro Azul* contiene datos muy interesantes. Su padre aparece en él de forma destacada, en la página dieciocho.

—¡Oh, santo Dios! —Pamer se derrumbó sobre la silla.

—Yo, en su lugar, no hablaría de esto con Simon Carter —siguió diciendo Ferguson—. No representaría ninguna ventaja para usted.

—Desde luego que no, haré lo que usted diga —dijo Pamer, y tras un momento de vacilación, preguntó—: ¿No ha hablado todavía con el primer ministro?

—No, pensé que sería mejor verle antes a usted.

—Se lo agradezco, brigadier. Estoy seguro de que podremos encontrar juntos una solución.

—¿Sabe dónde está el muelle de Charing Cross?

—Desde luego.

—Uno de los barcos fluviales, el *The Queen of Denmark* zarpa de allí a las seis cuarenta y cinco. Me reuniré con usted a bordo. Y, a propósito, necesitará llevar un paraguas, porque llueve bastante fuerte.

Ferguson colgó el teléfono y se volvió hacia Dillon, que todavía estaba de pie junto a la ventana.

—Ya está hecho.

—¿Cómo estaba? —preguntó Dillon.

—Aterrorizado. —Ferguson se levantó, se dirigió hacia el anticuado perchero que había en el rincón y tomó su gabardina, del tipo habitual usado por los oficiales de la Guardia, y se la puso—. Pero no cabría esperar otra cosa del pobre diablo.

—No espere de mí que muestre ninguna simpatía por él. —Dillon tomó el maletín de encima de la mesa—. Vamos, terminemos

con esto de una vez.

Abrió la puerta y salió.

Cuando Pamer llegó al muelle de Charing Cross la niebla era tan espesa que apenas se veía al otro lado del Támesis. Compró el billete a una azafata que estaba de pie a la entrada de la pasarela. El *The Queen of Denmark* tenía previsto detenerse en el muelle de Westminster y finalmente en el de Cadogan y en el Chelsea Embankment. Un recorrido bastante popular para una noche de verano. Pero en una noche como ésta había muy pocos pasajeros.

Pamer echó un vistazo en el salón inferior, donde había media docena de pasajeros y luego subió la escalera de cámara que daba acceso al salón superior, donde sólo encontró a dos señoras de edad avanzada que hablaban entre sí con susurros. Abrió una puerta de cristal, salió al exterior y miró había abajo. Había alguien de pie ante la barandilla de la popa, sosteniendo un paraguas por encima de su cabeza. Volvió a entrar, descendió la escalerilla, salió a cubierta y abrió el paraguas para protegerse de la lluvia.

—¿Es usted, Ferguson?

Se adelantó, vacilante, con la mano cerrada sobre la empuñadura de la pistola, en el bolsillo derecho de la gabardina. Era un arma muy rara, procedente de la colección exclusiva de armas de la Segunda Guerra Mundial que su padre le había dejado. Se trataba de una Volka especialmente diseñada para su uso por parte del servicio secreto húngaro, tan silenciosa como pudiera serlo una pistola. La había guardado durante años en una mesa del cajón de su despacho, en la Cámara. El *The Queen of Denmark* se alejaba ahora del muelle e iniciaba su trayecto río arriba. La niebla surgía desde la superficie del agua, y la luz del salón superior era de un amarillento mortecino. No había ventanas traseras en el salón inferior. Allí se encontraban a solas, como si estuvieran en un espacio privado.

Ferguson se volvió en ese momento.

—Ah, está aquí. —Levantó el maletín en una mano—. Bueno, esto es. El primer ministro le echará un vistazo a las ocho.

—Por favor, Ferguson —le rogó Pamer—. No me haga esto. Yo no tengo la culpa de que mi padre fuera un fascista.

—Tiene toda la razón. Tampoco es culpa suya que la inmensa fortuna de su padre durante los años de la posguerra procediera de

su asociación con el movimiento nazi, con el *Kamaradenwerk*. Hasta podría justificar como simple debilidad de carácter la forma en que ha aceptado durante todos estos años los grandes y continuos ingresos procedentes de Samson Cay Holdings, un dinero producido en su mayor parte por las más dudosas empresas de Max Santiago, como, por ejemplo, el negocio de la droga.

—Mire usted… —empezó a decir Pamer.

—No se moleste en negarlo. Le pedí a Jack Lane que investigara el historial económico de su familia, sin darme cuenta de que con ello lo sentenciaba a muerte, claro. Consiguió hacer verdaderos progresos antes de que muriera, ¿o debiera decir de que fuera asesinado? Hoy he encontrado sus descubrimientos en su mesa de despacho.

—Nada de todo eso fue por culpa mía —dijo Pamer salvajemente—. Todo se debió a mi padre y a su condenado enamoramiento con las ideas de Hitler. Yo tenía que pensar en el buen nombre de mi familia, Ferguson, en mi posición en el gobierno.

—Oh, sí —admitió Ferguson—. Bastante egoísta por su parte, pero al fin y al cabo comprensible. Lo que no puedo pasar por alto es el hecho de que actuara usted como el perro faldero de Santiago desde el principio, y que le pasara toda la información que pudo. Me vendió usted a mí, vendió a Dillon, puso en peligro nuestras propias vidas. Fueron sus acciones las que tuvieron como resultado el hecho de que Jennifer Grant fuera atacada dos veces, una aquí en Londres, donde sólo Dios sabe lo que habría ocurrido si no hubiera intervenido Dillon. Y la segunda vez en St. John, donde resultó gravemente herida y estuvo al borde de la muerte. Ahora está internada en un hospital.

—No sabía nada de eso, se lo juro.

—Oh, todo fue dispuesto por Santiago, eso ya lo sé. Pero de lo que hablo ahora es de responsabilidad. En Samson Cay fue brutalmente asesinado, después de haber hablado conmigo, un pobre anciano llamado Joseph Jackson, que me dio la primera pista de la verdad que se ocultaba tras todo este asunto. El mismo hombre que en mil novecientos cuarenta y cinco era el cuidador del hotel del viejo Herbert. Evidentemente, eso fue obra de la gente de Santiago, pero ¿cómo conocía él la existencia del viejo? Porque

usted se lo dijo.

—No puede demostrar eso, usted no puede demostrar absolutamente nada.

—Cierto, como tampoco puedo demostrar qué le ocurrió exactamente a Jack Lane, pero puedo hacer algunas suposiciones lógicas. Lo que encontré en su mesa fueron papeles impresos de computadora. Eso significa que llevó a cabo una revisión informática de los asuntos de su familia, y supongo que alguien del personal bajo sus órdenes, en la Cámara de los Comunes, lo observó. Normalmente, eso no le habría preocupado, ya que suele suceder a los ministros de la Corona, pero a la luz de los recientes acontecimientos sintió usted pánico, temió lo peor y telefoneó a Santiago, que se ocupó del asunto en nombre de usted. —Ferguson suspiró—. A menudo pienso que el sistema de comunicación directa por teléfono es una maldición. En los viejos tiempos, una telefonista internacional habría necesitado por lo menos cuatro horas para ponerle en comunicación con un lugar como las islas Vírgenes. Pero en estos tiempos modernos lo único que tiene que hacer es marcar una serie un poco más larga de números.

Pamer respiró profundamente y cuadró los hombros.

—En lo que se refiere a los intereses económicos de mi familia, eso fue asunto de mi padre, no mío. Afirmaré ignorancia en el caso de que usted insista en seguir adelante con esto. Conozco bien la ley, Ferguson, y parece haber olvidado usted que fui abogado en ejercicio durante un tiempo.

—Sí, de hecho eso es algo que había olvidado —admitió Ferguson.

—Una vez muerto Santiago, lo único que le queda es la inclusión del nombre de mi padre en el *Libro Azul*. No puede decirse que eso sea culpa mía. —Parecía haber recuperado un poco la serenidad—. No puede demostrar nada. Yo lo negaré todo, Ferguson.

Ferguson se volvió y miró hacia el río.

—Como ya le he dicho, comprendí su pánico, un antiguo nombre manchado, su carrera política amenazada, pero los ataques contra esa muchacha, la muerte del viejo, el asesinato a sangre fría del inspector Lane…, de esas acciones es usted tan culpable como los hombres que las ejecutaron.

—Demuéstrelo —dijo Pamer, sosteniendo el paraguas con ambas

manos.

—Adiós, sir Francis —se limitó a decir Charles Ferguson.

Se dio media vuelta y se alejó.

Pamer se quedó allí temblando. Había olvidado por completo la Volka que llevaba en el bolsillo. Ya era demasiado tarde para hacer una locura, como arrebatarle a Ferguson el maletín a punta de pistola. Respiró profundamente y tosió cuando la niebla le mordió en el fondo de la garganta. Buscó la pitillera, se llevó un cigarrillo a la boca y trató de encontrar el encendedor.

Se oyeron entonces unos pasos muy débiles y el Zippo de Dillon se encendió.

—Aquí tiene.

Los ojos de Pamer se abrieron desmesuradamente; estaba aterrorizado.

—¡Dillon! ¿Qué quiere?

—Sólo unas palabras. —Dillon pasó el brazo derecho alrededor de los hombros de Pamer, bajo el paraguas y lo arrastró contra la barandilla de popa—. La primera vez que le vi a usted y a Simon Carter en la terraza de la Cámara de los Comunes gasté una broma sobre la seguridad y el río, y dijo usted que no sabía nadar. ¿Es eso cierto?

—Bueno…, sí.

Y los ojos de Pamer se abrieron desmesuradamente al comprender. Sacó la Volka del bolsillo de la gabardina, pero Dillon, que estaba cerca, le apartó el brazo con el suyo. El arma emitió una tos apagada y la bala se hundió de forma inofensiva en una de las mamparas.

El irlandés lo sujetó por la muñeca derecha y se la golpeó contra la barandilla. Pamer lanzó un grito y la pistola cayó al río.

—Gracias, hijo —dijo Dillon—. Acabas de facilitarme las cosas.

Hizo que Pamer se diera media vuelta y lo empujó con dureza entre los omoplatos, de modo que lo inclinó sobre la barandilla; se agachó rápidamente, lo agarró por los tobillos y lo lanzó al agua. El paraguas cayó al revés y se alejó flotando sobre las aguas. Pamer salió a la superficie, levantó un brazo. Se oyó un grito estrangulado y volvió a hundirse mientras la niebla se arremolinaba sobre la superficie del Támesis y lo cubría todo.

Cinco minutos más tarde, el *The Queen of Denmark* atracó en el

muelle de Westminster, cerca del puente. Ferguson fue el primero en descender por la pasarela, y esperó bajo un árbol a que Dillon se le uniera.

—¿Te has ocupado de él?

—Creo que se podría decir de ese modo —contestó Dillon.

—Bien. Ahora tengo una reunión en Downing Street, Puedo llegar hasta allí caminando. Te veré en mi piso de Cavendish Square y te haré saber lo que ha ocurrido.

Dillon lo observó alejarse. Luego, hizo lo mismo en la dirección opuesta, desvaneciéndose entre la niebla y la lluvia.

Ferguson fue admitido en Downing Street unos quince minutos antes de su cita. Alguien se hizo cargo de su gabardina y su paraguas; uno de los ayudantes del primer ministro bajaba la escalera en ese momento.

—Ah, está ahí, brigadier.

—Sí, me temo que un poco pronto.

—Eso no es problema. Al primer ministro le agradará tener la oportunidad de considerar él mismo el material. ¿Es eso?

—Sí —contestó Ferguson, que le tendió el maletín.

—Le ruego que se ponga cómodo. Estoy seguro de que no le hará esperar mucho.

Ferguson se sentó en el vestíbulo; sentía bastante frío. Se estremeció y el portero, junto a la puerta, comentó:

—No hay calefacción central, brigadier. Los obreros han empezado hoy mismo a instalar el nuevo sistema de seguridad.

—Ah, ¿de modo que han empezado por fin a hacerlo?

—Sí, pero hace una noche muy fría. Tuvimos que encender un fuego en el despacho del primer ministro. La primera vez en muchos años.

—¿De veras?

Unos momentos más tarde alguien llamó a la puerta, el portero la abrió y dio paso a Carter.

—Brigadier —saludó Carter con formalidad.

El portero se hizo cargo de su abrigo y paraguas y en ese preciso momento reapareció el ayudante.

—Les ruego que vengan por aquí, caballeros.

El primer ministro estaba sentado ante su mesa de despacho, con el maletín abierto a un lado. Estaba leyendo el *Libro Azul* y levantó la

mirada un instante.

—Les ruego que se sienten, caballeros. Estaré con ustedes en un momento.

El fuego ardía brillantemente en el hogar de la chimenea victoriana. Estaba todo muy tranquilo, y sólo algunas ráfagas de lluvia daban contra la ventana. Finalmente, el primer ministro se arrellanó en su asiento y los miró.

—Algunos de los nombres que aparecen en este *Libro Azul* son realmente increíbles. Sir Joseph Pamer, por ejemplo, en la página dieciocho. ¿Supongo que es ésa la razón por la que no le ha pedido a sir Francis que se reúna con nosotros, brigadier?

—He creído que su presencia sería inapropiada teniendo en cuenta las circunstancias, señor primer ministro. Y sir Francis estuvo de acuerdo conmigo.

Carter se volvió y lo miró intensamente.

—¿Quiere eso decir que le ha informado de la presencia del nombre de su padre en el *Libro Azul*? —preguntó el primer ministro.

—Sí, señor, así lo he hecho.

—Aprecio la delicadeza de sir Francis en esta cuestión. Por otro lado, el hecho de que su padre fuera un fascista durante todos aquellos años no es culpa suya. No hacemos recaer los pecados de los padres sobre los hijos. —El primer ministro se quedó mirando de nuevo el *Libro Azul* y luego levantó la mirada hacia ellos—. ¿A menos que tenga usted algo más que decirme, brigadier?

Había una mirada extraña en sus ojos, como si de algún modo desafiara a Ferguson. Carter se volvió a mirar a Ferguson, extrañado, con el rostro pálido, y el brigadier contestó con firmeza.

—No, señor primer ministro.

—Bien. Y ahora veamos lo del protocolo Windsor. —El primer ministro desplegó el papel—. ¿Consideran que esto es genuino, caballeros?

—No puede uno estar seguro —dijo Carter—. Los nazis lograron producir algunas falsificaciones notables durante la guerra. De eso no cabe la menor duda.

—Es un hecho bien conocido que el duque confiaba en que se produjera un rápido fin de la guerra —dijo Ferguson—. Con ello, sin embargo, no pretendo sugerir que fuera desleal, sino que

lamentaba profundamente la pérdida de vidas por ambas partes y deseaba que eso terminara.

—Sea como fuere, la prensa sensacionalista tendría mucho trabajo con esto, y el efecto sobre la familia real sería catastrófico. Y no es eso lo que deseo —dijo el primer ministro—. Me ha traído usted el original del diario del *Korvettenkapitän* Friemel, tal como le pedí, así como la traducción. ¿Son éstas todas las copias que existen?

—Todo está ahí —le aseguró Ferguson.

—Bien. —El primer ministro apiló todos los documentos, se levantó y se acercó a la chimenea. Lo primero que dejó sobre los leños ardientes fue el protocolo Windsor—. Esto es una antigua historia, caballeros, que ocurrió hace ya mucho tiempo.

El protocolo se encendió con una llamarada y se convirtió en cenizas. A ello siguió la orden de Hitler, las listas con las cuentas numeradas de los bancos, el *Libro Azul* y, finalmente, el propio diario de Paul Friemel. Cuando hubo terminado, se volvió.

—Nunca ocurrió, caballeros. Nada de todo eso sucedió jamás.

Carter se levantó y se las arregló para esbozar una débil sonrisa.

—Una sabia decisión, señor primer ministro.

—Después de haber dicho esto, añadiría que, según parece, la decisión de utilizar los servicios de ese hombre, ese tal Dillon, ha funcionado bien, ¿no es así, brigadier?

—Sólo conseguimos tener éxito en este asunto gracias a los esfuerzos de Dillon, señor.

El primer ministro rodeó la mesa, les estrechó las manos y sonrió.

—Estoy seguro de que es una historia interesante. Debería contármela algún día, brigadier, pero por el momento les ruego que me disculpen.

De una forma casi misteriosa, la puerta se abrió suavemente detrás de ellos, y el ayudante apareció para escoltarlos fuera.
En el vestíbulo, el portero les ayudó a ponerse los abrigos.

—Yo diría que ha sido una conclusión satisfactoria, teniéndolo todo en cuenta —comentó Carter.

—Lo piensa usted así, ¿verdad? —preguntó Ferguson.

El portero abrió la puerta y, en ese preciso momento, el ayudante acudió corriendo hacia ellos, desde un despacho situado

al fondo.

—Un momento, caballeros. Acabamos de recibir una llamada de lo más angustiosa por parte de la policía fluvial. Hace un momento han recuperado el cadáver de sir Francis Pamer, que han encontrado en el Támesis. Me dispongo a informar al primer ministro.

Carter se quedó perplejo, sin saber qué decir.

—Una noticia muy triste —dijo Ferguson—. Gracias por comunicárnosla.

Y salió, pasó junto al policía de servicio ante la puerta, abrió el paraguas y echó a caminar a lo largo de Downing Street, hacia Whitehall.

Caminó con rapidez, y ya casi había llegado a las puertas de seguridad cuando Carter lo alcanzó y lo sujetó por el brazo.

—¿Qué fue lo que le dijo, Ferguson? Quiero saberlo.

—Simplemente, le expuse todos los hechos —contestó Ferguson —. Es usted muy consciente del papel que jugó en todo este asunto desde el principio. Me limité a recordárselo. Me imagino que finalmente decidió hacer lo más decente.

—Muy conveniente.

—Sí, ¿verdad? —Estaban ahora en la calzada de Whitehall—. ¿Quiere que compartamos un taxi?

—¡Váyase al infierno, Ferguson! —le gritó Simon Carter y se alejó.

Ferguson permaneció allí de pie durante un rato, con la lluvia tamborileando sobre su paraguas abierto, hasta que un taxi negro se detuvo ante la acera. El conductor asomó la cabeza, con una gorra sobre los ojos, y preguntó en perfecto dialecto londinense:

—¿Quiere un taxi, señor?

—Sí, gracias.

Ferguson subió y el taxi se alejó.

Dillon se quitó la gorra y le sonrió a Ferguson por el espejo retrovisor.

—¿Qué tal ha ido todo?

—¿Has robado el taxi? —preguntó Ferguson.

—No, pertenece a un buen amigo mío.

—Medio londinense, medio irlandés, sin lugar a dudas.

—Naturalmente. En realidad, este vehículo no está registrado

como taxi oficial, pero como todo el mundo supone que lo está, es estupendo para aparcar. Y ahora, ¿qué ha dicho el primer ministro?

—Lo quemó todo en la chimenea, dijo que era una vieja historia y se mostró muy caritativo con Francis Pamer.

—¿Lo descubrió usted?

—No vi la necesidad de hacerlo.

—¿Y cómo se lo tomó Carter?

—Bastante mal. Justo cuando nos marchábamos, la oficina del primer ministro recibió un informe de la policía fluvial. Han recuperado el cadáver de Pamer.

—¿Y Carter se imagina que se suicidó al verse presionado por usted?

—No sé lo que se imagina, ni me importa. Lo único que me preocupa es la competencia profesional de Carter. Me tiene tanta aversión que eso nubla su buen juicio. Por ejemplo, se quedó tan perplejo con la mención que se hacía de sir Joseph Pamer en la página dieciocho del *Libro Azul* que pasó por alto el nombre del caballero que aparecía en la página cincuenta y una.

—¿Y quién era ése?

—Un sargento del ejército durante la Primera Guerra Mundial, gravemente herido en el Somme, sin pensión, sin trabajo en los años veinte, y comprensiblemente encolerizado con el poder; otro de los asociados de sir Oswald Mosley, que se metió en política y llegó a convertirse en secretario general de uno de los grandes sindicatos. El hombre murió hace unos diez años.

—¿Y de quién estamos hablando?

—Del tío del primer ministro, por parte de madre.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Dillon—. ¿Y cree usted que lo sabía? Quiero decir, el primer ministro.

—¿Que si se dio cuenta de que yo lo sabía? Oh, sí —asintió Ferguson—. Pero, como dijo él mismo, sólo es una vieja historia y, de todos modos, las pruebas ya se han convertido en humo. Que es la razón por la que me puedo permitir contártelo, Dillon. Después de todos tus esfuerzos en este asunto, creo que tienes derecho a saberlo.

—Muy conveniente, debo admitirlo —observó Dillon.

—No, el primer ministro tenía razón. No podemos hacer recaer sobre los hijos los pecados de los padres. El caso de Pamer fue

diferente. Y, a propósito, ¿a dónde vamos?

—Supongo que a su casa —contestó Dillon.

Ferguson abrió un poco la ventanilla y dejó que entrara el aire húmedo de la lluvia.

—He estado pensando, Dillon. Mi departamento se encuentra sometido en estos momentos a muy fuertes presiones. Además de los asuntos habituales, tenemos que habérnoslas con el tema yugoslavo, y con todo ese asunto neonazi en Berlín y en la antigua Alemania oriental. El haber perdido a Jack Lane me ha dejado con un hueco importante.

—Comprendo —se limitó a decir Dillon.

Ferguson se inclinó hacia adelante.

—Lo que estoy pensando es justo la clase de asunto adecuado para ti. Piénsalo, Dillon.

De repente, Dillon hizo girar el volante, efectuó un giro en forma de U y continuó la marcha en dirección contraria.

La fuerza del movimiento hizo que Ferguson cayera contra el asiento de atrás.

—¿Pero qué demonios estás haciendo, por el amor de Dios?

Dillon sonrió y lo miró por el espejo retrovisor.

—En alguna ocasión mencionó usted una cena en el club Garrick, ¿verdad?

JACK HIGGINS (Newcastle-on-Tyne, Inglaterra, 1929 – Jersey, Inglaterra, 2022) es el seudónimo de Harry Patterson. Tras tres años en el ejército, se licenció en la London School of Economics and Political Science. Trabajó como profesor en la Universidad de Londres y desde 1959 se dedicó por completo a la escritura.

Escritor muy prolífico y muy comercial, escribe novelas de espionaje ambientadas normalmente en la Segunda Guerra Mundial, con grandes dosis de intriga y acción. Algunas de sus novelas han sido llevadas al cine, destacando *Ha llegado el águila*, que tuvo gran éxito. Ha sido traducido a numerosos idiomas, con ventas extraordinarias.

Notas

[1] Véase *El ojo del huracán*. (N. del E.) < <

ÍNDICE

Prólogo
1992
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16